



Imprenta y librería que fué de FUENTENEbro.



OTTE

HISTORIA

DE DORADA.

Imprenta y Librería de Fuentebarrida.

R.27

COMPENDIO CRONOLOGICO
DE LA
HISTORIA DE ESPAÑA,

desde los tiempos mas antiguos

hasta nuestros días,

ESCRITO

por el célebre literato español

DON JOSÉ ORTIZ Y SANZ,

*Dean de la Santa Iglesia de Tátiva
y Bibliotecario de S. M.*

SEGUNDA EDICION.

TOMO V.

MADRID: 1841.

ENCICLOPEDIA DE ESPAÑA

ENCICLOPEDIA DE ESPAÑA

de los tiempos más antiguos

Esta obra es propiedad de sus Editores, y nadie puede reimprimirla sin su consentimiento.

DON JOSE ORTIZ Y SANJUAN

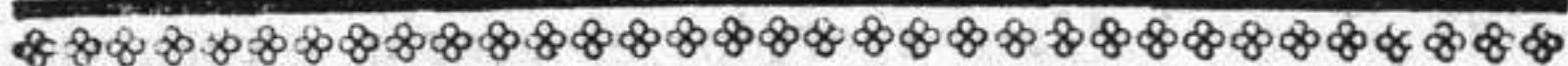
Director de la Enciclopedia

y Publicador de la obra

SEGUNDA EDICION

TOMO V.

MADRID 1881



COMPENDIO
DE LA
HISTORIA DE ESPAÑA.

Libro undécimo.

CAPITULO PRIMERO.

Prosigue la guerra contra moros. Victoria de la escuadra de Castilla contra la de Marruecos.



La victoria del Salado habia derramado el terror entre los moros, y dado valor á los cristianos, con deseo de proseguir la guerra hasta sacarlos de España, ó reducir progresivamente sus dominios en ella. Estimulaba este deseo la riquísima presa y ninguna pérdida del Guadalete; pero nos faltaba dinero. Los inmensos gastos de las escuadras propias y

extranjerías habían agotado el erario y recursos; y la presa del Guadalete se había distribuido entre los beneméritos que la ganáran. Para prevenir fondos, tuvo Córtes el rey en Llerena; pero considerando exháustos á los pueblos, se contentó con un corto servicio. Continuóle el papa las tercias con mas liberalidad que nunca, viéndole tan adicto al exterminio de los infieles. Vinose á Madrid á prevenir y dar libramientos para las pagas de las tropas que habían de servir en la guerra de Granada, y marchó á Córdoba donde se había de hacer la masa de la gente castellana y leonesa.

1341 Eran estas diligencias á la entrada del año 1341; y mientras iba llegando la gente de guerra de las provincias lejanas, juntó el rey los concejos de Córdoba y Sevilla á la tropa que invitada le seguía, y se entró por tierra de moros estragando cuanto pisaba por espacio de cinco dias, llegando á Alcalá la Real, entonces de *Benzayde*. Vuelto á Córdoba halló que habían llegado algunos escuadrones de los que aguardaba; y siendo esta la primera vez que don Alonso viera la villa de Alcalá, quedó tan enamorado de ella, que se resolvió á ganarla á toda costa, por mas fuerte que fuese. Para disimular su designio publicó entrada en tierra de Málaga, y apostó en su mar cuatro naves como para socorrer con víveres la tropa taladora si fuere necesario.

Creyeron el stratagemá moros y cristianos, y mas cuando le vieron tomar el camino de Ecija, donde habido consejo con sus oficiales les propuso la deliberacion de lo mas conveniente, como si no la tuviera tomada. Variaron los pareceres

sobre talar los campos de Málaga, saquear los pueblos, cercar á Algeciras &c., concluyendo todos con *que guiase él á do mejor le pareciese, que todos seguirian*. Entonces les declaró su disimulado desig-
nio, bien que la jornada no se comunicó al vulgo de la tropa hasta comenzar el combate de la plaza; y este secreto le valió su toma. El granadino envió á Málaga sus mejores tropas sin acordarse de Alcalá. Sitióla el rey, y la quitó los socorros que la podian venir de Moclin, Monte-frio, Illora y demás pueblos de la redonda, estragando los panes, ganados y demás cosas necesarias.

Mientras era combatida Alcalá, don Alonso Fernandez Coronel rindió el castillo de Moclin con un destacamento que el rey le habia dado, sin otra condicion que la vida de los defensores. Con otro destacamento arrasó el rey el campo de Illora y quemó sus arrabales despues de saqueados. Presidia don Juan Manuel el sitio de Alcalá, y continuó una mina dirigida á la torre mas fuerte de la villa, donde estaba la cisterna que abastecia de agua toda la villa. Llegados los minadores debajo del torreón le socavaron y le apcaron de maderage, dejando materias encendidas que consumiesen los cuentos, jacenas y demás sostenes. Al tiempo conveniente mandó el rey acometer la villa toda en rededor, á fin de que cuando la torre cayese, corriesen allá los defensores del muro, y diesen lugar á que los cristianos entrasen sin estorbo. Antes del amanecer cayó la torre entera con un estrépito espantoso, y con ella los moros que la presidiaban; sin embargo no se consiguió el fin esperado por ser allí muy alto el piso, y de peña

tajada, de forma, que aunque cayó la torre, no pudo ser entrada por allí la villa, y los moros de la muralla no dejaron el puesto. Es verdad que la ruina de la torre cegó la cisterna; pero tenían otra igual, que aunque fuera de la villa, no se veía por fuera, y solo se comunicaba por una mina subterránea. Un moro de Alcalá, prisionero en Martos, envió á decir al rey que *si le hacia merced le mostraria el paraje de la cisterna*. Otorgada la peticion, se logró lo deseado; y cavando contra-mina los nuestros, se apoderaron del agua, aunque con algunas peleas con los que la defendian. En fin, no viniendo socorro de Granada como habian pedido, rindieron al rey la villa sin mas pacto que dejarles ir adonde quisiesen. La entrega fué domingo 26 de Agosto, despues de veinte y seis dias de sitio. Restaurados los muros y el agua, fué Alcalá poblada de cristianos.

A esta victoria se siguió la rendicion de Priego y Carcabuey en el Setiembre inmediato, y poco despues la de Rute y Benamegí. Aun hubieramos ocupado á Isnajar á no haberse levantado temporales muy fuertes, que obligaron al regreso del ejército á Sevilla; pero de paso tomó la torre de Matrera, la cual en tiempo de Ortiz de Zúñiga y de Rodrigo Caro ya no existia.

Quedó burlado el granadino por el rey de Castilla, y considerando que este no interrumpiria el curso de sus victorias en los veranos siguientes, á las cuales no se podia oponer por falta de fuerzas, le propuso treguas pagándole parias. No hacia mencion alguna de la confederacion que con el marroquí tenia, y se las negó don Alonso

como no se apartase de aquel expresamente. No se convino el rey de Granada, y la tregua quedó sin efecto. Sin duda sabia que Albohacen, no bien escarmentado de la rota pasada, ya proyectaba otra venida á nuestra costa, con objeto de socorrer á Algeciras, Ronda y demás que retenia, y aun de lo que la ocasion y tiempo proporcionasen.

Contra las tramas de ambos reyes moros, halló el castellano un oportuno atajo, que fué poner sitio á Algeciras sin dilacion alguna. La guarnicion no era grande; pero podia ser aumentada de Ceuta en un solo dia de camino, y esta era la conveniencia de quitarla á los moros, ya que por levísima causa no se habia hecho luego despues de la victoria del Salado, siendo la ocasion segura. Ahora no habia los caudales necesarios al empeño, y se pensó en poner un pecho en las compras y ventas con nombre de *alcabala*, para no gravar á los pueblos que se hallaban exháustos. Este pecho habia de durar un solo año, y prorogar si necesario fuese. Con este fondo y lo que en el erario quedaba, mandó situar la escuadra de cuarenta galeras y treinta naves, al cargo del almirante Bocanegra, en la parte del Estrecho cercana á Algeciras. Por otra parte proveyó bien las fronteras de Granada teniendo á raya por ellas al granadino. Con tanto, se vino don Alonso á Castilla á recoger sus alcabalas, y tuvo la Navidad de 1342 en Valladolid. Pasó luego á Burgos, en donde tuvo conferencia con el obispo, el arzobispo de Toledo y número de señores acerca del sitio de Algeciras; dijoles era ya cosa necesaria quitar

á los moros las llaves de España, Gibraltar y Algeciras, y que para no agoviar al pueblo con pedidos, habia adoptado las alcabalas como fondo seguro y menos gravoso. Alguna resistencia mostraron los señores y ricos-hombres á las alcabalas como cosa nueva; pero diciendo el rey que sin embargo pondria sitio á Algeciras con solo tres mil caballeros que de su casa le seguirian animosos, como plaza tan útil para seguridad de la península, se conformaron durante aquella guerra. Hecho esto, pasó el rey á Leon para lo mismo á fines de Enero, y de allí bajó á Zamora donde tambien se acordaron las alcabalas para el fin mismo. Volvió á Valladolid á celebrar con la reina y príncipe la Pascua de Resurreccion; pasada la cual partió para Avila, donde obtenidas las alcabalas como de las otras ciudades, se vino á Segovia para reposar unos dias. Allí tuvo la grata noticia de que Bocanegra habia despachado diez galeras á la costa africana contra doce marroquinas que habia en Bullones, las cuales iban á juntarse con su escuadra grande, que ya era de ochenta galeras y otras naves. Que trabada pelea habian las nuestras echado dos á fondo, quemado cuatro, y tomado las otras seis sin pérdida alguna.

La escuadra del marroquí se hallaba en Ceuta, y la nuestra en Jatarez cerca de Algeciras, y resolvió el rey armar cuantas galeras hubiese en los puertos y radas de la costa, y enviarlas al almirante, teniéndose ya por cierta la venida de Albohacen á la defensa de Algeciras.

Sucedió muy á tiempo que el rey de Portugal envió diez galeras al Estrecho por si Albohacen

venia, mandadas por Cárlos Pezano. Con esta noticia partió de Madrid el rey á mediado Mayo para Sevilla, deseando ver por sí mismo el estado de las cosas; y en el Pedroso de la Sierra, tuvo carta del maestre de Santiago en que le decia que *la flota combinada de Granada y Marruecos estaba surta en la ria de Guadamecil; y las de Portugal y Castilla unidas, tenian como bloqueada á la enemiga. Si se apostasen en la costa algunos escuadrones, añadia, de tropa ligera, causarían grave daño á la mora, y aun podrian quemarla con fuegos arrojadizos y petardos.* Con esta noticia, despachó el rey órden á los concejos de Córdoba, Carmona, Ecija y á muchos ricos-hombres, acudiesen con sus pendones adonde él estuviese para darles el conveniente destino. Bajó luego á Sevilla corriendo en un dia las diez leguas que median; y dadas las órdenes mismas, partió á Jerez. Allí dió aviso al almirante *de que á mas andar iba con gente para la costa, y que procurase tener bloqueada un poco mas á la escuadra enemiga, mientras él marchaba en posta á Cabezas de san Juan.* Acordósele la fatal noticia que allí tuvo en otro tiempo de la valerosa y sensible muerte del almirante Jofré Tenorio, por cierto digno de mejor suerte; mas ahora le parecian mas alegres las imágenes que se le presentaban, diciéndole el corazon alcanzaria victoria.

Cuando acababa de comer le vino carta del almirante noticiándole, *que habiendo salido de Algeciras trece galeras enemigas en aumento de su escuadra, habia enviado contra ellas diez suyas; y que tenida batalla habian estas vencido á las moras,*

apresando dos , anegando cuatro , y haciendo embestir contra tierra las siete restantes. Que la playa estaba cubierta de moros de Algeciras protegiendo su escuadra , y recogiendo los pocos que habian podido escapar á nado del próximo choque. Si el rey acudiese allí con tropa competente que ahuyentase los moros , sería natural cayese en su mano la escuadra enemiga.

Estas prosperidades y próximas esperanzas espoleaban al rey para llegar mas pronto ; porque logrando deshacer la flota combinada , habia concluido la guerra , no quedando el marroquí en estado ni gana de volver á nuestras costas. Escribió al almirante *se mantuviese á la capa ya que podia , y no dejase mover á la enemiga de donde estaba ; pues él ya iba corriendo al auxilio , y se queria hallar en toda accion de mar ó tierra que hubiese.* Mas no quiso Dios darle este gusto. Hallándose á cuatro pasos de Jerez le vino correo , diciendo *habia el almirante vencido la escuadra mora , tomando muchas galeras y echando á pique las otras.* Considerando que no habiendo llegado su tropa á la playa frontera , podrian aun salvarse algunas galeras y gentes enemigas ; le llegó nuevo aviso de Tarifa , *de que entre las fustas apresadas habia una cargada de dinero para la paga de su gente.* No pudo ya disimular el gozo su cristiano pecho. Se hallaba en medio del camino , y saltando de la mula , dobló las rodillas en el suelo , alzó al cielo ambas manos entre lágrimas y gritos , y dió gracias á Dios por favor tan señalado.

Llegado á Jerez , tuvo relacion mas por menor de la batalla. Fué , *que la escuadra mora vien-*

dose vergonzosamente cercada de la nuestra junto á Guadamecil, se arriesgó á romper el cordon de la nuestra, y meterse en Algeciras. Que para el hecho peligroso, habia enviado delante algunas galeras que abriesen camino y probasen el empeño, ahuyentando los moros de tierra á los leños cristianos que se les aproximaban. Pero que en este momento se habia levantado viento favorable para nosotros, y nuestras naves se aprovecharon de él, y á vela tendida cerraron la vanguardia mora, y la rompieron al primer ímpetu seis galeras; pero con el ímpetu mismo habian varado tres en la arena. Que los moros de tierra corrieron contra estas tres encalladas para quemarlas con las armas y gentes. Que las otras acudieron á socorrerlas; pero venido entonces el retiro del mar, habian quedado en seco dos galeras genovesas, y los moros las maltrataron infinito, en especial una que no se pudo poner á nado hasta que volvió el estero y reflujo. Por fin, las galeras quedaron varadas, y el almirante, sacada la gente, jarcias, velamen y demás útiles, puso fuego á los buques, el cual dichosamente se comunicó á las galeras enemigas que se hallaron á sotavento.

Mientras estos accidentes parciales, los dos almirantes moros acometieron á los cristianos Pezano y Bocanegra en sus capitanas. Llegan al punto galeras de ambas partes al socorro de los suyos, y se mezcla sin demora la mas cruda batalla. Cúbrese el aire de dardos, lanzas, piedras y barras de hierro á guisa de metralla; el mar de cadáveres, heridos y sangre. Los ardores de la lid á nadie dejaron advertir que las dos escuadras eran á

la par arrastradas de los vientos; ni sabian si estaban quietos ó caminaban, hasta que se vieron en Calletar, junto á Tarifa, una legua de donde comenzó la gresca. En este punto murieron á un tiempo los dos almirantes moros; y primero que ellos, sus mejores oficiales y soldados. Sus estandartes andaban fluctuando sobre las aguas; á cuya lastimosa vista comenzaron á desmayar los pocos moros que todavía peleaban, y á buscar la fuga para Ceuta, aunque mal paradas, medio abiertas, sin soldados, remos y pocos remeros sus galeras. Las que perdieron los moros fueron veinte y cinco entre apresadas y sumergidas; y nuestra escuadra se retiró con la presa á Jatarez sin haber perdido mas que las tres arriba dichas quemadas por el almirante. El rey dió gracias por cartas á éste y á Pezano por el extremo valor de sus personas, no teniendo otra pena que no haberse hallado en el choque. Pezano regresó con sus galeras á Lisboa, y nuestro don Alonso bajó á Jatarez á ver las suyas. Esta memorable victoria fué por Junio 1542 de 1342.



CAPITULO II.

Procedimientos tiránicos del rey de Aragon con el de Mallorca. Sitio de Algeciras por el castellano.

Quietas antes que transigidas las diferencias del rey de Aragon con su madrastra, tuvo proporcion de manifestar su mala conciencia contra el rey de Mallorca don Jayme II. Fué así, que movida guerra entre Inglaterra y Francia, dos naciones poderosas y eternamente rivales, recelaba Francia que el de Mallorca se confederaria con Inglaterra, y le mandó le fuese á prestar los homenajes por el condado de Mompeller. Negóse don Jayme á una ceremonia á que no venia obligado por derecho, y esto bastó para que el francés le ocupase el condado con los estados de Omelades y Carlades que era lo que deseaba. Contaba don Jayme con el favor del aragonés, cuyo feudatario era por su reino Baleárico; pero don Pedro ambicionaba con aquella ocasion usurparle el reino si pudiese sin grande escándalo. Pidióle auxilio para recobrar lo que Francia le habia quitado, pero nunca sacó mas que razones ambiguas y sin efecto; hasta que quitada la máscara le fulminó procesos y sentencias de *si habia batido moneda en Rosellon; si no habia venido á Córtes y otras cosas así.* Cargóle falsos delitos, v. gr. *haberse querido rebelar en rey absoluto y no feudatario: que sin contar con Aragon intentaba mover guerra á la*

Francia; que presumia obligar al aragonés á que le auxiliase en ella &c., añadiendo otras calumnias vergonzosas y despreciables. Una de ellas es la que puso en su historia el mismo don Pedro, que don Jayme habia pasado á Barcelona con intento de llevársele á Mallorca con sus hijos y tío, y matarlos si se resistian. A este verdadero disparate, junta varios cuentos y anécdotas dignas de risa.

Pasó don Jayme con su mujer á Barcelona, con seguro de don Pedro para tratar amigablemente las cosas; pero quedaron peor, pues la reina se quedó con el aragonés su hermano. Hubo su marido de huir á Mallorca, porque se trataba de prenderle á pesar del salvoconducto que tenia de don Pedro. En este despecho le publicó guerra, y desterrando de Mallorca á los aragoneses en ella establecidos, los ocupó los bienes como en represalias. Fué como echar aceite en la llama. El aragonés le dió sentencia de contumaz y rebelde á su soberano, y le condenó á perdimiento de su reino. Bien que por autoridad propia; sin figura de prueba ni de justicia. Quitóle luego lo que el de Mallorca tenia en el Pirineo; y á continuacion marchó para Mallorca con una escuadra de cien velas. Al caido y flaco todos abandonan. Los principales mallorquines se arrimaron al mas poderoso, dejando á su rey propio. Verdad es que él no se habia hecho amable. Con todo eso, pudo juntar hasta quince mil infantes y trescientos caballos, con que poner estorbo al desembarco; pero eran pocas fuerzas para las que el aragonés traía. Llegó la escuadra
 1343 á Palomera dia 23 de Mayo de 1343, y saltó á tierra la tropa por diversas partes, siguiendo al

rey que saltó el primero con mayor temeridad que prudencia. No paró aquí su arrojo. Trepó á la cima de un elevado monte donde el mallorquin se habia fortificado con mucha gente; y si esta no se avilitara, no lo hubieran contado los aragoneses ni su rey don Pedro. Dispersóse toda cobarde y aviladamente, y en menos de ocho dias fué don Pedro dueño de la isla, y jurado rey de ella. Don Jayme pudo huir y refugiarse en Aviñon donde residia el papa; y aunque se empeñó toda su corte para sentar algun acomodamiento, nada pudo conseguirse. Don Pedro IV de Aragon jamás hizo cosa buena por ruegos desnudos de interés, fuerza ó miedo. En vez de dar al cuñado y hermano algun establecimiento de lo mismo que le robaba, marchó para Rosellón y el Pirineo y le ocupó cuanto allá tenia. Con tanto quedó don Jayme sin que comer, y su reino de Mallorca unido para siempre al de Aragon.

Castilla era toda aparatos de guerra contra moros; pues Albohacen era tan tenaz como don Alonso en las empresas militares. Ambos tenian un objeto sobre Algeciras: el marroquí retenerla y el castellano conquistarla. Aquel para abrigo de sus escuadras; éste para que no le tuvieran. Vino bien á don Alonso, que la escuadra que venia de Aragon al mando de don Pedro de Moncada, compuesta de veinte galeras bien armadas y tripuladas, encontró en el camino cerca de Estepona trece galeras marroquíes cargadas de provisiones y pertrechos para Algeciras, y dadolas caza, apresó cuatro, echó á fondo dos, y arredró para Africa las otras siete.

Era esto á fines de Junio, cuando llegado el rey á Jatarez agasajó al almirante y tropa con demostraciones y premios. Montó en una galera, y anduvo reconociendo la plaza de Algeciras, los campos, montes y aguas de su distrito. Supo que la guarnición estaba desconfiada de poder defenderse sabida la pérdida de las municiones que la venian; y resolvió sitiarla estrechamente para que no fuese socorrida. No se detuvo en deliberaciones, una vez que tenia prontos tres mil infantes, mil y doscientos caballos, y la poderosa escuadra combinada de Aragon y Castilla; pero tuvo antes consejo de sus gefes para mejor acierto, y salió resuelto el sitio. Juntóse la masa de gentes y víveres en Tarifa. Mientras venia la llamada, comenzó el sitio con los dos mil y seiscientos caballos y cuatro mil infantes que tenia prontos dia 4 de Agosto, cuidando mucho que la gente de mar y tierra pudiesen auxiliarse en caso necesario. Súpose por unos prisioneros que la guarnición pasaba de treinta mil hombres; los caballos ochocientos; y que los víveres eran suficientes hasta la cosecha del año próximo.

Con esta noticia aumentó tambien el rey sus fuerzas de gente y vituallas, no dudando que el sitio debia ser largo. Tenemos por cierto que en él se vió por primera vez en el mundo el uso de la pólvora para matar hombres y arruinar ciudades. *Los moros de la ciudad, dice la Crónica, lanzaban muchos truenos contra la hueste, en que lanzaban pellas de fierro grandes, tamañas como manzanas muy grandes, y lanzábanlas tan lejos de la ciudad, que pasaban allende de la hueste. Otrosí, lanzaban saetas en los truenos, muy grandes y muy gruesas;*

así, que habia-hi saetas que eran muy gruesas sin guisa. En los capítulos 280, 282 y 285 repite lo mismo. En el 292 escribe: Et otrosí, muchas pellas de fierro que les tiraban de que los homes habian muy gran espanto, ca en qualquier miembro del home que diesen aquellas pellas, llevabanlo á cercen como si lo cortasen con cuchillo; é quanto quiera por poco que home fuese ferido dellas, luego era muerto, y no habia cirujano ninguno que le pudiese aprovechar; lo uno, porque venian ardiendo como fuego; lo otro, porque los polvos con que las lanzaban eran de tal manera, que qualquier llaga que ficiesen, luego era muerto el home, y venia tan recia que pasaba un home con todas las armas. Por fin, en el capítulo 337 añade: venian á los moros barcos cargados de pólvora para los truenos. Parece no deja duda de que allí se puso en uso por primera vez la pólvora y cañones de artillería.

Hizose célebre por esta causa el sitio de Algeciras, y venian á menudo gentes y mesnaderos extranjeros, ingleses, franceses y alemanes. Tomaron los cristianos la torre llamada de *Cartagena* entre Gibraltar y Algeciras. Quiso el rey se diese seguro á dos moros de la guarnicion con excusa de trato, con objeto de saber el estado de la plaza; pero la falta de precaucion le pudo costar la vida. Venian sueltos, y á las ancas de las mulas de los conductores; y uno de ellos, hallándose aun montado delante del rey, arrancó la daga del que le traia, y dió un corte al rey en el brazo. No se pudo saber la causa que tuvo, porque los soldados le derribaron al suelo y le hicieron pedazos á cuchilladas.

A la sazón tuvo carta del aragonés rogándole tuviese á bien remitirle á su almirante Moncada y escuadra, por tener que pasar á Mallorca. Remitiósele el rey, encargándole á Moncada partiese de noche para que no lo notasen los moros; pero el rey de Aragon apoderado prontamente de Mallorca, como dijimos, envió al Estrecho en el próximo Noviembre otra escuadra, aunque de solas diez galeras. No bastaban para tan largo y costoso sitio los fondos que podia suministrar Castilla, y el rey pidió al de Francia un cuantioso préstamo por medio del arzobispo de Toledo, enviándole por arras las coronas de oro y piedras que solia usar en las funciones mas solemnes. Pidió tambien al nuevo papa Clemente VI la continuacion de las tercias, enviándole para ello al prior de san Juan don Alonso Ortiz Calderon, y á Portugal pidió prestados dos millones de monedas de Castilla, hipotecando á Jerez, Alconchel y Burguillos; pero el portugués no quiso ó no pudo prestar nada.

Entrado el Octubre sobrevinieron porfiados temporales, tanto que no hubo género de trabajo que en el sitio no se padeciese. Corrompieronse los comestibles; pudrieronse las tiendas. No habia madera para labrar casas ni aun chozas. Aun se cayeron las que habia. La barraca del rey se podia contar por un palacio, diciéndose por cosa especial que tenia tejas. Lloviase toda, de forma, que hubo noches que el rey tuvo que levantarse del lecho y pasarlas toledanas en un paraje en que no llovía, pero de pies no prestando mas el espacio. Fuera de esto, lo voraginoso del piso donde los reales estaban, no daba lugar á que los caballos hicieran

pie, ni aun la tropa de infantería. El rey y su mesnada hubieron de trasladarse á la playa y sentar su real sobre la arena; los otros no se movieron, pero unos y otros á la inclemencia hasta Marzo. Considerando que podria suceder haber de pasar allí otro invierno como este, envió gentes á los pinares de Moya que cortasen madera y la trajesen por el Turia y mar para construir abrigos. Vinieron tambien varias casillas ya armadas, y no fué menester mas que plantarlas.

Valióse de la coyuntura el rey de Granada, y con ocho mil caballos entró talando y abrasando la comarca de Ecija; quemó sus arrabales, y recogiendo mucho ganado, se fué á Palma á cuyas gentes degollaron, y se retiró con la presa. La guarnicion de Algeciras envió dos moros á nuestro campo con encargo de matar al rey bajo de mensaje fingido; pero los anteriores peligros le habian hecho cauto. Fueron presos en lugares separados, y discordaron mucho en las preguntas. Puestos á la cuestion de tormento confesaron el delito; y cortadas sus cabezas, fueron arrojadas con las máquinas dentro de Algeciras. Pero los moros en venganza degollaron dos cautivos cristianos y arrojaron las cabezas á nuestro campo. A la sazón los soldados cogieron un moro que procuraba entrar en Algeciras; y fué conducido al rey por si podia dar alguna noticia importante. Temió la muerte, y dijo que si le perdonaba la vida, le revelaria un secreto que le importaba mucho. Concedida la peticion, le dijo, que dentro de tres dias se le presentaria un moro para matarle; y para seña de la verdad advirtiese que era tuerto. Verificóse pun-

tualmente, fué preso, confesó la verdad y se le cortó la cabeza.

Continuaba por ambas partes el combate y defensa de Algeciras con el mayor empeño, y se sabia que el marroquí, mal escarmentado de las pasadas derrotas, meditaba de nuevo probar fortuna contra Castilla. Ya juntaba en Ceuta número considerable de galeras suyas, del soldan de Egipto, del rey de Tunez, de Tremecen y demás régulos comarcanos. Publicaba venir en auxilio de Algeciras; y el castellano enviaba diariamente una galera en observacion del enemigo. Envió tambien á Marruecos un redentor de cautivos cristianos, con encargo de observar allá los aprestos que habia para España; y para mas disimulo, aconsejar paz con España, como si naciera de sí mismo. Hizo bien el papel, y supo el número de naves enemigas que habian de venir á nuestra costa por Almería.

Con la noticia procuró tambien el rey aumentar sus huestes y escuadra, reduciendo á moneda la plata y oro labrado que tenia y le prestaron los ricos. Iba mejorando el tiempo venido Marzo, y se comenzaron á cavar fosos, alzar trincheras y ganar aproches. Llegaban á menudo tropas de todas partes á sitio tan importante y famoso, y todos despreciaban el riesgo al ejemplo del rey, que no lo parecia sino un soldado distinguido. Observaron los moros de Granada, Málaga y Ronda, que por acudir al sitio quedaban con poca guarnicion las plazas fronterizas, y entraron con dos mil infantes y dos mil caballos haciendo graves daños en tierra de Ecija, recogiendo mucha presa y prin-

principalmente ganados de carne, de que escaseaban. Regresando con ellos á sus tierras, hallóse por allí cerca don Fernando Gonzalez de Aguilar, y juntando de pronto doscientos hombres, marchó apresuradamente detrás de los enemigos. Habianse detenido con el ganado en el rio y rambla de las Yeguas durante la noche, y llegados allí los cristianos acometieron con grande vocería á los moros desprevenidos, y que tal no podian imaginar. No les fué difícil el derrotarlos al principio; pero puesta en movimiento su caballería, lo hubieran pasado mal los cristianos, á no haberles favorecido Dios por un acaso que pareció milagroso por extraordinario. Detrás de los moros iba el ganado en que habia grande número de bueyes, vacas, novillos y aun toros bravíos. Conocieron los animales la voz de los cristianos y acaso de algunos de sus amos, y dieron unidos una violenta carrera por medio de los moros, derribando infantes y caballos y matando muchísimos; los otros se pusieron en cobro huyendo. El ganado menor seguia al mayor, y pasado el rio, se acogió á los nuestros como en asilo. Entonces entraron los cristianos en la rambla degollando á los heridos y derribados de los bueyes, y aun siguieron el alcance por dos leguas. Por fin, volvieron á casa con la presa de trescientos caballos enemigos, y sin haber perdido un hombre. De los moros quedaron muertos y cautivos seiscientos cincuenta.

CAPITULO III.

Prosigue el sitio de Algeciras hasta rendirse. Muere la princesa de Portugal. El príncipe sigue sus amores con doña Inés de Castro. Movimientos en Aragon. Muere el destronado rey de Mallorca. Sitia á Gibraltar el rey de Castilla. Muere.

A pesar de la vigilancia con que nuestra escuadra guardaba el Estrecho, no dejaban de pasarle y entrar en Algeciras algunos barcos de provisiones que Albohacen enviaba de Ceuta. No podia venir en persona por no poder competir sus fuerzas marítimas con las nuestras; y además, su hijo Abderramen se habia levantado con el reino, y aunque le hizo degollar proditoriamente, no dejó de atrasar esto las cosas. Aun poco despues amaneció otro rebelde fingiéndose Abderramen, como sino hubiera sido muerto, y costó mucho el desengañar á sus partidarios.

A la fama de sitio tan difícil como empeñado, venian gentes cruzadas de los reinos extranjeros; y el rey de Navarra don Felipe vino con cien caballos y trescientos infantes á mediado Julio, y trajo por mar los víveres para ellos. En el agosto siguiente vinieron al real mensajeros del papa con un préstamo de veinte mil florines, y del rey de Francia con cincuenta mil de regalo. Poco despues el rey de Aragon envió otras diez galeras al

Estrecho, que don Alonso le habia pedido para mas asegurar el golpe; pero los cruzados extranjeros teniendo el sitio por cosa larga, marcharon á sus tierras. Aun el conde de Fox, despues de haber obtenido pagas para su gente, desamparó el campo; pero llegado á Sevilla enfermó y murió de la dolencia. Tambien se retiró el rey de Navarra sintiéndose enfermo, y murió en Jerez á 26 de Setiembre.

Por ahora estaba en Ceuta la flota combinada de Granada y Marruecos, á punto de zarpar en socorro de Algeciras á cualquiera costa; y por fin, salió para Tigices, pero seguida á lo lejos de diez galeras nuestras que observasen sus movimientos y diesen al rey noticia. Envió otras diez, que juntas á las primeras tuvieran como bloqueada en Tigices á la mora; creyó esta que allí estaba toda la escuadra española, y arrimaron á tierra la suya lo mas que pudieron. Es aquella costa muy desabrigada, y arreciada la mar por un viento norte estrelló contra las peñas varias galeras, y unas con otras, hasta veinte leños con todos los caballos que traian. Lo demás de la escuadra mora se recogió al puerto de Tigices. Seguianla diez y nueve galeras nuestras, y el rey mandó pasar allá el resto de nuestra escuadra; pero ya no hallaron á la mora en Tigices, ni vieron nuestras diez y nueve galeras, porque aquella anduvo costeano adelante, y nuestras galeras siguiéndola. Incorporadas nuestras divisiones para la batalla naval, he aquí que repentinamente se mueve tal tormenta, que nuestra escuadra fué llevada á voluntad de los vientos y dispersada por el Mediterráneo, cogiendo cada fusta el puer-

to que pudo hasta Valencia en muy mal estado. Diez dias anduvo prohejando en estas fortunas, hasta que trabajosamente fueron regresando al Estrecho.

En este comedio tuvo lugar la mora de venir á las playas de Estepona. Constaba de sesenta galeras, y en cada una venian de cincuenta á sesenta caballos y número de cautivos. El general era Alí, hijo de Albohacen. Tomaron allí tierra, y costa arriba fueron hasta Gibraltar, mientras las naves iban por el agua. Llegaron allá dia 3 de Octubre por la noche, y de ello dió aviso al rey una galera que estaba apostada. La escuadra mora hubiera entrado en Algeciras si hubiera sabido la dispersion de la nuestra, mas ignorándola, se quedó en Gibraltar. Pasados cuatro dias llegó allá el infante Alí con su tropa de tierra y caballería. Por último, pasaron á Algeciras infantes y caballos moros: estos eran doce mil; los infantes eran muchos mas sin contar la guarnicion de la plaza. Ya no habia remedio: era necesario llegar á las manos ejércitos y escuadras. Habian los moros echado voz de que los choques de mar y tierra serian en un dia mismo con objeto de tener divididos á los cristianos, siéndoles tan inferiores en número. Las apariencias acreditaban esta noticia, y nuestro rey no cesaba de reforzarse y animar la gente; pero siempre tuvo por necesario poner la mayor fuerza en la escuadra, pues venciendo esta á la mora, sería tambien vencida la gente de tierra.

Pero tuvo en el momento una desazon que pudo frustrar sus esperanzas. El almirante Boca-

negra, hallándose casi á punto de comenzar el combate, dijo al rey que si no pagaba á la escuadra genovesa los cuatro meses que la debia, se retiraria á Génova en el momento. Sospechóse que Bocanegra, como buen genovés, se las entendia con Albohacen por soborno; y de esto habia mas que sospecha, vistas en su poder cartas del moro con que procuraba apartarle del servicio de Castilla, y le prometia quanto oro pidiese, &c. Pero el rey vendió cuanta plata y oro tenia en su casa y mesa, tomó los mismos metales de las iglesias en calidad de préstamo, y aun de los obispos y caballeros, pagó la deuda, y se acalló la queja.

Esperabase ya un dia para otro la batalla; pero todavia el granadino, acordándose de la del Salado, quiso ver si por dinero podria conseguir se levantase el sitio de Algeciras. No desconfiaba doblegar al rey habiéndole faltado Fox y Navarra con todos los cruzados, y muerto el maestre de Calatrava don Gonzalo Nuñez (ó Martinez) de Oviedo, don Fernando Gonzalez de Aguilar y otros soldados de nombre. Envió mensajeros con el tratado, y aunque el rey tenia dicho no haria paz con los moros mientras no le diesen Algeciras, respondió que si le daban Marruecos y Granada trescientas mil doblas por los gastos hechos, y el granadino le pagase las parias antiguas, admitiria el trato. La Crónica de don Alonso dice: *con esto pretendia pagar la tropa y aumentarla, ganar á Algeciras, y despues restituir la suma.* Esto es mas posible que creible. Pienso que el rey pidió tan grande suma para no concluir paz, como sucedió en efecto; pero con todo la hubiera tenido si no

fuera por un acaso. El granadino pasó al Africa por el dinero, y sabidolo Bocanegra, tuvo tentacion de salir á caza de la galera que le traia y apresarla para sí. Conoció el rey este designio, y detuvo con ardid al almirante por haber armisticio durante el viaje. No cometió el atentado; pero lo puso en mano de un sobrino suyo, llamado Valentin, que con una galera le diese caza; mas aunque hizo cuanto pudo por agarrar la presa, la defendieron bien los moros, y Valentin se llevó chasco. Peor; por miedo del castigo no volvió á la escuadra, y huyó á Génova con su galera.

Como quiera que fuese, lo cierto es que ya no se habló mas de este convenio, sino que por el contrario, el rey de Granada y Alí se pusieron en marcha para el campo y sitio de Algeciras, y llegaron al rio Palmones una legua distante. Hallaron á los nuestros bien apercebidos y esperándoles, lo cual bastó para que se volviesen sin hacer casi nada. Estaban ya en el mes de Noviembre, y el diez y seis de sitio, sin que se viesen asomos de rendimiento. Presumieron los cristianos incendiar la escuadra mora; pero fué en vano. Los almirantes de Aragon, Mercer y Escribá, dijeron al rey les faltaban las pagas, y que si no se les hacian, la gente no teniendo que comer no pelearia ni permaneceria al servicio. Para detenerlos hubo el rey de buscar dinero á interés de los mercaderes catalanes: hizo las pagas, y se detuvieron. Súpose por unos desertores que la plaza escaseaba de pan, y no podria tardar á rendirse. Desde entonces puso el rey mayor cuidado en que no les entrase; tanto que él mismo en persona pasaba las noches velan-

do en las galeras sin atender á las amonestaciones de los capitanes.

A primeros de Diciembre tentaron otra vez los moros de tierra entrar en Algeciras; pero tampoco pudieron pasar del rio Palmones. Atacóles el rey, y hubieron de retroceder huyendo, despues de haber perdido grande número entre muertos y prisioneros. Desde este dia comenzaron á desconfiar dar socorro á la plaza, y mas de hacer alzar el sitio, mayormente habiendo caido en nuestras manos como por milagro una galera cargada de harina que iba á Algeciras. A principio de Febrero de 1344 salió de ella un desertor, y dijo al rey 1344 que los sitiados ya no tenian pan para dos meses: que habia muerto mucha tropa en las salidas y enfermedades que á la sazón duraban; y que creia podria la plaza defenderse poco, aunque á deshora habian entrado algunos leves refrescos y pólvora para los *truenos*. Este nombre daban á la artillería, no teniendo aun otro. Con esta noticia cerró el rey todo paso por agua, atravesando un cordon de pipas amarradas; y fué tan útil, que un moro gran marino, que habia entrado repetidas veces con provisiones, dijo al marroquí que la pérdida de Algeciras era ya segura. Lo mismo la tuvieron por infalible Alí y el granadino, y comenzaron á meditar cómo salvarian la guarnicion y rendir la plaza. Por fin, dia 22 de Marzo vino al rey un enviado del granadino con el tratado, cuyas condiciones eran: *Algeciras será entregada al rey de Castilla. La guarnicion saldrá con sus haberes y debidos honores. Los reyes de Granada y Marruecos tendrán tregua con el de Castilla para quince*

años. *El de Granada le pagará en parias doce mil doblas de oro anuales.*

Habido Consejo, resolvió el rey admitir el tratado como tan ventajoso, no habiendo el sitio tenido mas objeto que la posesion de Algeciras. Firmóse el tratado sin mas alteracion que reducir á diez años la tregua de los quince; si bien no se guardó una ni otra. Concluido todo, se entregó la plaza viernes de Pasion á 26 de Marzo, y el rey entró en ella verdaderamente triunfante domingo de Ramos (á imitacion de Jesucristo en Jerusalem) llevando todos ramos y palmas en las manos. Duró este sitio diez y nueve meses y veinte y tres dias. Tuvieron en esta victoria mucha parte las órdenes militares, los obispos de Zamora, Sevilla, Cádiz, Jaen y otros. Pero todos hubieran desmayado sin el invicto ánimo del rey que les sostenia. Purificóse la mezquita y se erigió en iglesia, con el título de *Santa María de la Palma*. Dió parte de la victoria al papa y reyes aliados. Con este triunfo y tregua gozó Castilla algunos años de reposo.

En Portugal el príncipe don Pedro tuvo de su mujer doña Constanza Manuel á su hijo don Fernando, que le sucedió en el reino. Ya miraba con afecto á la célebre Inés de Castro, dama de la princesa, hija natural de don Pedro Fernandez de Castro. El rey padre quiso que Inés fuese la madrina en el bautismo para ver si el parentesco espiritual apartaria al príncipe de la Castro, además del natural que ya tenian. Engañóse Mariana llamando Luis al recién nacido. Fué vana la solicitud del rey aunque tan justa. Siguió don Pedro su comercio con Inés, y de él resultaron cuatro

hijos ; pero muerta doña Constanza en 1345 dicen casó de secreto con la Castro dia 1.º de Enero de 1354, mediante dispensa pontificia. Como quiera que esto fuese, lo cierto es, que algunos grandes que llevaban á mal la privanza de los Castros, mataron á doña Inés dia 7 de Enero de 1355. Estos crueles asesinos fueron Pedro Coello, Jayme Lopez Pacheco y Alvaro Gonzalez. El príncipe los pidió al rey su padre para degollarlos por una muerte tan inicua de una inocente ; y no concediéndoselos el rey, movieron ambos las armas. Temió el rey que la indignacion del hijo al cabo vengaria la sangre de Inés, y aconsejó á los tres asesinos se retirasen á Castilla ; pero no bastó esto. Mas adelante, reinando ya el príncipe en Portugal y en Castilla don Pedro el *Cruel*, hicieron cambio de Pedro Coello y Alvaro Gonzalez por dos caballeros castellanos retraidos en Portugal. Diego Lopez Pacheco se salvó en Aragon. A Coello le fué arrancado el corazon por los pechos, y á Gonzalez por las espaldas. Pero sin embargo, parece que don Pedro se consoló pronto. Enamoróse de Teresa Lorenzo, dama tambien gallega como la Castro, de la cual tuvo en hijo á don Juan, que reinó despues de don Fernando con el nombre de I.

En Aragon eran las guerras de otra especie que las de Castilla. Su rey don Pedro no tenia varon ; solo tres hembras, Constanza, Juana y María. Don Jayme, hermano del rey, era gobernador general del reino, segun costumbre antigua, de que lo fuese el inmediato sucesor á la corona. Toda ella lo suponía así, siendo por sus leyes funda-

mentales excluidas las hembras ; y estas leyes quería traspasar don Pedro. Hizo pragmática de que sus hijas debian ser preferidas á don Jayme como un grado mas remoto , y por consiguiente ser reina la mayor (que era Constanza) en caso de que no le naciese varon. Asegurabanle los médicos que la reina no pariria sino hembras ; pero se engañaron como suelen. Consultó el rey el negocio con letrados en el mes de Julio de 1346 hallándose en Poblét , mandádoles fundar sus votos por escrito. Fueron veinte y dos los consultados , y tuvo el rey diez y nueve de su parte ; de la del reino , solo tres. Así lo escribe el mismo rey don Pedro en su *historia*. En su favor escribió el jurista italiano Jayme de Butrigariis ; pero hubo algunos que sin temer las iras del rey sostenian públicamente las leyes de la corona , señaladamente su vicecanciller Micer Arnaldo de Morera.

1547 Siguiendo pues la pluralidad de votos , dia 23 de Marzo de 1347 fué doña Constanza declarada sucesora de su padre. Tras de esto quitó el rey á su hermano el gobierno de los reinos , y le desterró de pueblos y ciudades grandes , temeroso de que formase partido en defensa de las leyes del reino ; pero fué en vano. Los brazos de todo él se alarmaron de forma , que estuvo á punto de dar un estallido. Calmó alguna cosa por haber la reina parido un niño hallándose por Abril en Valencia ; pero habiendo muerto poco despues , y detrás la madre , volvió todo á las andadas.

Muerta la reina , trató don Pedro matrimonio con doña Leonor de Portugal por medio de doña Constanza Manuel , mujer del príncipe , y se efec-

tuó en 11 de Junio. Vino la novia á Barcelona por Octubre á tiempo que murió el infante don Jayme, por cuya causa ardia el reino en sediciones bajo nombre de *Union*; pero no cesaron por su muerte. Crecieron en inmenso contra la sucesion de las hembras en el reino; tanto, que hubo el rey de declarar inmediato sucesor suyo á su hermano don Fernando en caso de morir sin hijo varon. Hizo este paso por ver á Valencia arrestada en defender aquella ley de baronía; y además creó entonces en ella un magistrado con la jurisdiccion misma que el *Justicia de Aragon*, que fuese juez entre el rey y los vasallos. Parece que este magistrado aun se conserva en Valencia bajo el nombre de *Juez de Contenciones*. Dos años duraron aquellas inquietudes, y solo cesaron con el tiempo y medios suaves que se adoptaron. Hubo por entonces peste en casi toda Europa, y nuestros reinos quedaron medio despoblados. La reina de Aragon fué víctima del contagio, hallándose en Jerica huyendo de los lugares infectos, á fin de Octubre de 1348. No dejó hijos, y el rey casó con doña ¹³⁴⁸ Leonor de Sicilia, hermana de su rey Luis.

Tan obstinadas inquietudes en Aragon dieron ocasion á que don Jayme, rey destronado de Mallorca, pensase en recobrar el reino; pero le faltaba lo principal que era el dinero, y como el rey de Francia deseaba adquirir el condado de Mompe-ller, que era lo único que al mallorquin quedaba, se le vendió por ciento veinte mil escudos. Con esta suma y el favor de doña Juana, reina de Nápoles, aprontó escuadra competente al empeño, y hubo el aragonés de hacer lo mismo para defensa. Pero

como la *Union* aun permanecia , no pudo ir en la jornada , y envió á su tio don Pedro , porque corrió voz que esta *Union* auxiliaba á don Jayme y aun el rey de Francia. Por lo mismo aumentó sus fuerzas cuanto pudo, hasta ser muy superiores á las de don Jayme. Desembarcó éste en Mallorca por Octubre mil quinientos caballos y once mil infantes , y se dispusieron para la batalla contra los aragoneses luego que llegasen. Llegaron en efecto dia 25 del mismo mes , y en los llanos de *Llucmajor* se dieron batalla que duró cuatro horas; pero cedieron los de don Jayme á la superioridad de los aragoneses , por quienes estaban los isleños. Era ya medio dia , y aun no se habia declarado bien la victoria , aunque los franceses de don Jayme habian desmayado. Él y sus caballeros sostenian la pelea ; pero fueron cercados en el centro y cargaron sobre don Jayme , que solo él diferia la victoria. Hirieronle con alternados golpes de todas armas , y cayó del caballo al suelo , donde un almogavar le cortó la cabeza. Puesta su gente en huida fueron seguidos , y no escapó ninguno. Don Jayme , hijo del muerto , quedó prisionero y herido. El cadáver de su padre fué llevado á Valencia y enterrado en el coro de su catedral.

Los aragoneses que presidiaban la Cerdeña se hallaban ahora gravemente molestados por los poderosos de la isla , á quienes los Dorias genoveses auxiliaban. Ganaronles una batalla que les debilitó mucho ; pero el año próximo 1349 habiendo el rey ganado muchos poderosos sardos con dádivas y favores , fué la pérdida resarcida , y Rimbao de Corbera , gobernador de la isla , derrotó á los

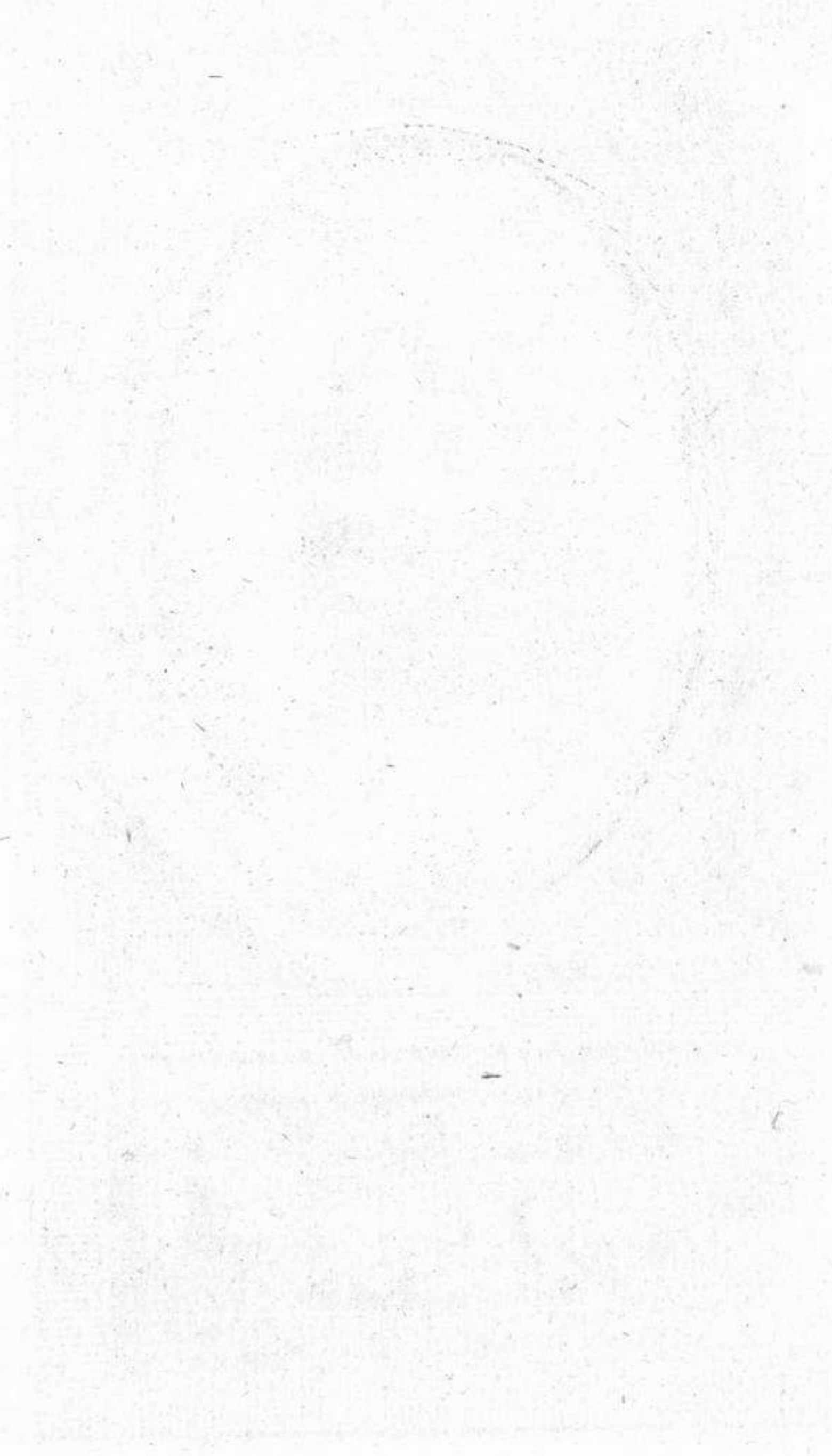
Dorias que sitiaban á Sacer , y no paró hasta echarles de ella con el auxilio de la gran casa de Arborea.

En Marruecos se levantó contra Albohacen un hijo suyo con partido poderoso ; pero no siendo menor el de su padre , previnieron ambos las armas estando seguros que nadie podia quedar con vida sino venciendo. No podia la coyuntura venir mas á tiempo para que Castilla recobrase á Gibraltar que tanto deseaba. Tuvieronse Córtes en Alcalá, en que se juntó el dinero necesario para los aparatos de guerra. Aumentóse la escuadra con ocho galeras de Aragon y algunas de Génova , todas á cargo de Bocanegra. Abrióse foso al rededor de la plaza contra las salidas , y se levantaron trincheras para los combates. En este estado de cosas, entró peste en el ejército cristiano , y sucedió lo peor que pudiera. El rey fué herido del contagio, y murió viernes Santo 27 de Marzo de 1350. Así lo dice la Crónica de don Pedro ; pero como ese año viernes Santo fué dia 26 , hay alguna equivocacion en el dia. El cadáver real fué llevado á Sevilla , y despues á Córdoba como mandára.

Este don Alonso XI, y último de Castilla, casó con doña María de Portugal en 1328 , y de ella no tuvo mas hijos que don Fernando y don Pedro; y habiendo muerto el primero en 1333, le sucedió don Pedro, denominado justamente el *Cruel*. La reina viuda permaneció en Castilla seis años; pero despues horrorizada de las crueldades del rey su hijo , huyó á Portugal , donde murió en 1357. Tuvo don Alonso un comercio carnal jamás interrumpido con doña Leonor de Guzman como insi-

nuamos arriba, y le parió hasta nueve varones que fueron Pedro, Sancho, Enrique, Federico, Fernando, Tello, Juan y otros dos, y una hembra llamada Juana. Casi todos fueron víctimas con su madre de la crueldad de don Pedro. El elogio del rey don Alonso está por demás á vista del que hizo el papa Clemente VI y trae Raynaldi, continuador de Baronio. Hasta los moros de Gibraltar dijeron habia muerto en don Alonso uno de los mayores reyes de la tierra. Con su cadáver marchó tambien la gente de guerra, y Gibraltar quedó libre.







CAPITULO IV.

Comienza el reinado de don Pedro el *Cruel*. Muerte violenta de doña Leonor de Guzman y de Garcilaso de la Vega. Abrogacion de la *Era de César* en Aragon, y las *calendas, nonas é idus*. Amores de don Pedro con la Padilla. Casa con doña Blanca de Borbon. Apoderanse los Padillas de la voluntad del rey. Casa con doña Juana de Castro, y tiene á un tiempo tres mujeres propias.

Hallabase don Pedro con su madre en Sevilla, y cuando esperaban al rey don Alonso coronado de laureles ganada Gibraltar, le vieron venir muerto y el ejército enlutado. Tenia don Pedro poco mas de quince años y siete meses; pero la malicia suplía su edad en tanto grado, que luego se hizo temer de todos sus hermanos, de la madre de estos, y de cuantos estaban á su servicio. Yo no dudaria de que todo proviniera de la reina viuda, mujer vengativa y sanguinaria, que habia tenido que consumirse de celos por tantos años. Fué, pues, doña Leonor por quien comenzó la escena, hallándose en la fortaleza de Medina Sidonia. Sacaronla de allí con seguro del rey, don Juan Nuñez de Lara y don Juan Alonso de Alburquerque, y la aseguraron en el alcázar de Sevilla. Estos caballeros y demás de la corte aconsejaron al rey atrajese á su servicio á todos sus hermanos, en especial á don Enrique y don Fadrique que ya tenían sobre diez y siete años, como no menos á los caballeros que estaban en su servicio puestos por su padre. Oyóles el rey, concurrieron á Sevilla

donde los recibió con agrado, y pareció que los temores no pasarían adelante, habiéndose permitido á don Enrique visitase á su madre en el alcázar. Pero don Fernando Manuel, marqués de Villena, hijo de don Juan, muerto tres años antes, habia tratado de casar á su hermana doña Juana Manuel con don Fernando de Aragon, y hubo de oponerse doña Leonor, por ser dicha doña Juana esposa de don Enrique sin saberlo el hermano, y estaba en compañía de la misma doña Leonor en el alcázar. Apresuraronse las cosas: contrajeron de presente y consumaron el matrimonio. Sabido el hecho, estuvieron hijo y madre en el mayor peligro, por haber sido en desagrado de rey y reina, estrecharon á doña Leonor las prisiones, y la trasladaron á Carmona. Presintió don Enrique le querían arrestar, y huyó para Asturias acompañado de dos caballeros de su casa, con los rostros cubiertos para no ser conocidos.

En Agosto enfermó de gravedad el rey en Sevilla, tanto que, desconfiando de su vida, ya se trataba de quién habia de sucederle; pero por desgracia se recobró y cesó todo. Convaleció; y á **1351** principio del año 1351 partió para Castilla con toda la corte. Habian fallecido en pocos dias don Juan Nuñez de Lara y don Fernando Manuel, y creyó el rey podia y debia tomarles sus estados como lo hizo. Ambas muertes fueron gratas al Alburquerque, ayo del rey, que lo gobernaba todo á su gusto. La reina madre sacó de Carmona á la Guzmaná, y la llevaba consigo como prisionera y en triunfo, holgándose de ver abatida á su rival en otro tiempo. Llegados á Llerena tuvo permiso

para ver á su hijo don Fadrique , maestre de Santiago , y su vista fué el espectáculo mas compasivo y lastimero. Una hora duró la visita , y no se pudieron hablar una palabra hijo y madre , haciendo las lágrimas , abrazos y sollozos el oficio de la lengua , atada con la angustia. Separaronle los que guardaban á la madre ; y para mayor pena mandó el rey fuese llevada á Talavera y puesta en el alcázar. Esta villa era propia de la reina madre , y no se debe dudar de que la órden salió de ella. No la duró mucho la cárcel ; pues á breves dias envió la reina á un tal Alonso Fernandez de Olmedo que la matase en el alcázar mismo , y lo ejecutó en llegando. Otra muerte como la de la Castro , cuya culpa podemos refundir en sus amantes mas que en ellas.

Pasados los montes , se fué la corte á Burgos donde mandó el rey matar á Garcilaso de la Vega , hijo del muerto en Soria. Avisóle la reina madre no viniese á palacio ; pero hallándose libre de culpa no se aprovechó del aviso. Era Garcilaso adelantado del rey en Castilla , y la crueldad de este pasó en Garcilaso mas allá de la muerte , dada á golpes de maza. Mandó que su cuerpo fuese arrojado á la calle por donde pasaba el tropel de toros que se corrian aquel dia , y le destrozasen , mientras el benigno rey lo miraba con gusto , y se gozaba de verlo. Murieron entonces otras muchas personas de cuenta , sin mas delito que los antojos del rey y de su ayo.

Don Juan Nuñez de Lara dejó en su muerte un hijo de tres años llamado don Nuño ; y recaído en este el señorío de Vizcaya , luego procuró el

rey quitarle la vida y el señorío. Salvóle la primera su nutriz huyendo al señorío, siguiéndola el rey en persona, y tan á los alcances, que los cogiera sin duda, á no romper un arco en el puente de Rad en el Ebro. No pudiendo ya seguirlos, se volvió el rey á Burgos, y desde allí quiso ganar á los vizcainos con halagos y promesas. No adelantó nada por este camino; pero muerto poco despues el niño Lara, lo consiguió todo, llevándose presas dos hermanas del niño. Así robó don Pedro el señorío de Vizcaya y demás estados de la casa de Lara: los aduladores defensores de don Pedro de Castilla nos dirán con qué justicia los robó, ya que le llaman *Justiciero*.

A 16 de Diciembre, estando en Perpiñan el rey de Aragon, expidió el célebre decreto que abo-
lia la data de las escrituras por *calendas* al uso romano, y mandó poner dia, mes y año del nacimiento de Jesucristo. Abolió tambien del modo mismo la Era de César. Corroboróse este decreto en las Córtes de la misma dia 14 de Marzo de 1351. Mas adelante adoptaron esta cuenta Castilla, Portugal y Navarra. Comenzaba, pues, entonces el año el mismo dia de Navidad 25 de Diciembre; y dia 27 parió la reina de Aragon un infante á quien llamaron Juan, que sucedió á su padre; y con este príncipe terminaron la *union* y sediciones del reino y sucesion de doña Constanza.

Las inquietudes de Portugal eran graves; pero de género diferente. Su rey Alonso IV en los últimos años de su vida fué acometido de una insaciable avaricia de usurpar los bienes de las iglesias; si bien era esta una enfermedad antigua en

aquel reino , para cuya curacion no bastaban lenitivos ni cauterios de los papas. Al ejemplo del rey todo el mundo robaba , usurpaba , se apoderaba por fuerza de cuanto queria. Si los prelados excolmugaban , apelaban á los jueces reales , y salian absueltos con anuencia del rey. Amonestóle el papa repetidas veces pusiese remedio en estos excesos sacrílegos y escandalosos ; pero no los remedió sino la muerte.

En Navarra era rey don Cárlos el *Malo*, desde 1349 , por muerte de su madre doña Juana. Hallabase por ahora en Burgos don Pedro de Castilla , y fuéle á visitar para sentar alianzas como los padres habian tenido. Eran ambos semejantes en lo malos , y pronto se convinieron. No lo era menos el rey de Aragon ; y tambien quiso confederarse con el navarro , como lo hizo por medio de embajadores.

El castellano tuvo por Octubre Córtes en Valladolid. Eran las primeras suyas , y por eso fueron plenas y concurridas. Ventilóse en ellas el punto de *behetrias* y estuvieron á punto de quitarse. Esforzaba Alburquerque el quitamiento como cosa necesaria al estado ; pero en la realidad no queria sino adular al rey. La *behetria* era un derecho que los pueblos tenian á mudar de dueño cuando el que lo era les trataba mal y cargaba de pechos. Decretóse tambien casar al rey para asegurar la sucesion ; y con anuencia de la reina madre y del Alburquerque , fueron enviados embajadores á Francia pidiendo para reina de Castilla á doña Blanca de Borbon , hija del duque Pedro de Borbon , que estaba sobre los diez y seis años ; y se efectuó

el matrimonio de presente, según los poderes, en Julio de 1352, regresando con la novia que había de ser tan desgraciada.

Desde las Cortes pasó el rey á ver á su abuelo el de Portugal en Ciudad-Rodrigo, para componerse con don Pedro su hermano don Enrique. Reconcilióles el portugués por entonces, permitiendo que don Enrique pudiera venir á Castilla. Hallándose el rey en Sahagun, dicen que su privado Alburquerque le presentó una doncella de su mujer, llamada María de Padilla, hija de Diego García de Padilla y de María de Hinestrosa, señores de Villagera, todos de noble sangre, y la hija de hermosura extraordinaria. Prendóse de ella don Pedro; y parece que ya venia prevenida y resuelta á ser otra Guzman, pues no se hizo de rogar, ni fué avara en otorgar favores. Es verosímil lo que despues de muerta declaró don Pedro sobre haber revocado á tiempo los poderes para casar con doña Blanca, y haber casado de secreto con la Padilla. Apoyaronlo con juramento en las Cortes de Sevilla de 1362 don Diego de Padilla, maestro de Calatrava, hermano de doña María, don Juan Alonso de Mallorca, canciller del sello secreto, y don Juan Perez de Orduña, capellan mayor del rey, declarando haberse hallado presentes como testigos. Sin embargo, atendido lo que pasó despues con doña Juana de Castro, todo pudo ser una ficcion del rey á favor de sus hijos con la Padilla.

Diremos aquí nuestro dictámen acerca de esto, sin detenernos mucho en refutar á tres ó cuatro defensores de don Pedro, por quien traspasan los

límites de la decencia. Dicen un monton de cosas inverosímiles acerca de haber casado el rey con doña Blanca, siendo casado con la Padilla. Dicen lo hizo temiendo se alborotase el reino. Esto es absolutamente falso. Jamás hubo rey que menos temiese á nadie, como luego veremos. Y si temió aquello ¿cómo es que no temió abandonar del todo á doña Blanca, llevarla de cárcel en cárcel, no cohabitar nunca con ella, tener tantos hijos con la Padilla y casar públicamente con doña Juana de Castro? Las demás razones contra don Pedro se verán siguiendo el hilo de su vida. No he podido hallar cosa segura sobre la patria de doña María; pero tengo por verosímil fué Sevilla, segun escribe Ortiz de Zúñiga.

La vista y union de don Pedro con la Padilla parece fueron por Mayo de este año 1352; pues á 26 de Junio concedió á Briones un privilegio que trae el médico Gerónimo Gudiel en el *Compendio de algunas historias de España, en especial de la casa de Ureña*. Si esto es así, tiempo tuvo don Pedro para revocar los poderes; ¿por qué no envió luego postas á Francia de haberlos revocado, y que la novia no viniese? ¿Por qué la dejó venir y casó con ella *in facie Ecclesiæ*? ¿Por qué la llamó la *reina doña Blanca mi mujer*, en los privilegios? Como quiera, ello fué, que antes de venir doña Blanca, ya la Padilla habia parido en Córdoba á su primogénita Beatriz. Llegada doña Blanca á Valladolid dia 25 de Febrero de 1353, ni estaba el rey allí, ni recibió con agrado la noticia en Torrijos donde estaba con la Padilla. Esto era muy conforme á la ceguedad en que vivia, faltan-

do á la magestad y real palabra. El mismo Alburquerque conoció la impolítica y vil correspondencia, y procuró inducirle á soldar la gran deshonra que de faltar á los tratados y casamiento hecho habia de resultar á doña Blanca y á todo el reino; los perjuicios venideros por parte de la Francia, pérdida del riquísimo dote, guerras, enemistades &c. Aunque este privado no decia esto al rey por recto fin, sino por ver que su privanza se iba pasando á los parientes y casa de la Padilla, no obstante pasó el rey á Valladolid, convocó á los grandes para la boda, y la solemnizó dia 3 de Junio con doña Blanca, recibiendo las velaciones y bendiciones nupciales. Duró tan poco, que al segundo dia se dejó la mujer, y marchó en posta para la Puebla de Montalban donde estaba la Padilla. No hubo mortal que se atreviese á advertirle lo descortés de aquel procedimiento, excepto los parientes de doña María, que le persuadieron debia volver á Valladolid, y no desairar tan presto á doña Blanca. Volvió en efecto; pero no hubo forma para detenerle allá mas de dos dias. Vínose á Olmedo sin ver á doña Blanca, y se mandó traer á la Padilla. Compadecida la reina madre de la desdichada suerte de su nuera, se la llevó á Medina del Campo; pero poco despues mandó el rey ponerla presa en Arévalo, sin permitir que la viese su madre. Despréciase como una fabuleta ridícula lo que dicen algunos mitólogos, de cierta faja ó cintillo que dicen dió doña Blanca al rey, á quien pareció era una culebra que llevaba ceñida, y que era por arte mágica de un judío confidente de la Padilla.

Casó por entonces el rey á su hermano don Tello con doña Juana de Lara, señora de Vizcaya, desposados de años antes. Restituyóles el rey aquel señorío; pero fué todo á mediacion del tio y hermano de la Padilla que deseaban amistad con don Tello, con don Enrique y demás hermanos. Por la nueva privanza fué decayendo la de Alburquerque, fueron perdiendo los empleos sus hechuras, y pasando á los parientes de la Padilla. Pero parece fué mas por complacerla, que por pedirlo ella. Doña María era toda pacífica, dulce, amable, en todo opuesta á la crueldad de don Pedro. En suma, hija de Venus y enemiga de Marte. Dió su cámara á Diego García de Padilla, hermano de doña María, y poco despues el maestrazgo de Calatrava, quitándoselo sin autoridad pontificia á don Juan Nuñez de Prado. Ni se contentó con esto. Mandóle prender en Almagro; y aunque podia defenderse como se lo aconsejaban sus freyres, en especial don Pedro Nuñez de Godoy, considerándole inocente (que mas adelante muerto el rey fué maestro) se dejó prender sin resistencia. Entrególo al Padilla, y éste pocos dias despues le degolló en el castillo de Maqueda. Dijeron que por autoridad propia; pero no es creible. Lo es sí, que el rey lo publicó así para purgarse de la nota de no guardar el seguro que le habia dado. Así lo habia hecho su padre. Parece que la muerte del maestro fué en 1354 ó siguiente.

Caido de su privanza don Alonso de Alburquerque, anduvo fugitivo por sus fortalezas hasta que no viendose seguro se retiró á Portugal; y el castellano le tomó á Medellín por entrega de

Diego Gomez de Silva. Procuró lo mismo en Alburquerque y Cobdesera; pero no pudo lograrlo por ahora. Con tanto, dejando en Badajoz fronteros contra ambas fortalezas á sus hermanos y á los Padillas, partió para Valladolid á contraer tercer matrimonio con doña Juana de Castro. Decíase que la Padilla deseaba retirarse de su escandaloso comercio con el rey, y tomar el hábito de religiosa franciscana. Es creible la hubiesen acometido escrúpulos y desabrimientos, y creía que aquel estado tan violento no podia parar en bien. Doña María era de corazon tierno, apacible, amoroso; el rey fiero, cruel, sanguinario. Como quiera, lo que consta es que don Pedro escribió al papa pidiéndole permiso para fundar un convento de Clarisas, donde dedicarse á Dios doña María de Padilla; y que se lo concedió por breve dado en Aviñon á 6 de Abril de este año, como leemos en Raynaldi. No llegó el caso, porque debieron de convenirse los amantes; pero mientras tanto casó el rey *in facie Ecclesiæ* con la Castro hallándose en Cuellar, velándoles el obispo de Salamanca. Habia mandado el rey al obispo y al de Avila publicasen que no era casado con nadie, asegurándolo así á la novia y á su madre, y dándolas rehenes.

CAPITULO V.

Prosigue el reinado de don Pedro *el Cruel*. Crecen de cada vez mas las turbulencias. Detencion del rey en Toro. Retirase á Segovia.

Durante estas detenciones, los hermanos del rey, don Enrique y don Fadrique, con los otros caballeros que habian quedado en Badajoz contra Alburquerque y Cobdesera, trataron con don Juan Alonso por medio de fray Diego Lopez de Rivadeneyra, franciscano. Debian aliarse estrechamente y auxiliarse contra toda violencia del rey; y antes prendieron á don Juan Padilla, para que no lo publicase como temian. Esta prision, aunque oportuna, fué tan descuidada, que dos dias despues se escapó de ella, y huyó á Toro donde el rey estaba. La reina madre aun permanecia en Portugal, y temió que el rey sospecharia era sabidora y parte de aquella concordia, y en su regreso á Castilla tomó camino diferente. Antes de llegar á Toro, ya el rey sabia la confederacion y confederados por medio de don Diego Gutierrez de Ceballos, la prision y fuga de Padilla y demás acaecimientos. Era el mismo dia en que casó el rey con la Castro (casamiento de veinte y cuatro horas) y el siguiente la dejó en Cuellar para no verla mas; pero la dió la villa de Dueñas para sus alimentos. Allí moró toda su vida llamándose *reina de Castilla*, aunque sabia que el rey lo re-

pugnaba. Por fin, disuelto el vínculo matrimonial que no habia, quitó el rey á don Enrique Enriquez, tio de la Castro, los castillos de Jaen y Castro-Jeriz que le habia dado en arras del casamiento.

Supo tambien que su hermano don Tello deferia en secreto á los confederados, y le privó del señorío de Lara y Vizcaya que por su mujer doña Juana de Lara tenia. Por Julio parió en Castro-Jeriz la Padilla otra hija á quien llamaron Constanza, y mas adelante casó con el duque de Alencastre, de quienes nació la reina doña Catalina, mujer de don Enrique III, y terminaron las pretensiones de Inglaterra á la corona de Castilla por la sucesion de don Pedro. Por ahora trasladó el rey á su mujer doña Blanca al alcázar de Toledo donde murió mas adelante, y sin embargo en los privilegios la llamaba *la reina doña Blanca mi mujer*. Compadecida la ciudad de Toledo de la inocente señora, pensó en mejorar su suerte guardándola en el alcázar no como cárcel, sino como defensa. Hicieron esta generosa resolucion á 14 de Agosto, y llamaron en su defensa á don Fadrique y á don Fernando de Castro. Siguiéron á Toledo las ciudades de Cuenca, Córdoba, Jaen, Talavera, Ubeda, Baeza, muchos caballeros y todos los buenos, compadecidos de la inocente, honesta y virtuosísima doña Blanca.

No hallando camino mas seguro de poner estorbo á la escandalosa vida del rey, se congregaron en Medina del Campo los dos infantes de Aragon don Fernando y don Juan, los hermanos del rey, Enrique, Fadrique y Tello, don Fernando

de Castro, don Juan de la Cerda, don Juan Alonso de Alburquerque y otros muchos, y aseguraron con buenos presidios sus respectivas fortalezas. Poco antes hallándose el rey en Ocaña mandó á los freires de Santiago negasen la obediencia al maestro don Fadrique, y eligiesen á Juan García de Padilla, otro hermano de doña María. No habia ejemplar de ser maestro un hombre casado como lo era el Padilla (y aun decian que hijo espúrio); pero por miedo del rey, que á nadie perdonaba, nombraron á Padilla por maestro, y lo fué de nombre hasta su muerte que fué de allí á cuatro años, habiendo el papa declarado nulo su nombramiento. Desde Padilla en adelante comenzaron á ser elegidos maestros casados.

Los tiránicos rigores del rey con doña Blanca y el nulo casamiento con la Castro, dieron motivo á que el papa enviase por legado á Beltran, obispo de Cesena, que amonestase al rey á vivir con su legítima mujer doña Blanca, despidiendo la concubina Padilla. Halló al rey en Toro; y oida la legacía, le engañó diciendo estaba ya todo remediado, pues la Padilla iba á ser monja, y él á vivir con doña Blanca. A continuacion citó el legado ante el papa á los obispos de Avila y Salamanca que habian asegurado ser nulo el matrimonio con doña Blanca, y autorizado el de la Castro.

Los aliados en la liga tenian ya seis mil caballos y mucha infantería; por cierto fuerzas muy superiores á las del rey, y hubo de encerrarse en Tordesillas. Enviaronle cartas *suplicándole por merced dejase á doña María de Padilla, viviese con doña Blanca*

su legítima consorte, y pusiese mejor órden y gobierno en su casa y reino, que estaba en mano de los Padillas. Escribieron tambien á doña Blanca haciéndola saber estaban á su servicio, y defensa de su justicia. Lo mismo pidió al rey la reina de Aragon, pasando personalmente á Tordesillas; pero todo fué en vano, hallándose empeñado en hacer lo contrario de lo que le pedian. Hubo de retirarse á Toro con la reina madre, y él se quedó en Tordesillas con su Padilla.

Medina del Campo estaba por el rey, y la guardaban seiscientos caballos; pero combatida por los aliados, fué entrada por fuerza dia 28 de Setiembre. Murió en ella don Juan Alonso de Alburquerque (primero de los de la liga) de un tósigo que le propinó un médico romano, por manejo secreto de don Pedro, prometiendo heredarle en Andalucía y hacerle su contador mayor, como se verificó. No dejó de hacer falta en la liga el Alburquerque; y todos sus compañeros juraron no enterrarle hasta ver el fin de su empresa y pacificada Castilla. Así lo dejaba mandado el difunto; y por lo mismo en sus congresos le contaban como vivo, y hablaba por él su mayordomo Rui Diaz Cabeza de Vaca.

Pasóse el rey á Toro, adonde repitieron los confederados las súplicas anteriores, en especial la remocion de los Padillas, aunque dándoles destinos análogos á quienes eran; pues no guardaban los debidos honores á los infantes y demás de la real sangre. *Con esto que hiciese, concluian todos aquellos caballeros, serian sus servidores; pero si no, se desnaturalizarian de sus reinos.* Engañóles el rey

diciendo, *que la resolucion de lo que le suplicaban pedia tiempo, y sería mejor se viesen todos con él. Que cuando le oyesen esperaba que todo se compon-dria.* Resolvieron, pues, verse con el rey en Teja-dillo, cincuenta por cincuenta de á caballo armados. Tuvieronse las vistas; reiteraronse las súplicas y promesas; quedaron acordes en poner por cada parte cuatro caballeros compromisarios, que transigiesen lo mas oportuno, y se volvieron á sus casas. ¿Qué resultó del acto? Nada: no se habló mas de la materia por parte del rey, como si tales vistas y promesas no hubiera habido. Teniale la Padilla enagenado de rey y de hombre. Lo que resolvió fué separar con arte los aliados entre sí, prometiendo mercedes á unos y á otros. Avisóles de esto la reina madre para que se sostuviesen, y el rey marchó á Uruña donde estaba la amiga.

Ya con esto hubo la reina madre de ponerse de parte de los aliados, viendo ser su causa la mas honesta, y les invitó viniesen á Toro. Fueron en efecto, juntándose allí la reina viuda de Aragon, doña Juana Manuel, mujer de don Enrique, y doña Isabel de Meneses, viuda del Alburquerque. Tuvieron su consejo, y resolvieron enviar al rey suplicándole *fuese servido de venir á Toro, donde se ordenarian las cosas que fuesen de su mayor servicio.* Sintió mucho el rey que su madre, su tia la reina de Aragon, y las demás señoras hubiesen ido á Toro y convenidose con los aliados; pero tomado consejo del tio de la Padilla, Juan Fernandez de Hinestrosa, resolvió ir á Toro. Dijole, *que no teniendo hijo legítimo que sucediese en sus reinos, podian estos nombrar rey*

:

al infante don Fernando de Aragon su primo, y uno de los aliados. De esto resultarian guerras entre Aragon y Castilla. Que lo mismo podrian hacer los reinos con el príncipe de Portugal que tenia el mismo derecho. Si todos estos caballeros, concluyó Hinestrosa, se excusan de acompañaros por miedo, yo, señor, os acompañaré, aunque sea á riesgo de que me maten los que mal me quieren. Si otro que Hinestrosa hubiera dicho á don Pedro que no tenia hijo legítimo, presto hubiera sabido si era cruel ó justiciero.

Pasó, pues, el rey á Toro con Hinestrosa, con su tesorero Samuel Leví, con don Fernando Sanchez su canciller, y con otros hasta cien personas. Salieronle á recibir los aliados, armados en oculto, y le besaron la mano. Pasaron al convento de dominicos donde las reinas posaban, besó el rey la mano á su madre, y ésta le abrazó gozosa, creyendo se iban á terminar los sobresaltos; pero se engañó la reina, aunque no por su culpa. Los aliados procedieron erradamente, una vez que vieron al rey, al parecer, inclinado á convenirse por algun medio. Verdad es que hasta entonces no habia moderado su rigor con doña Blanca, ni dejado la Padilla como tenia prometido; pero era de esperar que entrado en años mas maduros, mejorase de vida. Tambien era cierto que su madre, tia, primo, hermanos y todo el reino tenian razon, y aun derecho, de pedirle cohabitase con su mujer propia doña Blanca, pues faltando sucesor legítimo no dudoso, todo el reino se consumiría en guerras. Que las hijas de la Padilla eran bastardas lo confesó siempre el rey, ó nunca lo

contradijo , hasta despues de muerta. Por el contrario, que doña Blanca era legítima reina lo declaró don Pedro en varias escrituras , como ya indicamos.

Pero los aliados abusaron de su poder y de la facilidad del rey en ponerse incautamente en sus manos, poco menos que detenido. La reina de Aragon le dijo con la mayor dulzura que pudo, *procederia mas honesto si se acompañase con su madre, su tia , sus hermanos, parientes y caballeros amantes de la equidad, honor del rey y de la justicia, que no andar apartado de su mujer la reina doña Blanca (que era un ángel en inocencia) de ciudad en ciudad , de castillo en castillo con la amiga. Que bien sabian todos, que no tenia su alteza la culpa por sus pocos años , sino sus consejeros y privados Hinestrosa, Leví y otros que le adulaban para captarle. Será bien , señor y sobrino amado , concluyó, que los tales sean arredrados de vos, y en adelante vos rijades por personas mas honradas que caven mejor vuestro servicio y honra.*

Este consejo no costó á su tia menos que la vida. Respondiéndola el rey, su caro sobrino, *que Juan Fernandez de Hinestrosa no tenia ninguna culpa ni debia pena; y pues habia venido acompañándole, sentiria mucho le maltratasen. Ya no habia remedio: los aliados le habian mandado prender con el judío Samuel Leví; y lo peor fué prenderlos á presencia del rey, entregándolos al infante don Fernando y á don Tello. Este precipitado hecho fué la centella que incendió las iras del rey en tanto grado, que no se pudieron apagar con rios de sangre. Cuatro príncipes cristianos gobernaban Espa-*

ña por entonces, á saber, el de Castilla, de Aragón, de Portugal y de Navarra, y todos cuatro crueles y sanguinarios. Algunos historiadores esclavizados les llaman *justicieros* por mal nombre. Si este dictado puede caberles, llamaremos injustos y sin justicia á todos los otros reyes; pues en nada se les parecieron. Aun san Fernando fué un rey *injusto*. ¿Es administrar justicia divertirse viendo degollar y hacer saltar los sesos á golpe de maza á los hombres, aun cuando sean culpados? Este inhumano y brutal deleite, este exquisito modo de las ejecuciones se llama *crueldad*; y don Pedro el *Cruel* le tuvo en grado supremo. La historia me será garante de lo mucho que callo, por lo poco que digo.

Los aliados no se contentaron con las prisiones indicadas. Socolor de que los Padillas tenían hechizado al rey con halagos y lisonjas, les quitaron los empleos de camarero, canceller, alferéz y mayordomo, dándolos á don Fadrique, á don Fernando, á don Juan y á don Fernando de Castro. Con esto creían estaba todo remediado, siendo como era violento; pero no fué sino echar aceite al fuego. Alojóse el rey en un palacio que tiene en Toro el obispo de Zamora, donde comenzaron á servir sus destinos los nuevos empleados: los otros artículos en órden á doña Blanca y la Padilla, se olvidaron. Con todo, el rey estaba como detenido por fuerza, puesto que no dejaban le hablase persona sospechosa. En este mal seguro estado le detuvieron mientras casaron al Castro con doña Juana, hija de la Guzmaná y del rey difunto, y enteraron al Alburquerque.

No podia el rey perseverar en aquel estado una vez que le permitian libremente salir á monte. Entonces habia lugar á que cualquiera le hablase, y comenzase el astuto rey á deshacer la liga. Hizo gracias á su tia la reina de Aragon y á sus hijos Fernando y Juan, á Pedro Ruiz de Villegas, á don Juan de la Cerda, á Diego Perez Sarmiento, á don Alvar Perez de Castro, á Sancho Ruiz de Rojas y á otros. No entendieron el designio de estas gracias, y las pagaron con las vidas y confiscacion de estados. Verdad es, que la suma astucia del rey no procuró ganar á sus hermanos, á don Fernando de Castro, ni á otros mas advertidos (no lo supieron) pues hubieran caido en la malicia. Por fin, esperó el rey ocasion de marcharse de Toro una mañanita nebulosa como que iba á caza, y al estar bastante lejos, picó la mula, y tiró para Segovia con unos doscientos hombres de monte que le acompañaban. Hinestrosa quedó preso hasta mas adelante: Leví se redimió con dinero. La fuga del rey llenó de miedo á las reinas y hermanos: todo era disimulo, ficcion y peligro.

CAPITULO VI.

Expedicion del aragonés á Cerdeña. Muerte cruel de doña Inés de Castro. Crecen los males de Castilla, y las crueldades del rey. Tumultos de Toledo por doña Blanca. Toma el rey de Castilla á Toro por traicion, y ejecuta la escena mas horrible con los del castillo, rendidos con seguro.

Despues que el rey de Aragon acabó de fundar la universidad de Huesca, se veia espoleado del deseo de conservar á Cerdeña, casi toda rebelada. Habia ido á fortificar sus plazas don Bernardo de Cabrera; pero viéndolo imposible, hubo de venirse á Valencia donde el rey estaba, y éste resolvió pasar á la isla. Era esto á mediado Julio de este año, y movió con una escuadra de noventa velas, llevándose á la reina en la galera capitana. Las ventajas de esta ruidosa jornada no correspondieron á las esperanzas que se tenian. Enfermó nuestro ejército y murieron infinitos aun de los gefes; y el rey estuvo á riesgo. Los presidios de las islas estaban exháustos, y hasta las medicinas iban de Valencia y Cataluña. Hubieronse de tratar paces, aunque mas necesarias que ventajosas y firmes. Arborea y Doria quedaron con los pueblos que poseian; pero todo era forzado por no poder mas entonces, y tardó poco el rey en atropellarlo. Conoció que Arborea y Doria querian apoderarse de la isla, y mandó venir de su reino quince galeras de refresco. Con esto amainaron velas, y se sujeta-

ron á los pactos; pero no tardaron en reincidir en su rebeldía mas que lo que tardó el rey en regresar á su reino.

Portugal era todo disgustos, envidias y desazones contra la parentela de la Castro, de la cual ya tenia el príncipe tres hijos. Negabase á contraer matrimonio con las mujeres que su padre le proponia, y al mismo tiempo negaba tenerle con la Castro. Los envidiosos aconsejaron al rey que el mejor medio de reducir al príncipe era matar á la amiga, supuesto que ya tenia sucesion legítima de su difunta mujer doña Constanza Manuel en el infante don Fernando. No dejó el anciano rey de tener por demasiado riguroso tan duro medio; pero aparentándole peligros y desastres sino seguia el consejo, al fin se conformó, y resolvieron la muerte. Súpolo la reina madre y no menos el arzobispo de Braga, y la comunicaron en secreto al príncipe: mas éste la despreció como cosa tan inhumana, y creyó que ninguno del reino la intentaria. Esperaron ocasion que el príncipe saliese de caza por algunos dias, y pasó el mismo rey á Coimbra donde Inés estaba con sus hijos, para ejecutar el inhumano consejo. No faltó quien avisase á doña Inés de la resolucion tomada; pero ¿qué haria una mujer lejos de quien podia socorrerla? No le ocurrió mas que implorar la misericordia del rey echándosele á los pies con sus hijos inocentes. Rogaronle los niños no quisiese ensangrentar su espada con su madre tan inocente como ellos; porque ¿cómo habia de resistirse al príncipe que tanto le favorecia con amarla? Que muerta la princesa y hallándose viudo, casarian

luego como lo habia prometido, supuesto era de sangre real y parientes.

En suma, todo lo puso Inés por obra: rogaron al rey por ella sus hijos Juan, Dionisio y Beatriz, mezclando sus tiernas lágrimas con las de su madre. ¿A qué pedernal no ablandarian? Ablandaron en efecto al rey, y no tuvo ánimo para reiterar el mandato. Todo lo habia conseguido Inés si el rey hubiera sido constante como debia. Alarmaronse de nuevo los envidiosos infames, conociendo la inconstancia del rey, y le atacaron otra vez con ficciones de tumultos, peligros y guerras civiles, Pedro Coello, Alvaro Gonzalez y Diego Lopez Pacheco. Por fin, arrancaron del rey cobarde la licencia, corrieron al convento de santa Clara donde posaba Inés, y la degollaron en el momento.

Supo el príncipe la maldad, y la hubo de creer cuando no tenia remedio. La pena, la compasion, las iras se apoderaron de su corazon, y estuvo algun tiempo como fuera de juicio. No parece pedia menos caso tan atroz en una inocente por tan siniestros fines, y que él hubiera podido precaver cuando se le advirtieron. Arrebatado, pues, de coraje contra los tres delincuentes, aprontó gente de guerra, y movió contra su padre, auxiliado de los parientes de la malograda Inés, con infinitas gentes lastimadas de la atrocidad cometida. Tomóle varios pueblos y fortalezas que se le daban sin defenderse por la misma causa; hasta que hubo de mediar la reina madre, y obtener del hijo perdon á los reos, por haber ejecutado la muerte por orden del rey. Dejaronse, pues, las armas á primeros de Agos-

to de 1355; pero dos años despues al verse don ¹³⁵⁵ Alonso junto al paso angosto de la muerte, aconsejó á los tres malos caballeros huyesen luego de Portugal, pues tenia por cierto que peligraban sus vidas llegado su hijo al solio. Tambien lo creyeron ellos así, y se pasaron á Castilla; pero no les valió la fuga. Muerto don Alonso á 12 de Mayo de 1357, heredó la corona el príncipe don Pedro; é hizo paz con el rey de Castilla concertando entregarse mutuamente los reos fugitivos. Solo fueron cogidos Coello y Gonzalez, pues Pacheco escapó como milagrosamente y se pasó al Aragon, como ya dijimos: los otros dos sufrieron el suplicio indicado.

Volvamos á Castilla. Llegado el rey á Segovia se le juntaron los infantes de Aragon, la madre de estos y otros de la liga que el rey habia ganado con halagos. Hinestrosa quedó en Toro en poder de la reina y de don Enrique; don Fadrique se fué á Talavera que estaba por él; don Tello á Vizcaya, y don Fernando de Castro á Galicia. Con esto quedó la liga poco menos que desbecha. Pasó el rey á Burgos, donde juntó Córtes, obtuvo dinero y gente para reducir por armas á su obediencia á su madre y hermanos. Era esto por Mayo de 1355 como se vé por la escritura 304 de la *Historia de Sahagun*; pero antes, á fines de Marzo, hallándose en Medina del Campo, mandó matar durante la siesta á Pedro Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla, y á Sancho Ruiz de Rojas. Hizo prender para matarlos á Juan Rodriguez de Cisneros, y á Suero Perez de Quiñones; pero despues les dejó la vida, les encarceló en Castro-Jeriz, y dió á otros sus empleos.

Juntó su ejército, marchó contra su madre, don Enrique y otros confederados que ya estaban en Toro. Entró en sus arrabales, y saliéndole á recibir los aliados, se trabó pelea en que perdió el rey á Fernando Ruiz Giron, soldado de importancia. Antes de pasar á mas, Alonso Tellez Giron, hermano del muerto, pidió al rey los bienes y mercedes que tenia; y negándoselos, se pasó á la liga con treinta caballos. El Hinestrosa habia engañado á la reina y á don Enrique, diciéndoles, que si le dejaban ir libre, les prometia componer las cosas con el rey. Dió para esto tres caballeros en rehenes, y le dieron libertad esperando cumpliria la promesa; pero el tal Hinestrosa no se acordó mas de ella ni de los rehenes, y la reina les dió tambien libertad. Uno de ellos, llamado Juan Diaz de Caduérniga, quiso quedarse con la reina.

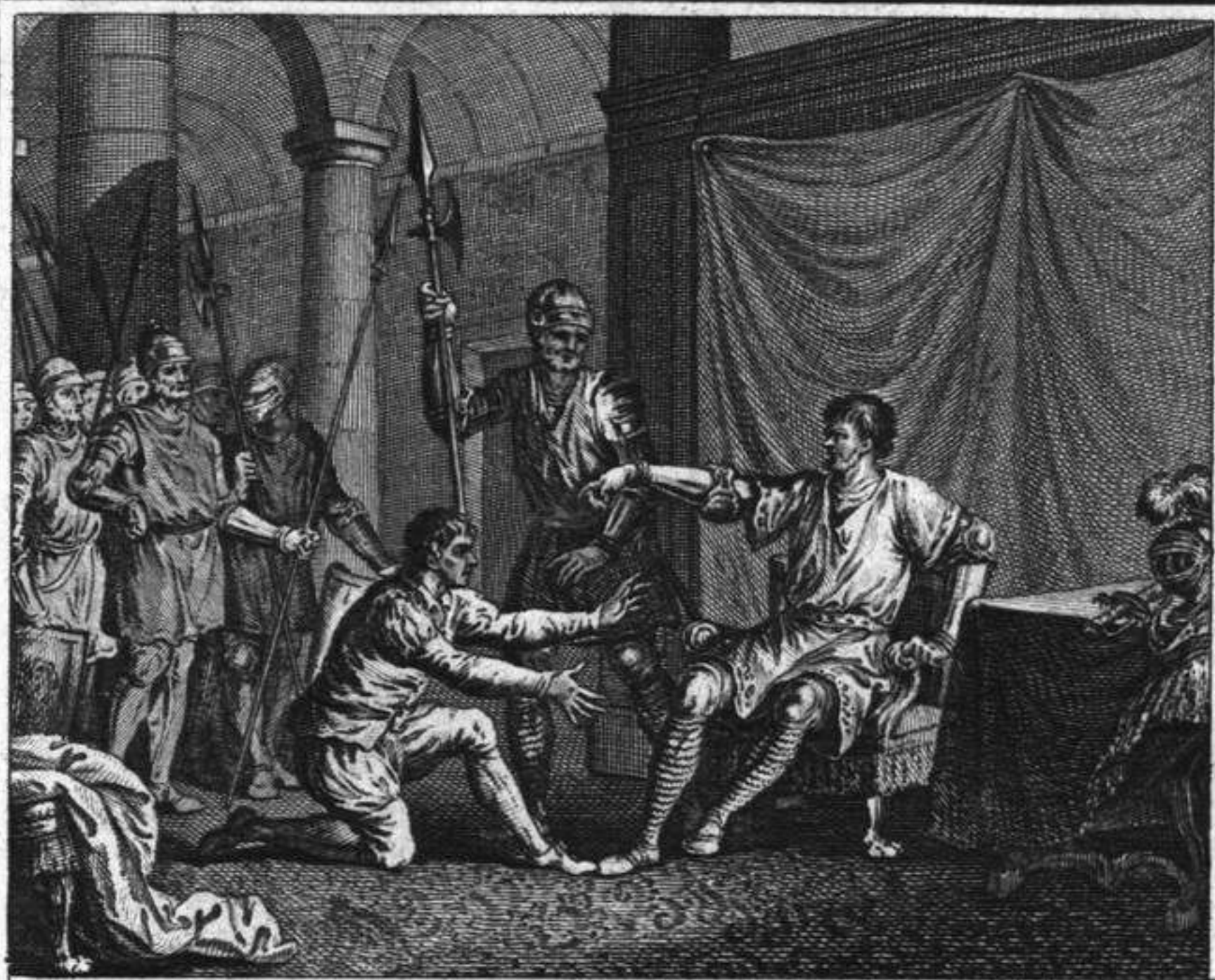
Toledo estaba tumultuada en defensa de la reina doña Blanca, y hubo el rey de ir allá con su gente. Hallábase don Fadrique en Talavera, y le vino á socorrer su hermano mellizo don Enrique con mucho peligro, por los concejos de Avila y Colmenar que le molestaron en el camino y le mataron algunos caballeros. Llegado á Talavera, salieron ambos contra Colmenar y lo quemaron. Vueltos á Talavera, pasaron á Toledo. No habia aun el rey pasado de Torrijos cinco leguas distante de Toledo; y los toledanos, aun sabiendo que los dos hermanos del rey venian en favor de doña Blanca y de Toledo que la amparaba, no se atrevieron á recibirles; solo sí les dijeron habian enviado á tratar paz con el rey, y pidiéndole perdón si habian errado en compadecerse de la reina.

Concluyeron que para no poner las cosas en peor estado, ya que parecia que el rey no oía mal lo de doña Blanca, regresasen á Talavera que era plaza fuerte, y esperasen lo que resultase. No se convinieron los dos hermanos, y resolvieron entrar en Toledo por otra puerta, como lo consiguieron por la de Puente de Alcántara. Los que estaban allí para prohibirles la entrada, no pudiendo resistir, se retiraron al alcázar y castillo de la Judería, y enviaron cartas al rey para que socorriese su ciudad, pues don Enrique y don Fadrique con sus mesnadas estaban ya robando la Judería chica, y habian muerto á muchos judíos. Era esto á 7 de Mayo, y el dia siguiente por la mañana entró el rey aunque sus hermanos le disputaron la entrada. Con tanto, los aliados resolvieron salir de Toledo por la puerta de Alcántara, y dando vuelta para la de san Martin por donde entraba el rey y su gente, acometerle por la espalda; pero cuando llegaron allá, ya el rey habia entrado con toda su tropa que era mucha. Solo cogieron el bagaje y los que le convoyaban, y marcharon á Talavera.

No quiso el rey entrar en el alcázar por no ver á doña Blanca, y mandó al Hinestrosa la guardase bien hasta que él mandase dónde habia de estar presa. Pasados cuatro dias prendió tambien al obispo de Sigüenza, natural de Toledo, hallado allí por entonces. Confiscóle los bienes, porque decian se compadecia de doña Blanca como todos los confederados, y dió el alcázar de Sigüenza al Hinestrosa, mandándole trasladar allá la desdichada reina. A continuacion hizo matar á don Fernando

Sanchez de Rojas, á don Alonso Gomez, comendador de Otos, y á veinte y dos hombres buenos de la ciudad con algunos caballeros. Entre los proscritos hubo un platero de ochenta años, y á punto de ser muerto, se presentó un hijo suyo de diez y ocho pidiendo al rey morir por su padre. Ejecutólo el inicuo y cruel monarca, y no hubo quien no llorase la fiereza. Si el padre era culpado, no habia lugar al trueco.

Derramada muchísima sangre, marchó el feroz rey á Cuenca, la cual aun estaba en favor de la desventurada reina. No la pudo tomar como deseaba para vengarse y matar á su hermanito don Sancho, que se criaba allí en poder de los caballeros Albornozes; pero se convino con ellos con que no molestasen á los pueblos reales. No se hubiera contentado con tan poco si hubiera sabido allí que sus hermanos Enrique y Fadrique iban á hacerse fuertes en Toro con toda su gente, y además habian hostilizado varios pueblos reales. Movi6 para Toro, y al llegar al arrabal tuvo refriega con los aliados de que no resultó cosa considerable. Acuartel6se en Morales, recobró algunas villas de la redonda, y bloqueó á Toro; pero antes de estrechar el bloqueo, marchó de ella don Enrique. De esta ida se habló variamente, diciendo unos iba á juntarse con don Fernando de Castro y guerrear los pueblos del rey para hacerle dejar á Toro. Otros, y era lo cierto, creyeron que don Enrique se guardaba de que el rey lo cercase en ninguna plaza por el riesgo de su vida, no dudando que nada le servirian promesas, palabras ni seguros. Por entonces pari6 su tercera hija en Torde-



La merced inhumana.

Condenado á muerte un platero octogenario, imploró con la mayor eficacia la piedad del Rey D. Pedro I, postrandose á sus pies un jóven de 18 años, hijo del desgraciado; y reduciendo su súplica á que se executase en él la pena decretada contra su anciano padre, aquel monarca fué tan inhumano que condescendió en este horrible trueque. Tales son, y no otras, las mercedes á que saben acceder los crueles.

sillas la Padilla. Llamóse Isabel, y fué declarada infanta heredera de su padre á falta de sus hermanas. Mas adelante casó con Aymon ó Edmundo duque de York, hijo de Eduardo, rey de Inglaterra.

Dos meses y medio tuvo el rey su campo en Morales á una legua de Toro, y sabido que la retirada de don Enrique con su mesnada habia hecho mucha falta para la defensa, resolvió apretar el sitio y ponerse á los mismos muros por la parte del puente. Era esto á fines de Setiembre, y antes que entrase el frio, puso en movimiento los ingenios de guerra y combates de la villa. Durante estos, llegó allí dia 24 de Noviembre Guillen de Yudice, cardenal legado que enviaba el papa con encargo de conminar al rey á que viviese con su mujer la reina doña Blanca, y tuviese paz con sus hermanos y reinos. Rogóle de parte de Inocencio pusiese en libertad á don Pedro Barroso, obispo de Sigüenza; lo que hizo luego el rey, y fué quitado el entredicho puesto por el papa. El cronista Ayala equivoca este don Pedro Barroso con otro don Pedro Barroso, tio suyo, que habia sido cardenal, y murió en Aviñon el año de 1349. El presente no murió hasta 1.º de Julio de 1390, siendo arzobispo de Sevilla.

Trató detenidamente el legado con el rey acerca de la concordia entre doña Blanca, con la reina madre, con sus hermanos y demás caballeros que se interesaban por el bien de los reinos. Pero todo fué en vano; no quiso entrar en ningun convenio sino apretar diariamente el cerco de Toro. Ya tenia deliberado matar á todos los aliados de cualquiera calidad que fuesen. A 4 de Diciembre ganó

la torre del puente, y en su toma perdió un brazo Diego de Padilla, maestre intruso de Calatrava. La guarnicion de la villa padecia falta de comestibles por haberla de dinero, y fué causa de que desertasen algunos. Hubo un traidor llamado Garcí-Alonso Triguero, que tuvo trato secreto con el rey de abrirle la puerta de santa Catalina. La víspera de la entrega, hallándose don Fadrique paseando con otros caballeros en una isleta del Duero, se llegó allá Juan Fernandez de Hínestrosa diciendole, que por el sumo cariño y obligacion que le debia, le avisaba se pasase luego al servicio del rey; pues sino, su vida peligraba mucho. Sabia Hínestrosa lo tratado con Triguero. Respondióle don Fadrique lo haria sin tardanza sino tuviera por indecente desamparar á la reina, á doña Juana su cuñada, y á tantos caballeros fieles y leales como en Toro habia. Respondióle Hínestrosa que lo que le habia dicho era lo que le convenia para no morir en Toro; y no lo evitaria sino viniéndose á merced del rey.

Sabia el maestre don Fadrique que Hínestrosa era hombre verídico, y no dudó de que le decia la verdad, habiendo notado en Toro un general descontento de sitio tan largo. Respondió, pues, al Hínestrosa, que se pasaria al rey con sus caballeros como les diese seguro. Estaba el rey á la misma orilla del Duero, y oyendo las últimas palabras de don Fadrique, le dijo: *Hermano maestre, Juan Fernandez vos aconseja bien: é vos venid para mi merced, que yo vos perdono, é vos aseguro á vos é á esos caballeros é escuderos que hi estan en la isla con vos.* Preguntóle luego don Fadri-

que: *¿ Señor , perdonadesme é aseguradesme á mí, é á estos que estan aquí conmigo?* Contestóle el rey: *Sí , pero hermano , venidvos luego para mí.* Con tanto don Fadrique y sus compañeros pasaron el brazo del rio y besaron la mano al rey. Los de la villa no sabian lo que trataban con el rey don Fadrique y compañeros; pero luego que les vieron ir en su compañía , se dieron por perdidos. Pensaron huir del aprieto; pero la villa estaba sitiada en contorno. Con el sobresalto la reina madre y doña Juana se retiraron al alcázar con algunos caballeros. Cerrada la noche mandó el rey armar la gente , pasar el rio y caminar hácia la puerta de santa Catalina , que hallaron abierta por Triguero y sin estorbo. En aquella noche (que era martes 5 de Enero de 1356 , aunque hay variante haber sido á 25 del mismo en que no era martes) no hizo mas que alojarse la tropa. A tan poca costa ocupó el rey la villa de Toro.

Venida la mañana , envió recado á su madre saliese del alcázar y se viniese á él. Respondióle iria luego; y le suplicaba el perdon para los caballeros que la acompañarian. Replicóla se viniese sin otra cosa; pues él sabia lo que debia hacer con los otros. Uno de ellos era Rui Gonzalez de Castañeda , el cual tenia de antemano convenio con el rey y carta de perdon con tal que persuadiese á la reina y demás á que saliesen del alcázar. Salió por fin la reina y doña Juana Manuel, mujer de don Enrique , don Pedro Estevañez, Rui Gonzalez de Castañeda , Alonso Tellez Giron, y Martin Alonso Tello. Estevañez y Castañeda daban el brazo á la reina; los demás venian á sus

lados. Castañeda traía en su mano levantada el perdón alcanzado. De nada le sirvió la ceremonia. Llegados á cierta puertecilla delante de la puerta del alcázar, se levantó un escudero de don Diego de Padilla, y dió un golpe de maza en la cabeza á Esteveñez. Cayó á los pies de la reina y doña Juana, y allí le acabó de machacar la cabeza. Otro escudero clavó un cuchillo en la garganta á Castañeda, y cayó muerto. Otro mató á Martin Alonso Tellez, y á vista de tales horrores cayeron desmayadas las dos señoras sobre arroyos de sangre. Largo rato estuvieron allí caídas sin ser socorridas de nadie, sufriendo aquel Falaris cristiano sin conmocion alguna. Volvieron en sí pasado rato, se levantaron con pena, y viendose circuidas de muertos y moribundos manando sangre y los sesos por tierra, y que además ya les habian dejado desnudos, prorumpió en amargas voces la reina maldiciendo al rey y diciendo *la habia deshonrado y lastimado para siempre, y que ya mas queria morir que vivir.* Nada la dijo aquel feroz hijo, solo la mandó llevar á la casa que en Toro tenia. De allí á pocos dias pidió al rey la enviase á Portugal, y se lo concedió gustoso; pero el año siguiente, dia 18 de Febrero, murió en Evora.

Conducida la reina á su palacio en Toro, mandó prender el rey á doña Juana; pero mas adelante se salvó de la cárcel por estratagemas de Pedro Carrillo, amigo parcial de don Enrique, y fué conducida adonde se hallaba. El rey continuó matando á mazadas á los que habian quedado en Toro escondidos. Los mas señalados fueron Gomez Manrique, Diego Nuñez (ó Moñiz) de Godoy, frei-

re de Calatrava, y otros que nombran las Crónicas. La fama de estos horrores llegó á Cuenca, donde los caballeros Albornozes tenian á don Sancho, hermano del rey, y sin detencion alguna se pasaron á Aragon, temiendo que el rey volviese sobre Cuenca, y les matase con el niño. Por igual miedo se pasaron á Francia Gonzalo Gomez Megía, Gomez Carrillo y otros.



CAPITULO VII.

Continúa el rey de Castilla sus crueldades quitando vidas sin reserva. Guerra con Aragon. Mata don Pedro á mazadas á su hermano don Fadrique, maestre de Santiago. Mata al infante de Aragon don Juan, su primo.

Presidiada Toro, pasó el rey contra Palenzuela (que tambien estaba por la reina doña Blanca) propia de don Enrique, y la tenian por él Diasanchez de Terrazas y Juan de Herrera su hermano. Estos mientras estuvo el rey sobre Toro, habian con mal consejo hecho varias correrías, causado algunos daños en lugares del rey, y muerto á don Juan Rodriguez Sandoval. Cercó el rey á Palenzuela, y durante los combates, le vino mensaje de su hermano don Tello suplicándole *le perdonase como perdonara á don Fadrique*. Envióle la carta de perdon, encargándole *se viniese luego*. Con este seguro pensó don Tello disponer su viaje, dejando arregladas las cosas de Vizcaya; lo cual sabido por el rey, se alegró en extremo por el ansia que tenia de matarle. No la tenia menor de matar allí mismo á los dos infantes de Aragon, á su hermano don Fadrique y á don Juan de la Cerda, todos perdonados, y andaban en su servicio; pero dilató la traicion hasta que llegase don Tello, y matándoles juntos, renovar la escena de Toro, tanto mas grata cuanto compuesta de personas reales. Comunicó el designio con Hinestrosa; pero como éste queria bien á Juan de Herrera y

á Dia-Sanchez , procuró librarles de la muerte, diciendo al rey: *Señor, perdonad ahora los que tenéis cercados en Palenzuela con tal que os la entreguen, y despues podreis hacer de ellos lo que vuestra merced fuere. Ocupada la plaza tomaré yo el castillo, y me fingiré enfermo; vendreis vos á verme, y direis quereis jugar allí á los dados con los caballeros, con lo cual tendreis ocasion de matarlos.*

Agradó sobremanera al tirano tan dulce consejo. Convinose luego con Herrera y Sanchez que entregaron la plaza; ocupó Hinestrosa el castillo, y cuando ya el perjuro rey se desvivía por matar á los que tenía designados, supo que don Tello aun no venía. Para tener el bárbaro deleite de matar juntos á los cinco, lo dilató hasta que llegase don Tello. Mientras tanto, pasó á Tordesillas y dispuso un torneo en que pensaba matar á don Fadrique, y cuenta por menos; pero no atreviéndose á fiarlo á nadie, no tuvo efecto por entonces. Don Pedro era el hombre mas cobarde de los nacidos, y nunca tuvo valor para pelear con nadie; no era mas que cruel y tirano. Digalo la muerte del rey Bermejo de Granada. Pasada la fingida fiesta, pasó á Villalpando con don Fadrique. Esperó allí tiempo considerable á don Tello; pero como no venía, resolvió marchar á Sevilla. Antes de irse dejó mandado matar en Villalpando á Juan y Pedro Alonso, hermanos, guardias de don Fadrique; lo que fué luego ejecutado. Cuando su amo lo supo, tuvo tal sobresalto, que conociéndolo el rey, le dijo *no le diese cuidado, pues los Alonsos habian dado causa á su castigo.* Satisfaccion tan seca y estéril

aumentó los recelos de don Fadrique, sabiendo muy bien que sus guardias habian muerto solo por serlo, y privarle de defensores.

Las sangrientas escenas de Toro, ya derramadas por todas partes, habian abierto los ojos, y hecho cauto á don Enrique. De Galicia, donde estaba, pidió seguro al rey para retirarse á Francia, pasando por tierra de Castilla sin peligro. Concediósele gustoso el rey, con intento de salirle al camino y matarle. Desde luego despachó sus órdenes secretas á don Juan de Aragon, á don Diego Perez Sarmiento, y á otros adelantados de los partidos por donde habia de transitar don Enrique, para que le matasen luego que llegase. No faltó quien le dió noticia de hecho tan ruin y detestable, y tomó el camino para las Asturias adonde no habia ido el cruel mandato. Caminó arrebatadamente para Vizcaya, y aun halló en ella á su hermano don Tello, que debió de saber el modo con que don Pedro guardaba la fe jurada. Pasó don Enrique á la Rochela donde estaba el rey de Francia, y hallando allí á Gonzalo Mejía, Gomez Carrillo, y otros caballeros castellanos que por la causa misma que don Enrique habian huido, entró con ellos al servicio de Francia, en la guerra que entonces ardia con Inglaterra.

La ida del rey á Sevilla encendió una larga guerra con Aragon. Hacíase entonces la pesca de atun en las almadras, y queriendola ver el rey bajó por el Betis hasta San-Lucar y puerto de santa María. Habia en este dos barcos placentinos cargados de aceite del país para Alejandría, y al mismo tiempo entró una escuadra aragonesa de diez

galeras para tomar refrescos. Era su comandante don Francisco Perellós, y apresó los dos barcos placentinos con achaque de que ellos y el cargamento eran de genoveses, con quienes Aragon tenia guerra. Llegó á la sazón el rey don Pedro, y por la amistad que Castilla tenia con genoveses, dijo á Perellós restituyese la presa á sus dueños, no siendo buena dentro de un puerto suyo. Añadió el rey *lo hiciese así, á lo menos por su respeto*. Respondió Perellós *que aquellos eran enemigos de su rey, y en general la presa era buena y justa; por tanto él no podia arbitrar en ello, debiendo dar cuenta á su monarca y era responsable del resultado*. Reiteró don Pedro las instancias á Perellós, avisándole *que de lo contrario apresaria personas y bienes de los mercaderes catalanes que habia en Sevilla*. La respuesta del impolítico Perellós fué coger de los placentinos lo que pudo llevarse, y lo que no, lo arrojó al agua á vista del rey. Hizo mas; subió Guadalquivir arriba mas de cuatro leguas, y robados los pueblos cercanos, regresó al mar y siguió su derrota por el océano á la Guie-na adonde iba en auxilio de Francia; y de paso causó daños en varias costas de Galicia.

El porte del Perellós fué bien irregular y desatento en un caballero de su clase, y esto persuadió al rey á que no era posible tal desacato sin orden de su rey. Ocupó luego y subastó los bienes de los catalanes que habia en Sevilla. Su saña era grande, y sus consejeros se la multiplicaron diciéndole, *que la accion de Perellós requeria pidiese á su rey la entrega de su persona para ser castigado en Castilla; si lo negaba, declararle*

la guerra. El consejo, aunque parecia fundado, era interesado. Veian al rey un poco tibio con ellos, deseando ya ir matando algunos, y procuraron hacersele necesarios. Poco hubo menester para resolverse, pues su corazon irritable y ardores juveniles le llamaban á la venganza. Todo lo hubiera evitado un hombre mas político y comedido que Perellós, accediendo á la súplica de un rey poderoso, que podia mover una guerra desastrosa. Como quiera, el rey de Aragon en su carta al de Castilla, dice: *E á lo que nos feites saber del feito de las galeas que han feito danno en vuestros puertos de mar, decimos que vos habedes feitas otras malas obras que non queredes decir. Et otrosi respondemosvos que guardedes si las habedes á nos vos feitas; que nos nunca vos fecimos malas obras acordadamente, ni con intencion de ferlas. E si vos entendiesedes que los nuestros súbditos las vos hobieron feitas sin razon, si nos lo ficiessedes saber, habriamos-hi dado aquel escarmiento que fer se debia entre reyes que eran amigos é en paz; porque no culpa nuestra, mas de vos, que non las nos fecistes saber por carta ó requisicion como facer se debe, é nos fariamos á vos. E si vos rey, quisiesedes saber las cosas que los genoveses, nuestros enemigos, han feitas á nuestras gentes en nuestros puertos, mayor razon habriamos de querellarnos de vos &c.* Por fin, despues de respuestas, contestaciones, dimes y diretes, llegaron á romper en guerra de nueve años con desolacion de ambos reinos.

Mientras iba el infausto mensaje de guerra armó el castellano seis galeras en Sevilla y otras seis naves gruesas, cuidando alcanzar á Perellós;

pero su viaje fué breve y vano. Supo en Tavira que la flota de Perellós habia pasado de largo muchos dias antes, y sabia Dios adonde estaba ya entonces. Hubo de desandar el camino real andado, y regresar á Sevilla. Envió las galeras á Ivi-za por donde habia de comenzar la guerra de mar, mientras por tierra entraba en Aragon su gente mandada por Gutierre Fernandez. Los primeros pasos de este fueron infelices; pues en tierra de Molina fué su gente derrotada por don Lope de Luna con sus aragoneses. El rey de Aragon deseaba evitar esta guerra contra Castilla aun defensiva, por el estorbo que era para lo de Cardena; pero no hubo remedio, y tuvo que entrar en ella contra su gusto. Mas astuto y sagaz que el atolondrado castellano atrajo luego á su servicio al conde don Enrique y demás caballeros que se habian pasado á Francia. Dió á don Enrique las villas de Tarrega, Villagrasa, Montblanc, Epila, Ricla, Tamarit, Castellon de la Plana y Villareal de la misma: á los otros caballeros dió puestos ventajosos en la milicia. Entrado el año 1357 comen- 1557
zaron las hostilidades por las fronteras, estragando campos, robando y asolando pueblos segun cada cual podia. Los principales gefes del aragonés eran el conde de Trastamara don Enrique, don Pedro de Egérica y don Lope Fernandez de Luna: los de Castilla eran el maestre de Santiago don Fadrique, los dos infantes de Aragon don Fernando y don Juan, don Juan de la Cerda, y el mismo rey don Pedro. El político aragonés conoció que el modo de concluir pronto aquella necia guerra era ganar á los gefes castellanos con razones,

dádivas y halagos. Pasaronsele los mas agraviados del castellano, la Cerda y Alvaro Perez de Guzman. Hallabanse fronteros de Aragon, y habida noticia de que el rey de Castilla queria quitar la mujer á don Alvaro (era doña Alonsa Cornel) como lo hizo, dejaron el campo, y se retiraron á las Andalucías donde tenian poderosa parentela. Con esto se movieron los ánimos de otros muchos contra las liviandades del rey, cruel, adúltero, bárbaro y violento. El concierto que con el aragonés tenian aquellos caballeros era, *que si el castellano pasase la guerra á las Andalucías contra ellos, las ciudades que ocupasen serian de Aragon: las villas, castillos y lugares para ellos. Los gastos de la guerra, tropas, viveres y bagaje iban de parte de Aragon.* Con tanto se desnaturalizaron de Castilla.

Quando su rey lo supo, quedó dudoso de lo que debia hacer, pues era igualmente peligroso dejar la frontera donde estaba, y no socorrer á las Andalucías indefensas. Resolvió quedarse en la frontera, y enviar embajadores á las ciudades andaluzas exhortándolas á la fidelidad y á defenderse de los enemigos. Aquellos caballeros retirándose á las Andalucías, con las alas del aragonés hicieron gravísimos daños en tierras de Castilla, contra la costumbre de los que se desnaturalizaban; pero no es extraño. Don Alvaro Perez llevaba en su corazon el puñal de su deshonor por un rey malvado; pero le duró poco la vida. Las iras de este por lo sucedido, le espolearon á la venganza; y á principios de Febrero entró furioso en Aragon hasta cerca de Ariza. Tomó por traicion y entrega el

castillo de Bordalva, y por combate el de Embite. Cargó luego la guerra hácia Tarazona por ambas partes, y corria peligro la mezcla de gentes castellanas y aragonesas que servian en ambos ejércitos, sin saberse bien de qué partido eran. El rey de Castilla combatió y tomó á Tarazona dia 9 de Marzo. En esta accion peleó valerosamente por Castilla don Tello, hermano del rey, venido ya á su servicio, y aun mas don Fadrique.

Don Alvaro Perez de Guzman habia poco antes ido á comunicar con el aragonés los negocios de la guerra de Andalucía donde estaba, dejando en la frontera al Cerda. Pero al regresar para Granada con ánimo de confederarse con el granadino, fué acometido en el camino por tropas de Sevilla que mandaban Gil Bocanegra y don Juan Ponce de Leon. Derrotaronle en un momento su tropa, y cayó prisionero. Dada al rey la grata noticia mandó le matasen, por mas que doña María Cornel, su mujer, usurpada por el rey, le habia alcanzado carta de perdon. A vista de esto doña María se entró monja en santa Clara de Sevilla.

El legado pontificio Guillen del Yudice procuraba poner paz entre estos reyes beligerantes sin buena causa; pero con el de Castilla fueron vanos sus esfuerzos. Apoderóse por armas de varios castillos en la comarca de Tarazona, y en el de Fayos hizo matar al castellano Martin Abarca por no sé qué quejas antiguas. Don Tello habia traído á su hermano el rey no poca gente vizcaina.

El infante don Fernando de Aragon se habia pasado á su rey; quedaba con el de Castilla (para su desgracia) su hermano don Juan, don Fernan-

do de Castro, don Pedro de Haro, don Diego de Padilla, don Suero Martinez, maestre de Alcántara, don Adan Arias y otros muchos señores y caballeros, formando un ejército numeroso, cuya caballería era de nueve mil hombres. Aun de Francia le trajeron tropas el señor de Labrit y sus hermanos en competencia de los condes de Fox sus enemigos, que estaban por Aragon en compañía de don Enrique y demás caballeros, á la sazón hallados en Borja. El castellano al verse tan poderoso, marchó contra estos de Borja; mas ellos viéndose con menores fuerzas, se detuvieron en Muela, que era lugar seguro y ventajoso, y no entraron en batalla. Tuvo el castellano que regresar á Tarazona. Si hubiera bajado á Zaragoza, la tomara sin duda, hallándose su rey casi solo en ella.

Continuaba con mas instancias el cardenal legado solicitando poner paz entre ambos reyes; pero desesperado de conseguirlo por entonces, tomó el expediente de procurar hiciesen tregua de un año, en el cual podrian tomar otro giro las cosas. Efectuóse en 8 de Mayo con los pactos *de que el de Castilla pusiese en manos del legado dentro de quince dias la ciudad de Tarazona y demás pueblos ocupados. Que dentro del mismo término entregase el aragonés al mismo legado la villa y fortaleza de Alicante y demás ocupadas de Castilla. Debia retenerlas el legado hasta que los dos reyes acomodasen sus diferencias.* Anduvieron en el acuerdo por parte de Castilla Juan Hinestrosa, Juan Alonso Benavides é Iñigo Lopez de Horozco; por Aragon don Pedro de Egérica, don Bernardo de Cabrera y Alvaro García de Albornoz. *Debian sus*

principales guardar el acuerdo so pena de cien mil marcos de plata y otras.

Desde luego se vió que el castellano desaprobaba la tregua; pues dejando su ejército en la frontera, marchó á Sevilla para prevenir escuadra sin entregar al cardenal legado la ciudad de Tarazona como estaba convenido. Pasados, pues, los quince dias y otros quince que se dieron, se declaró no haber el rey de Castilla cumplido lo jurado, y dia 26 de Junio pronunció el cardenal sentencia de excomunion, declarándole incurso en todas las penas impuestas, quedando entredichos sus reinos hasta que entregase á Tarazona. Quedó, pues, irrita la tregua; y aunque los referidos árbitros acordaron juntarse de nuevo en Tudela y orillar el negocio como pudiesen, quedó todo suspenso, antes de rompida que convenido. Fué así que el loco castellano, infatuado ahora con doña Alfonsa Cornel, la sacó violentamente del convento y la depositó en la torre de Oro. En lugar de prevenir escuadra, se fué á Carmona en cacería, y se mandó traer allí á la Cornela; pero parece no gustó mucho de este comercio pues lo abandonó tan presto, ó quizá las quejas de la Padilla con algunos retoques de celos, le separaron de doña Alfonsa.

Renovaronsele las ánsias de derramar sangre humana, y resolvió matar á su hermano don Fadrique en cumplimiento de sus deseos. Estaban á la sazón en Sevilla el mismo don Fadrique, don Juan de Aragon, Diego Perez Sarmiento, Diego de Padilla, Juan Hinestrosa y otros muchos caballeros, y comunicó su designio al mismo don Juan de Aragon y á Sarmiento, bajo juramento de tenerle

secreto. Este secreto era matar á don Fadrique aquel mismo dia, y hecho, marchar á ejecutar lo mismo con don Tello que estaba en Vizcaya. Muerto este, daria á don Juan aquel señorío y el de Lara, como marido que era de doña Isabel de Lara. Mostrósele don Juan muy contento de la propuesta, y prometió al rey mataria por su mano á don Fadrique. ¡Oh desventurado! ¡Quién le dijera había de morir él del modo mismo dentro de quince días! Acabado el inicuo convenio, llegó don Fadrique al alcázar donde estaba el rey jugando á las damas. Era martes á 29 de Mayo de 1358, y aunque don Fadrique venia de recobrar al rey la villa de Jumilla ocupada por un rico-hombre aragonés, no por eso revocó la cruel sentencia. Hubierale mandado matar en la hora; pero hubo de dilatarlo un rato por haber entrado con don Fadrique varios caballeros que con él venian. Recibióle con un agrado todo fingido, preguntándole algunas impertinencias de la expedicion y camino, y le dijo se fuese á la posada y volviese despues. Retiróse don Fadrique y los caballeros; y no quiso dejar de visitar á la Padilla, que estaba en otro apartamiento, llamado el *Caracol*. Luego que le vió doña María, se puso triste de rostro; de forma que don Fadrique pudo conocerlo. Sabida su próxima cruel muerte, y su corazon tierno y benigno, no pudo ocultar su piedad innata. Concluida la momentánea visita bajó don Fadrique al patio del alcázar donde habia dejado las mulas; pero no las halló, porque los porteros habian despejado y cerrado las puertas segun órden. Quedó el maestre sorprendido, y sin resolver lo que hacer debia. En el momento un

1358

caballero de su casa llamado Suero Gutierrez, conociendo el peligro de don Fadrique le instó vivamente escapasen ambos por el corral, cuya puerta aun estaba abierta; pues una vez fuera del alcázar, no faltaria modo de huir.

Era ya este el último recurso. Bajaron en el momento dos caballeros hermanos, Fernando y Juan Fernandez de Tobar, los cuales nada sabian de lo venidero, y dijeron al maestre de parte del rey que le llamaba arriba. Por mas sobresaltado que estaba, obedeció luego, y como iba pasando de unas habitaciones á otras, iba quedando mas solo, por que los porteros negaban la entrada á los caballeros que con él iban. Llegó donde el rey estaba, y solo entró con don Fadrique el maestre de Calatrava Padilla (que tampoco sabia nada) con otros dos caballeros. La puerta de la cámara del rey estaba cerrada, y esperaron allí con Pero Lopez de Padilla, ballestero mayor; abrió el rey un postiguillo de la puerta, y dijo al ballestero: *Pero Lopez, prended al maestre.* Respondió Lopez: *¿A cuál de los dos?* A que repuso el rey: *Al de Santiago.* Cogióle de la ropa Pero Lopez viéndole como atónito y enagenado, y en el momento mandó el rey á los otros ballesteros que allí tenia le matasen á mazadas. No lo ejecutaban de pronto, no sé por qué respeto; pero un criado del rey, llamado Rodrigo Gonzalez, que sabia la trama, gritó á los ballesteros, diciendo: *Traidores, ¿qué facedes? ¿Non vedes que vos manda el rey que matedes al maestre?*

Con la instancia de Gonzalez alzaron sus mazas para darle con ellas; pero el maestre viéndose

perdido, de un tiron se desprendió del ballestero mayor, y en cuatro saltos bajó al patio del alcázar. Hallóle cerrado y sin huida, y en este conflicto quiso defenderse de los maceros que le seguian; pero con la precipitacion, el espanto y la suerte miserable que le aguardaba, nunca pudo sacar la espada, enredada su cruz con los tiros ó tiracuellos de que pendia. Llegan al punto los ballesteros con sus mazas en alto para descargarlas; pero el maestro se revolvía de forma que no podian acertarle. Por último, uno de ellos llamado Nuño Fernandez de Roa que le iba mas á los alcances, le descargó una mazada en el cogote, y le derribó aturdido y sangriento. Corrieron los otros, y le dió cada uno su mazada. Bajó tambien el benigno rey para matar igualmente á los caballeros que con el maestro habian venido; pero no halló ninguno. Todos se habian escondido vista la confusion, ó pudieron huir del alcázar: solo pudo hallar un escudero llamado Sancho Ruiz de Villegas, el cual no habiendo hallado escape, se acogió al cuarto de la Padilla, y cogió en brazos á doña Beatriz, hija del rey, por si le valia el asilo. Pero en vano. Mandó aquel Neron le quitasen la niña, y luego le cosió á puñaladas por su mano. Muerto Villegas así en medio de las infantas, la madre y mujeres, corrió el buen rey donde yacia don Fadrique aun respirando, y dió su puñal á un mozo de su cámara para que le acabase. ¿Se contentó con esta inaudita escena? Nada menos. Mandó le pusiesen allí la mesa y trajesen la comida. Comió y bebió alegremente á vista del cadáver ensangrentado, y regado el suelo, para redoblar el deleite. No hallo

yo en las historias cristianas ejemplar que se compare con este: solo creo pueden acercarse á don Pedro en crueldad y barbarie, no diré un Herodes, un Calígula, un Neron, un Domiciano, sino el duque de Vera, el pedante Ledo del Pozo, y si hay algun otro bárbaro que tenga bastante desvergüenza para llamar justiciero á don Pedro de Castilla. Si este lo fué, no ha habido otro que lo haya sido: todos han sido injustos.

Antes de quitar la mesa llamó al infante don Juan de Aragon, y le dijo debia partir luego á Vizcaya y matar á don Tello: hecho lo cual, entraria en posesion de sus estados. Dióle gracias el infante; pero poco tardó en recibir el galardón de haber ofrecido matar á don Fadrique. Lo primero que granjeó fué quitarle el adelantamiento de la frontera, como que debia ser señor de Vizcaya, y le dió á don Enrique Enriquez, alguacil mayor de Sevilla. El mismo dia despachó el rey cartas á varias ciudades, mandando matasen luego á las personas en ellas nombradas. Murieron en Córdoba Pedro de Cabrera y Alfonso Gahete: en Villarejo don Lope Sanchez Bendaña, comendador mayor de Castilla: en Salamanca don Alonso Jofré Tenorio: en Toro don Alonso Perez de Fermosino; y Gonzalo Melendez en Mora. Morian estos por haber sido compasivos con doña Blanca; y tenia frente el bárbaro para publicar que esta era la culpa, aunque ya les habia perdonado con seguro.

Aquella misma tarde partió el rey en posta á Castilla, acompañado del infante de Aragon, el cual ya saboreaba los estados prometidos. Iba á la

villa de Aguilar de Campo, propia de don Tello, donde le dijeron se hallaba, y llegó en siete dias habiendo ciento diez leguas por lo menos. Muriera en el momento si la casualidad ó la Providencia no le sacára á montería. Un escudero de don Tello, visto al rey, conoció no podia venir á cosa buena, y al punto corrió á darle aviso. Con él don Tello, desde el monte donde se hallaba, se salvó en Vizcaya. Siguióle el furioso rey; pero llegado don Tello á Bermeo, montó en un barco y se salvó en Bayona. Tal era la sed que de su sangre tenia este rey corchete y verdugo, que llegó á Bermeo el mismo dia 7 de Junio en que se habia embarcado. Ciego y furioso de no haberle cogido, montó arrebatadamente en el primer barco que halló en la rada, y comenzó á bogar como precito dirigiéndose hácia Bayona, cuidando alcanzar á don Tello. Llegó hasta la costa de Leiqueitio, á cuatro leguas de Bermeo, y no continuó porque se levantó mareta y corria peligro. Regresó pesaroso á Bermeo por no haber alcanzado á don Tello; pero ¿quién le dijo á este rey brutal, que si le alcanzára, no le diera don Tello para peras?

No habiendo, pues, logrado su deseo, puso presa á doña Juana de Lara, mujer de don Tello; con lo cual pidiendo don Juan de Aragon al rey los estados prometidos, respondióle que juntaria Córtes en Bermeo y mandaria le recibiese Vizcaya por su señor. Juntólas en efecto; pero habló privadamente con los principales, ordenándoles rehusasen recibirle, y dijesen no querian otro que al rey. Hicieronlo puntualmente, y para mayor apariencia mandaron acudir allí mas de diez mil

vizcainos como tumultuados para excluir al infante. Entonces le dijo el rey *que no podia hacer mas por él, sino ir á Bilbao y ver si allá le recibian.* Agradecióle don Juan estos pasos; pero mas confiado de lo que debiera, significó al rey *entendia sus ideas.* Como quiera, pasaron á Bilbao, en donde tenia resuelto el rey dar al infante el premio que solia. Envió por él á su posada el dia siguiente, y fué á la del rey sin mas compañía que tres criados. Aun estos se quedaron á la puerta del cuarto. No traia el infante mas armas que una pequeña daga; pero los que sabian el secreto se la quitaron como por juego. Entonces Martin Lopez de Córdoba, camarero del rey, se abrazó con el infante y le tuvo sujeto; y á continuacion el ballestero Juan Diente le dió una mazada en la cabeza, y casi ya fueron inútiles las que le dieron los otros ballesteros. Sin embargo, no cayó de pronto aunque aturdido y sangriento, y se arrojó contra Juan de Hinestrosa que vió cerca; mas éste sacó su estoque y se le apuntó para detenerle. Entonces otro ballestero llamado Gonzalo Recio, le descargó otra mazada, y cayó muerto. Mandó el rey echar el cadáver á la plaza por la ventana del alojamiento, diciendo: *Vizcainos, ahí teneis al que queria mandaros.* Despues le hizo conducir á Burgos, y mas adelante arrojar al Arlanzon para que ni aun alcanzase sepultura. Casi lo mismo habia hecho su padre con Garcilaso de la Vega. Murió este ciego ambicioso martes 12 de Junio, quince dias despues de don Fadrique.

CAPITULO VIII.

Guerra de Aragon y Castilla. Mata el castellano á su tia la reina viuda de Aragon y á doña Isabel de Lara su nuera. **Batalla de Araviana.** Mata el castellano á otros dos hermanos suyos, con otros muchos caballeros y sacerdotes. Los reyes de Portugal y Castilla se entregan los reos de estado.

Don Pedro *el Cruel* no se vió jamás harto de sangre humana, culpada ó inocente. Desde Bilbao envió á Roa, donde estaba la reina viuda de Aragon, madre del infante don Juan recién muerto, con su mujer doña Isabel de Lara, á su camarero Juan de Hínestrosa con orden de aprisionarlas. Cuando llegó Hínestrosa no se sabia allí la muerte del infante, y entrado en la villa cerró las puertas y guardó las llaves. Dirigióse á la posada de las dos señoras, y las encerró presas en la casa misma. Llegó allá el rey el dia siguiente y desnudando el palacio de cuanto habia, las envió presas al castillo de Castro-Jeriz, cuyo alcaide era el mismo Hínestrosa. Pasó el rey á Burgos; y para deleitarse los ocho dias que se detuvo, mandó le trajesen las cabezas de los seis caballeros que habia mandado matar en varias ciudades y nombramos arriba. Vínose luego á Valladolid en donde cuidaba derramar sangre suya; pero se distrajo con la noticia de que su hermano don Enrique entraba con gente de guerra por tierra de Soria, irritado por la muerte de don Fadrique. Marchó, pues, á la frontera con tropa competente; pero ya don Enrique se habia retirado al Aragon,

y el castellano, dejando allá sus fronteros, marchó á Sevilla. Esto durante, entró hostilizando á Murcia el infante don Fernando de Aragon, en desquite de la muerte de su hermano don Juan. Dió combates á Cartagena, Murcia, Mula y otras plazas, y taló todo el reino con daños incalculables.

Llegado el Cruel á Sevilla, mandó alistar doce galeras para la guerra con Aragon, y llegaron otras seis genovesas que venian á servirle contra el aragonés, con quien Génova estaba en guerra por la posesion de Cerdeña. Con esta escuadra hizo vela el castellano costeando hasta el rio Segura, donde tomó por combate la villa de Guardamar á 17 de Agosto; pero no pudo tomar el castillo. Por el contrario, para combatirle por tierra, salió la gente de la escuadra, y fué tan agitada de un viento travesía que sobrevino, que arrastró las galeras contra la costa y se hicieron pedazos, fuera de dos que estaban engolfadas. Con tanto, poniendo fuego á las casas de Guardamar, se pasó el rey á Murcia.

Perdida la escuadra, despachó cartas á Sevilla y demás arsenales mandando construir luego cuantas galeras se pudiesen. Fortuna que en los astilleros habia mucha madera de construccion almacenada; y en ocho meses se aprontaron doce galeras y se concluyeron otras quince que habia comenzadas en las atarazanas. Mandó tambien el rey que ningun buque saliese de los puertos desde Galicia á Vizcaya, por serle necesarios contra Aragon; y hecho esto, pasó á Almazan donde tenia la mayor fuerza de gente de guerra. Entró con ella en Aragon, y ocupó pronto los castillos

de Miñon, Arcos, Vijuesca y Torrijo. Combatió á Monteagudo, donde murieron muchos de su presidio; pero cayó enfermo por entonces, y hubo de retirarse á Almazan. La enfermedad fué corta; pero bastó para que la guarnicion de Monteagudo, considerándose poca para defenderse, desamparase la plaza, y el castellano la ocupó sin estorbo. Con tanto, dejando con buena guarda lo ganado, marchó á Sevilla á dar calor á la construccion de galeras durante el invierno.

Este año, dia 24 de Agosto, nació en Epila, ó en Tamarit, á don Enrique, de su mujer doña Juana Manuel, un hijo, á quien llamaron don Juan, y fué rey de Castilla y primero del nombre. Habia nacido este mismo año, dia 20 de Febrero, doña Leonor, hija de don Pedro, rey de Aragon, y de doña Leonor de Sicilia, la cual fué su mujer y reina de Castilla.

Por el mismo tiempo el rey de Aragon habia hecho entrada en Castilla por Medinaceli; pero lo montuoso del terreno, lo bien defendido de esta plaza, y la prisa que el castellano se daba para venir hácia Valencia con sus galeras, le coartaron á dejar aquella guerra y bajar á Barcelona y armar las suyas, dejando sobre la frontera á su hermano don Fernando, don Lope de Luna, arzobispo de Zaragoza, don Juan Martinez de Luna, don Pedro de Ejerica, don Pedro Muñiz de Godoy, maestro de Calatrava, despojado del maestrazgo por el rey de Castilla, don Pedro de Luna, don Juan Jimenez de Urrea, el conde de Trastamara don Enrique y su hermano don Tello, que ocupaban á Calatayud, Hariza, Cetina, Aranda y

territorios comarcanos. Los preparativos de guerra de ambos reyes instaron al papa á enviar otro legado, que con mas actividad y maña que Yudice, procurase desarmarles. Era este legado Guido de Boloña, obispo Portuense (que Mariana confunde con el antecedente, haciéndole uno mismo) y vino á principios de 1359 entrando en Castilla por Almazan, donde se detuvo. Envió un monje que diese noticia al rey de su llegada y legacía; y el rey sin detenerse se volvió á Almazan, cortejando al legado debidamente por ser de la casa de Francia. Recibióle en pleno consejo; y legado manifestó con energía, cuánto deseo tenia S. S. de que dos tan grandes y poderosos reyes no derramasen sangre de cristianos teniendo á la vista los moros que les ocupaban sus tierras. Añadió las palabras del mismo papa que decian, *que si sus años y enfermedades se lo permitieran, vendria personalmente á componer las diferencias á cualquiera costa.*

Mostróse el rey comedido y grato; pero dijo al legado, *que la guerra se habia movido por culpa del rey de Aragon como era público.* Tuvieron habla el dia siguiente, y el rey contó el hecho de Francisco Perellós, como queda referido. Cargó al aragonés haber admitido en su reino y servicio á sus hermanos Enrique, Tello, Sancho y otros muchos caballeros de Castilla. Pidióle permiso para pasar á tratar con el aragonés, y emplear con él todos los oficios que S. S. le mandára; pero antes rogó al rey fuese servido de indicarle las condiciones con que podia contar para entablar la paz con Aragon. Propusoselas diciendo, *que lo primero era que el aragonés le habia de entregar*

al capitan Perellós para darle el castigo merecido. Segundo, que echase de sus dominios á todos los caballeros castellanos y demás gente que tenia en sus ejércitos contra Castilla. Tercero, que le restituyese Alicante, Orihuela, Guardamar, Elche, Crevillente y Valle de Elda, usurpadas á Castilla desde la minoridad de su abuelo el rey don Fernando IV. Y últimamente, que por los gastos hechos en aquella guerra y galeras perdidas le diese el aragonés diez cuentos de maravedises de Castilla, ó quinientos mil florines de Aragon.

Conoció bien el cardenal que con tales condiciones nada se transigiria; pero prometió poner en ello toda su industria y conato en desempeño de la confianza que el papa tenia en él. Partió para Zaragoza donde el aragonés estaba, y le rogó accediese en lo posible á las proposiciones del castellano; mas este dijo: *Si el rey de Castilla deseara la paz, no hiciera semejantes peticiones. Para castigar á Perellós si se hallaré haberse excedido de mis órdenes, no es decente sea entregado al rey de Castilla. Yo soy quien debo castigarle si saliere reo en derecho; pues asegura, que salva la magestad real, lo de las naves genovesas con bandera plantina no pasó como decian. Sin embargo, si oido en justicia saliere reo de muerte, le entregaré al rey de Castilla que ejecute la sentencia. No debo echar de mi reino al infante don Fernando por ser mi hermano legítimo y mi heredero (queria matarle él mismo); pero á los hermanos del rey de Castilla y caballeros castellanos que me sirven, aunque legítimamente desnaturalizados de Castilla, concluida la*

paz les despediré de mis reinos para que se vayan á donde quisieren segun derecho de gentes. Las villas de Alicante, Orihuela, Elche &c. son de mis reinos por concordia de árbitros compromisarios sabios y justos, uno de los cuales fué el rey de Portugal en tiempo de mi abuelo don Jayme II, y su transacion hecha en 8 de Agosto de 1304 fué jurada por ambas partes, y así ha sido observada. Finalmente, digo que no vengo obligado á pago de los maravedises ni florines que pide el rey de Castilla; pues sabe muy bien comenzó él esta guerra contra mi voluntad estando yo empeñado en lo de Cerdeña; de forma que ahora mismo me conviniera si sus términos fueran decorosos y admisibles.

La respuesta del aragonés pareció al legado bien fundada, y para que el de Castilla viese su mucho deseo de paz, y pudiera el cardenal facilitar su mediacion, pasó á Calatayud que solo dista de Almazan una jornada. Participólo todo el cardenal al rey de Castilla, y le pidió un año de armisticio para mejor entablar el negocio; pero mostró era cierto lo que el aragonés decia, que el rey de Castilla no queria paz, sino guerra. Se negó á todo; y solo por el buen parecer dijo entraria en el trato de paz si primero se le daban las villas y los caballeros arriba nombrados; cosa que sabia bien que no conseguiria del aragonés. Mas hizo este para convenirse: prometió que en todo lo tratado y propuesto estaria á la sentencia que de nuevo diese el papa puesta en sus manos la causa. Finalmente, despues de muchas idas y venidas del legado, quedó todo como estaba, y el rey de Castilla le dijo *no hablaria mas de la materia. Ya*

tenia deseo de verter sangre humana; y en Almazan mismo declaró traidores á sus tres hermanos, al infante don Fernando de Aragon y á todos los otros caballeros que en nada le estaban tenidos, estando desnaturalizados segun las leyes. Pero no pudiendo haberlos á las manos, derramó la sangre de su tia la reina de Aragon presa en Castro-Jeriz, y á doña Juana de Lara que estaba con ella, la mandó llevar al castillo de Almodovar del Rio; pero pasados algunos dias la hizo matar en Sevilla. Trasladó á su mujer doña Blanca de Sigüenza á Jerez de la Frontera, acompañada de doña Isabel de Lara; pero esta murió á pocos dias con indicios de veneno, cuyos estados de Vizcaya y Lara ansiaba el rey. Hechas estas nobilísimas acciones, marchó á Sevilla, dejando fronteros á Hínestrosa y un ejército poderoso.

Llegó á Sevilla á fines de Febrero y comenzó á dar calor á la construccion de galeras, deteniéndose dos meses en alistar escuadra para marchar á Cataluña. Constaba de veinte y ocho galeras, dos galeotas y cuatro leños: las naves de particulares recogidas de varios puertos como habia mandado, eran ochenta. El rey de Grauada Mahomad (sin duda era Mahomad Lagus, destronado por Mahomad el *Bermejo*) que era su amigo, le envió tres galeras; y el rey don Pedro de Portugal, su tio, le dió algo despues diez, y una goleta. Sin embargo el portugués tenia confederacion secreta con el aragonés, por medio de su hermano don Fernando, yerno del portugues. Era, pues, formidable la escuadra de Castilla por la muchedumbre de buques y destreza de sus capitanes, uno de los cuales fué

nuestro fiel y docto cronista don Pedro Lopez de Ayala; pero tan espantoso aparato vino á parar en nada. Hizo vela siguiendo la costa del Estrecho, reino de Granada hasta la de Valencia, y llegada á Guardamar, batió su castillo y le ocupó con la villa. Maltrató con tiros todos los pueblos de la costa, y llegó á los alfaques del Ebro, donde le vinieron las galeras portuguesas. Bajó tambien por el rio el cardenal legado por si podia aun estorbar batalla; pero el castellano se negó á todo convenio, y marchó con su escuadra para Barcelona, llegando allá dia 8 de Junio. Tres se detuvo allí sin osar acometer á doce galeras aragonesas que en el puerto habia, porque de tierra le molestaban con tiros de pólvora; y hubo de retroceder á la ria de Llobregat, de la cual surgió para Iviza y sitió la villa. Habia armado el aragonés cuarenta galeras, y juntas en escuadra, partió para Mallorca en busca del castellano, sin temor de su mayoría de fuerzas. Con esta noticia, levantó el sitio de Iviza la gente de Castilla, y movió la escuadra para la costa del seno Sucronense, donde batió á Calpe, Altea y demás pueblos de la comarca; pero no saltó en tierra, ni ocupó ninguno. Todos suponian que de aquella batalla naval pendia el fin de la guerra. La escuadra de Aragón, habida noticia del regreso de la castellana, se vino tambien de Mallorca en su busca; pero no vino el rey en ella, por haberle dicho su consejo no debia exponer su persona en batallas de mar, cuyo éxito casi siempre se debe á la fortuna. Vinieron en ella el almirante de Aragón don Bernardo de Cabrera, y el conde de Cardona. Media legua delante venian dos galeras de

descubierta, y vieron estaba la escuadra de Castilla detrás de la Peña de Calpe. Retrocedieron al punto hácia la escuadra; y se acercó toda á la playa con intencion de pelear cerca de tierra, por la ventaja de la gente armada que en la playa habia. Para mas favor aun se metieron todas las galeras rio de Denia arriba lo que sufría su fondo. Suponia el castellano segura la batalla el dia siguiente, y se previno para ella; pero amaneció calma, y no pudieron hacer uso de las naves de vela. El almirante Bocanegra dijo al rey que aun mejorado el tiempo no entrase en batalla, ya que el de Aragon quedaba en Mallorca; y capitanes por capitanes no los tenia menores, sino superiores á los aragoneses. Dos dias estuvieron á la vista prevenidos unos y otros, no mejorando el tiempo, durante los cuales la escuadra aragonesa no se movió de la ria, ni era prudencia acometerla la castellana por la infinita gente valenciana que en las márgenes habia á tiro. Por último, resolvió el castellano retroceder para Alicante, esperando tiempo mas oportuno. Seis dias se detuvo en Alicante creyendo que la aragonesa le seguiria; pero sabiendo que no se habia movido del puesto marchó para Cartagena. En ella se despidió el almirante portugués con sus galeras, diciendo al rey tenia orden del suyo para regresar á Lisboa no debiendo servir á Castilla mas de tres meses, y eran ya pasados. Con tanto mandó el castellano á sus gefes se fuesen á Sevilla, y las gentes y naves á sus destinos; él partió á Castilla. Sabido esto, la escuadra aragonesa se fué á Barcelona donde ya el rey estaba; desarmó treinta galeras, y dejó diez en corso.

Llegó el castellano á Tordesillas á primeros de Junio , se estuvo quince dias con la Padilla , y pasados marchó para Sevilla , donde poco despues le vino nueva que la Padilla habia dado á luz un niño , á quien llamaron Alonso. Con este contento, volvió á Tordesillas ; pero despues de una breve detencion , se volvió á Sevilla. Supo allí que los fronteros de Aragon hacian entrada en Castilla por Almazan y Gomara , á poco mas de mediado Setiembre. Sus principales caudillos eran don Enrique y don Tello sus hermanos , don Pedro de Luna , don Juan Martinez de Luna , don Artal de Luna y don Juan Fernandez de Heredia. Los de Castilla don Fernando de Castro , Juan Fernandez de Hinestroza con otros. Por ambas partes eran las fuerzas bastante reducidas , y fueron contemporizando y observándose unos á otros , hasta que vinieron á encontrarse casi por acaso á la raiz del Moncayo , en unos campos llamados de *Araviana*. Pelearon todos bien aunque por breve tiempo , por haberse declarado la victoria por Aragon casi á los principios. Murieron el Hinestroza , don Gomez de Figueroa , Fernando García Duque , Pedro Bermudez , Gonzalo Sanchez de Ulloa , Juan Gonzalez y otros soldados de cuenta. Don Fernando de Castro huyó á uña de caballo. Don Iñigo Lopez de Mendoza quedó prisionero con algunos otros. La batalla fué mas nombrada que grande ni sangrienta , pues , segun el cronista Ayala , no hubo infantería de ninguna parte ; y aun la caballería era poca , pues la castellana era mil quinientos hombres , y la de Aragon ochocientos. En suma , no fué mas que una esca-

ramuza honrada. Fué la batalla dia 22 de Setiembre.

Llegada al rey de Castilla la novedad y muerte de Hínestrosa, partió para Tordesillas donde su sobrina la Padilla estaba. Despachó cartas á sus fronteros para que todos se juntasen en Almazan, Agreda y Gomara, quedando por comandante Gutierre Fernandez de Toledo; hecho lo cual, se volvió á Sevilla. Entonces mandó nombrar maestro de Santiago á Garci-Alvarez de Toledo, y le hizo mayordomo de su hijo y de la Padilla. El desquite de este Herodes por la rota de Araviana fué como suyo. Hizo matar en Carmona, donde los tenia presos, á sus dos hermanitos llamados Juan y Pedro, últimos hijos de la Guzmaná, de catorce años el uno y el otro de diez y nueve.

Aunque la batalla de Araviana fué de poca pérdida para ninguno, la resulta no dejó de ser ventajosa para los aragoneses, por el ascendiente y ánimo que tomaron, frustradas también las amenazas de la escuadra, y muerto el astuto Hínestrosa. Pasaronse á don Enrique, Diego de Perez Sarmiento y Pedro Fernandez de Velasco con todas sus compañías, temerosos del rey por culpas que se les imputaban, y el rey no perdonaba ninguna, falsa ó verdadera.

1360 A principios del año 1360 se iba previniendo el conde don Enrique para entrar en tierra de Castilla, no tanto para causar daño, quanto para ganar la voluntad de los caballeros de la frontera. Todavía procuraba el cardenal de Boloña reconciliar los ánimos á fuerza de rogaciones; pero no se hallaban nada dispuestos. Solo Gutierre Fernan-

dez de Toledo que sucediera al Hínestrosa en la comandancia general de la frontera, creyó podía tener efecto la paz procurando separar los dos primeros caudillos de Aragon don Enrique y don Fernando, y despachó mensaje á este por medio de Pedro Gonzalez de Agüero, prometiéndole perdón del rey y grandes mercedes como se pasase á Castilla; pero el infante despreció tan importuna y fátua propuesta en un rey tan traidor á su palabra, seguros y juramentos. Para confirmar esta dote, se fué casi en posta de Sevilla al reino de Leon por solo matar á don Pedro Nuñez de Guzman. La causa no era mas que haber ido á sus estados á levantar gente para aumentar la frontera de Aragon, y dejado mientras tanto por comandante á Pedro Alvarez Osorio. Fué Guzman avisado, y aun se pudo librar dichosamente haciéndose fuerte en la fortaleza de Aviados. Envióle el rey á decir por el obispo de Leon se viniese para él bajo seguro jurado; mas hizo bien Guzman de no fiar de un rey sin religion, crédito ni palabra. No así el simple Osorio. Llamóle el rey, y fué allá muy confiado de no tener culpa en el hecho. Para mas engañarle y evitar su fuga, le dijo estaba persuadido de su inocencia, y en prueba le daba el adelantamiento de Leon que le quitaba á Guzman. Cayó en el lazo Pedro Osorio. Dentro de pocos dias, estando Osorio en Villanueva comiendo con Diego de Padilla, fué muerto á mazadas; y como Padilla no lo sabia, tuvo grande susto. Mandó matar allí mismo dos hijos de Fernando Sanchez de Valladolid, sin mas causa que decirse tenían amistad con don Pedro de Guzman.

En Burgos mandó matar al arcediano don Diego Arias Maldonado, con achaque de haber tenido carta del conde don Enrique.

Esta continuada cadena de homicidios, efecto de un rey arrebatado, cruel y loco, tenia sobresaltados á cuantos tenían á su cargo negocio público. Bastaba la mas mínima falta, bastaba un leve descuido, bastaba una sospecha, bastaba la acusacion de un enemigo ó envidioso para morir sin recurso.

A la sazón Gonzalo Gonzalez de Lucio gobernaba en Tarazona, puesto por Hinestrosa, antes de la batalla de Araviana; pero desatendido del rey de Castilla, y por lo mismo temeroso de sus gracias, muerto Hinestrosa, cuya hechura era. Solicitado del aragonés, le entregó la plaza, bajo pretexto de que el castellano la tomara durante la tregua puesta por el cardenal Yudice. Recompensóle el aragonés con cuarenta mil florines y casarle con doña Violante de Urrea, heredados en sus reinos.

Mientras el castellano moraba en Burgos discurrendo á quién habia de matar primero, sus hermanos don Enrique y don Tello, el conde de Osona y muchísimos caballeros con golpe de gente entraron en Castilla por Nájera, donde mataron (acaso por robarlos) á los judíos que en ella habia, sin que los gefes pudiesen contener la tropa y paisanaje por el odio que les tenían. Llegados á Pancorvo, presidiaron una casa fuerte que tenia Pedro Fernandez de Velasco, no lejos de Briviesca; pero corrió allá el rey de Castilla, batió la casa, y se le rindió la guarnicion, salva la vida; mas no

guardó la promesa. Degolló tres de sus gefes. Las fuerzas de Castilla eran triplicadas sobre las aragonesas, y don Enrique tuvo que retirarse. Además, supo que el necio don Tello, engañado con que el rey su hermano le perdonaria, trataba de volver á su servicio bajo ciertas condiciones. No se puede comprender la fátua volubilidad de aquellas gentes á vista de la continuada experiencia y escarmiento en cabezas ajenas. Hubo don Enrique, como mas advertido, de enviarle al rey de Aragon bajo pretexto de pedir mas tropas en la frontera.

Hallándose el castellano en la villa de Azofra, cerca de Nájera, le dijo reservadamente un sacerdote seglar haberle revelado en un sueño santo Domingo de la Calzada, *que su hermano el conde de Trastamara don Enrique le quitaria la vida por su propia mano. Que el Santo le mandaba se lo dijese para guardarse.* Preguntóle el rey si le habia inducido alguno á darle la noticia, y respondidole que nadie sino el Santo mismo, le mandó lo dijese de forma, que todos los que allí estaban lo oyesen. Ejecutólo el sacerdote; y en agradecimiento del saludable aviso, le mandó quemar vivo en el mismo paraje. Pudo don Pedro el Cruel burlarse del aviso; pero se verificó puntualmente de allí á nueve años.

Las tropas aragonesas se mantenian en Nájera, y en Abril fueron casi sorprendidas por las castellanas, de forma, que don Enrique estuvo á mucho riesgo. Hubo su pelea, y por ambas partes murieron muchos; pero mas aragoneses. Entrada la noche, se retiró el castellano á Azofra

con ánimo de volver el día siguiente. Cuando ya lo ponía por obra, encontró en el camino un escudero que se lamentaba por haberle muerto los batidores á un tío suyo, muy amante y servidor del rey. ¿Qué gran cosa era esta? Tuvo don Pedro por de mal agüero, y regresó á su real, sin que le pudieran inducir á llegar á Nájera la seguridad de tomarla y en ella á don Enrique. Parece que la Providencia le guardaba para cumplir la profecía de santo Domingo, y para la corona. Por fin, sin hacer otra cosa dejó fronteros, y marchó á Sevilla; los aragoneses se fueron á Tahuste.

Hallándose en Sevilla á mediado Agosto, supo andaba en corso en las aguas de Cádiz Mateo Mercer, caballero valenciano, con cuatro galeras de Aragon. Al momento armó cinco de las suyas el castellano, y envió por capitán un tal Zorzo (ó Jorge) su ballestero mayor. Presto descubrió Zorzo á la escuadrilla de Mercer en las costas de Berbería. Acometióla, tomó sus galeras y las envió al rey, el cual hizo matar á Mercer y otros gefes menores.

Llegó ya la hora fatal deseada en que los reyes de Portugal y Castilla se entregaron recíprocamente los reos de estado, aunque tenían sus respectivos seguros. El castellano los dos caballeros que mataron á doña Inés de Castro; el portugués envió presos á Castilla á Mendo Rodriguez Tenorio, Fernando Gudiel y Fortun Sanchez Calderon. No nos transmiten las historias noticia del delito de los castellanos, sino que *tenian miedo al rey*; pero sí de que fueron degollados en Sevilla. De los portugueses hablamos arriba. La desventura que á los tres cas-

tellanos, cupo tambien á don Pedro Nuñez de Guzman, el cual para evitar una sorpresa, del castillo de Aviados se habia ido á Portugal. La muerte que le mandó dar el rey fué tan cruel y espantosa, que el cronista Ayala no se atreve á decirla; solo escribe *que desagradó mucho á los mismos que amaban el servicio del rey*. Poco despues, á 7 de Setiembre, degolló en Alfaro sin culpa, y á traicion, á Gutierre Fernandez de Toledo. Este antes del suplicio escribió al rey la carta profética que ingiere el cronista en el cap. 18 de este año 1360. La propia muerte á traicion hizo dar á Gomez Carrillo, mandando le trajesen á Sevilla la cabeza, y echasen al mar su cadáver. Desterró de Castilla al arzobispo de Toledo don Vasco por ser hermano de Gutierre Fernandez, sin darle una hora de tiempo, ni aun para vestirse ropa de camino. El dia siguiente robó el palacio arzobispal, prendió la familia y la atormentó para que manifestasen los tesoros ocultos que no habia, y fueron causa del destierro. El último á quien alcanzaron este año las finezas de don Pedro el *Cruel* fué su tesorero y amigo el judío Samuel Leví. Prendióle en Toledo su patria, y con él todos sus parientes. Hurtóles las inmensas riquezas que poseian socolor de que eran usurpadas. Samuel fué conducido á Sevilla y asegurado en las atarazanas. Atormentóle para que declarase los otros tesoros que tenia; y parece murió en el tormento en el año de 1360 ó siguiente. Sobre esto se deben leer las doctas Disertaciones de don José Heydeck y contestaciones de la Real academia de la Historia en 1795.

CAPITULO IX.

Sientan paz Aragon y Castilla para romperla luego. Guerra de Castilla con Granada. Muerte traidora y cobarde de su rey Mahomad el *Bermejo* por mano del rey de Castilla.

Los años atrás habia sido alzado rey de Granada un arrhaez llamado Mahomad el *Bermejo*, en perjuicio de su legítimo rey Mahomad Lagus, de- puesto á causa de su vejez. El *Bermejo* se declaró por el aragonés en la guerra que con Castilla tenia; pero luego que supo que éste movia tambien para su frontera de Granada, tuvo forma de sentar treguas con Castilla. Sin embargo, como el *Bermejo* continuase sus inteligencias con Aragon, don Pedro de Castilla dió favor al destronado Lagus (que significa *liebre*), y mas adelante recobró su reino con muerte del *Bermejo* y provecho de Castilla como diremos. Sentada, pues, la tregua de Granada, partió el castellano para Almazan á la entrada del año 1361 con mucha gente de guerra contra Aragon, trayendo en auxilio al maestre de Avís con seiscientos caballos. Entró en Aragon por aquella parte, combatió los castillos de Verdejo, Torrijo, Alhama, Hariza y otros. Todavía el cardenal de Boloña tentó por ahora reconciliar los dos reyes, y vió en Deza al de Castilla cuando estaban ambos para buscarse en campaña. Consiguióse por entonces; pero no por sus diligencias, sino porque el aragonés, mucho mas astuto que el castellano,



Muerte de la Reyna D. Blanca.

Con el fallecimiento de D.^a María de Padilla se esperaba que el Rey D. Pedro reconociese la injusticia con que tenía presa á la Reyna D.^a Blanca; pero él, aborreciendo mas cada día sus virtudes, resolvió y consumó su muerte por medio de un veneno que la administró un vil criado. Virtuosa, aborrecida y ofendida siempre, debió mas á D. Pedro en su decreto iniquo, que al recibir la mano de tan feróz esposo.

hizo que Granada moviese contra Castilla, cuyas fronteras estaban con poca gente. Hubo, pues, el castellano de acomodarse al tiempo, y se convino *en que si el rey de Aragon despidiese de sus reinos á don Enrique, á don Tello y á don Sancho, con los otros caballeros de Castilla que tenia consigo, él le restituiria lo tomado en aquella jornada.* Con tan poco se contentó el castellano, y sentó la paz que solo duró mientras el movimiento del granadino.

Era esto por Mayo, y sin detencion marchó el castellano para Sevilla, donde apenas hubo llegado, le vino al pensamiento de que ya debia desembarazarse de su mujer doña Blanca, y cuidados de guardarla. Teniala á la sazón en Medinasidonia á cargo de don Iñigo Ortiz de Zúñiga, y envió el rey un criado de su médico con veneno para matarla; pero lo resistió don Iñigo, y se fué al rey diciéndole *que jamás intervendria en aquel hecho, y le suplicaba le exonerase del cargo, pues era su señora y sería traicion matarla.* Enojóse el rey con el buen caballero; pero no le mandó mas de que la entregase á Juan Perez de Rebolledo, ballestero suyo, y en su poder la mandó quitar la vida. No sabemos el modo, ni lo supo el vulgo; solo se sabe que poco despues mató con veneno á doña Isabel de Lara, ya citada arriba. ¿Cómo aprobarán estos homicidios los bárbaros defensores de don Pedro *el Cruel*? Es sensible que estos molestos historiadores no vivieran en su tiempo y participaran de algunas de sus gracias. Prueba segura de la injusticia y asesinato es la historia y el sentimiento general que causó su muerte. No sabemos el dia en que murió, aunque parece

fué por Julio. Sabemos sí, que en el mes mismo murió en Sevilla, hallándose el rey allí, doña María de Padilla. Mandó el rey llevar luto en sus reinos; y fué enterrada en santa Clara de Astudillo, convento que habia fundado cuando quiso retirarse del mundo. La pasion que por ella tuvo don Pedro de Castilla, fué muy análoga á la de don Pedro de Portugal por la Castro; y parece que aquel siguió los pasos de éste, declarando por su mujer á la Padilla, como aquel á la Castro.

Los historiadores portugueses pretenden probar que su don Pedro, cuatro años despues de haber ascendido al trono, dia 12 de Julio de 1360 en la villa de Castañete declaró *sub juramento* haber sido casado *in facie Ecclesie* con doña Inés de Castro, ante el dean de La-Guarda, despues obispo de ella y médico del rey antes de subir al solio. Que el matrimonio se habia celebrado en Braganza, en presencia de Esteban Lobato, guardaropa suyo. Que ambos declararon con juramento en el año mismo ser esto verdad; aunque el obispo dijo no se acordaba del dia, mes ni año, si bien creia haber sido como siete atrás. Y que hubo bula de Juan XXII dispensando el parentesco de tío y sobrina que eran. Infieren esto de una escritura, guardada en la torre del Tumbo, dada á 18 del mismo mes y año, en la cual anda incorporada la declaracion del rey y los dos testigos.

Es extraño que Sousa, Barbosa y demás historiadores portugueses no reparasen en los anacronismos que en la relacion saltan á los ojos. La supuesta Bula dice: *Joannes episcopus, servus servorum Dei, dilecto filio Petro infanti primogenito,*

carissimi in Cristo filii nostri Alphonsi regis Portugalice et Algarbii, illustris salutem, &c.; y concluye: *Datum Avinhon, decimonono Kalendas Martii, anno nono.* Este papa murió á 4 de Diciembre de 1334; el año nono de su pontificado fué el de 1325 y en él no tenia don Pedro mas de cinco. Esto basta para despreciar la noticia; y se puede reflexionar, que no hubo jamás razon alguna para que don Pedro negase al rey su padre ser casado con doña Inés, siendo su igual y sobrina. Lo que en esto se puede creer, es que don Pedro quiso abrir camino á que le heredasen los hijos de la Castro, en caso de fallecer sin ellos el príncipe don Fernando. Lo mismo pretendió ahora el rey de Castilla con las hijas de la Padilla, fingiendo un matrimonio mil veces negado.

Segun algunos documentos que produce don José Ceballos en su *dictámen*, que precede á su *Huelva ilustrada* de don Agustin Mora, doña María de Padilla fué señora de Huelva por donacion del rey don Pedro desde Setiembre de 1352, que es desde los primeros pasos de su amistad, en que el rey andaba en los diez y ocho años de edad. Arrebatado Ceballos con el honor que pensó dar á Huelva con esto, no puso gran atencion en evitar errores y anacronismos. Lo mas despreciable es la molesta cantinela contra el cronista Lopez de Ayala, y las invectivas contra Florez, todo para hacer reina á la Padilla, sin saber cuál es la ganancia que le queda. Para prueba de que no fué mas que amiga, basta producir las palabras del Hinestrosa al rey, en que le dijo, *que sus hijos eran ilegítimos.* Es una impertinencia decir

que don Pedro no publicó su matrimonio con la Padilla viviendo esta, por temer inquietudes del reino. No solo es impertinencia sino una falsedad; pues todas las inquietudes y muertes horrorosas que cometió fueron estando amancebado y no casado. Mas, nunca hubo rey en el mundo que menos temiese á nada y á nadie que don Pedro el *Cruel*. ¿Era por ventura un público concubinato el camino de aquietar inquietudes? ¿Había miedo en manifestar su matrimonio, y no le había en degollar proditoriamente á sus hermanos, tia, primos, parientes, matar á su mujer inocente y tantos otros? ¿Quemar vivo al clérigo de santo Domingo? Si era casado con la Padilla, ¿con qué conciencia casó despues con doña Blanca, y viviendo ambas con la Castro? Cuando llamó *reina* á la Padilla, ¿cómo hizo con doña Blanca? La mejor defensa de don Pedro el *Cruel* es darle por loco y flaco de juicio en las lunaciones.

Resentido de que el rey Bermejo de Granada le hubiese como obligado á concluir paz con Aragon invadiendo su reino, resolvió restablecer á Mahomad Lagus. Hubo nueva causa para mover las armas contra el intruso Bermejo, pues solicitó al rey de Marruecos se uniese con él, y ambos con Aragon contra el cruel castellano. Era el marroquí amigo de este, y le comunicó lo que Bermejo meditaba, lo cual acabó de ponerle de parte de Lagus. Hallabase éste retirado en Ronda con los de su partido, y pasó á Sevilla donde estaba don Pedro, y concluyeron, que los pueblos obedientes al Bermejo que quisiesen pasarse á Lagus, fuesen suyos; y los que no, los tomase para sí el castellano.

Entrada la gente hasta la vega de Granada con esperanza de que se pasarian á Lagus muchos caballeros moros y pueblos, no hubo quien se moviese, y el castellano hubo de regresar á la frontera, y volverse á Castilla. Era esto entrado Diciembre, cuando en el adelantamiento de Cazorla entraron seiscientos caballos moros y dos mil infantes á correr la tierra, y quemaron el lugar de Peal. Era considerable la presa de bienes, ganados y cautivos con que se volvian á Granada; pero don Diego de Padilla, don Enrique Enriquez, adelantado mayor, y Mendo Rodriguez de Biedma con otros caballeros salieron á buscarles y seguirles. Cogieron el paso del rio Guadiana menor por donde habian de pasarle, y llegados allí los moros, pelearon los nuestros con tanta valentía, que los derrotaron y prendieron casi todos, cogiéndoles en unas angosturas del paraje; con lo cual recobraron la presa. Sucedió dia 20 de Diciembre.

Este buen suceso sugirió á los mismos comandantes hacer entrada en tierra de moros por la Guardia, y llegaron á vista de Guadix en el Enero de 1362. El rey Bermejo tenia bien presidiada 1362 la villa con mas de cinco mil hombres, además de la gente del pueblo. Los cristianos eran tres mil, y descontentos por no sé qué resentimiento que del rey tenian; y además, por ciertos agüeros en que los ignorantes suelen fundar las prosperidades ó desgracias. Llegados á vista de Guadix, la vieron sin guarnicion ni defensores; y destacaron algunas partidas que corriesen el Val de Alhama, y provocasen á los de Guadix. De esta division de fuerzas se aprovecharon los moros que estaban es-

condidos en Guadix para engañar á los cristianos. Al pronto tuvieron estos alguna ventaja; pero luego por la poca pericia militar del maestre Padilla fueron derrotados, y murieron soldados de importancia. El mismo Padilla quedó prisionero con otros caballeros, y fueron conducidos á Granada. La gente destacada y los que pudieron escaparon con la fuga.

La prision de aquellos caballeros duró muy poco; pues el rey Bermejo, creyendo suavizar al castellano para que dejase á Lagus, les dió libertad y un regalo de mucho valor; pero don Pedro desestimó lo uno y lo otro. Por el contrario, á principio de primavera entró en el reino de Granada destruyendo cuanto le venia delante. Tomó por armas los castillos de Iznajar, Cesna, Sagra y Benamejí; dejolos presidiados, y volvió á Sevilla. Habia quedado en defensa de Sagra Fernando Delgadillo con poca gente; y cargó tanto moro, que abriendo brecha en su muro, iba á ser entrada. No viendo Delgadillo posible la defensa, capituló la entrega, salva la guarnicion. Pasadose á Priego, fué Delgadillo á referir al rey lo sucedido, y la resulta fué degollarle por haber capitulado.

Entró don Pedro nuevamente en tierras de Granada con mucha gente, y tomó á Burgo, Hurdales, Cañete, Cuevas, Turon y otros castillos. Temió el Bermejo lo que debia temer de los partidarios de Lagus, y resolvió componerse con el castellano. Pasó, pues, á Sevilla cargado de regalos y determinado á ser su vasallo y darle parias. Acompañabanle su ministro y trescientos caba-

llos de la primera nobleza de Granada y doscientos infantes. Hizo súplica al rey acerca de lo dicho, y le añadió que si de todos modos queria reinase Lagus, él se iria al Africa. Mandóles el rey aposentar dignamente y agasajarles; pero meditó en secreto la fechoría mas vil y vergonzosa, digna solo de don Pedro el *Cruel*. Convidó al Bermejo y á cincuenta de sus caballeros á un esplendido banquete, y estando sentados á la mesa los hizo prender á todos, les desnudó de las inestimables joyas que vestian, y luego degolló treinta y cinco de ellos en el campo de Tablada. Al rey Bermejo le hizo poner una anguarina de escarlata, y montado en un borrico le condujeron al suplicio. El mismo rey de Castilla fué el verdugo. Atado de pies y manos ante el rey *Cruel*, le dió la primera lanzada, diciendo: *Toma eso, ya que me feciste facer mala pleitesia con el rey de Aragon y perder el castillo de Hariza.* Respondióle el Bermejo: *¡Oh rey, cuán baja caballería feciste!* Los otros moros que posaban en la judería fueron tambien robados y cautivos. No hubo persona honrada que no condenase la vileza del hecho en el rey de Castilla, y aun se lo dijeron muchos; pero respondió friamente *que habian venido sin seguro*, como si don Pedro el *Cruel* le hubiera guardado á alguno. Envió á Lagus las treinta y ocho cabezas de los degollados; y fué recibido rey de Granada, el cual envió libres al *Cruel* varios cautivos cristianos que en Granada habia.

A continuacion juntó Córtes en Sevilla, en las cuales hizo con la Padilla la misma declaracion que el portugués con la Castro. Dijo habia sido su

legítima consorte por haber casado con ella primero que con doña Blanca. Que la verdad del hecho la declaraban con juramento Juan Perez de Orduña, su capellan, Diego García de Padilla y Juan Alonso de Mayorga, su canciller. Declaró legítimos á su hijo don Alonso y á sus hijas Beatriz é Isabel, y á la madre reina de Castilla y Leon. Mandó jurar á don Alonso por heredero suyo, sustituyéndole las hermanas si muriese sin hijos legítimos. Esto sucedió; pues murió el niño en Sevilla dia 18 de Octubre del año mismo. Mandó traer el cuerpo de la Padilla á Sevilla donde fué sepultada en la capilla de los Reyes. Dicese que el año de 1579 fué reconocido el cuerpo de orden de Felipe II, trasladado á la capilla nueva, y continuadosela el título de la *reina doña Maria de Padilla*.



CAPITULO X.

Renuevase la guerra con Aragon, á que se sigue paz para romperse luego. Mata el rey de Aragon á su hermano don Fernando.

Asegurado el rey de Castilla por parte de Granada, volvió sus iras al de Aragon rompiendo la paz asentada. Marchó con su gente de guerra silenciosamente y sin estruendo, de forma, que antes que el aragonés lo supiese, ya le habia tomado varios castillos, aprovechándose de su ausencia por estar en Rosellon. El castellano envió al de Navarra mensaje de que convenia se viesen y confederasen, y se vieron en Soria donde pactaron *que quien de los dos tuviese guerra, fuese ayudado por el otro si no la tenia*. Fué una traicion del castellano, pues su guerra con Aragon aun era oculta, y nadie la temia habiendo paz asentada. Jurada la condicion, en el momento declaró su rompimiento con Aragon, alegando que la paz anterior habia sido coartada por causa del granadino. Quedó sorprendido el navarro por hallarse sin prevenciones; pero como estaba fuera de su reino y en poder del castellano, hubo de otorgarle socorro, y entrar en Aragon por su frontera. Desde luego marchó don Pedro á poner sitio á Calatayud, y de paso ocupó los castillos de Hariza, Ferrer, Ateca, Moros, Alhama y Cetina. La sorpresa del aragonés fué extraordinaria, cuando no solo no sospechaba hostilidades del castellano, pero aun iba á pedirle socorro

contra las gentes extranjeras que rodeaban el Rosellon , acabada la guerra de Inglaterra y Francia.

El día 11 de Junio se puso el castellano sobre Calatayud , y se decia venia en su auxilio el portugués con mucha tropa. El navarro ocupada Sos, pasó á Tarazona: Fox , Armeñac, el señor de Labrit y Captal de Buch entraban en Aragon por Ejea. Tanto número de enemigos á la vez en Aragon hallado con pocas defensas , puso á su rey en el mayor cuidado. Creció este con la noticia de que don Jayme , hijo del destronado rey de Mallorca, que estaba preso en Barcelona, habia escapado á Nápoles, y se llamaba *rey de Mallorca*. Murió tambien entonces el rey Luis de Nápoles , y corrió voz de que su viuda doña Juana casaba con el fugitivo , como hizo en efecto.

Combatiendo á Calatayud el castellano, sus tropas ocuparon sin resistencia á Verdejo, Vijuesca, Torrijo, Maluenda, Munebriga, Epila, Ricla, Torralba, Paracuellos, Belmonte, Villaroya, Cervera, Aranda y demás pueblos de la comarca. Confuso el aragonés en Perpiñan á tan infaustas y frecuentes noticias, acordó llamar á los hermanos del castellano don Enrique, don Tello y don Sancho y sus caballeros, los cuales desde la paz anterior estaban en Provenza. ¿Pero cómo habian de fiar en unos reyes sin fe ni palabra, que por intereses viles y soeces mataban y vendian á sus mismos servidores? Vinole á la sazón embajada del rey de Tremecen pidiendo sentar paz con Aragon, y el rey se la otorgó para cinco años; pero le envió á pedir mil ginetes, que nunca vinieron.

El campo del castellano sobre Calatayud au-

mentaba por instantes, contando ya doce mil caballos y treinta mil infantes. Combatianla con artillería de gran calibre, y el aragonés envió á Zaragoza á su hermano don Fernando para que acudiese allá donde mas urgiese. Los cercados en Calatayud pedian socorro, principalmente un capitán que mandase la defensa, por estar la guarnicion dividida en las facciones Liñanes y Zayas, y ninguna de ellas era conveniente. Prometióles el rey por escrito les enviaria por gefe superior al conde de Osona, y en efecto partió allá dia 13 de Agosto acompañado de don Artal de Luna, Ramon y Vidal de Blanes hermanos, y de Gutierre Diaz de Sandoval. Hácia la media noche llegaron á Miedes, de donde pasaron á cierto bosque una legua de Calatayud. Observaron desde un monte el ejército castellano, enviaron carta á los sitiados avisándoles su arribo, y esperaban seña para entrar en la plaza; pero como no se viese, ni volviesen los que llevaron la carta, regresaron á Miedes. No se pudo ocultar esto al castellano, y pasando allá con un grueso de gente, cercó el lugar de Miedes, y los caballeros se entregaron prisioneros. Enviólos á Toledo y de allí á Sevilla donde murieron algunos, y los que no, los dió libertad don Enrique, ya rey de Castilla.

Con este mal suceso, perdió Calatayud las esperanzas de salvarse; aunque el rey la habia mandado defenderse mientras hubiese defensas, y en no pudiendo mas, entregarse. Ya habia llegado el caso por la mucha gente que con las salidas habian perdido; y por fin, suplicaron al de Castilla les otorgase cuarenta dias para obtener socorro, y si no viniese, entregarían luego la villa y casti-

llos. Acordóselo don Pedro con objeto de no destruir una plaza que tenia segura. No pudo el aragones enviar auxilio alguno, sino que escribió á los defensores capitulasen, y así lo practicaron pasados los cuarenta dias, salvas las vidas y haberes, bien que viviendo en la misma villa sujetos al castellano. La entrega fué dia 29 de Agosto. Con tanto, dejando grandes fuerzas en la frontera, partió para Sevilla; porque comenzó á picar peste en la comarca de Calatayud. Apenas hubo llegado á Sevilla, se le murió su hijo don Alonso jurado sucesor suyo, dia 18 de Octubre. Por su muerte debia suceder doña Beatriz; y aunque las cosas anduvieron revueltas, y don Enrique se apoderó de la corona muerto don Pedro, no dejó de renovarse el derecho de las dos hijas de la Padilla en tiempo de don Juan I.

El rey no se detuvo en Sevilla mas que hasta fines de Enero de 1363, cesado ya en Calatayud el contagio con muerte de infinitos. Durante los cuatro meses hizo paz y alianza con Inglaterra, para tenerla á su favor en caso que la Francia quisiese vindicar, como se decia, los ultrajes y muerte de doña Blanca. Regresó luego á Calatayud con refuerzo de gente, y fué ocupando los lugares de Fuentes, Chodes, Arándiga y otros. Sitió el castillo de Somet; pero sus defensores le hicieron alzar el sitio, porque ya el aragonés habia presidiado bien las plazas fronterizas, y las armas castellanas prosperaban menos. Ayala dice que el castellano recobró á Tarazona; pero el de Aragon lo calla en su *historia*. Ocupó tambien á Borja y Magallon, y envió presos á Sevilla á los comandantes

algunos de los cuales murieron prisioneros. A fines de Marzo mandó el *Cruel* concurrir al lugar de *Bubierca* (no lejos de Borja) sus capitanes, y jurar allí por sucesora suya á doña Beatriz; por sustituta á doña Constanza, y de las dos, á doña Isabel que era la tercera y última.

Las vivas instancias y sugerencias del aragonés al conde don Enrique y sus larguísimos ofrecimientos doblegaron al fin su resistencia, aventurando su vida en manos de un rey venal y falso. Vínose el conde con mil y quinientos caballos que le seguían á todo trance, y á fin de Marzo llegó á Monzon acompañado del mismo aragonés. Aquí se comenzó á fraguar la grande revolucion de Castilla, pasando su corona á un rey sin legitimo nacimiento, aunque legitimado despues por el papa. La rapidez con que el castellano se apoderaba del Aragon, y las frecuentes baladronadas de que luego bajaria á Zaragoza, espoleaban al aragonés á que apurase cuantos recursos le ocurrian para su defensa; pero las fuerzas del castellano eran demasiadas. Lo primero fué concluir un tratado el aragonés y don Enrique, tan secreto, que lo escribieron los dos mismos, interviniendo solo Jayme Conesa, secretario del rey. Prometió éste á don Enrique no menos que *ayudarle con todo su poder á conquistar los reinos de Castilla quitándoselos á don Pedro*: bien que tirando el sesto de lo conquistado. Firmóse y sellóse dia 31 de Marzo.

Por otra parte debia venir al aragonés con quinientos caballos el conde de Denia, y mil ginetes moros de Granada enemigos del castellano por haber muerto proditoriamente al Bermejo y moros

nobles que con él iban. Envió no menos á Francia á don Juan de Heredia y Francés de Perellós que tratasen alianza con su rey, y la concluyeron muy estrecha, incluso el de Navarra, *contra todos los hombres del mundo, fuera del papa, el emperador, el rey de Inglaterra, el de Portugal y el de Sicilia.* De cada día se multiplicaban las fuerzas del aragonés en Zaragoza con gente de Cataluña y Valencia, y el castellano resolvió pasar la guerra á este reino, aseguradas las plazas ocupadas. Movi6 hácia Daroca y puso sitio al castillo de Bágüena; pero un vecino de ella llamado Miguel Bernabé la defendió de modo, que nada pudo hacer todo el poder de Castilla. Mas quiso Bernabé ser quemado vivo con sus compañeros en la fortaleza, que rendirla. Por esta generosidad dió el rey hidalguía á su casa. Por Abril puso el castellano sitio á Cariñena, entr6la por armas y pasó á cuchillo la guarnicion, y además mandó cortar á algunas gentes las manos, pies, orejas y narices, á imitacion de los perseguidores de los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia.

Después de accion tan noble, bajó con todo su ejército á Teruel asolando cuanto hallaba de paso, y llegado se le dió sin resistencia. Siguió para Segorbe, tomó á Villed, Alhama y demás pueblos del camino. Combatió y rindió el castillo de Jérica, y Segorbe se rindió sin defensa, aterrada de sus crueldades con los que se defendian; y aun así no evitaban ser aprisionados los gobernadores y magistrados. Acampóse delante de Murviedro, y se le vinieron á entregar Almenara, Chiva, Buñol, Macastre, Benaguacil, Liria y otras fortalezas atemori-

zadas de lo que oían del buen rey don Pedro. Pasó á Valencia hácia fines de Mayo; y la guarnicion salia diariamente para escaramucear con los castellanos. Gobernabala el conde de Ribagorza y Denia, y sabidose que el rey de Aragon habia salido de Zarazoga con ejército poderoso dia 20 del mes mismo, no le esperó el castellano en campaña rasa, y se encastilló en Murviedro; pero como el aragonés venia por aquella parte, se tuvo por cierta batalla decisiva. Sentó su real el ejército aragonés dia 12 de Junio en la plana de Nules, y el rey envió un trompeta al castellano convidándole á batalla. En trance tan urgente, se metió por medio el abad de Fiscamps (compañero del cardinal de Boloña) que iba con el de Castilla. Atravesóse tambien el rey de Navarra, y diputando tratadores, se vinieron á convenir en *que el rey de Castilla casase con doña Juana, hija del de Aragon, y su hijo don Alonso con doña Isabel, hija tercera del castellano.* Ayala dice fué doña Beatriz; pero esto nada importa, porque nada tuvo cumplimiento. A doña Juana se daban en dote Calatayud, Tarazona y castillos tomados. Al infante don Alonso (que no tenia dos años de edad) se dió Segorbe, y los que en el reino de Valencia ocupaba el castellano. El rey de Aragon habia de desocupar á Orihuela, Elche, Crevillente, Alicante, Guardamar y Valle de Elda. Quedó firmado á primeros de Agosto, con gran descontento de los aragoneses, como muy ignominioso, aunque necesario. Hubo una condicion inicua por parte del aragonés, y fué excluir expresamente á los caballeros expatriados de Castilla, dejándoles expues-

:

tos al peligro. Dicese hubo convenio privado con don Bernardo de Cabrera, de que el aragonés haría matar al conde don Enrique en gracia de su hermano el rey de Castilla; y que por falta de este cumplimiento no quiso estar á lo convenido. Como quiera, lo cierto es, que de tan ruidoso contrato nada llegó á cumplirse; pues en faltar positivamente á su fe jurada tan bueno era un Pedro como otro Pedro. Añadióse tambien, que por entonces nació al de Castilla un hijo natural de cierta dama llamada doña Isabel, y le sugirió su ligereza podia casar con ella, legitimar al niño y declararle sucesor en la corona. ¡Qué demencia! ¿No tenia mejor derecho doña Juana de Castro, de cuyo nulo casamiento le nació y vivia un don Juan que fué tronco del linaje de *Castilla*? El mismo rey confesó en su testamento la incoherencia de sus acciones, dejando á este don Juan de Castilla sustituido heredero de sus reinos despues de las Padillas. Aun dicha doña Juana de Castro se llamó *reina* hasta su muerte, sucedida el año de 1412. Esto dicen los que vieron el testamento de don Pedro antes de ser viciado; hoy se conserva original en Toledo, y está corrompido en todos los lugares en que se nombraban este don Juan y su madre la Castro, de suerte, que sus nombres están sobrepuestos de letra y tinta diferente, raspado el pergamino. Véase la Crónica de Ayala, ilustrada por don Eugenio de Llaguno en 1779, pág. 558, donde se pone el testamento. Dicho hijo de doña Isabel se llamó *Sancho*, y *Diego* otro que mas adelante tuvo de la misma. Ambos fueron juguetes de la fortuna.

Dejadas en aquel estado las cosas, marchó el castellano para Sevilla á fin de Setiembre, y en Aragon se levantó una fuerte borrasca por la ligereza de don Fernando, hermano del rey. Hacia tiempo que se contaba por sucesor del reino de Castilla por el derecho de su madre, no haciendo mérito, por espúrias, de las hijas de la Padilla. La misma pretension, aunque celada, tenia don Enrique, sostenida por el aragonés al tenor de sus alianzas, cuyos intereses eran grandes en el recobro de cuanto el *Cruel* le tenia ocupado. Socolor, pues, de ciertos desabrimientos sobre la gente de guerra que venia de Francia para Castilla, dijo don Fernando á su hermano el rey que queria servir al de Francia en la nueva guerra con ingleses; pero su designio era convenirse con los caballeros castellanos que aun habia en Francia, y con don Enrique, el cual, como espúrio, tampoco le daba pena. Tal fué la liviandad de ellos, que luego se declararon por don Fernando, aunque tiraban sueldo de don Enrique; y tenian tratado pasarse á su servicio luego que pasasen el Pirineo y entrasen en Cataluña. Mandó el rey á don Fernando no recibiese en su servicio á ninguno de ellos; pero le instaban les admitiese como por sus cartas habia prometido. Por fin, se le pasaron todos, dejando á don Enrique sus mismos hermanos Tello y Sancho, diciendo, que siendo tirano el rey de Castilla, ya reconocian por su rey al infante don Fernando, que era el único legítimo á quien tocaba Castilla. Reiteró el aragonés las instancias á su hermano; pero se excusó con que ya no podia hacer menos de recibirles. Añadió, que pues le servirian del modo

mismo que sirviendo á don Enrique , no debia desampararles aun con peligro de la vida. Pidió luego al rey pagas para aquella gente , y como no las pudo obtener en el momento , cometió la temeridad de romper las puertas de la tesorería y llevarse todo el tesoro , no estando el rey en Zaragoza. Disimuló el rey el atentado por haber acontecido cuando el castellano estaba sobre Valencia , y se creia era segura la batalla. A esto se siguió , que como la concordia con Castilla fué tan no esperada de nadie , presintió don Fernando su inminente riesgo , y dijo al rey se queria pasar á Francia. Sintiólo mucho , porque con él se marcharian mas de mil caballos que seguian sus estandartes , gente aguerrida y valerosa , y el castellano se aprovecharia de la coyuntura. Tuvo consejo en Castellon de la Plana con don Enrique y don Bernardo de Cabrera , y resolvieron prender á don Fernando , que se hallaba en Almazora , una legua distante. Envióle recado con el conde de Urgel , y vizconde de Cardona , se viniese á comer en su compañía á Castellon , donde hallarian manera de contentar á todos. No rezeló don Fernando dolo alguno , y el dia siguiente comió con el rey. Levantados de la mesa , entró el infante en una pieza cercana con don Diego Perez Sarmiento , don Luis Manuel y dos caballeros aragoneses. Envió el rey allá un alguacil , llamado don Bernardo Escala , que dijese al infante se detuviese preso en la pieza ; pero su aliento y ánimo le hicieron responder *no era él hombre para ser preso.* Creia que la órden venia á sugerencias de don Enrique y del Cabrera , como era natural y aun cierto. Vuelto Escala al rey

con la respuesta seca , le mandó decir al infante *no tuviese á deshonor ser su prisionero*. Entonces le dijo don Pedro Sarmiento *valia mas morir que darse preso* ; y poniendo mano á la espada , cerró la puerta. Mandó el rey entrase gente por arriba, aportillando el techo; visto lo cual, y no pudiendo escapar de ser preso, abrió la puerta, cuidando hacerse paso con la espada. Mató el primero á un escudero de don Enrique que protegió á su amo; mas acudiendo gentes mataron á don Fernando, á Manuel y á Sarmiento.

No hubo en Aragon uno que no sintiese la muerte del infante , por mas que le creian culpado en lo de la tesorería ; y el rey nunca pudo soldar la quiebra del honor en esta parte , por mas que procuró cargarle. Brevemente llegó la triste noticia á los caballeros quedados en Almazora ; y recelando que el rey podia salir tambien contra ellos, pues no adivinaban la verdadera causa de tan grave suceso , se armaron don Tello , don Sancho y demás gente , y con el pendon del infante salieron á defenderse y morir matando si eran acometidos. Pero les vino recado del rey no se moviese nadie , ni temiesen daño alguno ; y don Enrique acabó de sosegarles con prudencia y blandura. Don Fernando no dejó hijos , y el rey ocupó sus estados.

CAPITULO XI.

Rompe de nuevo el castellano la guerra con Aragon. Vistas en Sos. Muerte de don Bernardo de Cabrera. Previsiones y entrada del conde de Trastamara don Enrique en Castilla. Proclámase su rey en Calahorra, y se corona en Burgos.

La muerte de don Fernando dió sumo placer al rey de Castilla. Con este enemigo menos, acordó romper de nuevo con Aragon atropellando paces y convenios; y por mas que ya estaba encima el invierno, juntó arrebatadamente sus tropas y marchó por la parte de Murcia contra el reino de Valencia. Ocupó sin defensa los castillos y villas de Alicante, Elche, Crevillente, la Muela, Callosa, Monforte, Aspe, Elda, y demás de la comarca. Pasó sin oposicion hasta Denia, Gallinera y su Valle, ocupándolo todo su mucha tropa.

Mientras tanto el aragonés comunicó á don Enrique tenia propuesta confederacion con el rey de Navarra, y era forzoso se viesen los tres en el castillo de Sos. Sabia muy bien don Enrique que en la paz de Murviedro se habia dado esperanza al rey Cruel de matar el de Aragon á don Enrique y á don Fernando. Cumplida la promesa en este, debia don Enrique vivir alerta y no fiar de nadie, mayormente cuando el castellano procuraba comprar su cabeza con devolver al aragonés cuanto en sus reinos poseia. Con todo eso, convino don Enrique en las vistas, y aunque dijo al aragonés no entraria en el castillo á menos que

se entregase á caballeros de su confianza, por saber que el castellano prometiera al de Navarra la ciudad de Logroño si contribuía á matarle, no dejó de estar su vida en el último peligro. No replicó el aragonés, y el castillo se puso en manos de don Juan Ramirez de Arellano, que aunque navarro y camarero del aragonés, era de la confianza de don Enrique. Puso en el castillo á un hermano suyo con treinta almogavares, treinta lanzas, y veinte ballesteros; y luego entraron los dos reyes con solo dos criados cada uno. Entraron tambien Cabrera y Fiscamps como consultores; y por último, llegó don Enrique escoltado de ochocientos caballos y gente de su servicio, poniendo su campo al derredor del castillo por lo que sucediese; él entró con solo dos criados como los reyes. No hubieran estos dejado de matarle dentro por miedo de su tropa, que sin duda los hubiera muerto á todos, sino que nunca pudieron hacer entrar en su muerte al Arellano. Dijoles *que nunca consentiria tal traicion en su castillo.* Con tanto hubieron de disimular los traidores reyes y compañeros, y trataron la concordia por cumplimiento, concertando boda del príncipe de Aragon, que era niño, con doña Juana hermana del navarro; pero esto nada importaba á don Enrique. Partieronse entre los tres los reinos de Castilla, adjudicando al navarro la Vizcaya y la parte de Castilla hasta Burgos inclusa esta ciudad; al aragonés los reinos de Murcia y Toledo; todo lo demás á don Enrique. Con tanto, hecha virtud la necesidad, parecieron quedar amigos, y se aperci- bieron para el robo.

Sin duda don Enrique supo despues el aprieto en que se habia visto por relacion de los Arellanos; y en lo sucesivo no le volvieron á coger entre puertas. Tenia consigo á sus hermanos Tello y Sancho, aunque el primero no era leal, y á todos los caballeros castellanos que siguieron á don Fernando: componian mas de ochocientos caballos, y andaba siempre guardado por ellos como si estuviera en campaña. Pero por quanto al rey de Aragon no podian faltar medios de matarle sin que bastasen precauciones, echó voz de que se volvia á Francia donde no reinaban tan descaradamente las traiciones. Terrible torcedor fué este para el aragonés, pues consideraba que don Enrique se llevaria la lucidísima tropa que le seguia y amaba, y el castellano se apoderaria de lo mas y mejor de sus reinos, si por ventura no le placia pasar el Pirineo; tuvo que mudar de tono, y procuró retenerle por medio de todas las seguridades que quisiese pedirle. Los monarcas en nada deben mostrar mas que lo son, que en guardar la palabra dada aun cuando la dieren al hombre mas ínfimo de la tierra. Sin ella son tiranos. Nada es ni puede un rey sin vasallos; si estos son vendidos en sus esperanzas, ¿cómo le serán leales? ¿Cómo le sacarán de riesgos? *Nisi fide staret Respublica* (dice Livio, lib. 23, cap. 48) *opibus non statura*. Pero los Pedros de esta Era no se gobernaban por la razon y justicia, sino por su voluntad absoluta y sus venganzas, posponiendo la honra, la justicia, la religion que en lo exterior profesaban. Digo en lo exterior, porque sus hechos lo contradecian, por mas que procuraban aparentar

virtud en algunos actos religiosos, limosnas, donaciones á iglesias, monasterios y cosas semejantes.

A 6 de Octubre se vieron el rey y don Enrique en Castellon de Puente-Monzon, y pusieron su amistad y alianza bajo los juramentos acostumbrados, venidos á ser en aquellos Pedros una vulgaridad ordinaria; por eso don Enrique, no fiando de juramentos y promesas, le pidió en rehenes á su hijo don Alonso, poniéndole en poder de don Alvaro de Albornoz que le guardase en el castillo de Opol. Prometió el aragonés guardar fe á don Enrique y sus caballeros, de que nunca haria paz con el castellano sin avisarle con tiempo. No menos temia don Enrique la traidora política de don Bernardo de Cabrera, y pidió en rehenes á dos nietos suyos, hijos de su hijo el conde de Osona. No seguro con esto, pidió otros hijos de cinco caballeros, por cuyo consejo disponia el aragonés las cosas de la guerra; por su parte daba en rehenes á su primogénito don Juan, puesto en poder de don Juan Ramirez de Arellano ó don Juan Martinez de Luna en el castillo de Taltahull, tambien en Rosellon como Opol. Celebrado el acto, dió don Enrique al aragonés la ciudad de Cuenca y todo el reino de Murcia, disponiendo ya como rey de Castilla, lo cual todavía estaba lejos.

Avisado traidoramente de esto el castellano por don Tello, se metió furioso en el reino de Valencia, ocupando á Gijona, Oliva, Gandía y muchos pueblos del distrito. Llegó á Murviedro y Plana destruyendolo todo á sangre y fuego, con designio de quitar los víveres á Valencia y tomarla por hambre; pero esto era difícil vinién-

dola por mar, y careciendo de escuadra el castellano por no haber llegado lo que de Portugal le venia. Quiso sin embargo conseguirlo, y puso su campo en el Grao de Valencia, á fin de coger las embarcaciones que viniesen con comestibles; pero le llegó la noticia de que el rey de Aragon le venia buscando con ejército poderoso por la misma costa del mar, escoltado de doce galeras y muchas naves cargadas de municiones para Valencia. Supo que el designio del aragonés era sorprenderle en aquel desabrigado sitio sin fortaleza alguna donde retirarse. Hubo de huir á Murviedro que dista cuatro leguas, y sin embargo de haberle venido tres mil caballos del granadino, no se atrevió á esperar á los aragoneses. Vinole el tiempo bien limitado: en la mañana siguiente pasó el ejército de Aragon entre el mar y Murviedro, y fué Valencia bien abastecida con lo que habian traído las naves.

Con tanto la escuadra portuguesa llegó á la ria del Júcar, en donde ya guardaban aquellas aguas las galeras de Aragon; pero viéndose tan inferiores á las enemigas huyeron Júcar arriba para auxiliarse de la gente de tierra. Siguiólas el castellano con ánimo de cogerlas en el mismo rio; pero moviéndose viento contra la costa, estuvo su escuadra para perderse buques con buques, y contra tierra. La galera del castellano fué la que se vió en mayor peligro; pues ancorada de tres cables se rompieron dos, y se sostuvo por milagro con el tercero. Así, dejando en aquel estado toda su escuadra, se cobró en Murviedro, y de allí marchó á Sevilla. Quedó guarnicion en Murviedro, y la demás gente la repartió en las fronteras

como antes estaba. La ausencia del castellano dió ánimo al aragonés para sitiar á Murviedro ; pero en vano. Defendióse la guarnicion de Castilla valerosamente , y el rey hubo de guardar su toma para tiempo mas oportuno , como lo hizo mas adelante con mejor suceso.

Sitióle , pues , en primavera de 1364 , y llegada la noticia al castellano , marchó para Calatayud , y con un grueso de tropa puso sitio al casti- llo de Castielfabib, suyo pocos años antes , y reco- brado por los moradores matando á su alcaide. Rindióse presto , y el rey se fué para Ayora y Orihuela.

Las cosas de Aragon se gobernaban por con- sejo del Cabrera , disimulado enemigo de don En- rique ; y como no se habian aun entregado por ninguna parte los rehenes , antes bien la condesa de Osona se negaba á dar sus hijos , estaba don En- rique con el riesgo mismo. No menos le era muy árduo el aumento de su partido cuando mas lo nece- sitaba su gran proyecto de quitar á su hermano los reinos de Castilla , mientras el aragonés no lo tomase mas de veras. Creyó , y era la verdad , que Cabre- ra se lo frustraba , y presto puso de su parte al rey de Navarra y á la reina de Aragon , que por antiguas y graves causas aborrecian al Cabrera. Juntóseles el conde de Ribagorza y Denia pro- metiéndole el marquesado de Villena con algunos otros que tambien le odiaban con justos motivos , mal contentos de su privanza. Conspiraron en pe- dir al rey le prendiese , y las culpas de que le car- garon fueron tales , que fué mandado prender ; pero tuvo tiempo de huir á Navarra. Sin embargo , fué

seguido, alcanzado y preso en el castillo de Novales. Sustanciada la causa en breves dias, el 26 de Julio fué degollado en Zaragoza sin oirle siquiera. Dijo el rey le *constaban delitos de lesa Magestad*; pero nadie dudó que las causas eran generales, falsas ó ninguna cierta ni probada.

Esto durante, la escuadra de Castilla se apoderó de cinco galeras catalanas, y se las llevó á Cartagena. Llegada la noticia á Sevilla, se vino el rey á Cartagena, y mandó degollar toda la tropa y chusma, fuera de algunos que sabian hacer remos que necesitaba. Hazaña digna de don Pedro el *Cruel*. Supo en Murcia que el rey de Aragon tenia sitiada á Murviedro, y para represalias puso sitio á Orihuela, y la combatió por ocho dias con tanta vehemencia, que la entró espada en mano. El castillo se le entregó traidoramente haciendo matar á su gobernador don Juan Martinez de Eslava, llamándole á trato bajo de seguro, propio de don Pedro el *Cruel*. Porque no murió de las heridas tan pronto como deseaba, mandó á los cirujanos se las envenenasen. Con tanto, dejada gruesa guarnicion en Orihuela, regresó á Sevilla.

Defendíase bien Murviedro; pero le apretó el hambre tanto, que comidose los caballos esperando socorro, hubieron de tratar entrega salvas las vidas, y la efectuaron á 14 de Setiembre de 1365. Hallabase allí don Enrique, y tuvo ocasion de conferenciar con los caballeros castellanos que en la guarnicion habia. Pusoles á la vista el riesgo que corrian si regresaban á Castilla, porque nunca creeria su rey que su rendicion era por falta de comestibles, sino por evitar la muerte. Dijoles te-

nia pronto para la primavera próxima un ejército poderoso de franceses, aragoneses y navarros con que entraria en Castilla á destronar á don Pedro, cuyas crueldades se alimentaban de quitar vidas inocentes, sin guardar á nadie fe ni palabra.

Sucedió por entonces que don Juan Alonso de Benavides, justicia mayor de la casa del rey de Castilla, gobernador de Segorbe, viéndose sin víveres ni municiones ni de dónde haberlos, dejó la plaza en sustituto, y pasó á Sevilla á dar cuenta de palabra al rey del estado peligroso de la plaza, y que sin un pronto socorro se perderia. Perdióse mientras tanto; súpose en Sevilla, y el rey puso preso á Benavides (sin oírle) en el castillo de Almodovar del Rio, donde murió. Este cruel procedimiento determinó á los caballeros castellanos á quedarse con don Enrique, aunque no fueron todos.

Ocupada Murviedro, el rey y don Enrique pasaron á Barcelona para prevenir las mayores fuerzas con que entrar en Castilla la próxima primavera. Don Enrique pasó á Francia para ganar á sus banderas numerosas partidas de facinerosos que concluida la guerra vivian del pillage, convidándolas con estipendio competente y sacos. El nuevo rey de Francia Carlos V deseaba mucho sacar de su tierra gente tan dañosa, y Beltran Claquin lo tomó á su cargo, y lo consiguió en efecto pasándola á España tratándolo con don Enrique. Entraban tambien en el empeño de conducir aquella díscola gente Hugo de Carbobay y algunos otros gefes que lo habian sido en la guerra pasada con ingleses. Prometieron todos á don Enrique no dejar sus banderas hasta coronarle rey

de Castilla. Fomentaba la promesa el mismo rey de Francia, deseando vindicar la tirana muerte de la infeliz doña Blanca. Estas gentes, según Ayala que se halló en estas guerras, dice serian como doce mil hombres.

Los rumores de esta borrasca llegaban á Sevilla donde don Pedro estaba. Supo en especial que además de las compañías *blancas* (así las llamaban por andar sin uniforme) iban con don Enrique los primeros caballeros aragoneses el conde de Denia, don Felipe de Castro, don Juan Martinez de Luna, padre del antipapa don Pedro de Luna, don Pedro Fernandez de Hajar, don Pedro Boit y otros muchos. Asegurado de esto, mandó marchasen sus ejércitos á Burgos adonde también él andaba, sabiendo que don Enrique entraria por Alfaro. Llegado á Burgos el rey de Castilla, le vino á buscar el señor de Labrit aconsejándole ganase para sí las compañías *blancas*; pues ofreciéndolas mayor paga, se le pasarían. Respondióle muy satisfecho *que no temia hiciesen daño en su tierra*. No dejó Labrit de reiterar el consejo; pero no siendo mejor oído, se volvió á su condado.

Poco despues llegó noticia que el ejército de don Enrique no estaba lejos de Alfaro. Sus capitanes eran Claquin, el señor de la Marcha, el de Beaujeu, el de Audena y otros gefes de cuenta. No menos venian capitanes ingleses gobernando sus compañías, á saber Hugo de Caureley ó Carbolay, mosen Eustasio, mosen Mabieu de Gournay, mosen Guillen Alemac, mosen Juan Evreux con otros muchos. Por fin, llegaron á Alfaro, donde estaba por frontero Iñigo Lopez de

Orozco, y bien presidiada la plaza; causa de que no se detuvieron á batirla, y pasaron á Calahorra, que ninguna defensa tenia, y hubo de darles entrada poniéndose á la obediencia de don Enrique. Súpose luego que el rey de Castilla con tener en Burgos fuerzas muy respetables, no se movia ni daba disposicion alguna de salir contra don Enrique, sino que por el contrario trataba de irse á Sevilla. Con esta ocasion Beltran Claquin y Hugo Caureley, primeros gefes de las compañías *blancas*, dijeron á don Enrique habian acordado entre sí y demás capitanes, tenerle por su único caudillo en aquella guerra para evitar divisiones y competencias. Así, para ponerlo en obra, convenia se hiciese allí mismo llamar *rey de Castilla*. Accedió al dictámen el conde de Ribagorza, y tras de él todos los caballeros que allí venian, pues el castellano no podia atajar sus progresos en el estado que tenian. Algo lo resistió don Enrique, por mas que lo deseaba, para hacer honor á los referidos gefes; mas ellos á continuacion hicieron la aclamacion, andando por la ciudad diciendo á voces: *Real, real por don Enrique de Castilla*. Era esto á mediado Marzo de 1366, y á continuacion hizo don Enrique varias mercedes á los mismos caballeros, de lo que todavía no era suyo.

Concluidos aquellos actos, marchó el ejército á Burgos donde estaba el rey don Pedro; y de paso se les dió Navarrete, y combatieron á Briviesca, tomándola por asalto, y quedando prisionero con la guarnicion el alcaide Mendo Rodriguez de Sana-bria. Corrian por todas partes estas nuevas, y don Pedro el *Cruel*, á 28 de Marzo, sin decir á nadie

nada, montó á caballo para irse de Burgos. Corrió allá todo el concejo pidiendo no los abandonase, puesto tenia fuerza bastante con que defenderse; pero les respondió que agradeciendo sus deseos y promesas no podia menos de ir á Sevilla donde guardaba sus hijos y tesoros, sabido que don Enrique se dirigia para allá. Replicaron que no creyese tal, pues don Enrique se venia á Burgos con todo su ejército. No le pudieron vencer; y por despedida mandó matar á Juan Fernandez de Tovar sin mas culpa que ser hermano de don Fernando de Tovar, que habia acogido en Calahorra á don Enrique los dias antes.

Partió, pues, el mismo dia sábado de Ramos, y antes habia despachado órdenes á los fronteros de Aragon pusiesen fuego á los castillos, y se vienesen á Sevilla. Parece que de puro aturdido y medroso no sabia lo que se mandaba. Así lo hicieron; pero algunos de ellos se acomodaron con don Enrique. Con don Pedro se retiraron tambien los seiscientos caballos granadinos. Al pasar por Toledo dejó en ella seiscientos caballos de guarda al mando de don Garci-Alvarez de Toledo, maestre de Santiago, y continuó á Sevilla.

Burgos mudó luego de semblante. La gente de guerra se disipó presto, retirándose unos á sus casas, y los mas acomodándose con don Enrique. La ciudad, hallándose absuelta del juramento de fidelidad por don Pedro, llamó á don Enrique, y éste marchó allá sin detenerse entregándose de la ciudad y castillo á primeros de Abril. Desde luego dispuso los aparatos para su coronacion en el monasterio de las Huelgas, como se hizo, y luego fue-

ron allá las primeras ciudades y villas de Castilla, de forma que á los veinte dias era ya dueño de cuantos obedecian á don Pedro, excepto Agreda, Soria, Arnedo, Logroño, san Sebastian, Guetaria y acaso Murcia. Hizolas don Enrique cuantas gracias le pidieron, que era el verdadero camino de asegurarse el reino. En el castillo de Burgos halló un gran tesoro que don Pedro tenia para guarda de la frontera, y los judíos de la ciudad le hicieron un cuantioso regalo. Todo lo repartió don Enrique á los que le auxiliaban. A don Alonso, conde de Ribagorza, dió los estados de don Juan Manuel, que pertenecian al mismo don Enrique por su mujer doña Juana, hija de aquel. Como Villena era de aquellos estados, mandóle llamar marqués de Villena. A Claquin fué dada Molina, y le hizo conde de Trastamara. A Caureley, conde de Carrion. A su hermano don Tello hizo conde de Vizcaya, Lara, Aguilar y señor de Castañeda. Y á don Sancho dió los bienes de don Juan Alonso de Alburquerque, llamándose conde de Alburquerque. Añadióle despues el señorío de Ledesma, Salvatierra, Miranda, Montemayor, Granada de Ega, Galisteo, Haro, Briones, Belhorado y Cerezo. Lo mismo practicó con todos los caballeros que le servian haciéndoles innumerables gracias, tanto que le quedó en sobrenombre *don Enrique de las mercedes*. A continuacion mandó venir á Burgos á su mujer é hijos que estaban en Zaragoza, y se los trajo el arzobispo don Lope de Luna. Marchó luego para Toledo con toda su gente, y en el camino le besaron la mano por su rey aun los mas adictos á don Pedro. Llegado á Toledo, fué ad-

:

mitido en ella aunque con algunas contradicciones, que se allanaron antes de su entrada. Detuvose quince dias, y tambien aquí le dieron los judíos un millon de maravedises. Fortificó bien á Toledo, la puso en mano de su arzobispo don Gomez Manrique, y partió para las Andalucías.



CAPITULO XII.

Huye de Seyilla don Pedro para Coruña. Mata al arzobispo y al arcediano de Santiago. Marcha á Bayona con sus hijas. Apodérase del reino don Enrique. Vuelve don Pedro y le recobra perdida por aquel la batalla de Nájera. Muere el rey de Portugal.

Llegaban de continuo á Sevilla los ecos de esta novedad y progresos, y ponian al rey don Pedro en el mayor sobresalto. Fuele sensibilisima la pérdida de Toledo, y aumentó su cuidado la noticia de que don Enrique se acercaba y le buscaba. No tenia mas preparaciones de defensa que haber pedido socorro al portugués, ofreciendo por mujer á su hijo don Fernando á doña Beatriz su hija, y se la envió por don Martin Fernandez de Trujillo. Con tanto he aquí que llega noticia que don Enrique se acercaba, y el rey, falto ya de consejo, resolvió coger el tesoro que tenia en Almodovar del Rio, y trasladarlo á Tavira, en una galera, mientras él seguia en otra. Levantóse la ciudad en demanda de que el tesoro no saliera de España, cuando la galera que se le llevaba ya corria Betis abajo con ligereza. Temió el rey lo que se podia temer de la plebe tumultuada y don Enrique cerca, y cogiendo arrebatadamente sus hijas se pasó á Portugal. Acompañaronle Martin Lopez de Córdoba, mestre de Alcántara, Mateo Fernandez su canceller, Diego Gomez de Castañeda, Pedro Fernandez Cabeza de

Vaca, y algunos escuderos. Antes de llegar á Portugal tuvo recado de su rey don Pedro, *que su primogénito don Fernando no queria casar con doña Beatriz*; y tambien que él no podia salir á verle. Esto era lo mismo que no quererle en su reino; y don Pedro resolvió ir á Alburquerque depositando allí sus hijas y cargas. Supo que el almirante Bocanegra habia salido con algunas galeras en busca de la del tesoro á instancia de los alborotados de Sevilla. Llegado el rey al castillo de Alburquerque con sus hijas, no solo se le negó la entrada, sino que le dejaron algunos que le acompañaban. Ya no sabia qué camino tomarse no hallando asilo en su reino ni en Portugal; era ya seguro perderse si don Enrique le seguia. Para consuelo de su abandono, supo que Bocanegra habia apresado la galera del tesoro aun dentro del Betis, llevándosela á Sevilla y puesto en la cárcel al tesorero Martin Yañez. El tesoro era treinta y seis quintales de oro acuñado, y gran cantidad de joyas. Todo vino á poder de don Enrique llegado á Sevilla, y Martin Yañez se pasó á su servicio; pero á Yañez y á Bocanegra no costó despues menos que la vida.

En estado tan peligroso, resolvió el rey don Pedro retirarse á Galicia donde estaba don Fernando de Castro, con objeto de comunicar con él lo conveniente en tales apreturas. No atreviéndose á caminar por su reino, levantado ya por don Enrique, consiguió permiso del portugués para ir á Galicia por el suyo. Llegado á Lamego y luego á Monterey, supo que el alcázar de Zamora, cuyo alcaide era Juan Gascon, estaba por él, y le despa-

chó cartas alentándole á mantenerse en su servicio. Lo mismo hizo con Soria, Logroño y otras que aun no le habian abandonado. Escribió al rey de Navarra y al príncipe de Gales pidiéndoles auxilio. Fueronle á ver en Monterey el arzobispo de Santiago y don Fernando de Castro, con quienes tuvo consejo sobre lo que convendria, y resolvieron que con doscientos caballos que tenia consigo, y quinientos que levantarían en Galicia, con dos mil infantes pasase á Zamora, y por tierra de Burgos á Logroño. Con todo, creyó el rey mas seguro irse á la Coruña y de allí embarcarse para Bayona (que era entonces de ingleses) camino mas seguro, como mas apartado de don Enrique. Deliberado esto, pasó el rey á Santiago (á mediado Junio) donde le vino á servir su arzobispo con doscientos caballos, y se volvió á Rocha casa de placer de los prelados. Desde luego se propuso el rey Cruel pagarle bien el servicio. Determinó ponerle preso y tomarle las fortalezas; pero Mateo Fernandez, Juan Diente y Suero de Parada le sugirieron fuese por el atajo matando al arzobispo por ser natural de Toledo, que se habia pasado á don Enrique. Pocas instancias necesitaba este Neron cuando se trataba de matar hombres y robarles. Mandó llamar al arzobispo, y llegado á la puerta de la catedral donde el rey estaba, le mató á lanzadas un Fernando Perez Churruchao y otros de á caballo que tenían la sacrílega órden. No contentos con esto, mataron del modo mismo al dean don Pedro Alvarez de Toledo que acompañaba al arzobispo. A continuacion saqueó el palacio arzobispal, y entregó las fortalezas á don Fernando

de Castro. Sucedió esto á 29 de Junio, festividad de san Pedro, que santificó don Pedro con un buen sacrificio. Este era un *rey justiciero*. Con tan santas disposiciones se fué á embarcar en la Coruña, y navegó para Bayona, llevando consigo sus tres hijas, algun dinero y joyas, con lo robado en Galicia. Halló en Bayona recado del príncipe de Gales, que le prometia favor para recobrar sus reinos.

Antes de llegar á Sevilla, supo don Enrique la fuga de don Pedro, y que Sevilla se le entregaria en llegando. Pasó por Córdoba, y fué recibido en ella con aclamaciones; pero las de Sevilla fueron extraordinarias. Era por Mayo, y fué tanto el gentío que deseaba verle, que desde la puerta hasta el alcázar gastó diez horas, no llegando hasta las tres de la tarde. Todas las Andalucías siguieron á Córdoba y Sevilla declarándose por don Enrique; y el rey Lagus de Granada, sobreco-gido de miedo por su amistad con don Pedro, procuró sentar tregua con don Enrique antes que se apoderase de todo, no dudando de que despues sería mas difícil. Antes de salir de Sevilla dió don Enrique pagas y regalos á las compañías francesas y otras, y las despidió para su país, por el mucho daño que causaban en los pueblos, y no haber modo de contenerlas. Este sin embargo fué el mayor yerro en que cayó don Enrique creyendo ya no necesitarlas, engañado por los favores presentes.

Cuatro meses permaneció en Sevilla, y en ellos hubo lugar á que supiese de cierto lo que don Pedro tenia convenido con el príncipe de Ga-

les, que era entrar en Castilla con ejército numeroso, y restituirle en su reino. Con esta noticia pasó á Galicia don Enrique con objeto de ocuparla, ó ganar al Castro que la guardaba por don Pedro; pero Castro se encerró en Lugo, la mas fuerte plaza de Galicia. Sitióla don Enrique, aunque con el cuidado que le daba lo del príncipe de Gales; detuvose dos meses, y tenido algun trato con don Pedro de Castro, levantó el sitio, siendo ya entrado Noviembre, y pasó á Burgos, á observar cuándo y por dónde venia el enemigo. Entre tanto fué tal el miedo de muchas plazas ya de don Enrique, que se pasaron á don Pedro aun antes que llegase, entre las cuales Zamora y Astorga.

Llegado don Enrique á Burgos, tuvo Córtes, en que jurado heredero de Castilla y Leon el príncipe don Juan su hijo que ya tenia mas de ocho años, pidió subsidios para su defensa contra los invasores de sus reinos. Otorgaronle una gruesa alcabala que aquel año dió diez y nueve millones de maravedises. No disimuló que don Pedro volvía en petición de su pasado reino, ayudado del de Gales; en cuyo caso les encargaba la defensa del príncipe don Juan que habian jurado heredero, como él haría hasta el postrer aliento. Juraronlo todos; y don Enrique dió á Burgos la villa de Miranda de Ébro.

Mientras tanto, corria don Pedro toda la Guiena convocando gentes, y cebando al de Gales con falsas promesas, contra don Enrique. Dióle el señorío de Vizcaya sin ánimo de perderle, aunque con escritura de 13 de Setiembre. Y por otra de

mismo dia se obligó á dar al príncipe para las pagas quinientos y cincuenta mil florines de oro, y para él cincuenta y seis mil. Para rehenes dió sus hijas. Ahora conoció don Enrique el error hecho de despedir las compañías *blancas*, viendo segura la tormenta.

1367 A principio de 1367 se vió don Enrique en Campezo con don Cárlos, rey de Navarra. Convinieronse en auxiliarse ambos en la guerra, y el navarro prometió lo que no podria cumplir que era negar el paso á los enemigos. Concluyeron el tratado dándose rehenes, jurando sobre una hostia consagrada; pero don Cárlos fué traidor, pues estaba ya preventivamente convenido con don Pedro y el príncipe de Gales, no solo de darles paso franco, sino tambien auxilio contra don Enrique. Estos ejemplos conviene lean los reyes y capitanes para no fiar de todos ó de ninguno. Habiale prometido don Pedro la Guipuzcoa, Alava, Navarrete, Calahorra, Alfaro, Treviño, Nájera, Haro, Briones y Bastida. Ya se ve, esto valia mucho mas que Logroño que don Enrique le daba; pero hubiera sido mas seguro. Don Pedro no le dió nada, y don Enrique le quitó despues á Logroño. ¿Cómo habia don Cárlos de cumplir con todos en cosas opuestas? Ideó tratar ocultamente con un caballero breton, llamado Mosen Oliver, á la sazón alcaide del castillo de Borja, diciéndole iria de caza cerca de su castillo cuando el ejército de don Pedro entrase en España. Que entonces saliese Oliver, le prendiese, y le asegurase en su castillo, donde debia retenerle hasta que los dos rivales tuviesen batalla, y ver quien vencía: por este servicio

le daría á Garibay y su castillo en Normandía. Con estratagema tan inicuo y otros semejantes, se granjeó el renombre de don Carlos el *Malo*. Muy confiado don Enrique en los ofrecimientos de este, regresó á Burgos estando las Córtes aun abiertas, y no perdonó medio de prevenirse contra la tempestad que le amenazaba de cerca. A principios de Febrero le vino la noticia de que el ejército combinado entraba en Navarra por Roncesvalles. Con ella Hugo de Caureley se despidió de don Enrique, diciéndole no podía pelear contra su príncipe el de Gales que venia con don Pedro. Dia 20 del mes entró el ejército en Navarra sin estorbo de nadie, y á la sazón el navarro fué preso por Mosen Oliver en el castillo de Borja como dijimos. Aquí pudiéramos decir con David: *Et nunc reges intelligite, erudimini qui iudicatis terram*, entendido á la letra. Con tan perentoria noticia, marchó don Enrique para Rioja, y sentó su campo en el encinar de Bañares, donde hizo alarde de su gente y se pasó á Treviño. Allí tuvo la mala noticia de que seiscientos caballos que habia enviado á tomar la villa de Agreda que se mantenía por don Pedro, se habian pasado á éste. Esta deslealtad de su tropa debia desalentar á don Enrique; pero sin embargo se fué previniendo para recibir al ejército combinado, y decidir la disputa. Diez mil hombres de armas tenia aquel ejército, y diez mil ballesteros. De la caballería no hace Ayala memoria, pero no dudamos sería mucha. La de don Enrique no pasaba de cuatro mil hombres; de la infantería nada dice Ayala que se halló presente.

Antes de salir del encinar tuvo don Enrique cartas del rey de Francia, por las cuales le amonestaba excusase batalla con su hermano don Pedro, porque su ejército era muy poderoso y aguerido, y corrían riesgo sus cosas. *Lo que debía hacer, decia, era entretener al enemigo con guerra guerrada y galana, sin llegar á batalla decisiva; pues los ingleses, que componian la mayor fuerza, presto se cansarian de estar en España.* Lo mismo procuraban persuadir á don Enrique sus capitanes, en especial Claquin; á que respondió creia necesario tener consejo de todos los caballeros, y acordar lo conveniente en las circunstancias. Los caballeros españoles fueron de dictámen, que si don Enrique rehusaba batalla y mostraba miedo, le dejarían luego las tierras que seguían su voz y se acomodarían con don Pedro, ni harían otra cosa los caballeros y tropas que con él estaban. Hubo por necesidad de abrazar este dictámen, aunque conocía ser cierto el aviso del rey de Francia.

Por entonces el ejército combinado estaba ya en la vega de Pamplona, y entrado en Alava se le había rendido Salvatierra. Con la noticia, movió don Enrique su campo al encuentro del enemigo, y sentó su real ventajosamente en un cerro donde está el castillo de Zaldiaran ó Celdarian; pero esto mismo dió margen al enemigo á creer era miedo, y no se engañaba mucho. Supo don Enrique andaban por Alava varias partidas enemigas buscando comestibles y demás provisiones necesarias, y envió contra ellas un grueso destacamento de infantes y caballos al encargo de

caballeros aragoneses, castellanos y franceses. Hallaronlas bastante derramadas por las aldeas, y tuvieron un mediano choque en que mataron á muchos y prendieron á los otros. Hallábase don Pedro en Vitoria, y creyó que estaba allá todo el ejército de don Enrique que le buscaba. Desde luego ordenó su gente en un otero llamado *san Roman*, y en él armó caballero el de Gales á don Pedro, y fueron tambien armados aquel dia hasta cuatrocientos caballeros por mano del príncipe y otros señores. Pero como los de don Enrique desaparecieron luego, no se movió don Pedro de donde estaba. Con tanto, al ver que don Enrique se estaba en Zaldiaran, y que por allí no podia transitar á Castilla, teniendo aquel ocupados los pasos y caminos, marchó para Logroño que estaba por él. Habida la noticia, marchó don Enrique para Nájera, y puso su real cerca de la villa, de forma, que solo el Najerilla mediaba entre el real y el camino por donde venia el ejército enemigo. No pensaba éste detenerse en Logroño, sino seguir su camino á Burgos, no quedándole otro. Llegado á Navarrete, el príncipe de Gales envió á don Enrique una muy comedida carta, fecha 1.º de Abril, en que le proponia acomodamiento con su hermano, siendo él quien lo tratase y transigiese, de forma que todos quedasen contentos.

Recibió don Enrique y agasajó mucho al mensajero haciéndole regalos de importancia. Tuvo luego consejo sobre contestar al príncipe, y hubo quien dijo no lo merecia por lo mucho que estaba á favor de don Pedro, y que todo sería por re-

lacion de este , y además , por no llamarle rey ; pero prevaleció el dictámen contrario , que era se le debia responder cortés y moderadamente. La suma fué decirle que don Pedro le habia engañado , y mal informado contra él. Que habia gobernado sus reinos tiránica y sanguinariamente siendo esto contra la voluntad de los que le juraron rey , y contra lo que tenia prometido ; que no habia guardado leyes , juramentos , palabra , fe ni seguro dado á nadie ; y que los reinos se habian entregado á él , para que les guardase justicia , como se la guardaria &c. Dada en 2 de Abril.

Las razones de don Enrique no parecieron al de Gales tan convincentes que bastasen á no admitir su mediacion y convenio , y tuvo por inexcusable la batalla. Antes bien la creyó conveniente , dejando á Dios dar la victoria á quien su voluntad fuese. Sábado , pues , á 3 de Abril , movió el ejército combinado para Nájera en orden de batalla , y al mismo tiempo pasó don Enrique el rio Najerilla , y sentó su campo en la vega de Navarrete , contra el voto de todos sus oficiales que le decian se tuviese en posicion ventajosa. Su espíritu y valor sumo no le permitieron obrar con asomos de cobardía , y dijo á todos no queria pelear con ventaja del puesto , sino de la valentía y esfuerzo nativo. Presto se acometieron ambas haces con extremado ahinco , tal , que del choque se les cayeron las lanzas de las manos. Tuvo don Enrique el dolor de que á sus ojos se pasasen á don Pedro el pendon y compañías de san Esteban del Puerto. Hecho apenas creible , no estando desconfiados de la victoria , y solo comenzada la batalla.

Llegóse presto á las espadas, gritando los gascones *Guiena, san Jorge*, y los castellanos *Castilla, Santiago*. Todos hacian su deber, excepto el traidor don Tello que ocupaba el ala siniestra. No solo se estuvo quieto, sino que en lo mas crítico del combate huyó con las compañías de caballos que mandaba, dejando aquel lado sin defensa. Con todo eso, se peleó mucho rato, corriendo don Enrique á todo como capitán invicto; pero no pudo restaurar la igual pelea desde la fuga del cobarde don Tello. Cargó sobre los suyos la superioridad de los enemigos ya clamando *victoria*. Murieron en el combate los principales gefes de don Enrique, y hasta cuatrocientos almogavares. Quedaron prisioneros el conde don Sancho con el pendon de la banda, Beltran Claquin, y otros caballeros de cuenta aragoneses, extranjeros y castellanos, algunos de los cuales mató don Pedro por su mano estando maniatados, y mandó matar á otros arrebatado de sus iras naturales.

Perdida la batalla, huyó don Enrique á Nájera con muchos de los suyos, y de allí se entró en Aragon por tierra de Soria y Tarazona. Descansó en Illueca, lugar de don Juan Martinez de Luna, donde halló á su hijo don Pedro Martinez de Luna (despues antipapa) que le condujo por veredas excusadas hasta Francia. Llegado á ella, comenzó don Enrique á levantar gente de guerra con el favor del papa Urbano V, del conde de Fox, del duque de Anjou y del rey de Francia. Su mal hermano don Tello huyó á Burgos, y despues al reino de Aragon. Lo mismo hizo doña Juana, mujer de don Enrique, con el príncipe don Juan y

demás hijos, acompañada de los arzobispos de Toledo y Zaragoza, con otras gentes fugitivas de la batalla. Mató don Pedro por su mano á Iñigo Lopez Orozco, uno de los caballeros gascones prisioneros; y fué tanto lo que desagradó al príncipe de Gales acción tan baja, vil y cobarde, que desde el momento comenzó á desabrirse con don Pedro. Reprendióle la inhumanidad de matar á un rendido en buena guerra, y le reconvino con un capítulo de su confederacion, en que prohibia expresamente que don Pedro no habia de matar ningun caballero de don Enrique por ninguna queja, sino cuerpo á cuerpo en campaña, ó bien hasta salir reo en justicia. ¡Bella reconvencion para don Pedro el Cruel! Respondióle con varias excusas precarias, de que el príncipe quedó mal satisfecho. Todavía le pidió todos los prisioneros castellanos y leoneses socolor de que serian de su parte; pues si se redimian, huian ó canjeaban le serian enemigos. Conoció el de Gales el perverso designio del Cruel, y le negó la cautelosa demanda, diciéndole no hablase mas en ello. Con tanto ya no pudo mas el cruel don Pedro. Comenzó á quejarse enfurecido y orgulloso, diciendo al príncipe, *que su ayuda de nada le habia servido despues de haber gastado sus tesoros en ella; pues si los caballeros vivian y se rescataban, se juntarian con don Enrique, y nada adelantaba quedando todo como antes.* Entonces el príncipe Eduardo le dijo con severidad y entereza: *Señor pariente, á mí me parece que vos tenedes maneras mas fuertes agora para cobrar vuestro regno, que toviste quando teniades vuestro regno en*

posesion, ó le registre en tal guisa, que le hobiste á perder. Yo vos aconsejaria de cesar de facer estas muertes, e que buscasedes manera de cobrar las voluntades de los señores e caballeros e fijosdalgo e cibdades e pueblos deste vuestro regno, e si de otra manera vos gobernaredes segund primero lo faciades, estades en grand peligro de perder vuestro regno e vuestra persona, e llevarlo á tal estado, que mi señor e padre el rey de Inglaterra nin yo, aunque quisiesemos, non vos podriamos valer. Estas razones pasaron entre ambos príncipes el domingo 4 de Abril, dia siguiente al de la batalla.

El lunes inmediato marcharon á Burgos, donde fueron recibidos sin asomo de resistencia. Estaba allí el arzobispo de Braga Juan Cardellac, francés, y del partido de don Enrique, y el rey le mandó preso al castillo de Alcalá de Guadaya, donde estuvo hasta la muerte de don Pedro. Tuvo este en Burgos agrias reyertas con el príncipe de Gales acerca de pagar la tropa inglesa y cumplimiento de tratados, no mostrándose ya tan generoso como antes de recobrar el reino. Ello fué, que Vizcaya y Castro-Urdiales que debia dar al príncipe no se las dió nunca, negociando con los vizcainos rehusasen ser de Inglaterra. El canceller del rey Mateo Fernandez tuvo la desvergüenza de pedir diez mil doblas de derecho de sello por la donacion de Soria al condestable del príncipe de Gales, y este no quiso la escritura conocida la razon de peticion tan excesiva. Despues de varias reyertas, hubieron de convenirse, en que no pudiendo el castellano por entonces pagar las tropas

inglesas, jurase dar la mitad despues de cuatro meses, y la otra mitad pasado un año, manteniéndose á su sueldo entretanto en Castilla. Para la eviccion quedaban sus hijas en poder del de Gales.

Con tanto marchó el castellano á Toledo, y el príncipe quedó con sus tropas acantonadas en tierra de Burgos. Volvamos á los horrores y sangre del cruel don Pedro. Antes de llegar á Toledo ya mandó matar á Rui Ponce Palomeque, á Fernando Martinez y á otros caballeros presos en el alcázar de Toledo, por afectos á don Enrique. Llegado á Toledo, tomó rehenes de ella para que estuviese por él durante las turbulencias. Marchó á Córdoba para matar de sorpresa los que tenia proscriptos como parciales de don Enrique. Salió de noche con sus verdugos, y anduvo de casa en casa matando hasta diez y seis caballeros, que, segun decia, habian salido los primeros á recibir á don Enrique. En estos abominables hechos no tanto culpo yo al rey quanto á los delatores, si bien para don Pedro poca culpa bastaba para la muerte. Pasó luego á Sevilla, y antes de llegar dió órden de que matasen al almirante Bocanegra y á otros muchos caballeros, á quienes habian encarcelado los viles sevillanos sabida la derrota de don Enrique en Nájera.

Tambien estuvieron á punto de muerte en Córdoba don Martin Lopez, maestre de Calatrava, don Gonzalo, don Alonso y don Diego Fernandez con otros. En Sevilla mató á doña Urraca Osorio, porque su hijo don Juan Alonso de Guzman era amigo de don Enrique. Mató no menos á su tesorero Martin Yañez por haber ido á don

Enrique despues que Bocanegra le quitó el tesoro, huyendo por temor de don Pedro. Yañez estuvo en la batalla de Nájera con don Enrique, huyó á Galicia, y allí fué preso por un escudero que quiso hacer este servicio.

Este año, á 8 de Enero, murió don Pedro, rey de Portugal, y fué enterrado en Alcobaza, junto á su amiga doña Inés de Castro. Fué llamado el *Cruel*, como y antes que el castellano, por lo riguroso y modo exquisito de sus ejecuciones criminales, mas allá de lo que pide la caridad cristiana; excediendo el órden judicial en menosprecio de las leyes.



CAPITULO XIII.

Doña Juana se va á Francia donde estaba su marido don Enrique haciendo gente de guerra. Entra con ella en Castilla y se apodera de la mayor parte de las ciudades y pueblos. Batalla de Montiel y muerte del rey don Pedro.

No se creyó segura en Aragon doña Juana, mujer de don Enrique, y tomando consejo de personas expertas, se pasó á Francia con sus hijos. Halló en Langüedoc á su marido convocando las tropas necesarias para volver á Castilla, y éste la puso en el castillo de Piedrapertusa que era muy seguro. El rey de Francia le auxilió con cincuenta mil francos, le dió dicho castillo y el condado de Cesenon. Otros cincuenta mil francos de oro le regaló el duque de Anjou, y con este dinero y otro que le dió el papa, formó un ejército numeroso en cantidad y calidad. Cada dia le venian á sugerir pronto la entrada en Castilla escuderos y caballeros castellanos que se hallaron en la de Nájera, y estaban ya libres aunque habian sido prisioneros. Uno de ellos era Beltran Claquin. Habian podido volver á sus castillos los alcaides de Alburquerque, Peñafiel, Curiel, Gormaz, Atienza, Segovia &c., y desde ellos hacian cruda guerra á los lugares y gentes de don Pedro. Súpose que éste aun no habia dado la primera paga á los ingleses, ni entregado la Vizcaya, Castro-Urdiales ni Soria al príncipe, por lo cual estaban todos disgustados, y ya meditaban regresar á Guiena rotas las amistades. Algunos caballeros in-

gleses, prendados de la afabilidad y modo de don Enrique, le avisaron no se aventurase á volver á Castilla antes que ellos y su príncipe saliesen de ella (que sería presto); pero retiradose no lo dilatase, pues se iban todos muy desabridos de don Pedro, y no le favorecerían por todo el oro del mundo. Don Gonzalo Mejía, maestro de Santiago, y don Juan Alonso de Guzman que estaban por don Enrique en Alburquerque, le habían adquirido toda la comarca, y tenían á su órden mucha gente de guerra. Las asonadas de esto hicieron se levantasen por don Enrique Valladolid, Aillon, la Vizcaya, Guipúzcoa, con infinitos otros lugares, castillos y provincias enteras.

En Agosto marchó de España con sus compañías el príncipe de Gales, y tan despagado de don Pedro como cuantos con él trataban; pero no podía quejarse sino de sí mismo, que había fiado de un rey falso, sin fe ni palabra. Ya tenía don Enrique aprontado el ejército para volver á España, y aunque no muy grande, bastaba mucho para don Pedro, ya sin ingleses, y la tierra contraria. Si algunos le servían era de miedo, y por no tener á quien acogerse. ¡Desdichado del rey que no es amado y que solo es temido! Entró don Enrique por Val de Aran, y era forzoso tocar por Aragon; pero su rey le negó el paso fuera de toda esperanza. Hubo de caminar por Ribagorza y otras tierras desiertas á modo de bandidos. Aun el aragonés, traidor á los pactos, mandó salir sus tropas contra las de don Enrique; pero viendo la poca razon y mala correspondencia de su rey, andaban perezosas y lentas, dando tiempo para que las de don Enrique saliesen. Mar-

chó, pues, á Navarra por aquellas asperezas, y entró en Castilla por Calahorra. Recibióle la ciudad, y en ella se fueron juntando las compañías que venian detrás, como tambien algunos caballeros aragoneses. Venia con don Enrique Bernardo de Bearne, y á las puertas de Calahorra le armó caballero. Mas adelante le hizo conde de Medinaceli. Luego que don Enrique puso los pies en Castilla, bajó del caballo, se puso de rodillas, hizo una cruz en el suelo, y besándola dijo: *Juro por esta señal de cruz, de no volver á salir de Castilla por ninguna causa; antes esperaré en ella la muerte, ó la ventura que Dios me diere.*

No habiendo sido acogido en Logroño, marchó para Burgos, enviando mensage de si sería recibido. Hallóla de su parte como dos años antes estuvo; pero el castillo se mantuvo por don Pedro, siendo su alcaide Alonso Gonzalez de Cal, con doscientos hombres de presidio. Hallábase en el castillo don Jayme (hijo del destronado don Jayme de Mallorca, á la sazón casado con la reina de Nápoles doña Juana I, el cual habia venido con los caballeros ingleses en favor de don Pedro. Fué don Enrique recibido en Burgos del clero y pueblo con aclamaciones, y mandó minar el castillo y judería por no querer entregarse. Rindieronse luego los judíos y dieron á don Enrique un millon de maravedises. Entregóse tambien el castillo, y el rey de Nápoles fué preso al de Curiel. Los años adelante le rescató su mujer por ochenta mil doblas. Libertóse don Felipe de Castro preso allí desde la batalla de Nájera.

Levantóse entonces por don Enrique la ciu-

dad de Córdoba, llamando en auxilio al maestre de Santiago Guzman que estaba en Llerena con sus caballeros y mesnadas. Ya con esto determinó don Enrique enviar al reino de Toledo á su mujer é hijos que consigo tenia, estando por él las fortalezas de Guadalajara, Illescas y otras. Puso sitio á Dueñas que se tenia por don Pedro, y combatida vigorosamente por un mes, y no pudiendo mas, se rindió á merced. A mediado de Enero de 1368 movió don Enrique su campo para Leon, 1568. que tambien seguia á don Pedro, si bien casi toda la nobleza estaba por don Enrique. Poco duró el sitio de Leon; pues viendo los ciudadanos el estrago que los ingenios hacian en el caserío, se rindieron á merced. Siguiéronse casi todos los pueblos de las Asturias sin esperar hostilidades. Ocupó por armas á Tordehumos que se defendió pertinazmente, y en el asalto murió el conde de Osona que militaba por don Enrique. Tomó á Medina de Rioseco y plazas circunvecinas, desde donde se vino á Illescas donde ya estaba su familia. Rindieronle Buitrago y Madrid, si bien esta villa se resistió mucho. Hubiera costado mucha sangre á no haber un aldeano de Leganés, llamado *Domingo Muñoz*, entregado á don Enrique dos torres que tenia á su cargo junto á *Puerta de Moros*, con sus criados y familiares.

Córdoba llamaba á don Enrique, dándole seguridad de ser suya toda la Andalucía luego que pasase Sierra-Morena. Afianzaba esto la mucha gente de guerra ya pronta, en medio del peligro, hallándose don Pedro en Sevilla. Pero se creyó necesario tomar antes á Toledo. Puso el real á 30

de Abril por la parte de la vega, teniendo allí mil hombres de armas, seiscientos caballos, y mucha tropa ligera. Comenzóse á combatir á Toledo con todo el rigor de la guerra, y con el mismo era defendida por Fernan Alvarez de Toledo con otros muchos caballeros, sin osar entregarse á causa de que don Pedro mataria los rehenes que se habia llevado. Mandó don Enrique á su mujer é hijos volviesen á Burgos, ya para que sostuviesen las cosas de Castilla, y ya tambien para que estuviesen mas lejos de la guerra en lance peligroso. Durante el sitio de Toledo se declararon por don Enrique, Cuenca, Villareal, Uclés, Talavera, Mora, Hita, Buitrago y Consuegra. Seguian á don Pedro, Soria, Berlanga, Vitoria, Logroño, Salvatierra, Alava, Santa Cruz de Campezo, San Sebastian, Guetaria, Zamora, Galicia, Murcia, Sevilla, Carmona, Jerez y Ubeda. Faltando numerario para pagar la gente del sitio de Toledo, labró don Enrique ciertas piezas de cobre llamadas *sesenes*, que valia cada una tres cuartos, como las que se renovaron (y corren) en Valencia en los años de 1710 y siguiente.

Esto durante se mantenía don Pedro en Sevilla, sabidor de cuantos pasos daba don Enrique, y de los pueblos que ya poseia. Resolvió fortificar bien á Carmona, no fiando mucho de los sevillanos en que veia divisiones, á tiempo que el maestro de Santiago don Gonzalo Mejía, don Juan Alonso de Guzman y otros caballeros tenían sitiada la fortaleza de Cazalla de la Sierra. Viéndose don Pedro en tan peligrosas circunstancias, pidió á su amigo el rey de Granada socorro de gente de

guerra, y le envió siete mil caballos y ochenta mil infantes, de los cuales doce mil eran ballesteros; aunque en estos números varían las Crónicas. No tenía don Pedro mas de mil y quinientos caballos y seis mil infantes, y juntos ambos ejércitos se pusieron sobre Córdoba. Ya estaban en ella el maestro Mejía y don Alonso de Guzman con toda su hueste, asociados de la nobleza cordobesa, resueltos unos y otros á defenderla por don Enrique. Necesitaron de todo su valor y constancia para no perderse. El ejército combinado era formidable; los ataques vigorosos con todo género de máquinas. Llegó Córdoba á ser entrada por mas de un paraje, ver puestos pendones enemigos en el alcázar y en gran parte rendida. Ya casi no confiaba sostenerse, medio desanimados los defensores. Con esto las mujeres y niños salieron en cabello por las calles y plazas animando á los varones se armasen de valor y confianza en defensa de sus vidas. Las madres iban así con sus hijos en brazos para mas animar á los hombres en aquella coyuntura. La escena fué poderosa, y resolvieron todos morir matando. Movieron impetuosamente contra el alcázar viejo que ya tenían los moros, mataron infinitos, echaron los otros á lanzadas, y ganaron los pendones. Sobrevino la noche, y los cordobeses repararon las quiebras de sus muros, no dudando de que el dia siguiente volverian á las puñadas, deseando mucho don Pedro degollar á sus defensores; pero mudó todo de semblante en aquella sola noche. Amanecieron las murallas llenas de defensores á modo de prodigio, y no pudieron los moros arrimar escalas por el daño que sufrían. Con lo cual el gra-

granadino se fué á su tierra y don Pedro á Sevilla.

Poco despues volvió el moro con nueva gente, y ocupó por armas á Jaen degollando y cautivando los habitantes; pero la tropa se retiró al alcázar. Combatióla el granadino, y fué tanta la gente que se acogió, que no teniendo víveres hubieron de redimirse con dinero. Destruyó la ciudad el moro hasta no dejar edificio sano. Pasóse á Córdoba; pero nada tentó por hallarla muy apercebida, y marchando á Ubeda, la robó y la puso fuego. Dió combates á Andujar, pero en vano; mas cautivó los habitantes de Marchena y Utrera, que pasaron de quince mil personas. En esta guerra recobró Granada cuantos castillos perdiera en cincuenta años, y los principales eran Belmes, Cambil, Alhavar, Turon, Hardales, Burgo, Cañete, Cuevas &c. Nada mas hicieron entonces don Pedro y el granadino. Este regresó á Granada, y aquel á Sevilla para continuar la fortificacion de Carmona, temiendo el revés que ya presentia. Era ya cercano el invierno, y las villas de Logroño, Vitoria, Salvatierra y Campezo pidieron permiso al rey para ponerse bajo la proteccion del rey de Navarra para defenderse de don Enrique; pero no se le dió el rey, sino que les dijo les enviaria socorro: sino pudiese enviarle, les dijo se diesen antes á don Enrique que al navarro, por no separarlas de Castilla. No obedecieron, sino que se entregaron al navarro por mano del traidor don Tello.

A mediado Noviembre, hallándose don Enrique en el sitio de Toledo, tuvo embajadores del rey de Francia confirmando sus amistades, y comunicán-

dole se habia renovado la guerra con los ingleses. La confederacion se ratificó con las expresiones *de amigo de amigo*, y *enemigo de enemigo*. Enviabale el francés á Beltran Claquin con quinientas lanzas contra don Pedro. Tenia éste bien fortificada y provista á Carmona á donde puso sus hijos bastardos (pues las hijas de la Padilla estaban en Bayona) con buena guarda. En Febrero de 1369 ¹³⁶⁹ partió de Sevilla para Alcántara recogiendo gente de guerra con que marchar á Toledo que pedia socorro. Cuando lo supo don Enrique, avisó á los caballeros que guardaban á Córdoba siguiesen á don Pedro y observasen sus pasos cautelosamente, pues era su designio darle batalla donde le hallase. Siguiéronle aquellos caballeros dejando bien defendida á Córdoba. Llegados á Villareal, á diez y ocho leguas de Toledo, estaba don Pedro en la Puebla de Alcocer.

Ignoraba don Enrique si el intento de don Pedro era socorrer á Toledo, que se hallaba falta de víveres, ó buscarle en campaña. Pero fuese uno ú otro, resolvió ser él quien buscase á don Pedro. Así, sabiendo que Toledo estaba tan pobre de defensores que pocos bastaban en el sitio, levantó su campo principal, y marchó para Alcocer. No acababa de ponerse en marcha, cuando he aquí que llega Claquin con las quinientas lanzas francesas, y partieron ambos para Orgaz, cinco leguas de Toledo. Juntáronseles allí los caballeros cordobeses que acechaban á don Pedro, diciendo estaba ya en Montiel, con cuya noticia dobló don Enrique las marchas en su busca. Sabia que cuanto mas tardase en encontrarle, se iria engrosando

el partido de don Pedro, entonces muy flaco, por tener sus gentes acantonadas y derramadas en mas de dos leguas al contorno de Montiel.

No sabia don Pedro que tan cerca tenia á don Enrique, creyéndole aun en Toledo; pero éste caminaba aun de noche, y por ser aquella oscurisima iba la gente encendiendo fuegos para caminar mas aprisa y ver los peligros. El castellano del casti-
 llo de Montiel donde posaba don Pedro, que era Mendo Rodriguez de Sanabria, vió los fuegos, y dió aviso al rey; mas este creyó eran los caballe-
 ros cordobeses que le observaban, pues no era posible fuese don Enrique. Sin embargo, mandó que la tropa acantonada viniese allí al romper el dia. Antes de amanecer llegó don Enrique, y hubo don Pedro de armarse arrebatadamente con sus guardas, y ponerse en órden de batalla. Acome-
 tióles la vanguardia de don Enrique donde iba Claquin con sus quinientas lanzas; pero no pudo llegar á los de don Pedro, por mediar una que-
 brada de monte ó barranco que no se habia descu-
 bierto. La division de don Enrique habia cogido otra ruta, y llegada á tiro, acometió tan impetuosa á los de don Pedro que les desbarató en un momento, y les puso en huida. Entonces unos siguieron á los moros que ayudaban á don Pedro, y otros quedaron acabando con los que no habian muerto ni huido. Duró esta pelea corto rato, pues viendo el rey la superioridad de don Enrique, se retiró con algunos al castillo de Montiel que estaba cercano; la demás gente se disipó en el momento. Sucedió el choque dia 14 de Marzo.

Ganada victoria tan barata, sitió don Enri-

que el castillo donde don Pedro estaba, y le cercó de pared para que no escapase ninguno. Estaba con el rey Mendo Rodriguez de Sanabria, amigo de Beltran Claquin, y desde las almenas le dijo queria hablarle privadamente. Dióle seguro para que viniese á su posada sin peligro, y Rodriguez fué allá la próxima noche. Dijole de parte del rey, *que si le libraba del aprieto, le daria las villas de Almazán, Soria, Monteagudo, Atienza, Deza y Seron por juro de heredad, y doscientas mil doblas de oro.* La tentacion era grande, á no ser don Pedro el Cruel un rey falso y perfido. Respondióle, *que siendo como era un caballero noble y honrado, que servia á don Enrique de mandato de su rey el de Francia, nunca caeria en tan negra falta de sus obligaciones, ni Rodriguez se la debia proponer ni aconsejar en modo alguno.* No replicó Rodriguez en ello, solo añadió *podia tomar consejo con sus amigos, y resolver lo que conviniese.*

En efecto, Claquin no parece estaba lejos de caer en la tentacion; pero conferenciando el caso (que no debia) con los suyos, preguntó (que no necesitaba) si lo manifestaria á don Enrique. Convinieron en que debia manifestarselo luego, como lo hizo, y éste se lo agradeció añadiendo, *le daba entonces mismo lo que le prometia don Pedro.* Encargóle hablase con Mendo Rodriguez y guisase de modo las cosas, que el rey don Pedro pasase á la tienda de Claquin, y le propusiese le salvaria, avisándole á él en habiendo llegado.

Rehusaba Claquin entrar en aquel engaño; mas al fin, se dejó persuadir de los suyos, y lo hizo, si bien despues fué censurado como él temia. No

se fiaba de ello don Pedro ni aun bajo juramento; pero como no veía otro camino de salvarse, se aventuró á la salida en la noche de 23 de Marzo, y llegó á la posada de Claquin, acompañado de don Fernando de Castro, Diego Gonzalez de Oviedo y Mendo Rodriguez de Sauabria, todos á caballo y armados. Apeóse don Pedro y dijo á Claquin: *Ea, cabalgad, que ya es tiempo que marchemos.* Nadie respondió palabra, y don Pedro conoció el peligro que corria. Quiso montar en su caballo y marchar luego; pero uno de los presentes le asió de la ropa y le dijo esperase un momento. Ya venia don Enrique, y luego que llegó trabó de don Pedro sin conocerle, bien que le dijeron era su hermano y enemigo. No acababa don Enrique de reconocer á don Pedro, y éste le cercioró diciendo: *Yo só, yo só.* Entonces don Enrique le dió con la daga en el rostro, y ambos se trabaron en lucha hasta que cayeron en tierra, donde don Enrique tuvo forma de darle nuevas heridas de que murió dentro de poco. Esta fué la desastrosa muerte de aquel portento de reyes, sangrienta como su vida, y por mano de su hermano como lo predijo el sacerdote de santo Domingo de la Calzada, á quien pagó quemándole vivo.

Algunas circunstancias hallamos en los historiadores que varían algo el modo de su muerte; pero como las omite Ayala, no hacemos gran caso de ellas, ni tampoco lo merecen. De su única y verdadera consorte doña Blanca de Borbon no tuvo hijos, si es que llegó carnalmente á ella. De doña María de Padilla tuvo á don Alonso que murió de cuatro años; á doña Beatriz que fundó el monas-

terio de santa Clara en Tordesillas, donde murió monja; y á doña Constanza, que casó con el duque de Alencastre Juan de Gante, de quienes nació doña Catalina, consorte de don Enrique III y madre de don Juan II de Castilla. La hija tercera de don Pedro y la Padilla fué doña Isabel, que casó con el duque de Yorck, hermano de Juan de Gante. Viviendo doña Blanca y la Padilla, casó don Pedro públicamente con doña Juana de Castro, engañándola con escritos y testigos falsos de que era libre y no casado. Con otra dama llamada Isabel tuvo á don Sancho y á don Diego, á quienes cogió don Enrique en Carmona. Don Sancho estuvo prisionero y murió en Toro; don Diego lo estuvo en Curiel cincuenta y cinco años, y en el de 1434 le dió libertad don Juan II. Ambos están enterrados en Toledo en un mismo sepulcro, trasladados allí el año 1448. Una doña María de Hinestrosa también parió á don Pedro un niño llamado Fernando. Doña Teresa Ayala le dió una niña llamada María. Don Pedro habia hecho testamento en Sevilla, dia 18 de Noviembre de 1362.

Tengo por un desvarío canonizar los hechos de este rey, que mas sangre derramó en paz que en guerra, como quisieron hacer algunos, y es sensible haya quien gaste tan mal su tiempo. Gustosamente mudariamos de dictámen si hallasemos en sus escritos un documento creible que los apoyase. Ya no estamos en tiempo de conjeturas, agüeros y adivinallas, ni de dar crédito á pasiones. Hace tres siglos que se va buscando no sé qué Crónica de don Pedro el *Cruel*, llamada *verdadera*, escrita por don Juan de Castro, obispo

de Jaen, segun dicen; pero jamás ha parecido ni ha sido vista de nadie. La que corre, impresa ya muchas veces, compuesta por don Pedro Lopez de Ayala, que sirvió toda su vida á don Pedro el *Cruel*, y despues á don Enrique, dicen los apolo- gistas de la crueldad *es sospechosa, como de un hombre venal, ó apasionado á don Enrique*. Esta es la mas negra calumnia que pudieran inventar hombres venales. El gran Zurita, el docto Llaguno y otros muchos han vindicado á Lopez de Ayala y demostrado haber sido un historiador fiel y sin- cero. Mientras aquellos importunos no produzcan aquella su verdadera Crónica duende, dejen de molestarnos con enfadosas y pesadas apologías. Sal- ga á luz esa Crónica; veamos su catadura, y de- liberaremos sobre su mérito. Mientras tanto será Ayala el verdadero fiador de cuanto sabemos de *don Pedro el Cruel de Castilla*. Ni es justo despo- jarle de este sobrenombre que tantos siglos posee. Lo cierto es, que han sido tantas y tales las dili- gencias que nuestros historiadores y academias han hecho hace dos siglos para hallar aquella Crónica *verdadera*, que si la hubiera en España hubieranla hallado. Dicese tambien que un rey de armas lla- mado Gracia Dei la tuvo; pero esta noticia no es mas segura que la primera.



Libro duodécimo.

CAPITULO PRIMERO.

Reinado de don Enrique II. Guerra de Castilla con Portugal y Granada. Paz con Portugal. Reduccion de Galicia. Nueva guerra con Portugal. Cerco de Lisboa. Renuevase la paz por mutuos casamientos.



uerto el cruel don Pedro, como no quedase quien tuviese derecho de sangre legítima á la corona de Castilla sino el rey de Portugal, mas quisieron los castellanos ponerla en la cabeza de don Enrique, hijo de rey de Castilla, aunque bastardo, que en la de un forastero, mayormente estando legitimado por la sede Apostólica. Portugueses y castellanos jamás hicieron buenas migas; y aunque por esta sucesion no faltaron guerras, al fin sostuvieron los castellanos en la frente de don Enrique la corona que le habian puesto, sin que entremos en si pudieron ó no darle una corona primordialmente electiva, hecha hereditaria por la prepotencia.

Muerto, pues, don Pedro, se rindieron á don Enrique los del castillo de Montiel, llevándose prisioneros á don Fernando de Castro, á Mendo Rodriguez de Sanabria, á Diego Gonzalez de Oviedo y algunos otros caballeros de don Pedro. Si hubieran sido servidores de don Enrique, y caido en manos de don Pedro, no hubieran sido presos, sino muertos á mazadas. Aquel mismo dia partió don Enrique á Sevilla, la cual, sabido el suceso, tomó su voz. A Sevilla siguieron todas las villas, pueblos y ciudades que estaban aun por don Pedro, fuera de Carmona, en donde don Martin Lopez de Córdoba, maestre de Calatrava, guardaba los hijos y tesoro de don Pedro. En Castilla se mantuvieron rebeldes Zamora, Ciudad-Rodrigo y los pueblos dados á Navarra citados arriba. Molina y Requena se dieron al aragonés: lo demás se declaró por don Enrique. Desde Sevilla tentó ganar por trato á Carmona, prometiendo poner en Inglaterra, Portugal ó Granada los hijos de don Pedro, y dando á Lopez el tesoro que guardaba; pero no le pudo inducir á ningun acomodo ni partido, cuya irracional dureza le costó la vida. Vinose don Enrique á Castilla con objeto de reducir á su devocion las plazas que se mantenian rebeldes; pero dejó bien presidida la frontera de Granada, porque su rey Lagos pesaroso de la muerte de don Pedro no aceptó las treguas que don Enrique le pedia. Quedaron fronteros don Gonzalo Mejía, maestre de Santiago, don Juan Alonso Perez de Guzman y don Pedro Muñiz de Godoy, maestre de Calatrava (elegido este año contra don Martin Lopez, enemigo de don

Enrique) con otros caballeros y ricos-hombres andaluces y mucha tropa. Debían estos vigilar sobre que no pudiesen escapar los de Carmona con los hijos de don Pedro y su tesoro.

Por Junio llegó el rey á Toledo, habiendo llegado antes la reina con el príncipe don Juan, donde se vieron menos temerosos que hasta entonces. De Toledo envió gentes que recobrasen por armas á Requena, pues aunque la villa se le habia mantenido fiel, el castillo estaba rebelde. Corrian asonadas de guerra de parte del nuevo rey de Portugal don Fernando, publicándose heredero de Castilla, por ser el único legítimo mas cercano á don Pedro, siendo bastarda toda su prole; y esta es buena prueba de que don Pedro el *Cruel* no fué casado con la Padilla. A esta novedad se agregó la de que la rebelde Zamora se entregaba al portugués, puerta franca de este para Castilla; y don Fernando ya se llamaba *rey de Portugal y Castilla*. Tal era su satisfaccion, que labró moneda con las armas de ambos reinos unidos bajo de una corona, otorgó privilegios y gracias á los rebeldes de don Enrique, y confiscó los bienes de los que le habian jurado. Confederóse con Aragon y Granada para entrar mas libre en Castilla, dando al de Aragon el reino de Murcia, Moya, Cuenca, Medinaceli, Almazan, Agreda, Soria y otros pueblos que poco le costaban. Actos prematuros, que ninguno pudo cumplir. Prometia casar con doña Leonor, hija del aragonés; pero ni esto cumplió, ni casó con otra doña Leonor, hija de don Enrique, como prometió dos años despues: casó, sí, criminalmente violentando á una señora casada,

:

llamada doña Leonor Tellez, quitándosela á su marido Juan Lorenzo de Acuña.

A mediado Junio se puso el rey don Enrique sobre Zamora, cuidando tratar acomodamiento; pero llegada la novedad de que el portugués habia entrado con ejército en Galicia y se le habia dado la Coruña, estando lo demás para lo mismo, marchó allá con todo su ejército en que estaba Claquín con sus bretones. Este solo movimiento bastó para que el valeroso portugués huyese de Galicia embarcándose en la Coruña; pero creyó don Enrique debia con hostilidades obligarle á tratar convenio. Entró en Portugal y sitió á Braga, de que se apoderó á pocos dias. Pasó á Guimaranes con el mismo designio; pero don Fernando de Castro (preso bajo palabra de honor) dijo á don Enrique trataria con los de Guimaranes y les instaria á que se le diesen. Creyóle el rey, entró Castro en la plaza, y se quedó traidoramente en ella; y por mas que la combatió no pudo tomarla, aunque causó gravísimos daños en la comarca. Ya regresaba á Castilla, cuando le vino reto del portugués diciéndole *esperase allí que luego saldria á campaña*. Esperóse don Enrique, y mientras el portugués venia, por no estar ocioso le combatió y tomó á Braganza. No compareció don Fernando, y don Enrique dejando guarnicion en Braganza partió á Castilla.

Esto durante, el granadino Lagus tomó la fortaleza de Algeciras, y la demolió hasta los fundamentos no pudiendo conservarla; cegó su puerto (que parece fué el de la antigua Carteya) de forma que no se ha podido rehabilitar en ningun

tiempo. Vinose el rey á Toro, desde donde envió fuerzas á Zamora, Carmona y frontera de Granada. En lo mas rígido del invierno combatió á Ciudad-Rodrigo, amiga del portugués; pero no pudo rendirla por muy fortificada. Pasó á Medina del Campo á fines de Marzo de 1370, donde tuvo 1370 Córtes, en las cuales se decretó la paga de las tropas y gefes extranjeros, en especial á Beltran Claquin, á quien además del dinero se dieron los estados prometidos. No pudiendo por entonces dar á Claquin todo el numerario de ciento veinte mil doblas le dió cincuenta mil, y por seguro del resto le entregó la persona de don Jayme, rey de Nápoles. A todos los otros caballeros hizo sus donativos y mercedes de mucha cuenta, y regresaron á Francia para pelear contra Inglaterra.

Ya por ahora ocupaba don Fernando de Castro casi toda la Galicia despues que en Guimaranes huyó de don Enrique, y éste envió contra él un grueso de tropa al mando de don Pedro Manrique y de don Pedro Sarmiento que le cortasen los pasos. Estaban aliados los reyes de Portugal y Aragon, y convenia separarles; para lo cual envió don Enrique sus embajadores al aragonés, instándole al matrimonio de la hija de éste doña Leonor con el príncipe don Juan de Castilla, ya concertado. Negóse don Pedro á la boda á menos que no se le diese el reino de Murcia y demás tierras ofrecidas en otro tiempo, cuando don Enrique procuraba recobrar el reino. No pudo ser mayor la insolencia del aragonés, no habiendo contribuido en nada para el intento; pues por el contrario no solo le negó el paso por su reino, sino que

envió tropa contra él, como vimos arriba.

Por otra parte el portugués ocupó con escuadra de cuarenta velas la boca del Guadalquivir á cargo de su almirante Pezano, y no dejaba pasar comestibles á Sevilla, necesitada de ellos. Partió el rey allá para dar las órdenes oportunas, y por el camino supo que los fronteros Muñiz y Mejía habian firmado treguas entre Granada y Castilla. En Sevilla armó veinte galeras con que salir contra Pezano, y aunque la mitad en número, no solo se retiraron las portuguesas, sino que se apoderaron de cinco.

Por entonces vinieron legados pontificios para tratar paz entre Portugal, Aragon, Navarra y Castilla. Tentaron reducir á Martin Lopez que tenia á Carmona; pero nada lograron de aquel hombre pertinaz y duro, de forma que el rey la puso sitio. Su hermano don Tello estaba frontero de Portugal con fuerzas suficientes para contener á su rey don Fernando; pero don Tello murió de dolencia en Medellin á 15 de Octubre, bien que hubo rumor de veneno por sus tratos dobles y siempre sospechosos. No habiendo dejado hijos, dió el rey al príncipe don Juan los estados de Vizcaya y Lara que don Tello tenia. Apretaba de continuo el sitio de Carmona, y habiendo intentado tomarla por escalada durante la noche, cuarenta hombres que ganaron el muro, fueron presos casi todos, y los que pudieron volver á las escalas, quebradas estas, cayeron al campo. El alcaide Martin Lopez hizo matar á lanzadas los prisioneros. Esta accion apresuró su muerte; pues apretado mas el sitio, se pasaron á don Enrique muchos

de la guarnicion al verse sin comestibles, y don Martin intentó capitular la entrega de la villa con todo lo que allí guardaba, y además poner en manos del rey al malvado canceller de don Pedro, Mateo de Cáceres. Por todo no pedia mas que la vida, que aun no merecia, y aunque se la otorgó el rey, no cumplió su palabra, con mucho menos-cabo de la magestad de un monarca. Mandó fuesen ambos degollados en Sevilla, cogió los tesoros de don Pedro, y envió presos á Toledo sus hijos. Al tiempo mismo el alcaide del castillo de Zamora, que le tenia por ellos, se declaró por don Enrique, y Fernando Alonso que defendia la villa contra el rey fué hecho prisionero por Pedro Fernandez de Velasco, y se apoderó de Zamora dia 26 de Febrero de 1371. Poco despues las tropas enviadas á Galicia dieron batalla á don Fernando de Castro en puerto de Bueyes, y le derrotaron completamente, si bien él huyó á Portugal. Empleaban con su rey toda su eficacia los legados apostólicos; y por fin alcanzaron accediese á la paz con Castilla casando con la infanta doña Leonor, hija de don Enrique, y sin restitucion de las plazas mutuamente tomadas; pero el casamiento no se hizo como dijimos arriba. El portugués por no cumplir promesa alguna casó con doña Leonor Tellez.

Estando don Enrique confederado con Francia, tuvo que enviar allá escuadra contra la inglesa que ya caminaba á Guiena. El almirante de Castilla Ambrosio Bocanegra pudo anticiparse á la enemiga, y tuvieron batalla junto á la Rochela dia 23 de Junio, en que la inglesa fué derrotada, muchos buques apresados, y prisionero su general conde

de Pembroc con otros gefes. El rey tenia Córtes en Toro, en que se procuró por todas vias la quietud y union de los reinos; y se mandó á los judíos y mahometanos que hubiese en ellos, llevasen sobre la ropa una señal que les distinguiese. Durante las Córtes hubo mensaje del portugués habia casado con la Tellez, y no podia casar ya con la infanta de Castilla; pero la confederacion política quedaba firme. La necesidad de paz obligó al castellano á no mostrarse quejoso, pidiéndole solo las plazas ocupadas, en lo cual no hubo embarazo. Cerradas las Córtes á fines de Noviembre, pasó el rey á Burgos, enviando gente que recobrase las villas entregadas á Navarra cuando murió don Pedro; pero no pudieron ocupar mas que á Salvatierra y Campezo, porque las otras se pusieron en poder de los legados pontificios mientras el mismo papa componia las diferencias entre Castilla y Navarra. Poco despues, á 20 de Diciembre, fué levantado señor de Vizcaya el príncipe don Juan. Por el mismo tiempo habia recobrado á Galicia la gente del rey, huido el Castro, y algunos fugitivos se encerraron en Tuy; pero faltos de defensas hubieron

1372 de rendirse á primeros del año 1372. En Santander armó el rey una poderosa escuadra para enviarla contra la Rochela que se sostenia por ingleses, y unida á las galeras francesas habia de esperar á la inglesa; pero no viniendo esta, hubo la Rochela de rendirse. Con tanto nuestras galeras regresaron á España. Hallándose el rey en Santander concertó con Beltran Claquin le rindiese las villas que le habia dado, y en parte de pago entró el conde de Pembroc prisionero en Curiel.

Siguióse luego nueva guerra con Portugal por perfidia de su rey don Fernando. Estaba estrechamente confederado con el conde de Alencastre, casado con doña Constanza, hija de nuestro don Pedro el *Cruel*, y se llamaba rey de Castilla por el derecho de doña Constanza. Con este apoyo hostilizaba nuestra frontera, y nos apresó varias naves de comercio. Envió el rey á Portugal á don Diego Lopez Pacheco (uno de los tres que mataron á doña Inés de Castro) que supiese del portugués si tenia paz ó guerra con Castilla. Nuestros historiadores omiten la repuesta positiva diplomática de don Fernando; pero Pacheco dijo de palabra al rey que el portugués era su enemigo. Con este seguro juntó el rey un grueso de gente de guerra en Zamora, y marchando contra Portugal ocupó á Almeida, Penel, Linares y Cellorigo. Agregósele nueva gente para meterse mas adentro, sabido que los grandes de Portugal estaban desabridos con su rey por el casamiento con la Tellez; por el mismo le dejó su hermano don Dionís y se vino á Castilla.

Tomó don Enrique á Viseo, y se fué internando hasta Santaren, provocando al portugués á que saliese á batalla; pero rehusándola, partió nuestro don Enrique para Lisboa, y ocupó los arrabales por Marzo de 1373. Entonces llegaron 1375 auxilios por mar y tierra, defendieron bien á Lisboa, y el ejército castellano se salió al campo esperando batalla, puesto fuego á los arrabales y naves de las atarazanas. Hallabase con el portugués el cardenal de Boloña concertando paz con ambas coronas, y lo consiguió con estas condiciones: *El rey de Portugal ayudará con cinco gale-*

ras al de Castilla, cuando este haya de enviar escuadra en auxilio de Francia. Dentro de cierto tiempo extrañará de sus dominios al revoltoso don Fernando de Castro y compañeros que son hasta quinientos caballos. Dará rehenes. Tratóse que don Sancho, último hermano del rey don Enrique, casase con doña Beatriz, hija del rey don Pedro de Portugal y de doña Inés de Castro. Que don Fadrique, hijo de don Enrique y de doña Beatriz Ponce de Leon, casase con doña Beatriz, hija del portugués y de su mujer la reina doña Leonor, que acababa de nacer en Coimbra. Y finalmente, que otro hijo del castellano y de doña Elvira Iñiguez casase con doña Isabel, hija natural del portugués, dándoles á Viseo, Cellorigo y Linares. Vieronse ambos reyes en sendas barcas en el Tajo, y el portugués envió luego por su hermana y la casó con don Sancho. Duró poco este matrimonio, porque don Sancho murió presto.

Compuesto con Portugal, volvió el rey don Enrique á Castilla, con ánimo de recobrar á Victoria, Logroño y demás pueblos que tenia el legado en rehenes de la paz. Por medio de éste se trató boda del príncipe don Carlos de Navarra con doña Leonor, primogénita del castellano. El navarro devolvió aquellas villas á don Enrique, y envió al príncipe su hijo á Castilla á que se desposase con la infanta, efectuándose el desposorio en Burgos por Setiembre; bien que no se consumó el matrimonio hasta Mayo de 1375 por falta de edad en los novios.

La paz de Portugal y Castilla tenia al rey de Aragon no poco cuidadoso, pues estando don Enrique ligado con Navarra y Francia, no podia

menos Aragon de participar del enojo de esta con Inglaterra de quien era amigo. Envió pues don Pedro á Inglaterra á Francisco Perellós renovando la amistad con el duque de Alencastre, que, como ya dijimos, se apellidaba *rey de Castilla y Leon*. Hallábase tambien el aragonés á punto de perder la Cerdeña, levantada por el juez de Arborea contra los aragoneses. Por otra parte urgia de cerca el rey de Nápoles don Jayme, que ya con ejército formado caminaba á Rosellon, fomentado por Castilla, Francia y duque de Anjou. Efectivamente entró don Jayme en Rosellon por Agosto de 1374, 1574 y sin detenerse mas que para devastar lo que topaba, se dirigió á *Coll de Panizars* que es un paso del Pirineo; pero no le pasó, por hallarle cogido de gente aragonesa. Aun era el aragonés acometido por otro lado y con mayores fuerzas. El bastardo de Bearne (á quien el rey de Castilla habia hecho conde de Medinaceli, y era casado con doña Isabel de la Cerda, hija de don Luis de España) y Jofré Rechon, con gruesas compañías de gente armada, estragaban la frontera de Aragon por Medinaceli y Molina, publicando lo hacian por el infante de Mallorca, ó sea rey de Nápoles.

Hallándose así las cosas, se trató acomodamiento de Aragon y Castilla por medio de don Juan Ramirez de Arellano, obispo de Salamanca, que se halló de paso para la corte del papa. Las arras era el casamiento de doña Leonor de Aragon, hija de su rey, con don Juan, príncipe de Castilla; pero durante los tratos seguian las hostilidades Rechon y el *Bastardo*, apoderándose de algunos castillos y poniendo guarniciones suyas. Entró por

fin en Cataluña, por Urgel, don Jayme de Mallorca á primeros de Diciembre, y el aragonés hubo de enviar allá la gente que pudo. Corrió tambien allá el príncipe don Juan su hijo con las compañías que tenia en Zaragoza, y todo el reino se puso en armas. Como los aragoneses estaban mas prácticos en el terreno, pidieron arredrar á los enemigos, y meterlos en Castilla por Almazan y Soria, entrado ya el año 1375. Todo se acabó luego, pues don Jayme murió en su real en Enero. Su hermana doña Isabel, marquesa de Montferrato, que entró en la herencia, hizo cesion del Rosellon, Cerdania, Vallespir y Colibre al duque de Anjou, aunque no faltaron reyertas.



CAPITULO II.

Guerra de Castilla con el de Alencastre. Socorro del castellano al francés contra ingleses. Paz de Aragon y Castilla. Restituyese á Roma la sede Pontificia. Cisma de Occidente. Muere el rey de Castilla.

Ya desde el año precedente se prevenia el duque de Alencastre contra Castilla, y don Enrique mandó venir tropas á Burgos para cuando las necesitase. El primero que llegó con gente fué su hermano don Sancho, conde de Alburquerque, y en un alboroto sobre alojamientos que movió la soldadesca, salió don Sancho á apaciguarle, y un soldado que no le conocia le atravesó de una lanzada dia 19 de Marzo de 1374. La condesa doña Beatriz quedó en cinta de una niña á quien llamaron Leonor, que casó con el *infante de Antequera* don Fernando, despues rey de Aragon. Puso don Enrique su campo en el encinar de Bañares, constando de cinco mil lanzas, mil doscientos ginetes, y cinco mil infantes; pero supo que el Alencastre retrocedia mal parado de las marchas y trabajos padecidos en ellas. Con tanto, dejando en Burgos al príncipe su hijo, se fué el rey á Sevilla porque corria voz de que Granada presumia molestar la frontera; sin embargo envió un crecido número de galeras al rey de Francia contra Inglaterra.

La paz de Aragon y Castilla se fué consolidando, muerta poco antes la reina de Aragon doña Leonor de Sicilia que la rehusaba por no casar á

su hija con el príncipe de Castilla. La muerte de don Jayme de Mallorca allanó tambien algunos tropiezos con la dispersion de su gente. Todo lo facilitó el tierno amor que don Juan de Castilla tenia á su esposa doña Leonor de Aragon desde que se trataron y vivian juntos antes de la edad nubil. Habia la reina de Castilla pasado á Almazán y concurrido allá don Ramon Alaman de Cerbellon, arzobispo de Zaragoza. Con la reina estaban los obispos de Palencia y Plasencia, Juan Hurtado de Mendoza y Pedro Fernandez de Velasco, todos encargados para la concordia que habia de durar mucho. Fueron sus condiciones: *La infanta doña Leonor de Aragon case con el principe don Juan de Castilla. El dote de la novia sea doscientos mil florines de Aragon, que el rey de Castilla tiene ya recibidos desde su primera entrada. Restituyasele la villa y castillo de Molina; pero Castilla le dará ciento y ochenta mil florines á ciertos plazos por los gastos hechos á favor de don Enrique en las guerras de sucesion. Se den los rehenes necesarios. Esta concordia se firmó dia 12 de Abril de este año. Quedó resuelto que el aragonés enviase su hija á Soria donde sería el casamiento, y debia tambien efectuarse el de la infanta de Castilla con don Carlos de Navarra. Efectuóse tambien este, dia 27 de Mayo. Concluido todo, marchó el rey á Burgos, de allí á Segovia y de Segovia á Leon, donde permaneció parte del estío, y volvió á Sevilla á fin de Agosto de 1376.*

1376

A persuasiones de santa Catalina de Sena y otras personas pias habia resuelto el papa Gregorio XI restituir á Roma la sede Apostólica, fugi-

tiva en Aviñon setenta años hacia , por las guerras civiles , bandos y sediciones que habia en Roma , habiendo cesado en parte , y se esperaba calmarian del todo regresando el papa. Sintiólo nuestro don Enrique , y mostró su sentimiento escribiendo al papa , el cual le respondió con la mayor urbanidad y cariño , asegurándole que esta mayor distancia no rebajaria en nada su afecto. Entró Gregorio en Roma dia 17 de Enero de 1377 , y restableció 1377 la sede en ella como persevera en el dia.

Castilla renovó por entonces la guerra contra Navarra , cuyo rey andaba en tratos ocultos para apoderarse de Logroño , y aun entró con tropas en Castilla causando graves daños ; pero el príncipe don Juan las escarmentó , cogió represalias y ocupó á Viana con otras fortalezas , dejando en ellas guarnicion competente venido el invierno.

Murió el papa Gregorio dia 27 de Marzo de 1378 , y los cardenales á petición del pueblo romano , que deseaba tener papa italiano á fin de que no saliese de Roma la cátedra del Espíritu Santo , eligieron á Bartolomé Priñano , arzobispo de Bari , que se nombró Urbano VI. La vida libre y estragada de los cardenales en Aviñon fué la causa de que Urbano procediera severo y riguroso con ellos. Entró en el pontificado reformando abusos en todos , refrenando libertades escandalosas , y reprendiéndolos con aspereza lo pasado , asegurándoles no esperasen volver á la vida estragada de Aviñon como deseaban , pues estaba bien resuelto á permanecer en Roma donde murió san Pedro. Esta severidad y firmeza de Urbano con algunas circunstancias ocurridas , agriaron en ex-

tremo á los cardenales franceses, hechos al libertinaje; pero sin embargo le proclamaron papa, le entronizaron, le adoraron, le coronaron segun estilo, y le pidieron diversas gracias que obtuvieron para sí y para los suyos. Pero como el papa no aflojaba en nada su severidad nativa con los cardenales franceses, que lo eran casi todos, empezaron á maquinár ocultamente otra eleccion de papa, socolor de que la de Urbano habia sido forzada por temor del pueblo romano. Así, bajo de varios pretextos se fueron ausentando de Roma y se juntaron en Fondi, donde dia 19 de Setiembre eligieron antipapa á Roberto, francés de nacion, cardinal de Ginebra. De aquí tomó principio el mas porfiado cisma que ha tenido la Iglesia y que duró cincuenta años.

Hallándose en Córdoba el rey de Castilla, le vinieron dos legados del papa Urbano, participándole su asuncion al trono pontificio, y animándole contra moros. Enviabale varias piezas de escarlata, y le aseguraba daria todas las piezas eclesiásticas de Castilla á naturales de ella. Vino tambien la novedad del antipapa Roberto, y don Enrique dilató la respuesta á Urbano hasta tener noticias positivas de todo; pero para que los legados no entrasen en sospecha, dijo que el príncipe estaba en la guerra de Navarra y con él los primeros letrados de su reino. Que pronto vendria á Toledo, donde se verian todos, y tratado maduramente tan grave negocio, responderia al Santo Padre. Hallándose ya todos en Toledo, vinieron embajadores del rey de Francia comunicando á don Enrique lo sucedido en Roma en la eleccion de Urbano y cis-

ma de Roberto, que como francés era adicto á la Francia; pero don Enrique ya tenia noticia circunstanciada de todo, y muy diversa de lo que decian los embajadores franceses, que lo pintaban á su gusto por dorar el atentado. Resolvió el rey dar una misma respuesta al papa Urbano y á los embajadores franceses, y fué, *que mientras la Iglesia universal no declarase en Concilio quién era el verdadero papa, suspenderia la obediencia, y secuestraria las rentas eclesiásticas para el que lo fuese.* Lo mismo hizo por entonces el rey de Aragon por ser francés el antipapa; pero mudó de dictámen Aragon cuando fué aragonés el antipapa, que á esto despeñan á los hombres las pasiones humanas.

Con tanto, pasó el rey á Burgos á principios del año de 1379 para continuar la guerra de Na- 1379 varra; bien que con objeto de obligar al navarro á tratar paces. Obligóle en efecto, no pudiendo salir bien de aquella guerra, y con pactos bastante graves para Navarra, pues en fianza dió veinte villas con sus castillos, Tudela, Arcos, san Vicente, Bernedo, Viana, Estella, Lerin, Lárraga, &c. Viéronse ambos reyes en la Calzada, y pasados siete dias se despidieron amigos. Pocos despues se sintió enfermo don Enrique, y tan postrado de fuerzas, que no dudó llegaba su hora. Permaneció así nueve dias en cama, pasados los cuales, incorporado en ella, pidió los santos Sacramentos, y despues de recibidos, dijo á los prelados y señores presentes, *encargasen al príncipe don Juan, que en razon de la Iglesia y cisma tomase el mejor consejo y mirase bien lo que debia hacer, por ser aquel un caso dudoso y arriesgado. Que fuese siempre amigo de la*

Francia, de la cual recibiera muchos favores. Y que diera libertad á todos los prisioneros ingleses y portugueses que tuviese en su reino. Falleció dia 30 de Mayo hácia la media noche. Habia hecho testamento en Burgos á 29 de Mayo de 1374, como lo trae el cronista Ayala. Fué don Enrique un rey generoso y agradecido, como pedian las críticas circunstancias y coyunturas en que se vió para lograr la corona. De su mujer doña Juana Manuel tuvo en hijos al príncipe don Juan que fué el primero de Castilla, á doña Juana, y á doña Leonor. De varias amigas tuvo doce ó catorce entre hembras y varones.





CAPITULO III.

Reinado de don Juan el I. Muere su madre. Socorre Castilla á Francia contra ingleses. Nace don Enrique III. Encónase el cisma. Entra la Sicilia en Aragon. Derecho de la casa de Anjou. Nace el infante de Antequera, despues rey de Aragon. Renuévase la guerra contra Portugal é ingleses. Muere la actual reina de Castilla, y casa el rey con doña Beatriz, heredera de Portugal. Abrógase la era de César. Muere el rey de Portugal, y se renueva la guerra. Levántase Portugal por el maestre de Avis contra el derecho de doña Beatriz. Sitio de Lisboa.

Lunes de Pentecostés, en que murió don Enrique, fué proclamado rey de Castilla y Leon en Santo Domingo de la Calzada su hijo don Juan, que ya pasaba de veinte y un años de edad, hallándose su mujer doña Leonor en cinta del primogénito don Enrique III. Fueron coronados en Burgos á 25 de Julio con solemnidad extraordinaria, armando allí á cien caballeros vasallos suyos. Hallóse á todo la reina doña Juana, madre del rey, enjugándose las lágrimas por la muerte de su marido; pero no la duró mas que lo que suelen las alegrías mundanas. Murió de dolencia dia 27 de Marzo, aunque hay variedad en esto. Tuvo el rey Cortes en Burgos, en las cuales confirmó las mercedes de su padre é hizo otras muchas.

Continuaba en Guiena la guerra entre franceses é ingleses, y don Juan envió en auxilio de la Francia ocho galeras, que hicieron gravísimos daños en las costas de Bretaña, cuyo duque Juan iba de convenio con Inglaterra.

Hallándose nuestra corte en Burgos, dia 4 de

:

1380 Octubre parió la reina á su primogénito don Enrique y reinó en Castilla muerto su padre, con el nombre de III, que algunos llamaron *Enrique el enfermo*. Las alegrías fueron como pedia tener varon sucesor á la corona. Permanecieron allí los reyes casi todo el invierno; y á principio de 1380 envió don Juan á Francia veinte galeras por su almirante Fernando Sanchez de Tovar. Este hábil marino, con una audacia sin ejemplar en aquel tiempo, se subió Támesis arriba hasta vista de Londres, haciendo gravísimos daños en las riberas, y apresando toda clase de leños ingleses. Convenia á Castilla tener obligada á la Francia por lo que sucediese de parte del Alencastre.

Por ahora ya el antipapa Roberto estaba establecido en Aviñon con el nombre de Clemente VII, procurándose la benevolencia de los príncipes que aun no habia engañado. El francés Carlos IV, niño de doce años, y cautivo por tres ó cuatro tios suyos tutores, no hacia mas que lo que estos ordenaban, y todos eran adictos á Clemente, ganados á fuerza de dinero. Molestabales para que persuadiesen al castellano que él era el legítimo papa, y le tocaban de derecho todas las rentas eclesiásticas de su reino, aun detenidas. Efectivamente, vinieron embajadores para ello, y darle gracias de las veinte galeras; pero el rey don Juan no se atrevió á resolver negocio tan grave, por mas que los émbajadores eran prelados y doctores, y se quedaron en nuestra corte para reiterar sus instancias.

Por entonces el rey de Portugal hizo al de Castilla una propuesta bien extraña, y fué, que la boda concertada entre don Fadrique, duque de Be-

navente, hijo bastardo del rey Enrique con doña Beatriz, hija del portugués, se anulase, y se concertase la de la misma doña Beatriz con el príncipe de Castilla que acababa de nacer. Lo mas notable fué la condicion que añadieron, á saber, que cualquiera de ambos reyes que muriese sin hijos legítimos, sucediese en los reinos del otro. El casamiento con el recién nacido no tuvo efecto; pero doña Beatriz casó dentro de tres años con el mismo don Juan, rey de Castilla, muerta doña Leonor. Tambien el aragonés su padre casó este año con su cuarta mujer doña Sibila de Forciá, viuda de don Artal de Foces. De esta Sibila tuvo el rey dos hijos que murieron niños, y una hija que casó con don Jayme, último conde de Urgel, que en 1412 pretendió ser rey de Aragon.

Los príncipes cristianos andaban desacordes en el cisma, arrimándose unos á Urbano y otros á Clemente, al compás de los informes y particulares intereses. Aragon y Castilla se mantenian unidos, y deliberaron tener vistas en los confines de sus reinos, mandando concurrir á Calatayud los prelados, teólogos y juristas, á fin de resolver con acierto. Determinaron enviar embajadores á los dos papas y á algunos cardenales italianos que se habian hallado en la eleccion de Urbano, y se mantenian indiferentes. Vino por entonces legado del antipapa Clemente, el cardenal de Aragon don Pedro Martinez de Luna, uno de los que en Fondi eligieron á Roberto, y su venida era para ganar gente á su partido. Era don Pedro hombre de sabiduría, cortesano, y de suma destreza en los negocios. Su fin era ganar para el antipapa

Clemente los reyes de Aragon y Castilla aun no decididos; pero nunca pudo recabar con el aragonés se declarase por Clemente, estando enterado de lo sucedido. Conocia que el miedo que los de Roberto aparentaban era fingido; pues aun cuando le hubiera habido, ¿á qué propósito, cesado el miedo, confirmar la eleccion de Urbano, entronizarle, coronarle, adorarle, conseguir gracias y dones? Mas adelantó el legado en Castilla, pues tenida una consulta en Salamanca, dia 19 de Mayo de 1381, á presencia del mismo, fué declarado verdadero papa el antipapa Clemente y se le prestó la obediencia de Castilla. Véase la Crónica de don Juan el I, año de 1381, cap. II. El rey de Aragon tuvo Córtes generales en Zaragoza; pero en el negocio del cisma no se alteró nada. Lo principal de ellas fué el coronarse la reina doña Sibila, con tantos aparatos como si fueran las primeras nupcias, siendo ambos viudos y no muy mozos.

Hallándose en Salamanca el rey de Castilla, tuvo noticia de que el conde de Cantrabrigia, hijo del rey de Inglaterra, se prevenia para venir en auxilio de Portugal contra Castilla, trayendo mil hombres de armas y mil flecheros. Su voz y demanda era la de su hermano el de Alencastre como marido de doña Constanza, hija de don Pedro el *Cruel* y la Padilla. Tambien, que el portugués aprestaba aparatos de guerra, y aunque no manifestaba contra quien, no podia ser sino contra Castilla. Con esta noticia, mandó el castellano salir al mar su escuadra de diez y siete galeras al mando de Tovar, en busca de la portuguesa que constaba de veinte y tres; el rey con ejército competente entró en Por-

tugal y se puso sobre Almeida. Tovar encontró presto y derrotó la escuadra portuguesa, apresando veinte galeras, y cogiendo prisionero á su almirante Alonso Tellez, hermano de la reina, con toda la tropa y marinería. Sin embargo de tanta pérdida, vino el inglés á Lisboa con la tropa que dijimos, mientras el castellano estaba sobre Almeida. Los vivos calores del estío le causaron una peligrosa dolencia que le puso á los extremos; pero mejoró y tomó la plaza. Convidó á batalla al de Cantabrigia, pero no la admitió por falta de caballería; y entonces dejando fortísimas guarniciones en la frontera, se fué el rey á Avila, Tordesillas, Simancas y Zamora levantando mas gente para Portugal, donde creia segura la batalla con ingleses y portugueses.

Llegado á Badajoz, ya le seguian cinco mil hombres de armas, mil y quinientos ginetes, y mucha infantería, ballesteros y lanceros: el portugués y los ingleses estaban en Yelves á tres leguas de los nuestros. Esperabase batalla de un dia para otro; pero mediaron los obispos, empeñados en que no se vertiese sangre cristiana, y lograron armisticio. Convinieronse en que los esponsales tratados con doña Beatriz, heredera de Portugal, con el príncipe de Castilla don Enrique, se anulasen, y se contrajesen con el infante de Castilla don Fernando, que aun no tenia un año. Fué tambien condicion que Castilla restituyese las veinte galeras tomadas, y diese libertad al almirante don Alonso Tellez. No menos habia de aprontar embarcaciones con que volverse los ingleses á su tierra pagando flote. Cumpliolo todo don Juan por el deseo que

de paz tenia ; pero aunque el matrimonio quedó sentado, todavía doña Beatriz mudó de esposo. Murió dia 13 de Setiembre en Cuellar de sobreparto la reina de Castilla, y detrás de la madre la niña que habia parido, y con esta ocasion le ofreció el portugués por mujer á su heredera doña Beatriz. Mas proporcionado y útil era este enlace, y desde luego fué admitido por el castellano, respondiendo enviaria sus embajadores. Efectivamente dió poderes al arzobispo de Santiago en el mes de Marzo con los capítulos matrimoniales, *que muriendo el rey de Portugal sin hijo varon, heredase el reino doña Beatriz su hija mayor, y su marido el rey de Castilla se intitulase rey de Portugal. Pero si quedase viuda la reina doña Leonor Tellez fuese gobernadora del reino hasta que doña Beatriz tuviese hijo ó hija de catorce años ; y en este caso pasase á ellos el reino, y dejasen á los padres el nombre de reyes de Portugal.* Firmóse el tratado en Salvatierra de Magos á 2 de Abril de 1383, y el matrimonio fué celebrado en Badajoz á 17 de Mayo, hallándose allí Leon V, rey de Armenia, venido á dar las gracias al de Castilla por haberle obtenido la libertad del soldan de Babilonia que le tenia preso.

Habia vuelto al servicio del rey su medio hermano don Alonso ; y cansado ya de ser leal, reincidió en sus rebeldías levantándose con el castillo de Gijon. Fué allá el rey con un grueso de tropa, sitió el castillo, y don Alonso tuvo que rendirse á merced de su hermano. Perdonóle éste apercibiéndole para lo venidero ; pero aunque juró ser leal como debia, no cumplió nada, y fué lo que

habia sido. A continuacion tuvo el rey Córtes en Segovia, y en ellas, despues de reformarse varios abusos, se adoptó la abolicion de la era de César en las datas, como se habia hecho en Aragon el año 1350. Comenzaron, pues, en Castilla á datarse por los años de Cristo en este de 1383 desde el dia de Navidad, y este era ya el primero del año 1384 sin esperar el 1.º de Enero. Así continuó todo el siglo XV; pero luego comenzó el año en 1.º de Enero.

Despedidas las Córtes, partió el rey á Sevilla, y en Torrijos tuvo noticia de que su suegro el rey de Portugal habia muerto á 22 de Octubre. Así se lo comunicó por carta el maestre de Avís, hermano espúrio del rey difunto, y le amonestaba pasase á tomar posesion del reino que por su mujer le pertenecia. Ya por entonces se le habia rebelado su hermano don Alonso, y el rey le puso preso en el castillo de Montalban, sabido tenia inteligencia con los portugueses contra su hermano sobre la sucesion de aquel reino. Para entrar en él tuvo don Juan varios consejos y consultas acerca del modo, y los votos andaban desacordes. Querian unos entrase con autoridad de rey, acompañado de la reina y corte, y escoltado de un ejército poderoso que contuviese en su deber á los que se opusiesen. Seguramente conocian estos la gente portuguesa. Decian otros pasasen los reyes á Salamanca, y de allí despachasen embajadores á la reina viuda gobernadora y á su corte, recordándoles lo capitulado en el matrimonio con doña Beatriz. Era mejor, decian, el camino de la moderacion que el de la fuerza. Prevaleció el dictámen primero y entraron *manu armata* en Portugal. El obispo de la

Guardia entregó la ciudad en el momento; pero el alcaide del castillo no quiso entregarle.

A vista de esto conoció el rey no estaba Portugal de un ánimo mismo; y tomó el partido de escribir á su suegra, y á varias ciudades y caballeros, repitiendo lo dicho y que ya sabian. Conformáronse muchos, en especial don Enrique Manuel, tío del rey difunto, el cual cogiendo el pendon de las Quinas, acompañado de algunas gentes de la casa real, anduvo por Lisboa diciendo: *Real, real. Portugal, Portugal por la reina doña Beatriz.* No contentaron á todos estos actos, sino que al contrario se declararon algunos por el infante don Juan, hijo de don Pedro y de doña Inés de Castro, mayor que el maestre de Avís. Estaba don Juan preso en Toledo desde la muerte de don Fernando, fugitivo en Castilla con su hermano Dionís por motivos que él se sabia. Estos rumores iban á la sorda, aunque tambien fuera de la corte; pero hubo una novedad que puso en movimiento á toda Lisboa. El maestre de Avís, hijo tambien de don Pedro y de Teresa Lorente, muy bien quisto de los portugueses, aborrecia mortalmente á don Juan Fernandez de Andero, conde de Oren, privado que habia sido de don Fernando. Hallóle un dia en palacio, y auxiliado de sus gentes, le mató allí mismo. Amotinóse la ciudad creyendo que el muerto era el maestre, y gritaban desafortadamente preguntando por lo sucedido. Asomóse el maestre á una ventana, diciéndoles no tenia novedad en su persona. Sosegaronse con esto; pero comenzaron á clamar *muera Castilla*, y por ser castellano el arzobispo de Lisboa, le dieron muerte en la torre de las

Campanas adonde habia huido, y arrojaron el cuerpo á la calle.

Con esta estratagema supo el maestre que el pueblo era suyo, y sin dificultad ocupó las fortalezas de Lisboa. La reina gobernadora, amedrentada de lo sucedido, dijo al maestre la permitiese retirarse de la ciudad, y se pasó á la villa de Alenquer, y de allí á Santaren. Quedó, pues, el maestre dueño de Lisboa y pueblo, clamando todos no querian á doña Beatriz ni á su marido por reyes. Escribiósele todo la reina gobernadora á los de Castilla, hallados aun en la Guardia, avisándoles del gran partido del maestre; pero decia que tambien ella le tenia, y necesitaba socorro. Era esto en el mes de Enero, y determinó don Juan ir en socorro de su suegra y amigos; pero supo en el camino lo poco que debia esperar de los portugueses, pues teniendo á Coimbra un hermano de la reina gobernadora, ni la entregaron á los reyes, ni les acogieron, ni les hablaron palabra. Lo mismo ejecutó el maestre de Cristo que tenia á Tovar, y era sobrino de la misma reina; y hasta llegar á Santaren no hallaron seña de buen agüero. Su suegra les entregó las fortalezas y renunció el gobierno. Lo mismo hicieron algunos caballeros con las fortalezas que tenian, y les dieron la obediencia; pero Lisboa pedia por rey á don Juan, hijo de la Castro, que estaba preso en Toledo. Mientras venia debia gobernar el maestre de Avís; y para mas alarmar al populacho, llevaban una bandera en que estaba pintado don Juan cargado de cadenas.

Creyeron los reyes era necesario usar de la fuerza, y pusieron sitio á Lisboa; pero se encen-

dió contagio y murió mucha gente hasta mas de dos mil hombres de armas, y los primeros gefes del ejército castellano. Hubieron los reyes de retirarse á Castilla, por morirseles diariamente doscientos hombres. Pasó el rey á Sevilla, donde se **1385** detuvo hasta principio de 1385 previniendo escuadra para la próxima campaña de Portugal, cuyas noticias empeoraban de cada dia. El maestre de Avís, auxiliado de la nobleza y pueblo, fué aclamado rey diciendo, que no habiendo heredero legítimo, varon, podia el pueblo nombrar rey al ilegítimo como habia hecho Castilla con don Enrique II. Por fin prevaleció este partido, fué rey el maestre, y se llamó don Juan I. Declaróse por el verdadero papa Urbano, y fué despues ocupando por armas todas las fortalezas de su reino.



CAPITULO IV.

Batalla de Aljubarrota. Movimientos en Aragon. Continúa la guerra con Portugal y duque de Alencastre, que se llamaba rey de Castilla y Leon. Convienense por medio de matrimonio.

Durante el invierno aprontó el castellano en Sevilla su escuadra para marchar hácia Lisboa, y tenia en Badajoz el ejército de tierra. Movi6 para Ciudad-Rodrigo, y entr6 en Portugal por Cello-rico, tomando esta plaza, Coimbra y Leyria, causando los mayores estragos en el camino. Propusose el nuevo rey atajar estos progresos del castellano; pero sus fuerzas eran tan inferiores á las de Castilla, que no pasaban de diez mil hombres, siendo estas de treinta mil. Hubo de irse teniendo en posiciones ventajosas, y ver si podia con largas cansar al castellano. Por fin, avistaronselos dos campos en Aljubarrota, y viendo el rey de Castilla el puesto ventajoso que el portugués habia tomado, tuvo consejo sobre si convendria acometerle allí mismo. Los oficiales mas expertos lo negaron; porque nuestra gente, demás de venir hambrienta y fatigada, no podia acometer en buen órden por mediar un valle á cada lado, y solo podia pelear el centro. Los menos experimentados y mas fogosos dijeron, *que teniendo un ejército triplicado al del enemigo perderia la reputacion si mostraba recelo; por tanto debian acometer al pro- viso, con seguridad de la victoria.*

Así se hizo. Acometió el ejército castellano valerosamente; pero con igual valor fué rechazado. Rompieron los portugueses al ejército castellano con un ímpetu nunca visto, y se abrieron camino con la espada hasta coger el estandarte de Castilla. A vista de esto, huyeron desordenados los castellanos, cediendo al enemigo el campo y la victoria, con afrenta de los satisfechos bisoños. Esta batalla, mas cacareada que grande y honrosa, fué dia 14 de Agosto, y los portugueses aun hoy hacen fiesta anual solemnizándola con panegíricos indecentes. Murieron mas de diez mil castellanos y muchos gefes. El rey de Castilla tuvo que huir con la tropa que le quedaba aunque derramada por los campos; pero perdido su caballo, le dió el suyo Pedro Gonzalez de Mendoza, su mayordomo; con el cual pudo llegar á Santaren la misma noche aunque hay once leguas é iba enfermo. La nobleza de Mendoza en dar al rey su caballo mientras él moria peleando, fué celebrada por Hurtado de Velarde con estos versos:

El caballo vos han muerto:

Sobid, rey, en mi caballo;

Y si no podeis sobir,

Llegad, sobiros he en brazos:

Poned un pie en el estribo,

Y el otro sobre mis manos,

Mirad que carga el gentío:

Aunque yo muera, libradvos.

Un poco es blando de boca,

Bien como á tal sofrenadlo:

Afirmadvos en la silla:



El Mendoza mas célebre.

En la desgraciada batalla de Aljubarrota mataron el caballo al Rey D. Juan I, cuyo azar le hubiera costado la libertad ó la vida; pero su Mayordomo D. Pedro Gonzalez de Mendoza, cediendole el suyo para que asegurase la fuga, se arrojó á pie á las tropas enemigas, y logró muriendo la gloria de los héroes. Este sabía que si en la muerte de otro se pierde solo un hombre, con la de un Rey puede perderse un reyno.

Dadle rienda, picad largo.

No os adeudo con tal fecho

A que me quedeis mirando,

Que tal escatima debe

A su rey el buen vasallo.

Y si es deuda que os la debo,

Non dirán que non la pago;

Nin las dueñas de mi tierra

Que á sus maridos fidalgos

Los dejé en el campo muertos,

Y vivo del campo salgo.

A Diagóte os encomiendo:

Mirad por él, que es mochacho:

Sed padre y amparo suyo:

Y á Dios que vá en vuestro amparo.

Dijo el valiente alavés,

Señor de Fita y Buitrago,

Al rey don Juan el primero,

Y entróse á morir lidiando.

De Santaren navegó el rey por el Tajo hasta Lisboa donde estaba su escuadra, y con ella á Sevilla. Fué dicha que el maestre de Alcántara Gonzalo Nuñez de Guzman se mantuviese firme donde el rey le habia dejado para que con sus caballeros tomase las espaldas al enemigo, pues á él se acogieron los fugitivos. Otros se unieron con los navarros que con su príncipe don Cárlos acababan de llegar en auxilio de Castilla. La pena del rey por esta derrota fué tal, que mandó llevar luto en la corte por mas de un año, y prohibió todos los divertimientos.

El portugués como si con su valor y fuerzas

hubiese ganado la victoria, y no por inadvertencia de Castilla, dió parte de todo al de Alencastre, amonestándole que viniese á ser rey de Castilla que por su mujer le tocaba. Pudieramos preguntarle á quién tocaba el de Portugal que estaba usurpando á su legítima reina doña Beatriz, ó si se quiere, á los hijos de la Castro. Engreido con la casual victoria de Aljubarrota, mandó á su condestable Pereira entrarse en Castilla por Badajoz arrasando la tierra y haciendo del valiente con los árboles y sembrados; pero no fué tan feliz como en Aljubarrota. Perdió mucha gente, y el mismo Pereira estuvo á punto de ser preso con todos los que le quedaban. Salvóles la desgracia de haber muerto peleando el maestre de Santiago Pedro Muñiz de Godoy, con cuya falta desmayaron los castellanos, y los portugueses salieron del aprieto.

Aragon andaba bastante revuelto por la discordia del príncipe don Juan con su madrastra y aun con el rey su padre. Parece que doña Sibila proyectaba guiar al trono á alguno de sus hijos, pues entró en el empeño persiguiendo á los hijastros don Juan y don Martin, y aun irritando contra ellos á su marido. Por la vejez y deferencia de éste, lo mandaba todo doña Sibila, y con esta prepotencia quitó al príncipe el gobierno general del reino, que siempre pertenecía al primogénito. No daba mas motivo que haber don Juan casado con doña Violante de Bar, contra la voluntad del rey que pretendia casarle con doña María de Sicilia; y aunque pudiera el príncipe repetir el gobierno con el favor del pueblo y nobleza, mas

quiso poner el negocio en mano del *Justicia de Aragon* Domingo Cerdan. El *Justicia de Aragon* era un tribunal de agravios semejante al de los tribunos de la plebe de Roma, á quien recurrían los aragoneses que se tenían por agraviados de otros y aun de sus reyes. Aun los mismos reyes hubo vez que hubieron de valerse de él contra los poderosos que atropellaban los derechos reales. Expidió Cerdan sus letras, por las cuales, conforme á fuero, no se dió lugar á la privacion del gobierno en el príncipe, segun le pertenecia, y habia servido fielmente. Pero el príncipe se aseguró en Castel-follit hasta la muerte de su padre, gobernando otro el reino en nombre suyo.

Temeroso el rey de Castilla de la borrasca que Portugal con el de Alencastre le fraguaban, envió sus embajadores al rey de Francia y al antipapa Roberto, comunicándoles la desgracia de Aljubarrota, y pidiéndoles auxilio. Los dos le escucharon y favorecieron, en especial el francés que le envió dos mil lanzas pagadas, al mando del duque de Borbon, hermano de la infeliz doña Blanca, reina de Castilla.

Abrió Córtes en Valladolid á 1.º de Octubre, para tratar de la defensa contra el de Alencastre y portugueses; y despues anduvo por las ciudades de su reino levantando tropas y aprestos para la próxima campaña. Era inevitable; pues el portugués habia enviado escuadra de naves que condujese al duque y tropa, que se componia de mil quinientas lanzas y otros tantos archeros. Vínose para Portugal con tal satisfaccion y seguridad de ser rey de Castilla, que trajo consigo á su mujer doña

Constanza y á sus hijas Catalina, Felipa é Isabel, aunque las dos últimas eran de su primera mujer.

1386 En Julio de 1386 llegó el duque al Padron, y pasó á Santiago con toda su tropa y casa. En aquella ciudad fué proclamado rey de Castilla y Leon, y le dieron la obediencia varios pueblos de la redonda con algunos caballeros. Vióse con el portugués en Ponte-Mouro, y concertaron casamiento de este con doña Felipa de Alencastre, dándola en dote á Ledesma, Plasencia, Monleon, Grimaldo, Cáceres, Zafra, Fuente el Maestre, Medina y otros muchos pueblos en Extremadura; pero todo por conquistar, y ni aun llegó á conquistarse.

No se hallaba el de Castilla desapercibido ni descuidado. Además de la mucha gente propia, le vino la pedida á Francia, con la cual esperaba sacar de su reino al duque. Este le despachó mensajeros que le diesen aviso, *venia no menos que á quitarle los reinos que poseía, propios de su mujer doña Constanza; por lo cual le amonestaba les dejase luego desocupados.* Envióle el rey varios letrados que le demostrasen el derecho con que los obtenia, y el ninguno que asistia á doña Constanza; pero no le convencieron argumentos ni leyes, y se remitió al tribunal de las armas. Con todo eso, dió lugar á que se procurase medio de componerse sin sangre, siendo el que doña Catalina, hija del duque y de la misma doña Constanza, casase con don Enrique, príncipe de Castilla. Los padres al punto convinieron por ver reina á su hija; pero hubose de alargar estando de rompimiento Portugal y Castilla, y no se dejaron las armas.

1387 Venida la primavera de 1387 entraron ambos

aliados en Castilla, aunque su tropa estaba contagiada de peste. Llegados á Benavente, que guardaba con tropas Alvar Perez Osorio, tuvieron algunas escaramuzas y sin provecho; la demás gente castellana estaba guardando las fortalezas comarcanas. Aumentaba la mortandad en el ejército combinado al compás de los calores; carecian de comestibles por haberlos retirado el rey de Castilla tierra adentro, y estaban ya cerca de su real las dos mil lanzas francesas. Esta y las otras causas bastaron para que retrocediesen á Portugal; y llegada la tropa francesa, dijo el rey al duque de Borbon podia volver á su tierra, no siendo ya necesaria.

Despedidos los franceses, se trató con ahinco el entablado casamiento por medio de plenipotenciarios enviados á Troncoso donde estaba el duque. Concluyóse brevemente con que el rey dotase la novia con las villas de Soria, Atienza, Almazán, Deza y Molina; y diese al duque seiscientos mil francos, y durante la vida de doña Constanza las de Guadalajara, Medina del Campo y Olmedo. Con esto el duque y su mujer renunciaban cualesquiera derechos que pudieran tener á Castilla y Leon, dejando luego el título de reyes. Las alegrías del tratado entre el duque y duquesa redundaron en bien de todos; pues el portugués, casado ya con doña Felipa, se convino tambien con el castellano, y los duques marcharon á Bayona, donde fué todo ratificado.

:

CAPITULO V.

Mueren los reyes de Navarra y Aragon. Título en Castilla de *príncipe de Asturias*. Continúa el cisma. Muerte fatal del rey de Castilla, y proclamacion de su hijo Enrique III. Revueltas de Castilla durante la minoridad del rey.

Dia 1.º de Enero murió el rey de Navarra, llamado Carlos el *Malo*, y le sucedió su hijo Carlos III el *Noble*, que era casado con doña Isabel de Castilla. Cuatro dias despues murió el rey de Aragon don Pedro IV, llamado el *Ceremonioso*, habiendo reinado cincuenta años. Sucedióle su primogénito don Juan I. La reina doña Sibila recelosa del nuevo rey, con no poco motivo, huyó de Barcelona antes que su marido espirase, acompañada de su hermano Bernardo de Forciá y otros de su casa. Fueron seguidos, alcanzados y traídos á la ciudad, donde se procedió con ellos rigurosamente, puestos á cuestion de tormento hasta la misma reina, acusada de haber dado bebedizos al príncipe que le habian puesto la salud al extremo, y de haber despojado el palacio. Dos de dichos caballeros murieron degollados: la reina y su hermano fueron perdonados á mediacion del cardenal de Luna. Un judío médico, que sabia algo del bebedizo dado al príncipe, le animó diciéndole no temiese, pues no peligraba su vida; que los medicamentos que él le daría le restaurarian del todo, comenzando su recobro tal dia, en tal aumentaria

la mejora, y en tal quedaria sano. Todo salió puntual y verdadero, y con ello mitigó el rey sus enojos, y declaró gobernador del reino á su hermano don Martin, que le sucedió presto en la corona.

Ajustadas felizmente las cosas de Castilla con el duque de Alencastre, vino doña Catalina á Palencia donde el rey habia convocado Córtes á mediado Setiembre de 1388, y en la cathedral se celebró el desposorio, siendo la novia de catorce años, y el príncipe de nueve. Estos desposados fueron los primeros que en Castilla se apellidaron *Príncipes de Asturias*, á imitacion del heredero de Inglaterra que tenia el de *Príncipe de Gales*. Las alegrías fueron extraordinarias como los convenios exigian; y la duquesa pidió al rey la permitiese venir á Castilla su patria, y ver sus reinos. Regalóla mucho el rey, y la dió la villa de Huete. Su marido el duque envió al rey desde Bayona una corona de oro muy preciosa, con la que presumia coronarse rey de Castilla.

Mal ajustado Portugal con Castilla, hizo entrada en esta por Galicia y Leon, puso sitio á Tuy y Valencia de Alcántara, causando gravísimos daños; mas poco despues á 29 de Noviembre hicieron treguas para seis años. Habiale nacido al portugués su primogénito don Alonso que murió de diez años.

Continuaba tenazmente el cisma de la Iglesia; y habiendo fallecido el papa Urbano, sus cardenales eligieron á Bonifacio IX. Poco despues, en Abril de 1390, tuvo el rey Córtes en Guadalajara, en las cuales propuso renunciar el reino en su hijo don Enrique, reservándose algunas ciudades por

alimentos ; pero los del Consejo privado le dijeron no convenia á sus reinos la renuncia , añadiéndole lo de Demetrio á Tolomeo que meditaba lo mismo : *Si tú á otro lo das , tú no lo tendrás*. Procedia la renuncia de verse el rey con la salud quebrantada , y para ver si la mejoraba , anduvo durante los calores por Brihuega , Roa , Sotos y Segovia. En Val de Lozoya fundó la Cartuja del Paular. Detuvose en Turégano , y en Octubre se vino á Alcalá de Henares. Pensaba pasar á las Andalucías , mudando aires de continuo ; pero andando en el campo á caballo domingo 9 de Octubre , tropezó el caballo y le arrojó por encima de la cabeza con tal violencia , que murió súbitamente. El arzobispo de Toledo , que se halló presente , condujo su cuerpo al palacio arzobispal , y despues á Toledo , asistiendo la reina y sus hijos al entierro en la capilla de los Reyes. Habia testado en 11 de Julio de 1385.

Dieronse los correspondientes avisos á las ciudades de los reinos , y fué proclamado en Madrid el dia siguiente don Enrique , hallándose con él su esposa doña Catalina y su hermano don Fernando , que despues fué rey de Aragon. Once años tenia don Enrique cuando subió al trono de su padre , y desde luego trató la corte de poner en órden el gobierno. Concluyeronse tambien esponsales del infante con doña Leonor de Alburquerque. Era dueña de riquísimos estados en Castilla y Vizcaya , y por eso era llamada la *rica hembra* ; pero el matrimonio de presente no se celebró hasta 1394. Mientras el rey cumplia los catorce años gobernaban los reinos en su nombre varios prelados y se-



Muerte de D. Juan I.

Presenciaba D. Juan I las evoluciones que al estilo africano hacian 50. christianos asalariados por el Rey de Marruecos; y queriendo imitarlos arrimó la espuela á su caballo, que con este estímulo, y enardecido con la fogosidad de los otros, corrió por un barbecho, tropezó, cayó, y derribó al Rey con tal fuerza que perdió la vida. En una diversion sobrecogió la muerte al que había respetado en campaña.

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

1000

ñores , con diez y seis procuradores de ciudades de voto en Córtes.

Por Enero de 1391 murió Mahomad Lagus, 1391 rey de Granada , y su hijo que le sucedió en el reino continuó la paz con Castilla. Era á tiempo que en Sevilla se movió el pueblo contra los judíos, y por haber dado azotes á uno de los mas culpados, estuvieron á peligro de ser asesinados el conde de Niebla y don Alvar Perez de Guzman , alguacil mayor. Fueron robados los judíos, y murieron muchos no solo en Sevilla, sino tambien en Córdoba, Toledo y otras ciudades donde los habia. Algunos se bautizaron fingidamente para salvar la vida.

El antipapa Clemente envió su legado y letras al rey de Castilla y su regencia , procurándola tener de su parte; y lo mismo habia hecho Bonifacio luego que fué electo en Roma. Los reyes de Francia , Navarra, Aragon y el duque de Alencastre enviaron tambien á Castilla sus embajadores, congratulando al rey de su exaltacion al trono. Pero en el Consejo real hervian las envidias y celos. Don Pedro , conde de Trastamara, hijo de don Fadrique á quien mató don Pedro , pedia casi con amenazas la condestablia de Castilla que tenia el marqués de Villena, y le fué quitada. Todos los del Consejo andaban en partidos, y amenazaba una guerra civil; pero la reina viuda de Navarra, tia del rey, que se hallaba en Castilla, y el cardenal de Luna, legado del antipapa, interpusieron sus oficios, y á fuerza de vencer dificultades alcanzaron se conformasen con lo que resolverian las Córtes.

Consistia la discordia en si se habia de observar ó no en la tutela del rey niño lo mandado por su padre, á saber, fuesen tutores y gobernadores del reino don Alonso de Aragon, marqués de Villena, condestable de Castilla, los arzobispos de Toledo y Santiago, el maestre de Calatrava, don Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla, Pedro de Mendoza, mayordomo mayor de la casa real, y seis ciudadanos de Burgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdoba y Murcia. Decia bien el arzobispo de Toledo, *que tantos gobernadores serian causa de ser mal gobernado el reino. Que si el rey difunto habia nombrado tantos, era suponiendo que en el interin moririan algunos y quedarian bastantes. Que aun el mismo rey en los años que habia sobrevivido al testamento, dijo algunas veces que le reformaria. Y en suma, que el testamento no se podia cumplir en aquella cláusula, por los gravisimos inconvenientes que se seguirian, y era mejor estar á una ley de Partida que dispone dar al rey en su minoridad uno, tres ó cinco tutores ó gobernadores escogidos por las Córtes generales.* Arrimaronse los mas á este dictámen; pero como los ambiciosos eran muchos y poderosos, hubo por entonces de ceder el arzobispo. Mas adelante hubo variaciones y aumentaron los peligros. Por fin, á fuerza de disputas y debates se convinieron en que hubiese doce gobernadores: seis gobernasen medio año, y los otros seis el otro medio. Ni así faltaron altercatas sobre los que habian de comenzar, suponiendo como cosa natural, que los que comenzasen se apoderarian de la voluntad del rey. Por último, prevalecieron los que querian se observase el testa-

mento del rey padre, confirmándolo las Córtes ya convocadas en Burgos para el año 1392 en que ¹³⁹² debía presidir el rey. Así se hizo; y comenzaron el gobierno los cuatro que se hallaban en Burgos, que eran el arzobispo de Toledo, el de Santiago, el maestre de Calatrava y Juan Hurtado de Mendoza. El marqués de Villena y el conde de Niebla estaban ausentes.

Despedidas las Córtes, ordenaron que el rey viniese á Segovia, pasando por el castillo de Peñafiel donde se guardaban los hijos de don Pedro; y por haber muerto entonces su alcaide, dieron su alcaidía á Diego Lopez de Zúñiga. Llegó el rey á Segovia dia 17 de Junio, y se detuvo hasta fines del año; subió á Medina del Campo con objeto de reducir á su tio don Fadrique, que pretendia casar con una hija bastarda del rey de Portugal, cosa por entonces contraria á los intereses de Castilla. El granadino rompió la tregua y entró por Lorca en el reino de Murcia con setecientos caballos y tres mil infantes, estragando la tierra. Pero don Alonso Fajardo, adelantado de su frontera, les fué al encuentro con ciento setenta caballos y cuatrocientos infantes. Dióles batalla en el puerto del Nogalete, les derrotó con muerte de muchos y fuga de los otros.

Don Martin de Aragon, rey de Sicilia por cesion de su hermano don Pedro, tenia un hijo llamado Martin, casado con doña María, hija de don Fadrique II, rey de Sicilia. Los sicilianos estaban en dos facciones: una por el rey de Aragon, excluyendo las hembras; y otra por dicha doña María, no habiendo don Martin, el mayor, to-

mado aun posesion del reino. Mas ahora, casada doña María con don Martin, el menor, estaban las cosas de mejor aspecto, mayormente que el antipapa Roberto (por quien se habia declarado el aragonés á solicitudes molestas del cardenal de Luna) habia dado su beneplácito para la posesion como feudo de la Iglesia. Previno, pues, don Martin, padre, una escuadra de cien velas con dos mil hombres de armas y mucha infantería, y se hizo á la mar á principio de Marzo, desembarcando en Trapania dia 26 sin resistencia de nadie. El general de la jornada era don Bernardo de Cabrera, sin embargo de que iban allí don Martin, padre é hijo, con sus mujeres.

Resolvióse sitiar á Palermo ocupada por la casa de Claramonte, que era de la parcialidad opuesta; y aunque se defendió algunos dias, se dió por trato dia 18 de Mayo, quedando prisioneros los Claramontes y Alagones. Las cosas vinieron á parar en que Andrés de Claramonte que era el mas poderoso y el mayor enemigo de Aragon, fué degollado dia 1.º de Junio delante de su palacio, quedando sus estados en el fisco. Entraron los reyes en Palermo, y dia 20 hicieron merced al almirante Cabrera del condado de Módica. Esta merced y otras mas adelante le pusieron tan soberbio y orgulloso, que proyectó levantarse con la Sicilia, y aun se arrojó á querer obligar á doña Blanca de Navarra (viuda de don Martin el joven) á que casase con él. Rindióse presto lo restante de la isla, fuera del castillo de Yachi adonde se retrajo don Artal de Alagon esperando socorro de Milan ó de Génova. Pero tardó poco una

revolucion de toda la isla, y los reyes estuvieron en peligro. Armaronse los varones y ocuparon en breve todas las plazas fuertes, excepto Mesina, Siracusa, Catania, Agosta, Licuta, Termini y Castro Juan. Los reyes estuvieron sitiados en Catania, y pedido socorro al rey de Aragon se le trajeron Berenguer de Cruillas, y despues el Cabrera, sin embargo de que el rey de Aragon era mas amigo de placeres que de guerras.

Venida la primavera de 1393 aun no habian llegado los auxilios ni estaban prontos; por el contrario, decia don Juan queria primero recobrar á Cerdeña que andaba rebelde. ¡Brava sorna para los bloqueados! Entonces don Bernardo de Cabrera empeñó sus estados, y juntó ciento y cincuenta mil florines, con lo que levantó trescientos almogavares, doscientos cincuenta ballesteros y varias compañías catalanas y gasconas. Acompañaronle á Sicilia algunos caballeros adictos á don Martin; y habiendo hallado rebelde á Palermo, desembarcaron en Termini. Allí resolvió Cabrera un hecho casi temerario, pues atravesó la isla con aquella poca gente, y llegó á Castro Juan que está en el centro. No saliendo nadie á la defensa, marchó al socorro de Catania donde estaban los reyes. Entretanto iba madurando el aragonés la jornada de Cerdeña, y nombró general á don Pedro Maza de Lizana, hasta que por fin partió con veinte y cinco galeras á mediado Febrero de 1394. No menos don Roger de Moncada, camarero de la reina doña Violante, armó algunas embarcaciones con gente valenciana, y marchó tambien en auxilio de los reyes. Pusieronse unos y otros sobre Yachi que de-

fendia don Artal de Alagon, y viéndose sin esperanza de socorro, la rindieron Alagon, don Fadrique y otros varones, y se marcharon á Génova, aunque con ánimo de volver con mas fuerzas. Rindióse dia 9 de Agosto, pero no se acabó la guerra.



CAPITULO VI.

Guerra con Portugal. Infeliz jornada del maestre de Calatrava contra moros. Continúa el cisma. Muere el rey de Aragon. Sucédele su hermano don Martin. Coronase rey de Sicilia su hijo don Martin. Quita Castilla la obediencia al nuevo antipapa Pedro de Luna. Nuevos movimientos entre Portugal y Castilla.

El rey de Portugal se resistia á dejar las armas contra Castilla y á prorogar las treguas de dos meses que habia sentadas, mientras no mediasen las condiciones que para ello daba. Eran: *El rey de Castilla ó sus herederos no ayudarán ni darán favor durante la tregua, que ha de ser de quince años, á la reina doña Beatriz, viuda del rey don Juan de Castilla, ni menos á los hijos del rey don Pedro y de la Castro don Juan y don Dionís que están en Castilla. El rey de Portugal no dé auxilio á nadie del mundo contra Castilla durante los quince años. No hubo mas condiciones; pero los enviados de Castilla no se atrevieron á firmarlas á menos que los tutores y aun el mismo rey no se lo mandasen. Era absolutamente necesaria la paz por verse los reinos exháustos, el rey aun en poder de tutores, y estos entre sí muy desavenidos, y hallándose en Burgos por el mes de Abril dieron orden para que se firmase; lo cual ejecutado se publicó en Castilla dia 15 de Mayo del mismo año 1393. El duque de Benavente don Fadrique, tio del rey, despues de haber*

puesto en desconcierto estos reinos, viendo convenidos para tantos años á Portugal y Castilla, amainó velas y se vino al servicio del rey. Si este hubiera sido don Pedro, mal lo hubiera pasado el duque, aunque no dejó de llevar castigo su rebeldía.

Todavía los tutores del rey andaban encontrados en el gobierno, y mas despues que fué detenido preso en Zamora el arzobispo de Toledo, haciéndole entregar los castillos de Talavera, Uceda y Alcalá que eran de la dignidad. Por esta exorbitancia sin motivo, habia el antipapa Clemente puesto entredicho en los obispados de Zamora, Salamanca y Palencia, y excomunion personal en toda la corte, de cuya órden se habia ejecutado. Vino por entonces el obispo de Albi (se llama Domingo en varias escrituras de aquel tiempo) legado de Clemente, y viendo las cosas en tan mal estado, solicitó se restituyesen al arzobispo la libertad, los castillos y los honores. Ejecutado todo, levantó las censuras, y procuró compouer las discordias de los tutores; pero no pudo salir al cabo con cosa alguna. Puso remedio el rey mismo. Fuese de su propio movimiento, fuese por consejo de alguno, hallándose en Burgos dijo á toda su corte, no consentiria gobernasen mas los tutores que le habia dado su padre, y queria desde luego gobernar por sí mismo sin embargo que le faltaban dos meses para cnmplir los catorce años. Al punto lo puso por obra; y en los primeros dias de Agosto pasó al monasterio de las Huelgas, donde puesto en su trono real, hallándose presentes el legado pontificio, el arzobispo de Santiago don Juan Gar-



cía Manrique, don Fadrique, duque de Benavente, don Gonzalo Nuñez de Guzman, maestro de Calatrava, y otros muchos señores, dijo, tomaba el gobierno de sus reinos, y que desde aquel punto en adelante nadie se llamase su tutor ni gobernador. Entonces habló por todos el arzobispo de Santiago, que era su canceller mayor, disculpando á los tutores de las faltas que pudiesen haber hecho, no siendo ninguna de maravillar en tiempos tan turbados, y habiendo todos obrado con buena intencion. Aun hizo presente lo mucho que habian descargado los pueblos y el erario, las paces y tregas concluidas y otras cosas en beneficio de los reinos. Con tanto, llamó el rey á Córtes á Madrid para el próximo mes de Octubre en que cumplia catorce años; en el ínterin fué á tomar posesion del señorío de Vizcaya, segun era fuero y costumbre hacerlo los reyes por sí mismos, y lo ejecutó so el árbol de Garnica, confirmando á los vizcainos sus fueros y exenciones. Vinose luego para Madrid, y mientras las Córtes se juntaban pasó á Toledo, hizo las exequias al rey su padre, y se detuvo algunos dias corriendo monte en el Pardo y real de Manzanares. Juntos en el alcázar de Madrid los procuradores y demás que debian asistir á las Córtes, á primeros de Noviembre hizo saber el rey públicamente no solo habia cumplido los catorce años y tomado el gobierno de los reinos, sino tambien que revocaba cuantas gracias y donaciones habian hecho los tutores. Prometióles guardar á todos sus exenciones y libertades, y les pidió los socorros que pudiesen darle para los ordinarios gastos de la corona.

Ordenadas estas y otras cosas en las Cortes de Madrid, y despedidas á fines del año, se dejó sentir peste en esta villa; y la corte partió para Illescas. Allí supo el rey como el duque don Fadrique defraudaba las rentas reales y las tomaba para sí por medio de sus recaudadores. Aun la reina de Navarra se publicaba quejosa de que no la libraban las cantidades que solia tener en los años de su tutoría, escribiendo cartas muy sentidas á los condes don Alonso de Gijon y don Pedro. En todo puso remedio el rey, mandando al duque se viniese para Madrid donde quedarían acordes. Algo se dilató la venida; pero por fin pasó á Valladolid donde el rey estaba, y quedaron ajustados por entonces no solo el duque de Benavente, sino tambien los condes don Alonso y don Pedro, aunque la reconciliacion duró poco. La reina de Navarra tuvo orden de restituirse á su marido que la pedia, ó bien enviarle las otras dos hijas que tenia consigo. Resistíase la reina á uno y otro por miedo que tenia; pero finalmente hubo de consentir, acompañándola el rey de Castilla hasta entregarla á su marido en la raya de Navarra.

En la primavera del año de 1394 sucedió que el maestro de Alcántara don Martin Yañez de Barbudo, portugués de nacion, envió neciamente á decir al rey de Granada, que la ley de Jesucristo era santa y buena; la de Mahoma era falsa y mala. Si el rey de Granada lo contradecia combatiría con él, ó con los que él quisiese, con la ventaja de mitad menos, de forma, que si los moros eran ciento, los cristianos cincuenta, y en esta proporcion hasta mil de á pie ó de á caballo. Fué este desa-

fio del maestre una necedad caballeresca, y además un deservicio del rey, que tenía treguas con Granada. Desde luego despachó el rey cartas al maestre, mandándole sobreseer en la intempestiva demanda; pero ya había marchado de Alcántara, y andaba camino de Córdoba con solo trescientas lanzas y mil infantes que tenía, si bien se le fueron juntando en el camino hasta cinco mil, siguiendo todos una cruz que iba delante. Alcanzaronle en el camino las cartas del rey, y habiéndolas leído dijo *las obedecia como de su rey y señor; pero siendo aquel empeño punto de fe, y sería gran deshonra volver atrás la cruz, era fuerza seguir lo comenzado.* En Alcalá la Real le hicieron ver sus alcaides don Alfonso y don Diego Fernandez lo aventurado y temerario de la jornada, siendo además derechamente contra la voluntad y orden del rey; pero no pudieron doblarle. Respondió lo mismo que á todos, y añadió *que no volveria atrás sin ver la puerta de Elvira, ó pelear con los moros, pues Dios por su santa pasion haria un milagro y le daria la victoria.* Dicese tambien, que este maestre era muy dado á las adivinaciones por las estrellas, y se fiaba de cuanto en esto le mentia un ermitaño, tan tonto como él, que consigo llevaba, llamado Juan del Sayo. Deciale no dejase la jornada, pues alcanzaria victoria. Fuera de algunos caballeros que conocian el disparate, todos los demás iban muy confiados, sin decir mas que *con la fe de Cristo vamos.*

A 26 de Abril, lunes de Cuasimodo, entró el maestre en tierra de Granada, y quiso combatir una torre de atalaya y registro. Mataronle en un

momento tres hombres, y él sacó una herida. Reconvinó al agorero Sayo que le había prometido no moriría ningún cristiano. Pero Sayo respondió que la promesa no se entendía en aquel combate de solo una torre, sino en la batalla campal que tendrían. Tardóse poco la verificación de la promesa. Pusieronse á comer los cristianos, y aparecieron allí no mas que unos ciento veinte mil moros de á pie y cinco mil de á caballo. Pusieronse luego los nuestros en órden de batalla; pero los moros los acometieron con la satisfaccion que les daba tanta superioridad de fuerzas. Al primer ímpetu separáron á nuestros hombres de armas de la infantería, y aunque unos y otros hicieron su deber matando muchos moros, murieron tambien casi todos ellos. De los trescientos hombres de armas no escapó ninguno, pues los moros les arrojaban saetas, piedras con hondas y tiros de pólvora. El maestre murió con ellos. De los infantes huyeron por varias partes hasta mil y quinientos. Otros mil doscientos quedaron cautivos; los otros murieron. De los moros tambien murieron quinientos infantes.

Antes de esto cuando el rey de Granada supo que el maestre, no habiendo tenido buena respuesta de su desafio, se disponia para la jornada, envió un mensajero al rey don Enrique preguntándole si aquella entrada se hacia de su órden ó no, supuesto que tenían tregua. Respondió el rey que el maestre la había emprendido no solo sin su mandado, sino tambien contra su órden y aun sin su noticia. Pero que luego que se lo habían dicho le había escrito cartas mandándole no pasase adelante, porque Castilla tenia tregua con

Granada, y que no dudaba de que luego que las leyese se volveria, y de ello esperaba respuesta. Todavía estaba con el rey el mensajero granadino, y he aquí que viene la noticia de la derrota del maestre y su gente. Con esto el rey escribió al de Granada la temeridad y desobediencia del maestre, y la muerte que por su gusto se habia buscado; pero que su voluntad era guardar las treguas que tenían.

Rugíase que el duque de Benavente y los dos condes, don Alonso y don Pedro, no servian al rey con la sinceridad que debian, en especial que don Pedro se habia ido á Roa sin licencia del rey, con intento de hablar con la reina de Navarra antes que partiese, y que el duque sabia de estas negociaciones secretas. Así pasó el rey los puertos y se fué á Burgos, donde mandó venir al duque, y lo puso preso en el castillo (1). Desde luego le tomó sus estados, y detrás los del conde don Pedro, y los lugares de la reina de Navarra. Poco despues quitó tambien los suyos al conde don Alonso por no haber querido venir á su obediencia. Encerróse en Gijon el conde; pero allí le sitió el rey, y el conde movió trato con que el rey de Francia mediase entre los dos y fuese juez árbitro de las culpas que hubiese cometido contra el rey, y la pena que merecia. Era esto á fines

(1) *De esta prision del duque de Benavente tomó ocasion el interpolador del sumario de los reyes de España, del despensero, para fingir un cuento tan extraño como inverosimil, de que diremos lo sustancial en el cap. X.*

del año, y los frios de aquella tierra eran dañosos á la tropa no acostumbrada. Así, se convinieron en esto; y mientras andaban las diligencias, habia el rey de poseer los estados del conde por medio año, excepto Gijon. El conde don Pedro no esperó á tanto. Desde Galicia escribió al rey pidiéndole perdon de sus yerros, y se vendria á su obediencia. Así se hizo; y el rey le dió para mantenerse las villas de Ponferrada y Villafranca de Valcarcel que habian sido del duque de Benavente.

A 16 de Setiembre de este año habia fallecido en Aviñon el antipapa Clemente. Los cardenales que se hallaban allí pasaron á elegirle sucesor, firmando y jurando una cédula por la cual se obligaba cada uno de ellos á hacer de su parte cuanto pudiese para la extincion del cisma, aunque fuese renunciar el papado en cualquiera que recayese, si así lo tenian por conveniente los otros cardenales. Veinte y uno eran los que habia presentes, de los cuales hubo tres que no firmaron aquella cédula, fuese por indolencia ó por otras causas. Escribió el rey de Francia una carta suplicatoria á los cardenales aviñoneses suspendiesen la eleccion de papa hasta ver el medio que se podia tomar para la extincion del cisma. Pero las obras de aquel cismático colegio estaban muy distantes de las palabras y demostraciones. Nadie menos que ellos deseaba la union de la Iglesia; deseaban solo triunfar de la otra obediencia. Cuando murió Urbano escribieron al colegio de sus cardenales, rogándoles no eligiesen sucesor y pasasen todos á Clemente. ¿Qué tenian ellos que hacer ahora sino lo mismo? Vinales la carta del rey de Francia cuan-

do habian entrado en conclave dia 26 de Setiembre. Pusieronla en manos del cardenal de Florencia Pedro Corsini, decano del colegio; pero deliberaron no abrirla hasta despues de hecha la eleccion. Habiéndose escrito la carta despues de una consulta de la universidad de París, es verosímil hubiesen aquellos cardenales sabido privadamente lo que el rey suplicaba. Como quiera, el dia 28 salió electo con todos los votos el célebre Pedro de Luna, tan político y sabio, como tenaz y de cervices duras en retener por espacio de casi treinta años aquella dignidad contra toda la Iglesia unida en Constanza. Tomó el nombre de Benedicto XIII (1).

Por Agosto de 1395 se celebraron en Valladolid las bodas de don Fernando, hermano del rey, con la condesa de Alburquerque, la *rica hembra*, siendo el infante de quince años, uno menos que el rey. El conde don Alonso de Gijon habia vuelto á su rebeldía, y fué necesario pasase allá el rey con la tropa necesaria; pero no halló mas que á su mujer la condesa, y esta le entregó el castillo, salvas las vidas suya y de su hijo, con ánimo de salir de sus reinos. Con esto el rey demolió el castillo para que no fuese causa de rebeldías, y se vino á las Andalucías.

(1) *Don Pedro Martínez de Luna era natural del lugar de Illueca, propio de su casa. Habia sido creado cardenal en Aviñon por Gregorio IX el año de 1375. Era deudo de don Martin, rey de Aragon, por su mujer doña Maria de Luna.*

A 19 de Mayo murió el rey de Aragon cazando lobos, en esta forma. Corria á caballo tras de una loba extraordinariamente grande, distante de sus monteros, y cayendo del caballo, murió súbitamente sin que pudiera ser socorrido. Este rey fué de infeliz memoria, ni bueno para paz ni para guerra, pues ni supo hacerla ni evitarla. Descuidado ó enemigo del gobierno, distraido en cacerías, trovas y *ciencia gaya*. De su primera mujer doña Mata de Armeñac tuvo á doña Juana, que casó con Mateo, conde de Fox. De la segunda que fué doña Violante de Bar, tuvo á don Jayme y á don Fernando que murieron en edad baja, y á doña Violante, que casó con Luis de Anjou, rey de Nápoles. Excluidas las hembras en la corona de Aragon, debia pasar al infante don Martin, hermano del rey difunto, el cual aun estaba en su reino de Sicilia, y en su nombre tomó posesion del reino su mujer doña María de Luna. Divulgóse que la reina viuda doña Violante de Bar estaba en cinta; y el susto que causó la novedad impensada solo duró mientras se descubrió que el preñado era de deseo.

Mas temibles eran los anuncios de guerra que el conde de Fox sembraba, pretendiendo ceñirse la corona como marido de doña Juana, hija mayor del rey difunto, no obstante la exclusion de las hembras. Los alegatos de su derecho fueron aprontar gente de guerra, y entrar en Cataluña por Val de Andorra. La reina doña María y su consejo habian enviado á llamar al rey á toda diligencia; mientras tanto tuvo consejo de lo que convenia practicar contra el de Fox, que ya fortificaba



Muerte de D. Juan I de Aragon.

Carzando el Rey D. Juan I de Aragon se alejó de los suyos por el empeño de perseguir á una loba; pero ya fuese que tropezó su caballo, ó ya que cayó de él, quando le alcanzaron sus gentes le hallaron muerto ó exálando el último aliento. Los que por aficion ó lisonja honran la caza comparándola á la guerra, pudieran conocer que la muerte en la caza es la de hombres comunes, y en la guerra es la de los héroes.

varios castillos de Cataluña. La resolución fué marchar con gente de guerra que ocupase las plazas fronterizas antes que pasasen á mas; pero no pudieron estorbar la entrada del enemigo ni la toma de algunos castillos. Aun pasó el de Fox su ejército á Barbastro, llamándose él y su mujer *reyes de Aragon*, llevando ya en los estandartes las armas del reino. Combatió los arrabales de Barbastro; pero fué tanta la tropa que vino contra ellos, que hubieron de coger el camino de Bearne, siendo ya fines de Diciembre de 1396. En esta expulsión la 1396. reina doña María procedió tan activa y diligente, que no solo la consiguió presto, sino que pudo enviar poderosos auxilios á Sicilia, con que don Martin acabó de dominar la isla. Dejando, pues, en ella rey á su hijo don Martin en pacífica posesión, regresó á su reino. Detúvose en Cerdeña aquel invierno hasta Febrero de 1397, y tocando por Córcega partió para Marsella, con ánimo de subir á Aviñon Ródano arriba. Hizolo en efecto, llegando allá dia 13 de Marzo, donde lo recibió el antipapa Luna con sumas demostraciones de regocijo. El dia siguiente, que era dominica cuarta de cuaresma, bendijo el antipapa la acostumbrada rosa de oro, la dió al rey y la llevó todo aquel dia. Detúvose con Benedicto hasta la pascua, 22 de Abril, y en este dia hizo don Martin juramento de homenaje al antipapa por Cerdeña y Córcega. Trataron del cisma; pero viendo el rey lo enconado del negocio, se despidió del antipapa y marchó para Barcelona.

Portugal y Castilla rompieron de nuevo la guerra, y por parte del portugués antes con pre-

textos que con motivos. Ocupó á Badajoz por traición de un confidente, y tomara á Alburquerque si sus ciudadanos no le rechazaran. Envió el rey de Castilla contra los portugueses á don Rodrigo Lopez Dávalos, y corrió con su gente tierras de Portugal hasta Viseo haciendo daños y prisioneros, con rica presa. Lo mismo ejecutaron las órdenes militares en Serpa y Moura. Por otra parte el almirante de Castilla don Diego Hurtado de Mendoza corria las costas de Portugal con sus galeras, tomando tierra en varios pueblos, y llevándolos á sacomano. En Mayo del año anterior habia nacido al infante don Fernando su primogénito don Alonso, que mas adelante fué el V de Aragon y rey de Nápoles. El almirante de Castilla rondando las costas de Portugal, encontró siete galeras portuguesas que volvian de Génova con municiones de guerra, y aunque solo tenia cinco por entonces, las acometió con tal ímpetu que echó una á fondo, apresó cuatro, y las otras dos escaparon. Fué Mendoza cruel con los vencidos, arrojándolos al mar en que se ahogaron. En 29 de Junio de este año nació al infante don Fernando su segundo hijo que se llamó Juan, que fué rey de Navarra y Aragon, y padre del infeliz Carlos de Viana, y del feliz rey católico don Fernando.

Por ahora el rey de Francia persuadia de continuo al antipapa don Pedro de Luna renunciase su dignidad cualquiera que fuese su derecho; pero nunca pudo inducirle por mas esperanzas que diese. Entonces el rey, aconsejado por la universidad de París, le negó la obediencia, y procuró que Aragon y Castilla hiciesen lo mismo, pues de otro

modo no daría fin el cisma. Nuestro rey don Enrique solicitó de Benedicto la renuncia; pero tan en vano como el de Francia, por lo que tuvo congreso de doctores y prelados en Alcalá. Casi todos fueron de dictámen se le debía negar la obediencia, y se ejecutó por auto solemne de 12 de Diciembre de 1398.

1393.

El nuevo rey de Aragon tuvo Córtes en Zaragoza para la jura, guardando al reino sus fueros y costumbres, y declarando sucesor y heredero á don Martin su hijo, rey de Sicilia, dia 27 de Mayo. Pero por otra parte el papa Bonifacio descomulgó al aragonés y á su hijo como fautores del antipapa Luna, y les privó de Sicilia, Córcega y Cerdeña como feudo de la Iglesia, y declarándoles fuera de su gremio. Por esta razon procuró el de Aragon unirse mas á Luna, de cuyo partido habia conseguido aquellas islas. Aun acordó sacarle de la opresion en que el rey de Francia le tenia en Aviñon. Dia 13 de Abril de 1399 quiso don Martin ser ungido rey y coronado con pompa solemne en la catedral de Zaragoza, por mano de su arzobispo don García Fernandez de Heredia. Coronóse tambien la reina al dia siguiente, y lo mismo hicieron en Sicilia don Martin y su mujer. Habia contraido esponsales doña Violante de Aragon, hija del rey don Juan, con Luis de Anjou, rey de Nápoles; pero por falta de edad no cohabitaron, y cumplida esta se la envió el rey don Martin con grande acompañamiento. Antes de su marcha quiso hacer renuncia de cualesquiera derechos que pudiera tener á la corona; y aunque tal reconocimiento y renuncia no era necesaria en Aragon por estar ex-

1400. cluidas las hembras, todavía se hizo escritura dia 12 de Octubre de 1400. Esto no obstante, Luis de Anjou su hijo pretendió ser rey de Aragon el año de 1412.

La sucesion de los papas en el siglo XIV fué como sigue. Muerto en 1303 Bonifacio VIII, fué electo Benedicto XI dia 22 de Octubre. Era fraile dominico y no menos docto que virtuoso. Tenia madre en su lugar, y siendo pobre, la vistieron ricamente para entrar á ver á su hijo; pero éste dijo que aquella mujer no era su madre. Dejados los adornos, y vestida pobremente como antes estaba, la abrazó como su madre. Pacificó las disputas de su predecesor con Francia y cardenales Colonnas, y restauró la paz entre todos. Era digno de vida mas larga, pero falleció dia 4 de Julio de 1304. Al cabo de casi un año de discordias entre los cardenales se convinieron en Clemente V, arzobispo de Burdeos. Hallándose la Italia despedazada en facciones, estableció Clemente su residencia en Aviñon, donde permaneció la sede setenta años. Celebró el décimoquinto concilio general Vienense, y murió el año 1314 á 22 de Abril. Mas de dos años estuvieron desacordes los cardenales sobre á quien elegirian papa, hasta que dia 8 de Agosto de 1316 fué electo en Lugduno Juan XXII, natural de Cahors en Francia. Gobernó la Iglesia diez y ocho años y murió dia 4 de Diciembre de 1334. A los quince dias fué electo papa Benedicto XII, y vivió hasta 25 de Abril de 1342. Sustituyóle Clemente VI que gobernó dignamente la Iglesia diez años, hasta 6 de Diciembre de 1352. Fuéle subrogado papa Ino-

cencio VI, que vivió hasta 12 de Setiembre de 1362. Dia 28 de Octubre fué electo papa Urbano V. Gobernó por ocho años la Iglesia católica con acierto, y murió á 19 de Diciembre de 1370. Pasados nueve dias fué sucesor suyo Gregorio XI. Sosegadas un poco las sediciones en Italia, á ruegos de santa Catalina de Sena y otras personas, determinó Gregorio restituir á Roma la sede Pontificia, y lo ejecutó el año de 1377. Pero enfermó y murió dia 26 de Marzo de 1378. Por su muerte tomó principio el lamentable y mas largo cisma que tuvo la Iglesia. Sucedióle en Roma Urbano VI que fué el verdadero papa; en Aviñon Clemente VII antipapa. Urbano vivió con grandes trabajos y persecuciones hasta 7 de Octubre de 1389 en que murió. Clemente murió dia 16 de Setiembre de 1394. Fuéle sustituido antipapa nuestro don Pedro de Luna, que sostuvo su antipapato hasta su muerte sucedida en Peñíscola año de 1424. A Urbano sucedió Bonifacio IX dia 2 de Noviembre de 1389. Murió dia 1.º de Octubre de 1404 y le sucedió Inocencio VII.



CAPITULO VII.

Continuacion del cisma. Nace don Juan el II de Castilla. Movimientos de Granada. Muere el rey don Enrique de Castilla. Fábula que de él se cuenta. Proclamacion de su hijo don Juan el II. Su tutela y gobierno. Mueren dos reinas de Aragon. Guerra con Granada. Muere don Martin de Sicilia. Conciliábulo de Pisa. Toma de Antequera. Muere don Martin, rey de Aragon.

1401

A la entrada del año de 1401 el rey de Castilla envió mensajeros al de Francia para solicitar la union de la Iglesia; pero hallándose en el Consejo de aquel rey, el duque de Berri propuso se volviese la obediencia á Benedicto Luna, atento á que habia prometido adoptar la via de renuncia. Añadiase que el clero de Bretaña estaba seducido por este antipapa, y no queria obedecer á sus preladados, porque estos no reconocian á Benedicto, sino á Bonifacio. Hubo mas: un fraile franciscano llamado Guillen Palmer, predicando en Aviñon, declamó vivamente contra los que no obedecian á Benedicto; y no se detuvo en llamar excomulgados á los que le tenian como preso en su palacio. Es regular que Palmer tuviese en ello sus intereses; pero como quiera que fuese, lo que sucedió fue que se conmovió la plebe con tanto bullicio, que el rey de Francia mandó á sus magistrados de Aviñon no innovasen nada sobre Benedicto. Entretanto, él estaba sitiado en su palacio, y padecia muchísimos trabajos, como falto de todo lo nece-

sario á la vida. Quejabase aquel pertinaz hombre de su desamparo, violencia y afrenta. Que nadie guardaba con él las sanciones canónicas en asuntos eclesiásticos. Que los seglares le imponían preceptos y condiciones inicuas, &c. Aunque como cismático y de dura cerviz, como era Luna, ningun derecho tenia de quejarse, siendo voluntario todo lo que sufría, mejoró mucho sus cosas con aquellas ple-garias, á lo menos en Francia. Aun llegadas á Castilla, le envió don Enrique sus mensajeros, y dia 12 de Setiembre le restituyó la obediencia; pero con la condicion de que habia de convocar Concilio general donde se declarase quién era el legítimo papa.

En Segovia, dia 14 de Noviembre, dió á luz la reina de Castilla doña Catalina á la princesa doña María, la cual casó con don Alonso, rey de Aragon y Nápoles; si bien fué reina desgraciada, porque don Alonso no la trató como su bondad y virtudes merecian. Antes de cumplir dos meses, en 6 de Enero de 1402, fué jurada heredera de Castilla en caso de no tener el rey varon; pero mas adelante nació don Juan el II, y doña María perdió su primogenitura.

Hacia tiempo estaba pacificada la Sicilia, y don Martin disfrutaba con su mujer doña María la paz deseada; pero para que no se goce cumplidamente cosa alguna humana, dia 17 de Noviembre de 1398 se les murió su único hijo don Pedro que debia suceder en aquel reino, y aun en el de Aragon. Otro desconsuelo: siguióle su madre doña María, dia 25 de Mayo, hallándose en Cataluña, y parece dejó el reino de Sicilia que era suyo á

don Martin, su marido, que le habia de gozar muy poco tiempo. Cuatro novias se presentaron á don Martin luego que quedó viudo, y todas hijas de reyes: del emperador Roberto, del rey de Francia, del de Inglaterra y del de Navarra. Fué preferida por española la hija tercera del navarro Cárlos el *Noble*, llamada doña Blanca, en la cual recayó el reino de su padre. Concluyóse el tratado matrimonial á fines de Noviembre, y la princesa fué entregada al rey de Aragon dia 21 de Enero de 1402, para enviarsela á su hijo don Martin de Sicilia. Mientras estaba viudo, vivia derramado en lascivia con dos mozas sicilianas llamadas Tarsia y Agatucha, de las cuales tuvo á don Fadrique y á doña Violante, que fueron enviados á Barcelona muerto su padre y de quienes hablaremos.

En 18 de Mayo de 1399 habia muerto don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, y por causa del cisma vacaba su sede. Con esta ocasion la tuvo el antipapa Benedicto de granjearse un amigo poderoso y pariente, dándole á su sobrino don Pedro de Luna, dia 22 de Julio de 1403. Esta provision fué sin anuencia del rey, y este por decreto dado en Toledo á 18 de Febrero de 1404, mandó al cabildo y diócesis no fuese reconocido por arzobispo ni se le diesen los diezmos. Así consta de la carta original archivada en Toledo. Sin embargo, don Pedro vino en 1408, muerto ya el rey, y trajo consigo un primo suyo llamado Alvaro de Luna, de quien hablaremos adelante. Castilla descansaba en el seno de la paz mas segura, ni se movian sus armas sino para exterminar delincuentes, salteadores y facinerosos. Nació á los reyes su

segunda hija, á la cual llamaron Catalina como á su madre; pero solo se la pareció en el nombre. Sus obras fueron muy opuestas á las santas de su madre. Casó con don Enrique, su primo, tercer hijo de don Fernando de Antequera, despues maestre de Santiago, y revolvedor de Castilla.

Su rey don Enrique todavía no tenia varon heredero, y le deseaba para despues de sus dias, que segun se sentia enfermo, serian pocos. Envióle Dios este consuelo dia 6 de Marzo de 1405, en que alumbró la reina, hallándose en Toro, al príncipe don Juan, que de allí á dos años heredó á su padre y fué rey de Castilla con nombre de don Juan el II. Dos meses despues fué jurado príncipe de Asturias en Valladolid á 12 de Mayo.

El nuevo papa Inocencio habia comunicado su exaltacion al trono Pontificio á todos los príncipes cristianos, y aun al mismo Benedicto XIII, don Pedro de Luna, exhortándole á que por su parte pusiera fin á cisma tan lamentable. Mas éste con el favor del rey de Aragon habia salido de sus apreturas, y tomando el camino de Italia publicó iba á convenirse con el papa de Roma, y procurar ambos la paz de la Iglesia. Todo eran stratagemas en busca de dilaciones. Embarcóse en Mayo para el Genovesado, y en Villafranca de Niza, en que tuvieron vistas don Martin de Sicilia y Luis de Anjou, medió Benedicto en sus diferencias, y les dejó amigos entre sí y afectos á su causa. Pasó mas allá de Génova; pero dando por excusa la peste que infestaba las costas, fué retrocediendo á Marsella.

Roma se abrasaba en sediciones y latrocinios,

sin haber fuerza armada que contuviese los malhe-
 chos; agoviado el papa del sentimiento por tantos
 1406 delitos hubo de morir á 6 de Noviembre de 1406.
 Creyeron los cardenales era coyuntura para extin-
 guir el cisma dilatando la eleccion hasta ver si Be-
 nedicto Luna renunciaba, segun decia; pues en este
 caso, unidos los cardenales de ambas obediencias,
 elegirian papa cierto y verdadero. Pero reflexionan-
 do que no era Benedicto hombre de quien pudiesen
 fiarse, tuvieron conclave, y juraron todos de re-
 nunciar la eleccion en cualquiera que recayese, si
 Luna renunciaba. Con esta diligencia prévia eligie-
 ron al cardenal de Venecia Angel Corario, dia 30
 de Noviembre, llamándose Gregorio XII. Ratificó
 su juramento, y dijo en voz alta, *que cuando no se
 hallasen medios de extinguir el cisma, iria personal-
 mente con su báculo pastoral buscándolos por el mun-
 do.* Pero Corario no era mas verídico que Luna;
 pues faltó á la promesa jurada y huyó siempre de
 llegar á la renuncia.

La paz de Castilla fué por ahora algo turbada
 por el granadino. Viendo con poca salud á don
 Enrique, hizo frecuentes entradas en su reino,
 corrió la frontera y ocupó á Ayamonte con el se-
 guro que daba la tregua. Negó tambien las parias
 que pagaba, y el rey hubo de hacer llamamiento
 de gentes con que ponerle en órden; pero antes
 le envió embajada recordándole la tregua sentada,
 y la injusticia de su procedimiento. No hizo caso
 el moro, sino que con mayores fuerzas entró de-
 vastando el territorio de Baeza. Salieron los cris-
 tianos con la gente que juntaron de pronto, y
 dieron batalla á los moros; pero siendo tan pocos,

se vieron casi perdidos , y hubieron de ganar una loma elevada , donde se mantuvieron cercados aquella noche. Venida la mañana vieron que los moros se habian alejado , dando lugar á que tambien ellos se alejasen por la parte contraria. Con la noticia juntó el rey Córtes en Toledo, á que concurrió la nobleza y prelados , y juntó dinero para acudir al peligro que amenazaba. Brevemente hubo diez mil hombres de armas en campaña , cuatro mil caballos y cincuenta mil infantes , con la artillería necesaria.

Pero á pesar de las ventajas que prometia ejército tan respetable , la poca salud del rey hacia temer no haria todo el efecto que se esperaba. No pudo don Enrique presidir las Córtes por su dolencia , y lo hizo don Fernando su hermano : con todo , resolvieron hacer la guerra á Granada por mar y tierra. Era sumo el deseo del rey de ir en la jornada ; pero arreció su dolencia de forma, que tuvo por cercana su muerte. Recibió los auxilios espirituales con resignacion cristiana , y murió á las nueve de la mañana del dia de Navidad del año mismo 1406 , que segun entonces contaban , era el dia primero de 1407. En su testamento recomendó mucho á su hermano don Fernando la persona de su hijo don Juan que solo tenia veinte y un meses , y le nombró su tutor y gobernador de sus reinos asociado con la reina doña Catalina.

Los contadores de consejas escriben que este rey don Enrique *el Enfermo* , el año cuarto de su reinado , vino una tarde de la caza bastante fatigado , y no hallando en su repostería cosa con

que cenar, preguntó al despensero la causa. Respondióle no tenía dinero ni prendas que empeñar por estarlo ya todas, y el rey le mandó empeñase su gaban, y comprase dos espaldas de carnero, con las cuales y con las codornices que había cazado, cenaría. Hizolo así, y mandó que el despensero sirviese á la mesa sin uniforme, solo en jubon simple, en pena de no haber prevenido cena del modo que pudiese. Que v. solo el rey tan necesitado, andaban los grandes de convite en convite con la mayor profusion de comidas y bebidas, y aquella misma noche era el banquete en casa del arzobispo de Toledo. Quiso verlo el rey, y se introdujo disfrazado entre la gente. Oyó que cada uno de los caballeros manifestaba en la conversacion las rentas que tenía; y entonces pasándose el rey al castillo de la ciudad (era Burgos) resolvió prenderles y degollarles. Previno tropas ocultas, apostólas en el castillo, y les llamó á consejo. Juntos en la sala, les preguntó uno á uno cuántos reyes habían alcanzado en Castilla. Respondióle cada cual los que había conocido, y el que mas no había pasado de cinco; mas el rey les replicó, *¿cómo podia ser aquello, si él, siendo tan mozo, había conocido veinte?* Explicóles el enigma diciendo eran ellos los veinte reyes que tenía Castilla á un mismo tiempo, y que el rey lo era solo de nombre. Que ellos lo mandaban todo y le quitaban las rentas, y el rey no tenía que cenar. Con esto dió una voz, y salió la tropa armada, asociada del verdugo con el tajo y cuchilla, á cuya escena el arzobispo dobló la rodilla, y pidió perdón para todos. Otorgóle el rey á condicion de que

luego le rindiesen los castillos y fortalezas que en su nombre tenían.

Hubierame abstenido de traer esta fabuleta, á no verla adoptada por Garibay, Gil Gonzalez, Mariana, Narbona y otros; y nuestros dramáticos la sacaron á las tablas en la comedia *El rey Enrique el Enfermo*, logrando hacer vulgar una patraña digna de don Quijote. Seis ingenios la compusieron, mas no por eso dejó de salir disparatada. Parece que el inventor de la rondalla fué el anónimo que tan desaliñadamente interpoló *el Sumario de los reyes de España*, escrito por el despensero de la reina doña Leonor, mujer de don Juan el I de Castilla. Sus interpolaciones muestran un escritor sin dote alguna, y muy digno del desprecio.

La prematura muerte de don Enrique, y haber dejado tan niño á su hijo don Juan, fué causa de que se rugiese en Castilla que su tío don Fernando tomara el nombre de rey, á vista de los peligros de un rey niño en tiempo belicoso. Pero el ánimo noble de don Fernando estuvo tan lejos de tal injusticia, que juntando Córtes en Toledo hizo un grave razonamiento, y dijo *recibia y juraba primero que nadie por su rey y señor natural al príncipe don Juan su sobrino*. Tomó el pendon real y le dió á don Rui Lopez Dávalos, condestable de Castilla; y á continuación salió la corte en cabalgata, diciendo: *Castilla, Castilla por el rey don Juan*, según costumbre. Dia 1.º de Enero de 1407 pasó 1407 el infante y corte á Segovia donde estaba la reina con el príncipe, para que todos le besasen la mano. Quería la reina como tutora criar á su hijo;

;

pero como la crianza del rey la habia encargado su padre á don Juan de Velasco y á don Diego Lopez de Zúñiga, hubo algunas reyertas. Apaciguólas don Fernando con suma prudencia; y aunque la reina le cedia la parte del gobierno que la tocaba solo con que la dejasen á su hijo, no la admitió el infante y ambos gobernaron unidos. Por lo que tocaba á los referidos Velasco y Zúñiga, se contentaron con doce mil florines de regalo que les dió la reina, y desistieron de su pretension; cosa que no hizo ningun honor á sus personas. La enseñanza del niño rey se puso á cargo del célebre don Pablo de Santa María, obispo de Burgos.

En Barcelona, dia 24 de Noviembre del año anterior, habia muerto la reina viuda doña Sibila; y en 29 de Diciembre siguiente, dia quinto del año 1407, murió tambien la reina actual doña María de Luna. No dejó mas hijos que á don Martin de Sicilia, casado con doña Blanca de Navarra, como ya dijimos.

Aprontaba Castilla fuerzas contra Granada, en cuya frontera cada dia habia rebatos. Fué nombrado general el infante don Fernando, marchando de Segovia dia 13 de Abril para Córdoba. De paso celebró en Toledo las exequias de su hermano, y llegó á Córdoba á 18 de Junio de donde sin detenerse pasó á Sevilla. Adolecia de tercianas; pero no por eso dejó de acalorar las prevenciones de guerra, siendo la primera poner en buen orden la escuadra, y hacerse á la vela su almirante don Alonso Enriquez. Apenas habia tendido las velas, cuando cerca de Cádiz ganó una muy importante

victoria de veinte y tres galeras que Tunez y Tremecen enviaban al de Granada ; si bien el almirante solo tenia trece. Mientras tanto ya habian concurrido á Sevilla fuerzas tan respetables que ponian cuidado al granadino , y resolvió cargar mas por aquella parte. Entró por Jaen con siete mil caballos y cien mil infantes , y á primeros de Agosto se puso sobre Baeza. No hizo cosa de provecho , porque la resistencia de los sitiados fué extremada ; solo puso fuego á los arrabales robándolos antes , y se retiró con mas que mediana pérdida. De paso desnudó á Bedmar y se llevó algunos cautivos.

Junto el ejército cristiano en Sevilla , salió contra moros á 7 de Setiembre , y marchó contra Ronda y Zahara. Sitiada esta dia 26 con todo el rigor de la guerra , hubo de rendirse dia 4.º de Octubre salvas las vidas. Tomamos luego á Zurita, Moncorvo , Ayamonte , Priego , Cañete , las Cuevas y otras fortalezas. Combatimos vigorosamente á Seteníl ; pero no pudimos tomarle aunque quedó muy destrozado. Con esto venido el frio regresó el ejército á Sevilla , dejando el infante su mesnada por frontera. Pasó la Navidad y principio del año 1408 ; pero presto marchó á Guadalajara donde estaba el rey con su madre , previniendo lo necesario en las Córtes para la próxima campaña que era segura. El granadino aun en medio del invierno se puso sobre Alcaudete con siete mil caballos y ciento veinte mil infantes. Combatióla con toda suerte de máquinas , y como le sobraba gente, corria la tierra comarcana llevándolo todo á saco ; pero apellidándose los pueblos , les causaron gra-

vísimos daños, y hubieron de retirarse. Enviaron las Córtes al sitio de Alcaudete mil quinientas lanzas; y la sola noticia de que se acercaban, la falta de municiones que el moro tenia, y los asaltos que los adelantados daban en la frontera, bastó para que Mahomad pidiera armisticio por ocho meses, y lo obtuvo; pero murió en el Mayo siguiente, y los moros alzaron rey á su hermano Jucef que estaba preso en Salobreña, el cual confirmó la tregua.

Dia 15 de Julio de 1409 murió en Caller don Martin de Aragon, rey de Sicilia, sin dejar sucesion legítima, y nombró heredero del reino á su padre don Martin, rey de Aragon. A un hijo natural que tuvo con Tarasia, dejó el condado de Luna y señorío de Segorbe. Quedó lugar-teniente del reino su mujer doña Blanca de Navarra. La pena de don Martin su padre fué extrema no solo por la pérdida del hijo, sino porque no teniendo otro, necesariamente se habian de seguir las turbulencias que para la sucesion se siguieron. Por si podian excusarse, en 17 de Setiembre á ruegos importunos de la corte, casó don Martin con doña Margarita de Prades, tercera nieta de don Jayme II; pero no se logró el fin propuesto, pues aunque el rey estaba en edad fresca de cincuenta y un año, le tenia casi postrado la excesiva obesidad de su cuerpo.

Algunos cardenales de las dos obediencias, desengañados de que los dos papas huian de llegar al trance de renuncia, tomaron el medio de juntar Concilio general en Pisa, en el cual deponiendo á entrambos, nombrasen otro. El deseo que

toda la cristiandad tenia de ver extinguido el cisma, hizo que la concurrencia fuese grande; y dia 26 de Junio nombraron papa al arzobispo de Milán Pedro Filargo, poniéndose el nombre de Alejandro V. Por este medio vinieron á ser tres los que pretendian ser cabeza visible de la Iglesia. Los cardenales de don Pedro de Luna le abandonaron todos; pero esto le dió poco cuidado. Mas adelante creó cuantos quiso, y aun con ello aumento sus apasionados.

En primavera de 1410, concluidas las treguas de Granada, volvió Castilla á la guerra, haciendo en Córdoba la masa de gente y aparatos. Acordóse sitiar á Antequera, y sin dilacion empezó el sitio dia 27 de Abril con solo dos mil quinientas lanzas, mil caballos y diez mil infantes por no haber aun llegado la demás gente. Las prevenciones de Jucef eran formidables; pues puso en el campo de Archidona cinco mil caballos y ochenta mil infantes, en busca de los cristianos. Avistarónles á 4 de Mayo en un paraje ventajoso, y sin embargo los acometió la muchedumbre mora dia 6 con la mayor algazara; pero fueron derrotados y puestos en huida, fuera de quince mil que quedaron tendidos en el campo. De los nuestros murieron ciento veinte.

Con tan próspero suceso, comenzaron los combates de Antequera con admirable constancia; pero no era menor la de los defensores. Para distraer al granadino, envió el infante al comendador de Leon con dos mil doscientas lanzas y ochocientos caballos á correr la tierra de Málaga. Hizolo á satisfaccion abrasando su distrito, y no dejando hoja

verde en ocho leguas del contorno, regresando al sitio de Antequera sin perder un soldado. Vió Jucef que sus fuerzas eran pocas para quitar el sitio de Antequera, en especial despues de la pérdida de Archidona, y tentó pedir tregua de dos años; pero don Fernando conoció la causa y no se convino. Para pedirla envió un confidente acompañado de algunos moros, el cual tuvo audacia para proyectar incendiar nuestros reales; pero descubier- to por un acaso, fueron ahorcados. Rodrigo de Velez, moro convertido que lo descubrió, fué premiado; y el infante le mudó el apellido en *Rodrigo de Antequera*.

Ya esta plaza padecia falta de todo, no siendo socorrida, y urgian mas los cristianos; hasta que por fin, fué entrada á viva fuerza dia 22 de Setiembre de este año 1410. En medio de estas alegrías, tuvo otra el infante don Fernando, de que dia 31 de Mayo habia fallecido en Barcelona su tio don Martin, rey de Aragon, y podria muy bien tocarle aquel reino, como sucedió pronto. Tuvo por cierto que la muerte le sobrevino de varios brevajes que su mujer le daba para mover su inercia. Suplicóle la corte declarase sucesor en el reino; á que respondió *queria lo fuese aquel á quien por derecho tocase*. Las condesas de Urgel, madre y nuera, se llegaron á la cama con no poco desacato y soltura y movieron con sus manos el cuerpo del rey al verle soporoso, y le dijeron *que la sucesion pertenecia al conde su hijo sin disputa alguna*. Respondiólas don Martin, *que él no lo creia así*; dicho lo cual dió el último suspiro.

CAPITULO VIII.

Movimientos en Aragon por la sucesion del reino. Eleccion de don Fernando, infante de Castilla.

La muerte de don Martin dejó turbado no solo Aragon, sino tambien Castilla, Nápoles, Francia y Sicilia, pues á todos podia pertenecer aquella corona. Nuestro infante don Fernando de Antequera era á quien mas se habia inclinado don Martin, y se lo queria mostrar en las vistas que pensaba tener con él en Zaragoza; pero por estar don Fernando en la guerra de los moros, no pudieron verse. No parece dudable de que los nueve compromisarios que despues nombraron rey al infante sabian esta voluntad de don Martin, siendo como era el mas próximo pariente al último reinante. Tambien el infante debió de saberlo por escrito, pues en el mismo sitio de Antequera hizo escritura de aceptacion del reino despues de su tio. Puso la discusion de su derecho en manos de los primeros letrados de Castilla, y lo mismo hicieron respectivamente los otros pretendientes. Eran estos don Alonso de Aragon, marqués de Villena, como hijo del infante don Pedro, hijo del rey don Jayme el II; don Jayme de Aragon, conde de Urgel, viznieto por agnacion del rey don Alonso IV; Luis de Anjou, nieto por su madre del rey don Juan, y don Fadrique de Sicilia, hijo natural de don Martin, legitimado por su abuelo y por Benedicto Luna.

Como don Martin habia muerto en Barcelona y estaba allí la corte, fué Cataluña la primera en nombrar consejeros de probidad, ciencia y prudencia que gobernasen y proveyesen á todo. El de Urgel era gobernador del reino aun en vida del rey difunto, bien que contra la voluntad de este y del reino, y poco menos que intruso. Comenzó Aragon á arder en sediciones y partidos, en especial los Urreas, Heredias y Lunas. Los Heredias aborrecian de muerte al conde de Urgel, porque sus vicios y abominaciones lo merecian; los otros le defendian á manera de furiosos. Pero el conde se tenia por gobernador del reino, cargo que se daba á los inmediatos sucesores; y esto le hacia mas audaz y soberbio. No eran menores los movimientos de Valencia entre las poderosas familias de Centelles y Villarragud, las cuales arrastraban en bandos á todas las otras. Solo Cataluña tenia juicio y se mantenia tranquila. Su concejo, á quien entonces llamaron *parlamento*, envió mensaje al conde de Urgel encargándole sobreseyese en la gobernacion del reino, y derramase la tropa que tenia, y lo mismo harian los otros pretendientes. El de Urgel contestó bien, pero obró contra lo que le pedian.

Sabian los pretendientes que aquella corona no se habia de conquistar por armas sino por herencia y derecho de sangre, segun habia dicho don Martin poco antes de su muerte, siguiendo las leyes del reino, y cada uno deseaba manifestarse y la justicia que le asistia. No habia aun mas *parlamento* que el de Cataluña, y todos corrian allá por sus procuradores, sabiendo que sin los de

Aragon y Valencia nada podia concluirse, ni aun oírles. El mas acucioso fué don Alonso de Aragon, duque de Gandía y marqués de Villena, sin embargo de hallarse rendido á cama continua por su edad decrépita. Pedia con ansias *le declarasen rey de Aragon, por ser su derecho indisputable, pues toda dilacion le paraba perjuicio.* Fué tambien presentada allí la escritura de aceptacion y cartas del infante de Castilla, como no menos las demandas de los procuradores; pero á todos se dió por respuesta, que nada podian adelantar hasta que se juntasen los tres parlamentos. A don Fadrique de Sicilia, por ser niño, se nombraron defensores. Otros tres pretendientes se presentaron, que fueron Mateo, conde de Fox, como yerno del rey don Juan; don Juan de Aragon, conde de Prades, hermano menor del duque de Gandía; y la viuda del rey don Martin, doña Margarita de Prades. Esta pretendia mantenerse en posesion del reino mientras no se la pagaba su dote. Añadió á esto que se hallaba con sospechas de preñez, aunque sabian todos no habia perdido la integridad de vírgen.

A fuerza de trabajos de los primeros hombres de la corona, singularmente del antipapa Luna, y del incomparable varon Berenguer de Bardají, se pudo convenir que cada una de las tres provincias del reino, Aragon, Cataluña y Valencia, nombrase tres personas de ciencia, conciencia y prudencia, y los nueve como jueces árbitros ó compromisarios examinasen el derecho de cada pretendiente, oyesen á sus procuradores, y diesen el trono á quien mejor derecho tuviese. Para el exá-

men eligieron el castillo de Caspe, proveyéndole de tropas y todo lo necesario. Llamaron por sus letras á los competidores á nombre del parlamento general de la corona, diciendo, *que ciertas personas de santidad y ciencia, con pleno poder de sus respectivos parlamentos, se congregarian en Caspe para conocer, inquirir y declarar á cuál de los príncipes pretendientes habian aquellos reinos de hacer el juramento de fidelidad, y tener por su rey en Dios y en conciencia. Que dichas personas se hallarian juntas en Caspe dia 29 de Marzo de 1412.* Ya primero se habia dado orden de que los pretendientes que se hallasen fuera del reino, no entrasen en él; y los que estaban en él, no se acercasen á Caspe en dos jornadas.

Esto durante ardian las parcialidades en Aragón y Valencia con una furia de locos, en que se derramó mucha sangre; unos por el conde de Urgel, otros por Luis de Anjou, y otros por don Fernando de Castilla. Don Antonio de Luna, hombre poderoso y audaz, ningun atentado dejaba de cometer por el de Urgel, y contra los Heredias que estaban por Anjou, aunque despues se pasaron á don Fernando. El que mas incomodaba al bárbaro Luna era el arzobispo de Zaragoza don García de Heredia. Esperóle en el camino viniendo de Calatayud á Zaragoza, y con algunos asesinos que le escoltaban le mató por su propia mano dia 1.º de Junio de 1411.

Este delito, y otros mil que diariamente se perpetraban, hicieron ver al parlamento cuánta era la necesidad de concluir el negocio. Así, dia 14 de Marzo de 1412 convinieron en que los

jueces de aquella nueva causa fuesen las nueve personas siguientes:

ARAGONESES.

Don Domingo Ram, obispo de Huesca, despues cardenal.

Don Francisco Fernandez de Aranda, los años atrás consejero del rey don Juan, y ahora cartujo lego en el convento de Porta-coeli de Valencia.

Don Berenguer de Bardají, señor de Zaydi, y sabio jurisconsulto.

CATALANES.

Don Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona.

Don Guillen de Vallseca, docto jurista.

Don Bernardo Gualbes, tambien jurista sabio.

VALENCIANOS.

Don Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja de Porta-coeli, varon sabio y prudente.

San Vicente Ferrer, su hermano. *N. Dominica.*

Don Ginés Rabaza, sabio jurista; pero habiéndose dado por enfermo, le fué sustituido *Pedro Beltran.*

Congregados en Caspe el dia referido, llamaron á los pretendientes que quisiesen acudir por sus gentes á deducir su derecho y esperar el fallo. Fueron llamados por el orden siguiente:

Luis, primogénito del ilustrísimo rey de Nápoles.

Los inclitos Fernando, infante de Castilla, y Alonso, duque de Gandía. Este era hijo mayor del arriba nombrado marqués de Villena, que habia muerto dia 5 de aquel mes.

Los egregios Federico de Sicilia, conde de Luna, y Jayme, conde de Urgel.

Llamaron tambien á las dos hermanas del rey difunto. De los otros pretendientes no hicieron mérito. En los treinta dias primeros oyeron á los procuradores de cada parte; los demás hasta la sentencia se gastaron en examinar el derecho de cada una, y conferenciar entre sí lo que ocurriese por el camino mas sencillo y menos intrincado, desechando metafísicas y sutilezas. En 24 de Junio ya tenia cada juez resuelto su voto, y san Vicente pronunció el suyo sin rodeos, diciendo, *que segun alcanzaba en Dios y en conciencia, aquella corona pertenecia al infante de Castilla don Fernando, como nieta de don Pedro IV, y sobrino del rey don Martin, y por tanto el mas próximo pariente del último reinante.*

El obispo de Huesca, don Bonifacio Ferrer, don Bernardo Gualbes, don Berenguer de Bardají y don Francisco Aranda dijeron *se conformaban en todo con el voto del padre maestro Vicente Ferrer.* Las condiciones de votacion legítima eran, *que debia el elegido tener dos terceras partes de los votos, como hubiese en ellos á lo menos uno de cada provincia.* Todo se hallaba en la votacion hecha, y por consiguiente era legítima. Don Pedro Beltran dijo *que desde el dia 18 de Mayo en que habia sido*

sustituido á Ginés Rabaza, no habia tenido tiempo suficiente para examinar derechos tan enmarañados. El arzobispo de Tarragona produjo largamente su voto diciendo, que aunque consideradas las circunstancias, creía mas útil al reino al infante don Fernando, pero por descender de rey por línea de varon el duque de Gandía y el conde de Urgel, les tenia por de mejor derecho, y que la corona pertenecía á uno de ellos. Que eran iguales en grado al último rey: por tanto debia ser elegido de los dos el mas útil á la república. Protestó, que por esto no se oponia al derecho que pudiera competir á don Fadrique de Sicilia. Este voto siguió Guillen de Vallseca, añadiendo solo, tenia por mas idóneo al conde de Urgel que al duque de Gandía. Concluyó, que esto era lo que le habia parecido, miradas las cosas en comun, pues la gota que le aquejaba, y la brevedad del tiempo, no le habian permitido un profundo examen de los derechos de cada uno.

Esto pasó aquel dia en la sala del castillo, dando cada juez su voto por escrito con firma y sello. A continuacion formaron tres instrumentos iguales de la eleccion, cuya cabeza y conclusion compuso don Bonifacio Ferrer, y fueron entregados uno al obispo de Huesca, otro al arzobispo de Tarragona, y el tercero al mismo don Bonifacio, que les archivasen en sus provincias. No tuvieron por conveniente insertar en la sentencia los votos en particular, y acordaron formar un instrumento general en nombre de todos, y que este fuese la misma sentencia que se debia publicar el dia en que se cumplirian los tres meses que estaban en el castillo. Autorizaronle seis escribanos, dos de

cada provincia, á presencia de los tres alcaides que por cada una guardaban la fortaleza.

Toda Europa estaba en expectacion de cosa tan nueva, siendo quizás esta la primera vez que cupo en tribunal de letrados la disputa de un reino, sin el de las armas. Señalado el dia 28 para la publicacion del fallo, se construyó un espacioso tablado junto á la iglesia de la villa, y levantaron encima un magnífico altar, colocando á uno y otro lado asientos para los jueces, procuradores y demás personas respetables que allí se hallaban. La tropa circuía el tablado y avenidas, con las órdenes oportunas para todo lance necesario. Serian las nueve y media de la mañana, cuando el obispo de Huesca celebró Misa con la mayor solemnidad y pompa, oyendola todos de pies con admirable silencio. Concluida la misa, subió al púlpito san Vicente Ferrer, encargado de publicar la sentencia, y preparó al auditorio con un sermón breve y suave como solia. Tomó por tema las palabras del Apocalipsis (19. 7): *Gaudeamus et exulemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptice Agni.* Habló en general de la santidad de nuestra religion, y vinculo de caridad con que une á sus hijos, y pasó luego á manifestar el escrupuloso cuidado y paciencia con que él y sus compañeros habian examinado la justicia de los pretendientes. Que habian elegido segun ella al que Dios les habia inspirado sin atender á respetos humanos; y que habia subido al púlpito para publicar la eleccion á las tres provincias. Y así, implorando el auxilio del Señor, de la Virgen María y de todos los Bienaventurados, estuviesen atentos á la sentencia:

« Sea notorio á todos, como el sábado dia 25 de Junio del año del nacimiento del Señor de 1412, á las nueve de la mañana poco mas ó menos, hallándose las reverendísimas y honorables nueve personas abajo nombradas para investigar, instruir, informar, conocer, reconocer y publicar lo abajo escrito, juntas y congregadas en una pieza del castillo de Caspe, á las orillas del Ebro en el reino de Aragon, en presencia de los escribanos y de los testigos infraescritos, para ello nombrados y deputados, mandaron al reverendísimo maestro Vicente Ferrer, que en nombre de todos publicase una escritura que de parte de los mismos le habia entregado el reverendísimo en Cristo padre don Domingo Ram, obispo de Huesca. El reverendo maestro Vicente Ferrer habiendola recibido, la publicaba á todos; y era la siguiente:

» Nos Pedro de Zagarriga, arzobispo de Tarragona; Domingo Ram, obispo de Huesca; Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja; Guillen de Vallseca, doctor en leyes; fray Vicente Ferrer, del orden de predicadores, maestro en sagrada teología; Berenguer de Bardají, señor del lugar de Zaydi; Francisco de Aranda, donado del monasterio de Porta-coeli del orden de la Cartuja, natural de Teruel; Bernardo de Gualbes, y Pedro Beltran, doctores en derechos; deputados los nueve por los parlamentos generales..... con plenísima autoridad para investigar, instruir, informar, conocer, reconocer y publicar á quién deben los parlamentos y vasallos de la corona de Aragon prestar fidelidad y tener por rey segun Dios, conciencia y justicia; de manera que aquello que nosotros las

nueve personas acordasemos, ó bien seis de ellas con tal que haya una de cada reino, aquello se tuviese por hecho, válido y firme, segun consta por los respectivos instrumentos. Considerando que todos juramos hacer la eleccion de nuestro rey lo mas pronto que fuese posible, y enterados de las respectivas razon y justicia de cada pretendiente, teniendo siempre á Dios delante de nuestros ojos, y dejados á parte respetos mundanos; decimos y publicamos: *que los parlamentos, súbditos y vasallos de la corona de Aragon deben prestar fidelidad y obediencia al ilustrísimo y excelentísimo y poderosísimo príncipe y señor nuestro Fernando, infante de Castilla, y tenerle por su verdadero rey y señor.* = De todo lo cual, para memoria en los siglos venideros, pedimos y requerimos se hiciesen públicos instrumentos &c. Signo † de Bartolomé Vicente, escribano público de la ciudad de Zaragoza: Signo † de Pablo Nicolau, escribano de los reinos de Aragon: Signo † de Francisco Fenollada, escribano público: Signo † de Jayme Pla, escribano público: Signo † de Jayme Monfort, escribano público &c.»

En esta publicacion cuando san Vicente llegó á nombrar al infante don Fernando, no pudo contener las lágrimas de alegría, y levantó la voz en grito, clamando repetidas veces: *Viva, viva nuestro rey y señor don Fernando*, acompañándole muchísimos del auditorio. Concluido esto doblaron las rodillas, y con himnos y cánticos dieron á Dios las gracias. Los alcaides del castillo tremolaron las banderas delante del altar, al son de los instrumentos marciales y reiterados vivas. Sin embargo

las alegrías no fueron universales. Oyeronse algunos rumorcillos en el pueblo, quejándose *de que los jueces les hubiesen dado rey forastero habiéndoles naturales y de sucesion legítima*. Hubo san Vicente de predicar otro sermón el día siguiente, y decir, *que cuando se trataba del derecho de sucesion, no se necesitaba disputar de las cualidades de las personas; pero queriendo atenderlas, el rey don Fernando era hijo de madre catalana, y la del conde de Urgel, por quien principalmente lo decian, era italiana. Era hijo de rey de la misma nacion que lo eran los de aquella corona, y de prendas tales, que sin duda le habia reservado Dios para rey. Que si se hubiese de seguir en Aragon la costumbre de otras naciones, cuyo gobierno se daba al mas apto y prudente, debiera haberse dado á don Fernando por aclamacion general de todos, por sus excelentes cualidades; cosa que el conde de Urgel no tenia. Y en suma, que el derecho del conde estaba tan lejos de poder competir con el del señor infante, que preferian muchos el del duque de Gandía.*

Estas razones aquietaron en parte las quejas de algunos; pero mas adelante el tiempo, la vista del rey, su benignidad, el moderado castigo de los inquietos, y gratitud con los buenos, acabaron de tranquilizar los hervores. El sacrílego asesino don Antonio de Luna fué jurídicamente declarado traidor al rey el año 1419, y se le confiscaron sus estados. Dijose que el autor de la muerte del arzobispo fué el conde de Urgel, y Luna el ejecutor; pero la pena cayó sobre éste, si bien no se le tocó en la persona. Anduvo vago por Cataluña en casa de sus amigos, hasta que acabó sus infelices

;

dias en Mequinenza odiado de todos , aun de los Lunas.

Para mayor conocimiento de los derechos que los pretendientes alegaban en tan ruidoso suceso, damos el árbol de sus líneas.

Reyes de Aragon de que descendian.

Don Jayme el II.

Don Alonso IV.

Don Pedro IV.

Don Juan I.

Don Martin.

Derecho del duque de Gandía.

Don Jayme II.

Don Pedro , su hijo cuarto.

Don Alonso el mayor.

Don Alonso el menor.

Pretendiente , muerto su padre.

Derecho del conde de Urgel.

Don Alonso IV.

Don Jayme , su hijo segundo.

Don Pedro de Aragon.

Don Jayme de Aragon.

Pretendiente.

Derecho de don Fernando.

Don Pedro IV.

Doña Leonor su hija.

Don Fernando.

Pretendiente.

Derecho de Luis de Anjou.

Don Juan I.

Doña Violante de Bar.

Luis de Anjou.

Pretendiente.

Derecho de don Fadrique.

Don Martin.

Don Martin su hijo.

Don Fadrique, su hijo bastardo.

Pretendiente.

El infante don Fernando tuvo la noticia de su eleccion hallándose en Cuelca, y desde luego marchó á Zaragoza con su familia. Hizo su entrada en ella dia 1.º de Agosto, y mas adelante fué coronado con la reina doña María; y su primogénito don Alonso fué declarado sucesor, *príncipe de Gerona*, y gobernador del reino.



CAPITULO IX.

Resultas del compromiso y eleccion de don Fernando. Continúa el cisma. Júntase el concilio Constanciense. Venida del emperador á procurar la renuncia de Benedicto Luna. Retirase á Peñíscola, donde permanece antipapa hasta su muerte. Aragon le quita la obediencia. Muere el rey.

Castilla se mantenía quieta con el suave gobierno de la reina y don Fernando. Sentaron paces con Portugal á 14 de Julio de 1411, allanadas las pretensiones que Portugal podia tener á Castilla. Tambien se renovaron las treguas con Granada para diez y siete meses, dando Jucef libertad á ciento cincuenta cautivos. Las inquietudes estaban en Aragon. Todos los pretendientes de la corona se allanaron á la sentencia, y dieron la obediencia á don Fernando, menos el conde de Urgel, que meditaba quitarle el reino por armas. Orgullo temerario, siendo sus fuerzas desproporcionadas á tal empeño. Confederóse con el duque de Clarence, dándole por mujer una hermana suya; y aunque este no era favor sino carga, prometióle auxilio para recobrar el reino, y con tanta satisfaccion, que le dijo podia desde luego llamarse rey de Aragon como lo hizo. Arrojo temerario que puso en peor estado sus cosas, siendo el duque un pobre hombre, con su ducado *in partibus*, y sin fuerza alguna para mantener su promesa. No pudo el nuevo rey tolerar tal insolencia, y marchó contra el conde con ejército competente; pero no esperó

que llegase. Envió cautelosamente mensajeros al rey, prestándole la obediencia dia 28 de Octubre; pero con esta fingida mensagería solicitaba descuidar al rey y ganar tiempo, sabiéndose que la tropa castellana debia regresar á Castilla no siendo en Aragon necesaria, porque la del país no le era enemiga. No le salió el stratagema. Sitió el rey al conde en la fortaleza de Balaguér, no habiendo podido aquietarle con ningunas ofertas. Defendióse bien el castillo por ser muy fuerte, y rendidos al rey los pueblos del condado, hubo tambien el castillo de rendirse por falta de comestibles, y por no irritar al rey. Medió la condesa, procurando un acomodamiento razonable con su marido; mas entonces ya las cosas estaban muy ágrias, y el rey agraviado. Sin embargo, logró la vida del conde, con tal que luego sin dilacion viniese á su obediencia. No viendo, pues, otro medio tuvo que acomodarse, y saliendo de la fortaleza, pidió perdon al rey. Envióle á Lérida preso, donde fulminándole proceso y declarado reo de *lesa magestad*, fué condenado á cárcel perpetua, por sentencia de 29 de Noviembre de 1413. Su madre doña Margarita 1413 le solia decir: *Hijo mio, ó rey, ó nada*. Anduvo por varios castillos de la corona; hasta que murió en el de Játiva, por los años de 1426, reinando ya don Alonso V.

Continuaba sus gemidos la paloma de la Iglesia en su cisma; porque la terquedad y artificios de Luna no escuchaba ruegos, razones ni decretos conciliares, y aun despreciaba los juramentos. El nuevo papa Juan XXIII, con asenso del emperador Segismundo, hizo indiccion del concilio gene-

1414 ral de Constanza para 1.º de Noviembre de 1414. La primera sesion se empleó en asignar secretarios, escrutadores, leer la bula de indiccion, y la resig-
 1415 nación que Juan hizo del pontificado. La segunda fué á 2 de Marzo de 1415, y en ella se leyó la renuncia, á que se siguieron repetidas gracias del emperador y los padres, mas con suspiros de gozo que con palabras. ¡Pero quién lo creyera! El dia siguiente 20 del mes huyó de la ciudad disfrazado de mozo de mulas; pero el concilio pronunció sentencia de deposicion á 29 de Mayo, ya por la renuncia hecha, ya por un enorme número de crímenes que se le justificaron, aun despues de papa. Aceptóla el mismo depuesto dos dias despues en el lugar de Cellis en donde se hallaba. Renunció tambien Gregorio XII, sucesor de Inocencio VII. Quedaba pertinaz solo Benedicto Luna, y tan lejos de convenirse como siempre; por lo que vinieron al rey de Aragon embajadores del emperador, amonestándole á procurar que renunciase aquella dignidad umbratil. Era la cosa mas fundada, pues Luna habia prometido repetidas veces con juramento renunciar si los otros renunciaban. Ya se habia verificado, y no le quedaba recurso. Aun se ofreció Segismundo á venir en persona á Aragon, para mas obligar á Benedicto, como vino en efecto aunque en vano.

Poco despues vino otra embajada mas urgente. El rey de Francia pedia al de Aragon obligase á Benedicto á que pasase al concilio de Constanza, ó enviase procuradores. Si se negaba, todos los cristianos le perseguirian por cismático, perjuro, y rebelde á la Iglesia. Desde luego procuró el rey tener vistas con Benedicto en la villa de Morella

en el mes de Julio de 1414; pero no sacó mas fruto que palabras capciosas, excusas, largas, y dificultades aparentes, como siempre que se trataba de renuncia. La única proposicion que le sacaron los prelados y caballeros que el rey nombró para persuadirle, fué, *que pues habia jurado renunciar el sumo pontificado renunciando los competidores, lo pondria voluntariamente por obra; pero no hallaba en el mundo persona de quien pudiese fiarse, y quiénes fuesen jueces abonados para hacer eleccion canónica, pues los que podian juzgar en ello eran cismáticos; que Constanza estaba muy lejos para su edad y achaques.*

Sabida en Constanza respuesta tan inesperada, suplicaron los padres al emperador viniese á ver á Benedicto, del cual podia recabar la renuncia y dar fin al cisma. Aceptó tan árduo viaje el pio monarca, y salió de Constanza para España dia 17 de Julio de 1415, llegando á Narbona á fin de Agosto. Habia dado al rey de Aragon parte de su venida, y que podrian verse los dos en Narbona con Benedicto. Estaba nuestro rey en Valencia tan enfermo, que se desconfiaba de su vida; sin embargo, tenido el aviso, le pasó á Benedicto, y se embarcó para Narbona llegando á Perpiñan en 31 de Agosto tan postrado de fuerzas que no pudo pasar adelante. Habia Benedicto llegado primero, y se habia asegurado en el casti- llo con buena guardia; el rey estaba en casa de un caballero llamado don Bernardo de Villacorva. Envió el emperador sus embajadores á Benedicto, acompañando á los que el concilio le enviaba, que *procurasen de su parte persuadirle la renuncia como*

los otros habian hecho, y él habia jurado hacer. Que solo por esto habia emprendido tan penoso viaje. Que reflexionase sobre su avanzada edad, y lo poco que le podia durar aquella dignidad incierta. Que haciéndolo así daria testimonio á toda la tierra de que esta habia sido su intencion primitiva, y un eterno monumento de la grandeza de su ánimo posponiendo á cuanto pudiera interesarle el interés de la Iglesia. No hubo frase, fórmula ni razon alguna que aquellos varones no aprovecharan al intento; pero todo en vano. Dió por respuesta, que si el emperador y el rey de Aragon le mostrasen razones tan urgentes y seguras de que renunciando él se seguiria sin duda la union deseada, renunciaria.

Sorprendió á todos semejante respuesta; como si aquellos pios monarcas y todo el Concilio fuesen capaces de traspasar su palabra, como él hacia. Visitaron al rey que estaba en cama, y á 13 de Setiembre se fueron á Narbona. Con esta noticia, dia 19 se vino el emperador á Perpiñan y vió al rey tan á los últimos, que apenas podia hablar. Por fin, abocóse Segismundo con el mismo pertinaz antipapa, repitiendo la causa de su venida, que no era otra que la confianza que el mundo tenia de que no regresaria á Constanza sin el esperado consuelo. Pero Benedicto, siempre fecundo en recursos aparentes aunque vanos, le respondió, *daria medio seguro para la union de la Iglesia mucho mas breve que los propuestos hasta entonces.* Nada mas dijo, y con una satisfaccion tan seca y vaga se salió de tan costosa y alta visita. Visitó el emperador al rey en su cama, le contó la respuesta de Benedicto, y añadió, *no dudaba de*

que *Benedicto tiraba á burlarse de todos, y mantenerse tenaz en el cisma.* Con todo eso, repitióle sus instancias el mismo emperador, el rey, y no menos los embajadores del Concilio, los de Francia, Castilla, Navarra, san Vicente Ferrer y otros grandes personages de la corte; pero todo fué perdido. Dióles otra respuesta mas necia y vaga que la precedente; y negándose á toda renuncia, dijo, *que el medio que habia prometido mas seguro y breve era que se declarase por justicia quién era el verdadero papa.* No hubieron menester mas para penetrar el intento de aquel hombre fanático; y se ve claro queria le penetrasen y dejasen en su pertinacia. Sabia que aquel negocio no podia resolverse por via de justicia ó derecho, estribando en averiguar si la eleccion de Urbano VI era legítima aun despues de ratificada, coronado papa, adorado, obtenido gracias y obediencia dada. Esta discusion era ya imposible. Véase si este medio era mas breve y seguro que una renuncia que se hace en un momento.

Negaronse, pues, aquellos príncipes á tan fá-tua propuesta, y dia 3 de Noviembre le requirió el rey, *efectuase la renuncia lisa y llanamente sin sus ordinarios efugios, porque de lo contrario se le quitaria la obediencia.* Respondióle resueltamente, *que su señoría podria hacer lo que quisiese; pero él nada haria sino lo que habia ofrecido.* Vióse con esto, que la renuncia de los dos competidores le habia dado mas atrevimiento, y á su parecer habia quedado solo y verdadero papa, confiando que el Concilio le confirmaria. Mas el emperador, que penetró su pertinacia, se despidió del rey, y dia 7 de Noviem-

bre se puso en camino para Constanza. Es cosa notable la que refieren los historiadores coetáneos y testigos de vista, que Benedicto estuvo cierto día perorando por su causa siete horas continuas con un vigor de jóven, teniendo ya setenta y siete años de edad. Su principal argumento consistia en este dilema: *O él era verdadero papa, ó no lo era. Si lo era, estaban fuera de la disputa, y los cristianos debian obedecerle. Si no lo era, no habia en el mundo quien pudiera elegir papa sino él, por ser el único cardenal verdadero que quedaba, por ser ya todos muertos: así que él se elegia á sí mismo.*

En tal estado de cosas acordó el Consejo del rey fuese Benedicto requerido tres veces á que renunciase absolutamente, y esperase si el Concilio le reelegia. Si lo negase, se le quitase luego la obediencia. Hizosele el primer requerimiento día 13 de Noviembre, á que respondió con aquellas apariencias que solia cuando le apretaban, *que Dios sabia habia deseado siempre lo union de la Iglesia, y para ella habia dado buenos medios al emperador; pero no habiendo sido aceptados, y entonces se le requeriria por escrito, se le diese traslado, y contestaria de forma que los principes quedarian satisfechos.* Conoció muy bien advertirian todos, que aquello no era mas que evadirse y salir del paso; el día siguiente envió recado al rey haciéndole saber *que no tenia mas que hacer ni decir. Así, que se ausentaba de Perpiñan y se retiraba á Colibre, con cuya noticia podia su señoria hacer lo que mejor le pareciese.* Marchó el mismo día con su corte, escoltado de cuatrocientos caballos y quinientos ballesteros. No le siguieron mas que dos de sus anticardenaes

y algunos prelados. Por los mismos que llevaron al rey el recado de Benedicto, le amonestó *volviese á Perpiñan, y podrian arreglarse las diferencias amigablemente*. Entonces se le hizo el segundo requerimiento; á que respondió con el mayor desahogo *no esperase de él renuncia alguna, porque nunca la haria*. Además, encargó dijese al rey estas palabras: *¿A mí que te hice, envias al desierto?* Quiso recordarle lo que habia trabajado para hacerle rey de Aragon.

Todavía quiso el rey hacer algo mas de su parte. Tuvo consejo en puridad de los primeros hombres de su reino, para que resolviesen el *ultimatum*; y consideradas maduramente las cosas, acordaron unánimes, *que si Benedicto, héchole el tercer requerimiento, permaneciere negativo de la renuncia, se le quitase luego la obediencia, y se diese al papa que el Concilio crease*. Este mismo voto siguió san Vicente consultando aparte con el rey. Hizosele, pues, la tercera intimacion dia 1.º de Diciembre; pero Benedicto no le quiso oir, y se embarcó para Peñíscola. Quedó, pues, resuelta la sustraccion de obediencia; y dia 6 de Enero de 1416, precediendo sermon de san Vicente, leyó el mismo Santo el decreto de sustraccion en el castillo de Perpiñan, y se envió copia á todo el reino que hiciese lo mismo. Navarra, Fox, Armeñac imitaron al Aragon. Castilla lo dilató algunos dias por la oposicion de algunas hechuras de Benedicto; pero por fin se hubo de hacer, y Castilla envió sus embajadores al Concilio como Aragon los habia enviado para nombrar papa. La sustraccion de obediencia de Castilla á Benedicto la leyó en el

mismo Concilio Pedro Fernandez de Guardia, arcediano de Grado, uno de los embajadores; pero como no tuvieron la advertencia de traducirla en latin, fué leida en castellano, y entendida de muy pocos. Léase la sesion 35 del mismo Concilio. Contra tanta evidencia no merece crédito alguno la nota 7.^a del tomo VII de la Historia de Mariana, impresa en Valencia, pág. 46, y lo mismo su reclamo en la 14, pág. 59.

Con tanto, vuelto el rey á Barcelona, se le agravó la dolencia notablemente, y queriendo mudar aires en Castilla, llegado á Igualada, le cogió la muerte, donde recibidos los auxilios espirituales acabó dia 2 de Mayo. Fué don Fernando uno de los reyes mas pios que ha tenido España. Por su testamento dejó á don Juan, su hijo segundo, los estados de Lara, Medina del Campo, el ducado de Peñafiel, el condado de Mayorga, Castrogeriz, Olmedo, Villalon, Haro, Bellhorado, Briones, Cerezo y Montblanc que él poseia. A don Enrique, su hijo tercero, dió el condado de Alburquerque y el señorío de Ledesma, Salvatierra, Miranda, Monte-Mayor, Granada y Galisteo, llamadas las cinco villas. A don Sancho, hijo cuarto, dió Montalban y Mondejar; pero murió antes que el rey. A don Pedro, hijo quinto, dió las villas de Terraza, Villagrasa, Tarrega, Elche y Crevillente. A las infantas doña María y doña Leonor dejó cincuenta mil libras barcelonesas á cada una. Su heredero en el reino fué el príncipe don Alonso, que fué el V del nombre, despues rey de Nápoles. Enterraronle en Poblet, ordinario sepulcro de los reyes de Aragon.

CAPITULO X.

El concilio Constanciense depone todos los antipapas, y elige á Martino V. Discordias de éste con el nuevo rey de Aragon. Conquista de las islas Canarias. El rey de Castilla comienza á gobernar sus reinos. Privanza de don Alvaro de Luna. Jornada del aragonés á Cerdeña. Revueltas de Nápoles y derecho de Aragon á él.

Muerto don Fernando, rey de Aragon, fué levantado y jurado rey su primogénito don Alonso, que fué el V. Celebradas las exequias de su padre, procuró con arte que su hermano don Juan se viniese de Sicilia, adonde habia ido á casar con la reina Juana de Nápoles. No habia tenido efecto la boda por haber don Juan preferido la hermosura de doña Blanca de Navarra, viuda de don Martin de Sicilia, que allí perseveraba. Temia don Alonso que los sicilianos alzasen rey á su hermano, pues aun viviendo su padre, le pedian para su rey alguno de sus hijos. Vinose don Juan, y llegó á la playa de Murviedro en 18 de Setiembre, dejando el gobierno de Sicilia en don Domingo Ram y otros como vireyes.

La muerte del rey de Aragon alcanzó á Castilla, recayendo en la reina madre toda la tutoría del rey y gobierno de los reinos. En órden á la crianza del rey don Juan hubo algunas desazones, queriendo volver á ella Zúñiga y Velasco, despues que la habian vendido. Pero por bien de paz hubo la reina de convenirse, aunque asociándoles el arzobispo de Toledo don Sancho de Rojas. Acabadas entonces las treguas con Granada, se reno-

varon á 17 de Abril, pagando parias y cien cautivos.

Por ahora el nuevo rey de Aragon seguia las huellas de su padre en órden al cisma. Envió sus exhortos á los cuatro cardenales que á Benedicto quedaban y á varios prelados, para que concuriesen al Concilio. Eran estos cardenales putativos el abad de Montaragon, Cárlos Urries, Alonso Carrillo y Pedro de Fonseca, y su respuesta fué mas arrogante y desentonada de lo que convenia, sin duda dictada por Benedicto. Dijeron, *que no podian abandonar al pastor universal de la Iglesia, ni desamparar esta afligida madre, reducida por los pecados de los hombres á un lugar angosto y combatido de las mayores persecuciones. Por el contrario requerian ellos y amonestaban al rey que no molestase los eclesiásticos de su reino, dejándoles acceso libre á su verdadera cabeza que era Benedicto XIII, pues entonces les habia convocado á Peñiscola para proseguir el Concilio general empezado en Aviñon los años anteriores.* Fué esta respuesta dia 13 de Mayo, y el rey hizo de ella el desprecio que aquellos fanáticos merecian, siendo ellos los que afligian la Iglesia. Nombró los embajadores para el Concilio, despreciando altamente la propuesta que algunos prelados locos le hicieron de que restituyese la obediencia á Benedicto.

Llegaron estos embajadores á Constanza á primeros de Octubre de 1416, y en la sesion 24, dia 28 de Noviembre, fueron enviadas letras á España citando á Pedro de Luna para que compareciese en el Concilio dentro de cien dias. Estas letras se fijaron en las valvas de la catedral de

Constanza, y el trasunto enviado á España debia fijarse en Tortosa, san Mateo, ó en Cervera, que son lugares cercanos á Peñíscola; pero se fijó en esta, y aun fué leído á Benedicto y á los suyos. Pasados los cien dias sin comparecer, fué llamado, segun estilo, á la puerta de la Iglesia de Constanza por tres veces, y no respondiendo nadie, fué declarado contumaz, y se procedió á la sentencia. En la sesion 36, tenida dia 22 de Julio de 1417, ¹⁴¹⁷ fué citado Pedro de Luna para el 26 á oír su sentencia, privándole el Concilio de su dignidad cualquiera que fuese. Publicóse luego, y en ella Pedro de Luna fué declarado *cismático, hereje, perjuro, indigno de todo grado, título y dignidad.*

En 11 de Noviembre veinte y ocho cardenales que en el Concilio habia entraron en conclave, y de general acuerdo eligieron papa á Oton Colonna, cardenal diácono de san Jorge *in Velabro*. Era dia de san Martin, y el papa quiso así llamarse en memoria del Santo, tomando el título de V, aunque era el III del nombre. El gozo del Concilio fué extremado; el mismo emperador, como fuera de sí, entró en el conclave, y antes con lágrimas que con voces dió las gracias á los cardenales uno por uno. Buscó luego á Martino, y con la misma ternura le iba á besar el pie; pero acudió el papa y le estrechó en sus brazos, dándole gracias en nombre de la Iglesia por los grandes cuidados y fatigas que por su union se habia tomado.

Ya no quedaba que hacer para la quietud de la Iglesia sino dejar á don Pedro de Luna encerrado en Peñíscola, mayormente por haberle aban-

donado de allí á poco los cuatro anticardenales que le quedaban y pasados á Martino. Pero la desordenada avaricia del rey de Aragon hizo que la Iglesia gimiese aun por doce años. Nada habia hecho el aragonés por la extincion del cisma comparado con lo que el emperador habia hecho, y con todo eso el emperador no pidió al papa gracia alguna, y el rey de Aragon nada creyó bastante para recompensa. Aun antes que Martino viniese de Constanza á Roma, ya comenzó á molestarle por medio de embajadores, pidiéndole gracias y donativos, especialmente no pagar ya mas feudo por la Sicilia, una parte de los diezmos de la cámara apostólica, la propiedad y dominio de varias encomiendas de san Juan, los castillos de Monzon y Peñíscola, y la provision perpetua del maestrazgo de Montesa. Y todo esto además de lo que ya se retenia de las rentas eclesiásticas por los gastos hechos en el cisma, que no eran otros que haber enviado embajadores al Concilio.

Apenas pudo creer el papa lo que los embajadores de don Alonso le decian; pero le otorgó por entonces la relevacion del feudo de Sicilia, que eran diez y ocho mil florines, por un quinquenio, y condonacion de los años vencidos que por el cisma no se habian pagado. *Lo demás*, dijo el papa, *no lo podia dar por no ser suyo, sino de la Iglesia, y de las órdenes militares san Juan y Montesa.* Resintióse el avaro don Alonso de la repulsa, y como mozo precipitado y aturdido, se arrojó á perpetrar una accion ruin que empañó su nombre, su fama póstuma y hechos ilustres. Permitted que en sus dominios se diese públicamente por nula

la eleccion de Martino (á imitacion de los cismáticos de Fondi en la de Roberto contra Urbano VI) el Concilio de Constanza por conciliábulo, y de ningun valor sus cánones y decisiones. Con esta libertad, los adictos á Luna se derramaron por la Plana y otras partes, publicando sin rebozo *que el Concilio de Constanza no era mas que un conciliábulo con infinitas nulidades; pues habiendo en el orbe cristiano mas de ochocientos prelados, no habian concurrido ni una tercera parte. Que Benedicto de ningun modo debia ser tenido por cismático y menos por hereje, habiendo siempre protestado fuerza y libertad oprimida, pues por su mucha edad y falta de salvoconducto no habia ido á Constanza &c.*; añadiendo otras mil impertinencias y mentiras de esta clase. Eran estas las que el rey deseaba para tener cuidadoso á Martino, y forzarle á darle lo que pedia. Envióle nueva embajada repitiendo las impertinentes demandas; pero Martino solo añadió el castillo y villa de Peñíscola, y los espolios del antipapa Luna, como le guardase allí seguro hasta su muerte, ya que no se redujese á la razon. Respondió el impetuoso rey irónicamente, *guardaria á Benedicto en aquel castillo, haciéndose su guarda y carcelero.* Cumpliolo al pie de la letra, con grande menoscabo de su religion y buena fama. Benedicto y sus gentes nunca padecieron en adelante vejacion alguna, por mas legacías que contra él envió Martipo á don Alonso. Por el contrario nunca les faltó nada de lo necesario á la vida.

Este año acabó de sujetar las islas Canarias Juan de Betancur, descubiertas algunos antes; y en 22 de Abril de 1418 se disolvió el concilio 1418

Constanciense, quedando unido á Martino todo el orbe cristiano, menos los pocos refractarios de Pedro de Luna, con la libertad que don Alonso les daba. Portugal ejercitaba sus armas contra moros victoriosamente, y Castilla, desterrado Marte por la destreza de la reina madre, gozaba de paz suma; pero quiso Dios llevársela de este mundo á la gloria, dia 1.º de Junio, sin estar enferma, hallándose en Valladolid. La reina viuda de Aragon regresó á Castilla con sus hijos é hijas, estableciéndose en Medina del Campo, y como el rey de Castilla ya se acercaba á los catorce años de edad, se movió trato de casarle con la infanta de Aragon doña María, su prima hermana. Tratabase esto desde antes de morir doña Catalina, la cual inclinaba sus miras á dar por mujer á su hijo á doña Isabel de Portugal, hija de los actuales reyes; pero muerta la reina, se continuó lo de Aragon y se concluyó mas adelante. Por ahora muerta la madre, hubo el rey de Castilla por necesidad de ponerse á la frente del gobierno, auxiliado del arzobispo de Toledo y algunos grandes. Por fin, **1419** cumplidos los catorce años dia 6 de Mayo de 1419, publicó el rey en Córtes su matrimonio con la infanta de Aragon el dia 7, y que se entregaba del gobierno como disponian las leyes.

A 5 de Abril pasó al eterno descanso en Vannes de Bretaña san Vicente Ferrer; y dos años antes habia venido de Sicilia la princesa doña Blanca, desposada ya con don Juan de Aragon, despues reyes de Navarra. Celebróse el matrimonio de presente dia 18 de Junio de 1420. En Castilla comenzó á sentir el rey la ausencia de



su doncel Alvaro de Luna, que habia pasado al Aragon acompañando á doña María, mujer del nuevo rey don Alonso. Era don Alvaro poco mayor en edad que el rey; pero congeniaban tanto, que no podia vivir sin verle y tratarle familiarmente. Hizole volver á Castilla, y la intimidad y privanza creció tanto, que son pocos los ejemplares que la excediesen. Celosos de esto los infantes de Aragon don Juan y don Enrique, que deseaban apoderarse del rey su primo y cuñado, levantaron tales torbellinos, que tuvieron inquietas las Castillas por muchos años como veremos. Añadiase á esto la extremada ambicion de doña Catalina, hermana del rey, la cual aunque al pronto se resistió á casar con el turbulento don Enrique, se convino despues muy fácilmente. Como quiera, este loco infante llegó á tener preso al rey en Tordesillas y Segovia, y fué quitando de su lado á todos los que le hacian estorbo, y poniendo á personas de su parte; pero por no llegar á los extremos, y dar á conocer que sus tiros iban contra don Alvaro, le dejó con el rey. Mas adelante reventó la mina, y se declaró que todo su encono iba contra don Alvaro, cuyo talento frustraba las asechanzas de los infantes, ya convenidos en apoderarse del rey y reinos de Castilla.

Al principio de Mayo de 1420, teniendo el rey de Aragon sus cosas á punto de marcha contra los inquietos de Cerdeña, se hizo á la mar con armada competente, y llegó á la isla en 11 del mismo. Ya hacia dias que el gobernador don Artal de Luna y el virey Juan de Corbera perseguian á los revoltosos; pero la venida del rey les acobardó,

y todo quedó sosegado. En Avila dia 4 de Agosto casó el rey de Castilla con doña María de Aragon, aunque todavía se hallaba como bloqueado por don Enrique, con pena de su madre y hermanos, que le instaban derramase la gente. Quisieron saber por boca del rey mismo si estaba libre, ó si preso, y le enviaron al obispo de Cuenca don Alvaro de Isorna para saberlo; pero respondió estaba libre, no siendo así, y teniéndole acobardado como niño el miedo del audaz don Enrique. La opresion en que le tenia le obligó á pedir al papa la gracia de que todas las rentas del maestrazgo de Santiago fuesen para don Enrique durante su vida, y luego para sus hijos y descendientes. Pero el año siguiente, salido el rey de cautiverio, fué todo revocado. Su libertad se logró de este modo. En una de sus ordinarias monterías, marchó para Talavera con su mujer, su hermana doña Catalina y don Alvaro de Luna; y aunque lo supo don Enrique, ya maestro de Santiago, no lo estorbó, por acabar su matrimonio con doña Catalina. Consiguiólo en la torre de Alamin; y llegados á Talavera se velaron á 8 de Noviembre, dando el rey en dote á su hermana el marquesado de Villena; con lo cual quedó mas quieto por entonces aunque le duró poco. Diez dias adelante casó don Alvaro de Luna con doña Elvira Portocarrero, si bien parece estaban ya desposados de futuro.

Por mas intimidad y favor que don Alvaro tenia con el rey, no prosperaba en nada, pues toda la casa real y consejo privado eran hechuras de don Enrique, y era preciso contemporizar hasta

que el rey entrase en años y respeto. Proyectaba el audaz infante, ya cuñado del rey, conducirle á las Andalucías en donde tenia mayor partido, y fué necesario al rey ocupar alguna fortaleza en el camino, y defenderse del tirano, hasta que las cosas mudasen. A consejo de don Alvaro y ordinario pretexto de la caza, un dia viernes 29 de Noviembre á punta del dia, acompañado de varios caballeros se entró en el castillo de Montalban, y muy aprisa, porque la gente de don Enrique le seguia. Llegó tambien mas tropa de don Enrique, y embajadores de varios caballeros que deseaban volviese el rey á Talavera, diciéndole *cuan extraña y mal meditada era aquella fuga, teniendo por seguro habia sido consejo de quien mal le servia.* Respondióles el rey desde las almenas *que su venida era voluntaria; y que ellos ni don Enrique no debian moverse de Talavera, como les habia mandado por Diego Miranda.* De nada sirvió la respuesta del rey; acudió don Enrique con nueva gente, y sitiaron la fortaleza, de forma que llegó á padecerse extrema falta de víveres. Hubieronse de comer los caballos, mandando el rey empezar por el suyo. Mediaron algunas hablas, y nada concluyeron porque el rey queria lo primero levantasen el sitio, no habiendo causa ni razon para tenerle preso; pero lo negaron, y hubiera sucedido algun desacato á la magestad á no haber acudido en auxilio del rey el arzobispo de Toledo don Juan de Aragon, hermano de don Enrique, y muchos concejos armados. Huyeron, pues, los sitiadores dia 10 de Diciembre, el maestre se retiró á Ocaña, y el rey se vino á Castilla.

Por ahora padecía Nápoles los mas peligrosos síntomas de revolucion y anarquía. Jayme de Borbon, marido de la reina Juana, temiendo que sus favoritos le matasen como se rugía, huyó á Francia. Jayme Esforcia, de pobre labrador que era, vino por las armas á ser alferéz mayor de la reina y condestable del reino. Esta loca mujer sin atencion á los grandes servicios que á Esforcia debia, hizo su mayor privado, favorito y ministro á Juan Caracciolo. Ofendido Esforcia, llamó á ocupar aquel reino á Luis de Anjou, pues estando su espada en su defensa le sería fácil. Amenazada la reina de esta borrasca, pidió socorros al rey de Aragon, que se hallaba en Cerdeña, prometiéndole adoptarle por hijo. Desaconsejaban á don Alonso sus consejeros admitiese la propuesta, ya por deber sostener una guerra larga, y costosa por distante, ya por ser doña Juana una mujer inconstante y semiloca, no menos que los barones de su reino, que hoy se mataban por una cosa, y mañana por dejarla. Pero don Alonso siguió el impulso de su ambicion, y desde luego firmó la contrata, jurando enviaria grandes auxilios á la reina luego que viese su firma y sello. Ya los necesitaba mas que ordinarios, pues el Anjoño tenia buen ejército en Nápoles, conducido por naves genovesas, y unido al de Esforcia causaba daños en la comarca. Pero los males y temores se acabaron presto. Amanecida en aquellos mares la escuadra aragonesa, se amedrentaron los Anjoños, y saltó de placer la reina. El almirante genovés que trajera el Anjoño, se dejó de ruidos, y dió velas para su casa; Esforcia se retiró tierras

á dentro. La escuadra aragonesa al cargo de Ramon Perellós, vistos en fuga los enemigos, se metió en el reino de Nápoles y en la ciudad, siendo llamado *el libertador de la patria*. De pronto dió doña Juana al rey de Aragon el ducado de Calabria, y al Perellós puso al cuello por su mano una riquísima cadena y collar de oro. Hecho esto, dia 17 de Setiembre se solemnizó la adopcion de don Alonso y sucesion en el reino, declarando tenia fuerza de ley real y fundamental perpetua. Esta fué la puerta por donde Nápoles entró en España, hasta que Felipe V cedió aquella corona á su hijo Carlos, y éste dejó en ella á su hijo Fernando el año de 1759 cuando se vino á ser rey de España é Indias.



CAPITULO XI.

Continúan las inquietudes de Castilla. Nace el desgraciado príncipe de Viana. Paz de Portugal y Castilla. Vicisitudes de Aragon y Nápoles. Muere el antipapa Luna. Los anticardinales eligen antipapa á Gil Sanchez Muñoz. Nace Enrique IV de Castilla. Crecen los odios contra don Alvaro de Luna.

En Castilla no habia guerra ni paz: todo eran engaños, felonías y recelos. El rey habia mandado repetidas veces al maestre don Enrique derramase la gente de guerra; pero no lo acababa de practicar, excusándose con que su hermano don Juan no despedia la suya. Por fin, lo hicieron ambos y don Juan dió al castellano mil lanzas para guarda de su persona. Sucedió la novedad de que don Enrique y su mujer querian entrar en posesion del ducado de Villena; pero el rey mandó á los pueblos no se la diesen, si bien algunos ya se la habian dado. Tuvo consejo sobre si podria revocar la donacion por exorbitante, doblada de la dote que la reina habia traído, y por la traicion cometida contra el rey en Tordesillas. Resolvióse podia revocarse y se revocó en efecto; pero mientras tanto sujetó don Enrique por armas los pueblos que la negáran la posesion, excepto Alarcon, Garcimuñoz y Chinchilla que no pudo por entonces. A vista de esto, fué contra don Enrique de órden del rey Alonso Yañez Fajardo con tropa competente, y recobró los lugares tomados por el maes-

tre; pero exasperado este levantó nueva gente contra el rey, á pesar de los requerimientos de ser declarado reo de lesa magestad, y lo mismo sus secuaces. Revocósele tambien la gracia de las rentas de todo el maestrazgo, hecha por el papa, y esto exaltó mucho mas la bilis de aquel rebelde. Resolvió locamente el nuevo atentado de prender la persona del rey que se hallaba en Arévalo; pero no desprevenido ni olvidado de quien era don Enrique. Hubieran llegado á las puñadas si su madre la reina doña Leonor y otras personas no le persuadieran dejase tal disparate y despidiese la gente; pues si salia vencido, como era regular, perderia la cabeza.

A 29 de Mayo de 1421 doña Blanca de Navarra dió á luz en Peñafiel un infante á quien llamaron Cárlos, el cual fué despues el blanco de las iras de su injusto padre por quitarle el reino de Navarra que por su madre le correspondia. Por el mismo tiempo á 16 de Julio dió treguas el rey al Granadino para tres años, con tal que le pagase en cada uno trece mil doblas de oro.

Eran molestas y continuas las peticiones, reca-dos y mensajes de don Enrique al rey, ya con una, ya con otra demanda, y hubo de responderle una vez por todas por medio de las armas. Previno gente de guerra y marchó en su busca, si bien iba despacio por ver si á vista del amago venia á su obediencia como se creia. En efecto, pidió seguro al rey y vino á Madrid á verle con solo sesenta caballos. Entró á su presencia dia 13 de Julio de 1422, y quiso darle satisfaccion de lo pasado; 1422 pero le dijo el rey *no era tiempo acomodado para*

oirle en aquello; que quando tendria consejo le llamaria, diria lo que se le ofreciese, y se le daria respuesta. Juntó, pues, el rey su Consejo el dia siguiente, y convocados don Enrique y su mayordomo Garci-Fernandez Manrique, les fueron leidas catorce cartas que el obispo de Zamora habia cogido á varios mensajeros enviados al rey de Granada por el condestable Rui Lopez Dávalos, que tambien andaba rebelde con don Enrique. Algunas hablaban claramente contra el rey, convidando al Granadino á entrar poderosamente en Castilla, donde hallaria de su parte al mismo condestable y amigos. Las firmas y sellos eran del condestable, los conductores sus familiares, y se decia en ellas era sabidor de todo el maestre don Enrique; pero negaron ambos la verdad y legitimidad de las cartas, rogando al rey examinase bien cosa tan grave, y castigase á los autores segun las leyes. Ofreciólo el rey, y mientras tanto mandó poner preso á don Enrique en el castillo de Mora, y al condestable donde fuese hallado. Este luego que lo supo se retiró á Valencia, por cuya fuga perdió sus estados, y murió desdichadamente en Teruel á 6 de Enero de 1428. Probó que las cartas habian sido supuestas por un familiar suyo, llamado Juan García de Guadalajara, y fué por ello sentenciado á muerte; pero se tuvo por cierto que el condestable intervino. Lo cierto es que los estados no volvieron á su casa. Repartiólos el rey á varios caballeros y la condestablia á don Alvaro de Luna.

La reina de Castilla, dia 5 de Octubre, parió en Illescas una hija, á quien llamaron Catalina. Era primogénita, y fué jurada en Toledo por su-

cesora en el reino, caso de no haber varón; pero no vivió mas que dos años, muriendo en Segovia por Setiembre de 1424.

En Nápoles aconteció al rey de Aragon lo que le anunciaba su Consejo cuando le llamó en su socorro la reina doña Juana, mujer voltaria en extremo. Luego que se vió libre de los Anjinos, cuidó tambien serlo de los aragoneses; pero no tenia fuerzas para conseguirlo. Recurrió al papa, y por consiguiente al duque de Anjou, que era todo del papa. Este mostró al rey buen semblante; pero su corazon le estaba muy apartado, y se le comenzaron á bajar las cosas aunque disimulada y cautelosamente; y don Alonso, si bien advertia las tramas, disimulaba mas que todos, y divertia al pueblo con fiestas. Se dijo que el rey quiso enviar al Aragon á doña Juana á fin de que no resolviese las cosas, para lo cual previno naves en Gaeta donde la corte estaba, porque en Nápoles habia peste, cesada la cual, habia de volver á Nápoles en aquellas galeras mismas. Pero corrida voz ó sospecha de los intentos, la reina se fué por tierra.

A principio del año de 1423 se publicó paz **1423** por veinte y nueve años entre Portugal y Castilla; y á continuacion hizo el rey condado á san Esteban de Gormáz, poco antes dado á don Alvaro de Luna, llamándole *conde de Santisteban*. Este año, dia 10 de Setiembre, parió la reina de Castilla á la infanta doña Leonor, la cual aunque fué jurada como doña Catalina, murió tambien niña como esta.

En Nápoles crecian tanto los movimientos y tramas clandestinas de la reina y su Consejo, que resolvieron matar á traicion al rey don Alonso;

mas avisado éste, se tomaron las armas por ambas partes, y estuvo todo en gran peligro. La reina doña Juana huyó á Nola, y allí dia 21 de Junio revocó la adopción de don Alonso, y la mudó en Luis de Anjou, aconsejada de su favorito Juan Caracciolo. Esforcia y gente de la reina pelearon con los aragoneses dentro de Napoles, y se deramó no poca sangre; pero quedó por don Alonso, aunque con riesgo de la vida por parte de Anjou y del papa que le fomentaba. Esto se granjeó con las exorbitantes peticiones que le habia hecho y molestado sin fundamento ni justicia, pues fuera de esto, Martino hubiera sido indiferente. En tal estado de cosas, determinó don Alonso dejar á Nápoles en poder de su hermano don Pedro, y venir á España para aquietar las alteraciones de Castilla, y sacar de prision á su hermano don Enrique.

Desde que en 1415 se habia retirado á Peñíscola don Pedro de Luna, se mantenía allá como un prisionero de estado ó distinguido, con dos ó tres cardenales que se habia creado. El rey de Aragon, como su alcaide, no le habia molestado en la mas mínima cosa, contando siempre con que aquella sombra de papado la hiciese á Martino; pero finalmente llegó á don Pedro la hora inevitable del paso estrecho, y murió dia de pascua del Espíritu santo, 23 de Mayo de 1424. Hay alguna variedad en este año, anticipando la muerte al de 1423; pero si Luna vivió 30 años en su cisma como escriben, y Gil Sanchez Muñoz que le prorogó hasta 26 de Julio de 1429 en que dió su renuncia, diciendo *era el año quinto de su pontificado,*

párece murió Benedicto dicho año pasado el 26 de Julio, en Setiembre ó Noviembre como escriben algunos. Los cardenales y familiares de Benedicto, aunque ya pocos, le celebraron exequias en la capilla, y le colocaron en ataud; pero mas adelante fué llevado á Yllueca, y puesto en el aposento de su casa donde habia nacido, sin darle sepultura eclesiástica por haber muerto en su cisma. Pasado el funeral, aquellos pretensos cardenales eligieron sucesor de Luna á Gil Sanchez Muñoz, natural de Teruel, y canónigo de Barcelona, llamándose Clemente VIII en memoria del antipapa Roberto de Ginebra. Creó luego cardenales y formó su colegio á la sombra del rey de Aragon, que así lo queria para mortificar á Martino.

Habia venido ya de Nápoles don Alonso, y procuró que su hermana la reina de Castilla persuadiese al rey diese libertad á don Enrique. Hubiera luego tenido efecto á no retardarlo algunos que podian temer á don Enrique, y perder los bienes del condestable que tenian. Previnieronse las armas por ambas partes, y todo amenazaba rompimiento; pero mediando personas, disputas y condiciones, fué dada libertad á don Enrique dia 10 de Octubre de 1425, para mayores inquietudes; pues todos los infantes de Aragon eran turbulentos. Este año á 6 de Enero habia nacido á los reyes de Castilla en Valladolid el principe don Enrique, sucesor de su padre, cuarto del nombre. Tambien á 7 de Setiembre murió en Olite el rey de Navarra don Cárlos el *Noble*. Por su muerte heredó el reino su hija doña Blanca, casada con don Juan de Aragon. Asimismo á 29

de Noviembre falleció sin hijos don Alonso de Aragon el menor, que muerto su padre en 1412, pretendió ser rey de Aragon.

La libertad del maestre don Enrique produjo lo que todos pronosticaban, á saber, porfiadas inquietudes y guerras entre Aragon, Castilla y Navarra. Fué entregado al nuevo rey de esta don Juan su hermano, y ambos unidos arrostraron á sojuzgar al de Castilla; pero sus depravados intentos no podian efectuarse mientras estuviese al lado del rey don Alvaro de Luna, que frustraba todas sus ideas. Era, pues, indispensable derrocarlo, y comenzaron á acriminarle por varios caminos, aun horribles; uno de los cuales era trato menos honesto con la angelical reina doña María, hermana de ellos. Sembraba las discordias Pedro Manrique, adelantado de Leon, hombre sedicioso, turbulento, y mortal enemigo de don Alvaro de Luna. Sobrevino á esto, que por ser demasiado numeroso el Consejo real (llegaban á sesenta y cinco sus individuos) los procuradores de Córtes pidieron al rey le redujese en gran parte, y se siguiéron gravísimas reyertas acerca de los que debian quedar ó ser excluidos. Estos al verse privados de sus destinos, se pusieron de parte de don Enrique, dando por cierto era todo manejo de don Alvaro. No menos instaba Manrique á que don Enrique fuese pagado de las rentas ocupadas ó suspendidas durante su prision; y no habiendo en el erario con que pagarle, mandó el rey se le diesen los pedidos de los pueblos para la guerra de Granada; pero se opusieron las Córtes ó sus diputados perennes. En fin, don Enrique fué pagado de aquel

dinero, por haber tregua con Granada; pero no por eso se aquietaron los enconos, siendo otra la causa.

Menudeaban las querellas, disgustos y quemazones, ni habia de quien fiarse. Resolvió don Enrique ver al rey, aunque bien escoltado de gente armada; pero le mandó decir se abstuviese de venir entonces, y no saliese de Ocaña hasta ser llamado. No estuvo á lo mandado, y respondió le importaba pasar á besarle la mano; ni se quiso detener por mas que se le mandó segunda vez que sobreseyese. Dirigióse á Tudela donde se vió con su hermano el rey de Navarra, y este se interesó con el rey de Castilla para que le permitiese pasar á Valladolid donde estaba. Efectuóse por fin, y con él concurrieron muchos caballeros enemigos de don Alvaro, arrastrados de la envidia. Tenian sus juntas, proyectos y deliberaciones, encaminado todo á derribar á don Alvaro, y sacar de la casa real todas sus hechuras. Entregaron memorial al rey de todo esto, y de mucho mas que amontonaron sobre las inquietudes y perjuicios que padecian los grandes de que don Alvaro gobernase el reino á su alvedrío. Concluian suplicando que á la magestad real convenia gobernar por su mano, y que tenido consejo resolviese lo que convenia para satisfacer quejas tan universales.

Por dictámen de un fraile franciscano, llamado Francisco de Soria, se resolvió nombrar cuatro compromisarios que transigiesen aquellas impertinencias; y fueron nombrados don Alonso Enriquez, don Luis de Guzman, don Pedro Manrique y Fernando de Robles. Eran parciales de don En-

rique, y por consiguiente enemigos de don Alvaro por su privanza. Resolvieron que *don Alvaro se retirase á su tierra, y no volviese á la corte, ni en quince leguas de ella, durante un año y medio. Además, que saliesen de la cámara del rey todas las hechuras de don Alvaro.* En medio de todo esto, aun el maestre don Enrique no habia visto al rey, objeto de su viaje, y le vió en Cigales á ruegos del rey de Navarra. Fué recibido con agrado, y le dió las disculpas que quiso y nosotros ignoramos; pero parece culparia en ellas al navarro, pues en adelante se enfrió mucho la amistad que con él tenia el castellano. Añadióse haber sabido este, que era el navarro quien habia trabajado mas para que don Alvaro fuese confinado á su tierra. No menos se quejaba el rey de don Alonso de Robles, que siendo hechura de don Alvaro, hubiese pronunciado su destierro de la corte.

Esta reforma, que aquellos ambiciosos creian medicina, empeoró la dolencia. Todos aspiraban á ocupar los empleos vacantes y apoderarse del rey: mas éste, aunque jóven, supo cortar ambiciones.

1427 A 22 de Noviembre de 1427 dió cédula en Segovia revocando y anulando la transaccion de los árbitros compromisarios, y á 20 de Diciembre carta órden á don Alvaro mandándole volver á la corte desde Ayllon donde estaba. Comenzó el rey á manifestar su enojo con Fernando de Robles, como el que mas instára el destierro de don Alvaro, y por su inaudita soberbia. Era hombre de oscuro nacimiento, puesto por don Alvaro en el honor que no merecia, sin advertir que tales gentes tienen por divisa el ser ingratas á sus bienhechores.

Era su orgullo de manera que solia fingirse enfermo, para ser visitado y para que se tuviese consejo en su casa. Sabidas tales stratagemas, le mandó prender el rey en el alcázar de Segovia, del cual pasado al castillo de Uceda, murió dentro de dos años.

En Segovia el año 1428 hizo el rey una pragmática, irritando las alianzas, convenios, juramentos y conjuraciones particulares hechas por cualesquiera de sus reinos, permitiendo en lo futuro solo las que se hicieren con su permiso. Siguióse indulto general acerca de las parcialidades en las revoluciones pasadas, exceptuando solo las causas ya sentenciadas y las de intereses de partes. Para precaver bullicios, mandó el rey se retirasen á sus pueblos los caballeros y prelados que andaban en la corte, fuera de los arzobispos de Toledo y Santiago, don Diego de Sandoval, el adelantado Manrique y los doctores Pedro Yañez y Diego Rodriguez.

Este verano pasó por Valladolid la infanta de Aragon doña Leonor, que iba á casar con Eduardo, príncipe de Portugal, y era hermana de la reina de Castilla. Sus hermanos, el rey, y don Alvaro de Luna, vuelto ya de su destierro, la cortejaron con fiestas y torneos. Concluidos ya todos los negocios del rey de Navarra y don Enrique, mandóles el rey se restituyesen á sus estados; con lo cual el navarro solicitó paz de su reino con el de Castilla, por ser mucho lo que poseia en ella segun el testamento de su padre. Prometió hacer entrar en ella á su hermano el rey de Aragon; pero esto lo fué dilatando por sus miras particulares, y al cabo no se convino. Tuvo por indubitable que

:

los tres hermanos iban de convenio para avasallar á Castilla y engañar al rey con esperanzas. En efecto, Aragon era todo aparatos de guerra; y por mas que la voz era contra Nápoles y Francia, presto se vieron marchar contra Castilla.



CAPITULO XII.

Extincion del cisma. Guerra de Aragon y Navarra contra Castilla por envidia de don Alvaro de Luna. Treguas entre los tres beligerantes. Movimiento y guerra contra Granada. Daños de los infantes de Aragon en Extremadura.

Sucedian estos envidiosos movimientos el año de 1429, cuando el cardenal de Fox tenia no poco adelantada con el rey de Aragon la total extincion de aquel fantasma de pontificado que Peñíscola conservaba. Cinco años hacia que don Alonso mortificaba al cardenal con ofertas no cumplidas, con tratados fallidos y no pocas groserías, ajenas de un monarca que se comenzaba á llamar *magnánimo*. Vengabase de Martino por haber estado por Luis de Anjou y facilitado el recobro de Nápoles; pero estas quejas no se debian satisfacer en perjuicio de la Iglesia católica. Por fin, despues de mil trabajos, viajes, bochornos del cardenal y ligerezas del rey, se logró como por milagro la reduccion de Muñoz y sus estultos cardenales al gremio de la Iglesia, solo con un *fiat* del rey. Envió á Peñíscola á don Alonso de Borja, que despues fué Calixto III, y á Poncio de Ponz, los cuales acabaron fácilmente aquel negocio que tantas fatigas habia costado. Renunció, pues, Muñoz y los suyos á 26 de Julio de 1429. Tengo escrita por extenso la historia de este cisma, que podrá ser se publique impresa.

En aquella coyuntura fué muy útil el carde-

nal de Fox; pues hallándose Castilla, Aragon y Navarra para darse batalla en tierra de Ariza dia 1.º de Julio, medió el cardenal, y dilató el rompimiento hasta otro dia en que esperaban á la reina. Llegó esta, y con el consejo del cardenal plantó su tienda de campaña en medio de ambas, haces, amonestando á su marido y cuñado se compusiesen las diferencias, no habiendo ninguna que bastase á derramar sangre. El rey de Navarra no queria convenio; pero habiéndose pasado al pabellon de la reina el almirante de Castilla don Fadrique, el condestable don Alvaro, el adelantado Pedro Manrique y Pedro Hernandez de Velasco, hallaron modo de que por entonces se excusase batalla. Bastó para esto asegurar á don Enrique y al navarro los estados y rentas que tenian en Castilla, con lo cual regresó cada uno á su casa; pero la calma duró poco. El inquieto don Enrique que se hallaba en Ocaña, despues de haber hecho gravísimos daños en tierras de Castilla, se pasó á Estremadura con su hermano don Pedro venido de Nápoles, y estaban asolando la provincia. No menos el rey de Aragon, mal hallado sin hacer guerra, se metió en tierras de Castilla con mil hombres de armas y dos mil infantes, y apoderóse de Deza, Bozmediano, Ciria, Borovia y otras plazas, con toda la provincia de Soria, llevándose diez mil cargas de grano, ganados y pillaje. Fué ya preciso al castellano contener estos atentados con las armas, y retener las rentas del navarro y don Enrique por via de represalias. Tuvo Córtes en Burgos para prevenir la próxima campaña, y se decretaron ocho mil hombres de armas, tres mil ca-

ballos y cuarenta mil infantes, con cien mil cargas de trigo y cebada, cien mil de vino, y las máquinas de guerra *lombardas*, *truenos*, *escalas* y *bastidas*. Además, una flota en el mar de veinte galeras, treinta naves, cuatro carracas y muchos leños menores. Para gastos tan grandes se recogió plata y oro de los monasterios, cabildos, santuarios, cuerpos y personas adineradas, con absoluta calidad de reintegro. Labrabase moneda en Burgos y Sevilla, por las enormes sacas que los extranjeros hacian de ella, particularmente genoveses y portugueses.

Tan extraordinarias prevenciones de guerra, y víveres para seis meses, no podian menos de poner en cuidado al aragonés y navarro, y suponer muy irritado al de Castilla por las pasadas violencias. Nadie dudaba que la tempestad empezaria en primavera de 1430 por ambas fronteras, mayor- 1430
mente habiéndose ya dado orden á los adelantados estuviesen prevenidos. Enviaron, pues, embajadores á Castilla, procurando cada cual cargarse de razon, y aparentar causas y quejas. Aun la reina de Navarra se quejó de que el rey de Castilla ocupase ciertos juros suyos y del príncipe de Viana, no sabiendo ella ni su hijo cosa alguna de las discordias que entre los reyes habia. Aun durante el invierno hostilizaban las fronteras de Aragon y Navarra sus adelantados, y por otra parte don Alvaro de Luna perseguia en Estremadura á don Enrique y á don Pedro que destruian la tierra. Recobró á Trujillo que habian ocupado, y les tuvo sitiados en Alburquerque, donde viéndose apretados, inventaron la quijotería de terminar la

guerra por desafío, retando don Enrique á don Alvaro, y don Pedro al conde de Benavente. Pero viendo las veras con que habian admitido los retos, y les instaban á que saliesen, empezaron á temer, poner dificultades ó condiciones de armas, lugar, seguro, plazo, padrinos &c., de forma que todo paró en ciscarse aquellos valentones.

Tuvo el rey de Castilla Córtes en Medina del Campo, donde hizo presente la necesidad de hacer la guerra á los que se habian empeñado en avasallarle, echándoles de sus reinos; y las Córtes le acordaron cuarenta y cinco millones de maravedís. Allí tuvo aviso del condestable don Alvaro, habia acordado con el alcaide de Montanches, que tenia la fortaleza por don Enrique, la entregaria al rey si viniese en persona. Marchó allá por la posta, y le fué entregada sin demora. Don Pedro de Velasco, frontero de Navarra, tomó por asalto la villa de san Vicente. De Montanches pasó el rey por Alburquerque, por si los infantes de Aragon venian á su servicio en virtud del indulto publicado, y se leyó allí mismo; pero toda su respuesta fué dispararle saetas y tiros de pólvora. Intimóles la rendicion bajo las penas de la guerra y de lesa magestad por haber disparado contra el estandarte real; pero respondieron con otra descarga. Hubo de regresar el rey con su gente á Medina del Campo á mediado Enero, y esperar la primavera; pero mientras tanto, tuvo Córtes en que se leyeron las acusaciones de los infantes y de sus partidarios. Pidió el rey consejo sobre las cosas presentes, y por mas que muchos eran de parecer se castigasen los desacatos de haber dispara-



Cortes de Medina del Campo.

Justamente irritado el Rey D. Juan II por los escandalosos desacatos de los Infantes sus primos, juntó cortes en Medina del Campo; y privándoseles en ellas de quanto poseían en Castilla, se distribuyó todo entre los Grandes y Caballeros leales, castigando y premiando así los crímenes y servicios. Aunque no hubiera justicia, la conveniencia sola clamaria siempre por premios y castigos.

do al rey desde los castillos, prevaleció el dictámen de que no debía ensangrentarse con sus primos los infantes, no pudiendo menos de verter sangre propia. Bastaba desheredarles de Castilla; y absteiniéndose muchos de dar su voto en cosa tan grave, siguió el rey el camino de la benignidad. Dió á don Alvaro de Luna el maestrazgo de Santiago que don Enrique tenia; pero no tuvo la propiedad hasta el año de 1445 muerto el infante. Los otros estados se repartieron á varias casas y grandes, uno de los cuales fué don Fadrique, conde de Luna, hijo natural de don Martin de Sicilia, el cual se habia rebelado contra el aragonés, pretendiendo ser rey de Sicilia como su padre. Las cosas andaban tan rigurosas, que la reina viuda de Aragon hubo de entregar al rey las fortalezas que tenia por alimentos, y conservadas las rentas, pasarse á santa Clara de Tordesillas.

Estando ya deliberada la guerra contra Aragon y Navarra, hizo el rey llamamiento de gentes en Burgos á primeros de Mayo. Tan agravado le tenian los desacatos de don Enrique y sus hermanos, que no le pudieron apartar del propósito las mas enérgicas persuasiones. Algunos culpan en esto á don Alvaro; pero no sé si meditaron debidamente las circunstancias y tiempos. Yo me hallo tan lejos de culparle aun cuando se probara ser autor de estas guerras, que apenas hallo en su privanza negocio que tanto le honre. Fué un señalado favor de la Providencia á don Juan el II de Castilla depararle un ministro de tanta prevision y gobierno como don Alvaro de Luna. Sabemos el limitado talento y menos resolucion de este rey

aun en edad madura. ¿Qué hubiera sido de la autoridad del rey, si don Alvaro no la hubiera sostenido? ¿Un rey de Castilla preso y sitiado en su casa por un vasallo suyo; hacerle guerra abierta en sus mismos dominios los cuatro revoltosos infantes de Aragon, siendo dos de ellos ya reyes, sin mas causa que su codicia! Limitado era, repito, el talento del rey; pero no tanto que no conociera lo que á don Alvaro debia; y si le premiaba no hacia mas que pagar en parte sus servicios. Podemos decir ingenuamente, que toda la grandeza y prelados de aquel tiempo merecieron mucho menos que don Alvaro en bien de estos reinos. Si mas adelante el mismo rey le mandó quitar la vida, sin duda á sugeriones de la nueva reina y criminationes falsas, fué por la misma cobardía del rey, y permission divina para enseñar á los hombres la lubricidad de las grandezas mundanas, el poder de la envidia, la ingratitude de don Juan II (ó digamos su ninguna resolucion y suma cobardía); y finalmente, para que con este ejemplar aprendiesen los favorecidos á no endiosarse ni abusar de la privanza.

Los aparatos bélicos de Castilla para entrar en Aragon eran formidables y cercanos, y el aragonés envió sus embajadores al de Castilla, bien armados de razones y disculpas de lo pasado; pero todo era por no hallarse con fuerzas para sostener la guerra. Despues de innumerables impertinencias y relaciones estudiadas, vinieron á concluir que los reyes de Aragon y Navarra quedarian contentos de que sentasen treguas por el tiempo que se conviniese, con que el rey de Castilla restituyese al

de Navarra , á su mujer , á su hijo y al maestre de Santiago don Enrique cuanto les habia tomado. Soltaron algunas indirectas bastante conocidas contra don Alvaro ; mas éste les satisfizo y desmintió con documentos originales que presentó en medio del congreso , aunque sin livor ni acrimonia alguna. El mismo rey de Castilla no pudo menos de confesar era todo verdadero , y no lo pudieron negar los embajadores , sin embargo de que uno de ellos era Ramon de Perellós , y como soldado sacudido , anduvo mas libre de lo que correspondia. Respondióles el rey tendria consejo , y enviaria sus embajadores ; pero no llegó el caso , porque los de Aragon iban empeñados á no volverse sin respuesta positiva. Comunicaron privadamente con los que tenian influjo con el rey , los cuales lo manejaron de forma , que le indujeron á conceder cinco años de tregua á Navarra y Aragon. Las condiciones fueron como quisieron aquellos reyes , á saber , *que durante los cinco años no hubiese movimiento de armas por ninguno de los contratantes ; que se desjasen desembargadas las rentas que tenian en Castilla los reyes de Navarra y su hijo , y lo mismo las de don Enrique , su mujer y el infante don Pedro ; pero estos debian salir de Castilla , y no entrar en ella sin licencia del rey.* Pregonóse la tregua en la frontera dia 25 de Julio.

Transigidas así las cosas , hubo lugar de volver los ojos á Granada , cuyo rey Mahomad el Izquierdo habia negado las parias. La estacion estaba muy adelantada , y no se hizo mas que fortificar con gente la frontera , aplazando la restante para Marzo de 1431. Llegado este , concurrieron las

tropas, y don Alvaro de Luna pidió permiso al rey para marchar delante con su mesnada que era de tres mil lanzas propias, con las cuales y los fronteros divertiria bien á los moros, mientras los adelantados les acometian por otras partes. Aceleró mas esta marcha la mala nueva de haber Rodrigo Perea, adelantado de Cazorla, entrado en tierra de Granada, y por descuido habia perdido toda su tropa que eran trescientos caballos y mil infantes. Si bien por otra parte Pedro García, capitan del pendon de Jaen, al abrigo de la intemperie tomó por escalada el castillo de Jimena con solo cinco mil quinientos hombres. A primeros de Mayo llegó el rey á Córdoba, cuando el condestable don Alvaro ya entraba en tierra de moros por Tajara, Loja y Archidona, asolándolo todo sin reserva. Faltaronle las provisiones, y se retiró á Antequera con gran presa de cautivos y despojos.

Preparabase el rey para entrar en tierra de Granada por Moclin y Montefrio á fines de Junio, cuando le vino á ver un cristiano que desde muchacho estaba cautivo; y aunque profesaba el mahometismo, siempre habia conservado inclinacion á la religion verdadera en que habia nacido. Alentó al rey á entrar poderosamente en la vega de Granada, pues Mahomad no podia contrarestar las fuerzas de Castilla, y además sabia de cierto se le pasaria el infante Juzef Abenalmac, nieto del Bermejo, que don Pedro habia muerto en Sevilla. Sentó, pues, el rey su campo al pie de Sierra-Elvira, y tuvo varias escaramuzas con los moros fronteros, y otros que salieron de Granada; pero

no hubo batalla. Era esto dia 27 de Junio; y el 1.º de Julio entró el maestre de Calatrava tan adentro de la Vega que estuvo cerca de Granada, con intento de cegar unas acéquias y valles para allanar los caminos á la tropa. Conocido el desig- nio, salieron innumerables gentes de la ciudad para estorbar los trabajos. Mezclóse una gran pe- lea, y corrió tambien el rey y muchos caballeros con sus mesnadas, acometiéndoles por varias par- tes. Los enemigos tenian cinco mil caballos y dos- cientos mil infantes; número que si hubiera pe- leado bien ordenado, no hubiera dejado cristiano á vida. Pelearon los nuestros disciplinadamente, y á pocas horas pusieron en fuga toda la morisma. El obispo de Osma acometió con su pendon los reales enemigos y les dió al despojo. Vino la no- che, tocóse la retirada, y hubiera continuado la matanza sin peligro; pero quedaron tendidos en el campo treinta mil moros.

Era ocasion oportuna para apoderarse de Gra- nada, y así lo creian los moros; pero prevaleció el voto de los que tenian sus intereses en empleos, adelantamientos, maestrazgos y otros destinos, los cuales dijeron habia suma escasez de víveres en el campo; y que no habiendo sido aquella expedicion para ocupar á Granada, nada tenian de lo nece- sario al empeño. Corrió voz de que este voto pro- cedia de don Alvaro, por haber recibido del gra- nadino dos esportillas de higos, debajo de los cua- les venia grande suma de oro; mas el bachiller Fernan Gomez de Ciudad-Real que se halló pre- sente siendo médico del rey, y no adula á nadie, dice en su carta 51 *que comió de aquellos higos,*

ca eran de estima ; mas las monedas de oro ni las toqué ni las vide , ni creo que ser pudiese ; ca los enemigos del condestable todo lo por él aconsejado al rey lo procuran facer á traicion á su señoria , ó á fin de derribar á otros.

Levantó, pues, el rey su campo, y partió para Castilla, dejada gente en la frontera. En Medina del Campo tuvo embajada de Portugal instándole á paz perpetua entre ambos reinos; y aunque deseaban algunos vindicarse del desastre de Aljubarrota, á otros pareció una impertinencia al cabo de cincuenta años, y prevaleció el bien común y se firmaron paces. Obligóse el portugués á mandar salir de su reino los infantes de Aragon si hacian daño en Castilla.

Lo que mas urgia por ahora era la guerra contra Granada, no faltando señas fundadas de poder aniquilar para siempre aquel asilo de Mahoma en España. Los reinos otorgaron para esta jornada cuarenta y cinco millones de maravedís, y mientras la primavera venia, el maestre de Calatrava y el adelantado Diego de Ribera auxiliaron al infante Benalmac contra el rey Izquierdo de Granada. Envió tropas en su defensa, mandadas por su alcalde mayor Aben-Zag; pero fueron desbaratados y Aben-Zag muerto. Con la noticia se declararon por el infante muchos pueblos y aun Granada, de forma que Mahomad hubo de retirarse á Málaga que se mantenía á su obediencia. Con tanto Benalmac quedó rey de Granada, y pagó sus parias á Castilla.

Negociaronse estas cosas á principios del año 1432 de 1432, y poco mas adelante supo el rey que

don Pedro Fernandez de Velasco, conde de Haro, don Gutierre Gomez de Toledo, obispo de Palencia, y su sobrino don Alvarez de Toledo, tenían inteligencias ocultas con los reyes de Aragon y Navarra. Segun expresion del médico Cibdad-Real, en su carta 52, estos *caballeros azuzaban al rey de Navarra é al de Aragon de entrar en Castilla mientras el rey demoraba en la guerra de Granada*. Hallabase el rey en Zamora á primeros de Febrero, y mandó prender á los tres citados. El de Haro y el obispo iban de montería, y tenida noticia, procuraron ponerse en cobro; mas fueron cogidos y conducidos presos. Pero la cosa no tuvo grande consecuencia. El conde fué puesto en libertad dentro de poco, bajo palabra de no salir de la corte sin licencia. Por el obispo escribió el rey al papa, manifestándole la infidencia.

Los infantes de Aragon don Enrique y don Pedro, hallados en Alburquerque, causaban los mas graves daños en la comarca, con auxilio del maestre de Alcántara don Juan de Sotomayor. Prendieron y desnudaron al doctor Franco, que el rey les enviaba con embajada de acomodamiento; pero un sobrino del maestre, que era comendador mayor de la Orden, tuvo forma de apoderarse de Alcántara, y prender en ella al infante don Pedro. La hazaña no le valió menos que el maestrazgo de su tio, pues los freiles se le quitaron, tuvieron preso á don Pedro á disposicion del rey, y nombraron maestre á don Gutierre. La prision de don Pedro mudó el aspecto de las cosas, pues don Enrique se dió todo á buscar medios de libertarle.

Valióse del portugués, y su mediacion hizo efecto; pero le costó restituir á Alburquerque y otros lugares que habia violentado, dando además la satisfaccion que el rey de Castilla pidiese. Con tanto fueron puestos en libertad don Pedro, el doctor Franco, el obispo de Palencia y su sobrino don Fernando, retirándose todos á Aragon con los infantes.



Libro décimotercio.

CAPITULO PRIMERO.

Vuelve el rey de Aragon á la empresa de Nápoles. Muere el rey de Portugal. Concilio de Basilea. Paz de Aragon y Navarra con Castilla. Guerra contra moros.



El rey de Aragon no podia olvidar á Nápoles, ni su salida habia sido para no volver á verla. Sabia muy bien que los franceses presto se harian aborrecibles como acostumbraban; y por lo mismo le estaban llamando los primeros señores napolitanos. Consolidada, pues, la paz de Castilla, pudo ya don Alonso prevenir escuadra competente y la tropa necesaria al empeño. Ganó tambien al papa Martino (que aun entonces vivia) enviándole mensaje por fray Antonio Fano; y no menos á la misma reina Juana. Ambos estaban abrumados del Anjoino, y ambos se mostraban

inclinados á don Alonso , por su mucha urbanidad y prudencia en el gobierno. Aun muerto Martino , el nuevo papa Eugenio continuó el sistema mismo , á lo menos en lo externo. Las cosas habian llegado á tal punto de recelos y desconfianzas , que el de Anjou se detenia en Calabria por si mejoraban algo. La reina se gobernaba por Juan Caracciolo , senescal del reino , y la parte Anjoina no tenia otro motivo para serlo que la envidia que tenia á Caracciolo. Este recelaba prevaleciesen los Anjoinos , y hubo de ponerles un adversario tan poderoso como el rey de Aragon , esperando de este mejor partido que del de Anjou por malo que fuese. Acaloraronse las negociaciones , y á primeros de Mayo de este año tuvo don Alonso la expedicion á punto en Barcelona , compuesta de veinte y seis galeras y nueve naves gruesas , con la gente y todo lo necesario. Hizose á la vela el 23 para Sicilia , donde se le juntaron otras setenta naves , y la voz era dirigirse á la isla de los Gebres. Efectivamente , para mas disimulo fué allá y tuvo batalla con Benferriz , rey de Tunez , el cual fué vencido y la isla quedó nuestra. Regresado el rey á Sicilia supo que el senescal Caracciolo habia sido asesinado por sus envidiosos el dia 10 de Agosto , siendo la principal autora de la muerte la duquesa de Sesa. Siguióse tras de esto que la reina doña Juana envió sus embajadores á don Alonso diciéndole viniese en defensa de su reino , pues revocaria la adopcion del Anjoino , y revalidaria la suya ; pero no debia entrar en su reino mientras ella viviese. Despachóla el rey sus embajadores ofreciéndose á su voluntad y servicio ; y

efectivamente cumplió su promesa sobre las adopciones, aunque con el mayor secreto.

En Castilla, dia 5 de Enero de 1433, partió ¹⁴³³ el rey de Ciudad-Rodrigo para Madrid, donde habia convocado Córtes con objeto de enviar tropas contra Granada, cuyas treguas se concluian. Era otra vez rey de Granada Mahomad el Izquierdo, siempre contrario de Castilla. Envió el rey allá á Fernan Alvarez de Toledo con seiscientas lanzas y otra gente; y menudeó las entradas en tierra de moros por la frontera de Jaen, haciendo riquísimas presas. Rindió las fortalezas de Benamaurel y de Benzalema, y demolió infinitas atalayas enemigas. A 14 de Agosto murió don Juan, rey de Portugal, y le sucedió su hijo don Eduardo.

En Basilea estaba ya abierto el Concilio general décimooctavo desde antes de morir Martino V, el cual habia enviado para que le presidiese en su nombre al cardenal Cesarini. Confirmóle el nuevo papa; y por las inquietudes religionarias de los husitas y muerte de Martino, no se habia podido ábrir sesion alguna por falta de prelados. Habia solo concurrido el abad de Vecelay, y tuvo audacia para abrir el Concilio; ó por lo menos alzar un auto que hiciese constar que habia concurrido á tiempo, y estuvo pronto para la apertura. Por fin, el cardenal Cesarini, dejadas compuestas las cosas de Alemania, despachó convocatoria de prelados y príncipes para que se juntasen los designados al Concilio; pero nadie se movia, y solo llegaron á Basilea tres obispos y nueve abades estando ya en Octubre. Era la causa las guerras en Alemania; y los salteadores que robaban á todo

transeunte. Pareció necesario trasladar el Concilio á Italia, donde habia menos estorbos; y además uno de los puntos principales del Concilio era la union de la Iglesia griega con la latina tan deseada de todos, prometiendo los griegos mismos coadyuvar en un todo si el Concilio viniese á Bolonia. Lo mismo prometian los emperadores Juan Paleólogo de Constantinopla, el de Alemania y el patriarca de la primera José II. Creyó el papa no debia perder ocasion tan oportuna trasladando á Bolonia el Concilio, y siendo tan pocos los padres que habian concurrido. Así dia 12 de Noviembre mandó al cardenal Cesarini hiciese la traslacion, y mandase indicarle para año y medio despues á Bolonia, adonde vendrian los padres griegos, y se lograria la union de la universal Iglesia.

No pudo el mandato del papa ser mas opuesto á las medidas que el cardenal tenia tomadas para aquietar los ánimos inflamados de los bohemos y alemanes. Habia podido persuadirles viniesen al Concilio de Basilea, y habia tenido algunas sesiones preparatorias; pero venida la órden del papa, fué el cardenal el primero que se opuso vivamente escribiendo al papa suelta y libremente, dándole diez razones por las cuales pretendia revocase la traslacion del Concilio á otra parte. Lo mismo le escribieron los diez ó doce prelados que habia en Basilea, y tuvieron audacia de apelar al mismo papa mejor informado, suponiendo que la bula era subrepticia. Apoyabales el emperador de Alemania á que prosiguiesen el Concilio para el fin á que se habia convocado; y aun escribió separadamente al papa persuadiéndole revocase la bula de

traslacion , muy intempestiva para las cosas de Alemania. Respondióle el papa no se podia apartar de la resolucion acordada por la union de la Iglesia griega , cuyo interés excedia á todos los intereses y dificultades. Los duques de Milán , Saboya , Borgoña y varios príncipes de Alemania se pusieron de parte de los prelados de Basilea por sus respetivos intereses , y enviaron allá sus prelados y teólogos. Aun el rey de Francia siguió este partido á consulta de hombres prudentes y sabios , bien que primero suplicó al papa revocase la bula.

Con estos apoyos los prelados de la Basilea se hicieron tan insolentes , que despreciando la órden del papa tuvieron dos sesiones , en que decretaron intimarle coactivamente la revocacion de la bula ; y aun le mandaron viniese á presidir el Concilio , ó bien enviase legado *à latere*. La misma intimacion enviaron al colegio de cardenales , y concluyeron declarando *que en caso de negativa y contumacia, procederia el Concilio contra ellos lo mismo que contra el papa*. Pasaron tan adelante en su temeridad , que les dieron término perentorio de dos meses , ó para comparecer , *usando de moderacion* , segun decian , ó para revocar la bula. *Si no comparecian, el Concilio procederia á las sentencias difinitivas que el Espiritu Santo les dictase*.

En Nápoles la reina Juana hizo efectiva la revocacion del Anjoino , y revalidó la adopcion de don Alonso , dia 11 de Abril , en el castillo de la puerta Capuana , hallándose el rey en Isquia con toda su armada. Fué negocio acabado por la duquesa de Sesa , apoderada de la voluntad de la reina ; pero todo bajo del mayor secreto. Con él

presumia doña Juana mantenerse grata á los dos adoptados, y valerse del uno contra el otro segun las ocasiones, teniendo por mas honesto lo mas provechoso. Pero en medio de todo al aragonés faltaba el primer requisito, que era la aprobacion é investidura del papa. Teniaselas ofrecidas no una vez sola; pero estaba tan lejos de cumplirlo, que se confederó estrechamente con el de Anjou, sin duda por amor del rey de Francia y cosas de Basilea. Pero fuese por esto, ó por otro, parece que el papa obró con mal acuerdo, ó no conocia bien á don Alonso. Era prudencia, hallándose los del Concilio tan amartelados de sí mismos, y resueltos á proceder contra él (hasta deponerle del solio y nombrar otro papa) malquistarse como á despecho con un rey tan poderoso, y resuelto á apoderarse del reino de Nápoles, y hallándose ya como su dueño. ¿Qué le sucedió? Lo que debia suceder. El aragonés se unió al emperador, al Concilio de Basilea, y á los príncipes que le seguian. Envió allá sus embajadores y teólogos (uno de los cuales fué don Alonso de Borja, obispo de Valencia, despues papa con el nombre de Calixto III) y á su ejemplo siguieron la misma ruta los otros reyes de España.

Solo el emperador Segismundo fué inconstante, ó digamos mas prudente y cordato en las circunstancias presentes. Los honores recibidos en Roma, la coronacion por mano del papa dia 31 de Mayo, y acaso la razon que el papa tenia, y la ninguna de los audaces del Concilio, le hicieron mudar de consejo, y se unió al papa. Todavía prometió mediar con el rey de Aragon para que concertasen

sus diferencias, y enviar embajadores á Castilla para componer las que tenia con Navarra y los infantes de Aragon. Aun alargó sus ofrecimientos á mas de lo que podian sus fuerzas. Ofreció poner al papa en posesion del reino de Nápoles, quisiera ó no la reina Juana, con otras promesas vanas que no podia cumplir aunque quisiese. Considerólo bien don Alonso, y á todo le respondió con razones generales, excepto á separarse del Concilio. Sabia no menos, que venecianos, florentinos, duque de Milán y aun el mismo papa, estaban empeñados en sacar de Italia á Segismundo; pues siempre los emperadores alemanes han sido la polla de toda ella. Sabia tambien, que los intentos del papa eran dar á Venecia su patria el reino de Nápoles luego que muriese la reina. Toda la esperanza, pues, de don Alonso, venia ya á estribar en el Concilio, de quien esperaba la investidura de Nápoles con mas seguridad que del papa. Fundabase en que la opinion comun era de que el Concilio es superior al papa, y el presente iba á ser depuesto por el Concilio y á ser nombrado otro. Ya ponia don Alonso la mira en que la nueva tiara recayese en el cardenal de Fox, en el de Lérida, en el de san Sixto, ó en el de santa Cruz que eran suyos. Con estas esperanzas, hizo tregua para diez años con la reina doña Juana, en que se incluia la Sicilia, los castillos Nuevo, el del Ovo, las torres del Gallo y san Vicente, el casco de Nápoles, las islas de Isquia, Prochita y Lipari, con algunas otras fortalezas que ya tenia suyas. Determinado esto maduramente, pasó con su armada á Sicilia, dejando por vireyes á Ramon

Boil y á Francisco Belvís con las guarniciones competentes , mantenidas por la reina.

Las treguas de Aragon y Navarra con Castilla estaban vacilantes , por la suma ambicion y ninguna fe de los infantes de Aragon , mal hallados siempre con la paz. Creíase que las ansias de don Alonso de ser rey de Nápoles le inducirian á continuarlas ; pero cuando menos pensaron , envió órdenes á su mujer y á su hermano el rey de Navarra previniesen las armas contra Castilla mientras él venia con su armada. Mandóles que si firmaban paz con Castilla , pusiesen las condiciones *de que su rey entregase luego al de Aragon las villas , castillos y fortalezas que tenia desde la guerra pasada. Que al infante don Enrique le diese las rentas de su maestrazgo de Santiago. Que cediese á Aragon la conquista de Granada , ó si no , á su hermano don Enrique , y desde luego pudiese llamarse rey. Que para esto diese paso por sus tierras , incluyendo en la conquista las ciudades , pueblos y castillos ganados de moros desde que su padre don Fernando era infante de Castilla. Que en lugar de las diez mil doblas ofrecidas en dote á la infanta doña Catalina , mujer de don Enrique , se la diesen doscientos mil florines de Aragon de renta anual. En este caso el rey de Aragon haria que sus hermanos y cuñada renunciasen los derechos que pretendian tener á varios estados de Castilla. Si no permaneciesen hoy estos documentos , apenas podria creerse que tales condiciones procedian de una cabeza sana. De un rey que se quiso llamar sabio y prudente. Creo con el gran Zurita , que todo era para*

que el castellano no accediese á la tregua. Nadie mas deseoso de ella y aun de paz estable por el buen estado en que tenia la guerra de los moros; pero aun no habia cumplido Navarra y Aragon las condiciones de la tregua, y el de Castilla hubo de advertir al navarro que sus hermanos don Enrique y don Pedro no fuesen acogidos en aquellos reinos segun lo convenido. Respondió que ni él ni el rey de Aragon habian traspasado los convenios. Con tanto los dos infantes acordaron irse para Sicilia donde don Alonso estaba; y el navarro marchó con ellos.

A fines de Enero de 1434 el rey de Castilla **1434** mandó prender á don Fadrique, conde de Luna, por haber intentado temerariamente apoderarse de las atarazanas de Sevilla y torre de Triana, robar los mercaderes, matar los judíos, robarlos, y entregar aquellas fortalezas al rey de Aragon. Para el atentado habia persuadido á varias personas de cuenta. Descubierta la traicion, fueron castigados con pena capital los promovedores; el conde fué preso en el castillo de Ureña, y mudado á Brazuelas de Olmedo, murió á los tres años. Confiscóle el rey los bienes que tenia en Castilla; pero casi todos los habia vendido.

Por el mismo tiempo fué puesto en libertad don Diego de Castilla, hijo de don Pedro el *Cruel*. Era ya viejo, y el rey le dió á Coca para alimentos y residencia. Los adelantados de la frontera de Granada no cesaban de entrar en tierra de moros, y hacer graves daños aun en invierno; pero les recibieron no menos graves con la muerte de don Diego de Ribera y de Juan Fajardo. Desquita-

ronse en parte tomando Rodrigo Manrique, á escala vista, la villa de Huescar y su castillo, con auxilio de Fernando Alvarez de Toledo.

En este año murió en Madrid el célebre don Enrique, marques de Villena, y el rey mandó quemar sus libros que decian eran mágicos; pero escaparon algunos que todavía andan en manos de curiosos. Allí tuvo el rey la mala noticia de que el maestre de Alcántara don Gutierre de Sotomayor, frontero de Ecija, habiendo hecho entrada en tierra de moros, por ignorancia ó malicia de los adalides, fué desbaratado con su gente, presos ó muertos ochocientos caballos y cuatrocientos peones. El maestre pudo por dicha escapar con algunos; mas el rey le animó y apercibió de que en lo venidero fuese mas cauto.



CAPITULO II.

Continúa la guerra contra moros. Muere la reina de Nápoles. Nueva guerra en su reino. Sitio de Gayeta. Célebre batalla de mar, en la cual quedan prisioneros con su armada los reyes de Aragon y Navarra y el infante don Enrique. Confederacion del duque de Milán con los prisioneros contra los Anjoiños. Toma de Gayeta.

A la entrada del año 1435 don Fernando Alvarez de Toledo, capitan de la frontera de Jaen, habia resuelto escalar durante la noche la villa de Huelma. Trató el empeño con Pedro de Quiñones, Juan de Padilla, Gonzalo de Guzman, el obispo de Jaen y varios escaladores, dejando aplazadas noche y hora. Todo lo practicaron; pero nada consiguieron. Los moros defendieron la villa con tanta vigilancia y valentía, que hubieron de retirarse con mucho descalabro. El obispo de Jaen estuvo á punto de perderse, y hubo de abrirse camino con la lanza. Por fin, reunida la gente entraron en la vega de Guadix, talaron panes, viñedos y demás plantío, y se retiraron sin otro fruto.

Los asuntos de Nápoles andaban en balanza. La reina estaba enferma y con pocas esperanzas de mejora; pero siempre inclinada en lo interior al Anjoiño, el cual estaba en Calabria perdiendo el tiempo y su poca tropa contra el príncipe de Taranto que estaba por Aragon. Habia el de An-

jou casado poco antes con Margarita de Saboya para tener este apoyo mas en Italia; pero le buscó la muerte á mediado Noviembre del año anterior, sin dejar hijos. Por esta muerte hizo la napolitana extraños lutos y demostraciones de pena; pero hubo de seguir ella misma al duque, muriendo dia 2 de Febrero de este año. Hizo ver en su muerte que cuanto habian hecho por el rey don Alonso habia sido fingido y á mas no poder. Dejó por universal heredero á Renato de Anjou, hermano del difunto, y Nápoles alzó pendones por él y por el papa unidos, anulando cuanto hicieran á favor de don Alonso; pero no le faltaba partido con que contar en la próxima guerra que se preparaba.

La tregua de Aragon y Navarra con Castilla, tal como era, espiraba á fines de Julio de este año, nunca mas necesaria para el aragonés y navarro que ahora, empeñados en la conquista de Nápoles. Las reinas de Aragon y Navarra que gobernaban los reinos en ausencia de sus maridos trataron con el rey de Castilla, y aunque solo prorogaron la tregua hasta 1.^o de Noviembre, se fué alargando poco á poco, y paró en paz de algunos años. Era necesaria por entonces al aragonés, resuelto nuevamente á la empresa de Nápoles con la muerte del Anjoino y de la reina Juana. La coyuntura era favorable; pues el nuevo rey llamado á la corona era prisionero del duque de Borgoña, y no tenia modo de apostárselas con el aragonés, ni aun mostrar su cara. Además, que el partido del aragonés en Nápoles era grande, si bien muchos antes le temian que amaban. Resolvió con el

dictámen de sus hermanos y devotos, mortales enemigos de franceses, ocupar á Gayeta, para lo cual daba ánimos haber tomado á Cápua, y en ella estaban los partidarios de don Alonso llamándole como para que tomase posesión del reino.

Poco se hizo de rogar, pues á 7 de Mayo puso sitio á Gayeta por mar y tierra con mas de quince mil combatientes. Defendianla los genoveses y el duque de Milán; pero apurados los comestibles y pertrechos, pidieron auxilio á sus respectivos amos. No era tiempo de dormir en ello. Génova y el duque enviaron diez y ocho naves con toda clase de socorros, y á primeros de Agosto llegaron á vista de Gayeta; pero ya los nuestros habian ocupado el monte Orlando que domina la ciudad, sirviéndoles de fortaleza el sepulcro de Munacio Planco que está en la cumbre. El almirante genovés Blas de Axarete envió recado político al rey diciéndole no venia para pelear con su escuadra, sino solo á socorrer á los genoveses que habia de guarnicion en Gayeta, que estaban pereciendo. Pero don Alonso y los suyos menospreciaron el aviso y provocaron al almirante genovés á batalla. Oida la descomedida respuesta, dia 5 de Agosto por la mañana acometió á la escuadra aragonesa, y esta se puso en arma. Peleóse casi todo el dia, y aunque la gente genovesa era menos de la mitad en número, ganó la mas notable victoria de aquellos tiempos. De catorce naves que el aragonés tenia, le tomaron trece. El rey de Navarra hubiera muerto en el choque, á no librarle un caballero de su casa llamado Rodrigo de Rebolledo. Ambos monarcas quedaron

prisioneros, bien que no se quisieron rendir sino al duque de Milán como señor de la escuadra genovesa, y venida de su cuenta. Fueron igualmente prisioneros don Enrique con todos los caballeros aragoneses y barones napolitanos. Esto por mar. El ejército de tierra fué tambien acometido por gente genovesa, roto en un momento, y no hicieron poco los aragoneses que pudieron sacar el pellejo sano con la fuga. La burla del rey de Aragon quedó bien pagada. Todas las cosas de la guerra son azarosas, y no siempre vence el mas orgulloso; pero las de mar lo son mas que las de tierra.

La escuadra victoriosa, llena de príncipes y señores amarrados, se plantó en el anchuroso puerto de Gayeta, con las mayores demostraciones de triunfo; y para complemento hizo luminarias poniendo fuego á los buques aragoneses para que aquellos insolentes señores se calentasen. Todos los prisioneros fueron conducidos á Génova por Axarete en su escuadra, y el rey don Alonso á Sahona, adonde llegaron á 25 de Agosto. Poco despues fueron trasladados á Pavía á las órdenes del duque de Milán, si bien es verdad que mas que prision parecia hospedaje. Sintieron mucho la prision el papa y venecianos, no por amor á los prisioneros, sino por considerar que el de Milán se hallaba en estado de apoderarse de Italia si sabia sacar partido de aquella victoria. Por último pasaron todos á Milán, y el duque los recibió con singular honor y fiesta.

De este que pareció desaire de la fortuna sacó el aragonés todo el partido que podia desear para

ocupar á Nápoles. Abocóse con el duque, y le demostró la facilidad con que Renato de Anjou podia apoderarse de Italia teniendo de su parte á casi toda ella; siendo esto lo que mas habia temido el duque Galeazo su padre. Esta larga, viva y bien significada conferencia con el duque, produjo todo el efecto que don Alonso deseaba. Concertaronse en una estrecha confederacion contra todos los hombres del mundo incluso el papa, pues el duque conoció no podia el Anjoino entrar en Italia sin sojuzgar á Génova, Montferrato y Lombardía, que todos eran suyos. Era esto á primeros de Octubre, y lo comunicó todo el aragonés á sus reinos, añadiendo, que aquella desgracia sería el primer escalon para ser rey de Nápoles. Todos consiguieron la libertad gratuitamente, y se restituyeron á sus casas; pero don Alonso bajó á Génova, donde su hermano don Pedro habia juntado escuadra para la empresa de Nápoles.

En España causó varios efectos la prision de aquellos reyes, infantes y caballeros; pero sabida la libertad habida, cesaron los temores. Sin embargo, la primera noticia hirió el corazon de la reina madre doña Leonor, y falleció en Medina del Campo dia 16 de Diciembre.

A principio de 1436 el adelantado de Murcia ¹⁴³⁶ Alonso Yañez Fajardo tomó por trato las villas y castillos de Velez Blanco y Velez Rubio, ofreciendo sus moradores pagar al rey de Castilla las mismas contribuciones que pagaban al de Granada.

Las cosas de Nápoles se mantenian abanderizadas, unos por Aragon y otros por Renato de Anjou. Pareció de pronto que la parcialidad de éste

prevalecía, pues, aunque todavía preso, había enviado á Nápoles á su mujer doña Isabel, hija de Carlos de Lorena, y princesa muy estimada. Los napolitanos la proclamaron reina dia 18 de Octubre del año 1435; pero las grandes fuerzas del duque de Milán y del aragonés eran demasiado poderosas para no temidas. Desde luego mandó don Alonso á su hermano don Pedro saliese al mar con la mayor escuadra que pudiese, y navegase para Sorrento, mientras él estaba surtiendo otra en Génova con gente lombarda. El primer paso de don Pedro fué próspero; pues hallándose en Isquia á fines del año esperando al rey ó sus órdenes, murió el gobernador de Gayeta Lanceloto Agnese; y los caballeros que habia en la plaza, amigos de don Alonso, avisaron á don Pedro era aquella la ocasion mas oportuna para ocupar á Gayeta, llave del reino. Corrió el infante allá con su escuadra, y sin resistencia ninguna se le rindió dia 25 de Diciembre, que era el primero de 1436.

Hallándose el de Aragon en Porto-Venere del Genovesado á 13 de Enero, dió á su hermano don Enrique, que estaba en él, el condado de Ampurias por alimentos; y nombró á su otro hermano rey de Navarra lugar-teniente de los reinos de Aragon, revocada la lugar-tenencia que su mujer la reina tenia. No debe dudarse que este poco honesto acto fué á persuasiones y malas artes del maligno rey de Navarra, cuya ambicion, tiranía y dureza no tuvieron compañeras en aquel tiempo, si la tuvieron en alguno.

Esto durante, el infante don Pedro corria con

su escuadra las costas del Abruzzo sosteniendo por Aragon los pueblos sus aficionados, contra las amenazas de Jayme Caldora, partidario de los Anjoinos. Ocupó don Pedro por inteligencia la ciudad de Terracina perteneciente al estado Pontificio; con lo que disgustó á su hermano el rey, no conviniendo entonces malquistarse con el papa. Con todo eso, puso en las fortalezas guarniciones de aragoneses, siendo aquella parte por donde habian de pasar las fuerzas de Renato y del papa. De esto dió razon al papa mismo, cerciorándole no tenia á Terracina como suya, sino como amiga y su aliada; pero el papa, mas endurecido que nunca, se empeñó temerariamente contra don Alonso sobre la conquista del reino. Fué tambien indispensable que don Alonso multiplicase sus fuerzas, como que ya la guerra no debia ser con Renato solo, sino tambien con el papa, genoveses, enemistados con Milán, y aun con venecianos. Todos estaban empeñados en sacar de Italia á los aragoneses, pues los príncipes italianos siempre maquinaban expeller de Italia á los reyes extranjeros con fuerzas extranjeras, nunca con las suyas. No lo ignoraba don Alonso, y procuró consolidar mas las amistades y recíprocas conveniencias con el duque de Milán, florentinos y seneses.

Declaróse, pues, el papa contra Aragon antes que los otros, y el rey mandó saliesen luego de Roma y estados pontificios todos sus vasallos, y no menos su ministro el obispo de Lérida don Domingo Ram. Publicó, *que pues habia hecho con su Santidad cuantos buenos oficios habia podido sin haber aprovechado para tenerle por amigo, ó por lo menos no ene-*

migo, desde entonces se veia precisado á tomar otro rumbo, y valerse de los medios que se le presentasen para continuar la conquista de su reino de Nápoles, quisiese el papa, ó no quisiese. Respecto á lo espiritual envió al papa á su limosnero fray Bernardo Serra, haciéndole presente sus derechos al reino de Nápoles; pero pues su Santidad se desentendia de todo, habia resuelto enviar embajadores al Concilio de Basilea, como le pedian los padres allá congregados, y los príncipes adictos. Hizole tambien saber, que si habia dilatado declararse por el Concilio, no era sino por amor y respeto de su Santidad; pero desde entonces ya no se detendria. En efecto, mandó pasase á Basilea el mismo Serra, y previniese á los padres de los deseos del rey don Alonso; pero el papa no moderó en nada sus procedimientos. Por el contrario, llegados á Roma embajadores del rey de Francia á petición de Renato, pidiendo á Eugenio la confirmacion de la adopcion revocada, y la investidura del reino, quedó tan enamorado de la súplica y del oro que la acompañaba, que sin contar con el sacro colegio, ni pedir á nadie dictámen, acordó dar á Renato la bula de investidura que le pedia, con pacto de que hiciese disolver el Concilio de Basilea, y se abriese general en Florencia ó Ferrara. Que se diesen auxilios poderosos á Renato contra el rey de Aragon, y Renato aprontase cierta suma de oro para la Santa sede; como se hizo por mano de Caldora. Aun contrajo vínculo de sangre con los Caldoras, antes sus enemigos, casando á su sobrino Paulo Condulmero con una hija de Ramon Caldora. Mas aun. Expidió bula declarando que el rey de Aragon entraba en la

conquista de Nápoles contra la voluntad de la Iglesia y suya; y á continuacion irritó el juramento de fidelidad que se le hubiese prestado, y le privó de la posesion que de varias ciudades y pueblos tenia.



CAPITULO III.

Paz de Navarra, Aragon y Castilla. Jornada del conde de Niebla contra Gibraltar. Continuacion de la conquista de Nápoles. Toma de Huelma. Movimientos de Castilla.

Llegado el rey de Navarra á Monzon donde la reina doña María tenia Córtes generales de los tres reinos, presentó en ellas la lugar-tenencia que su hermano el rey le habia dado, y suplicó le diesen los mayores auxilios que pudiesen enviarle para la conquista de Nápoles que en tan buen estado tenia, y les era tan útil teniendo ya la Sicilia y las islas adyacentes. Acordaronse en efecto los mayores que se habian acordado en tales circunstancias. Para mayor seguridad se trataron paces con Castilla, y se concluyeron en Toledo dia 22 de Setiembre, presente el castellano. Las condiciones fueron: *El príncipe de Asturias don Enrique se despose dentro de seis meses con la infanta doña Blanca de Navarra, y se consume el matrimonio en teniendo el principe la edad precisa. La parte que falte á este artículo pague á la otra tres millones de coronas de oro. El príncipe dé en arras á la esposa cincuenta mil florines de Aragon. El rey su padre dentro de tres dias firmados los contratos, dará al navarro para dote de su hija las villas de Medina del Campo, Aranda de Duero, Roa, Olmedo, Coca, el marquesado de Villena y Chinchilla, siendo suyo el dominio útil hasta que el matrimonio se consume.*

Si del matrimonio no resultaren hijos, vuelva todo á Castilla. Su rey pagará anualmente al de Navarra veinte y un mil quinientos florines de Aragon: los quince mil para el rey, y los seis mil y quinientos para su mujer y su hijo el principe de Viana, durante sus vidas. Dará al mismo rey de Navarra otros diez mil florines por juro de heredad perpetuamente, al infante don Enrique quince mil anuales mientras viva, y cinco mil por juro de heredad. A su mujer, infanta de Castilla, otros quince mil anuales alimenticios hasta que se la den los ciento cincuenta mil prometidos en dote; pero muriendo sin hijos, regresen á Castilla. Pagará al infante don Pedro de Aragon otros cinco mil florines anuales. Del maestrazgo de Santiago no se haga novedad alguna; y don Alvaro de Luna, que ahora tiene las rentas, sea el administrador, y vista los hábitos segun bula pontificia. Sean restituidos á sus respectivos dueños los castillos ocupados por una y otra parte en las guerras pasadas. Ninguno de los nombrados entrará en tierras de Castilla sin anuencia de su rey; y lo mismo este y su hijo en las de Aragon y Navarra. El conde de Castro, don Diego Gomez de Sandoval y don Juan de Sotomayor, despuesto maestre de Alcántara, no entren mas en los reinos de Castilla. Don Fadrique, conde de Luna, no entre en Aragon, ni Godofre Navarro en Navarra. Los otros caballeros podrán volver á sus patrias cuando quieran.

Conocese bien que el rey de Navarra sabia vender á buen precio sus hijas. Tratóse luego de celebrar el desposorio, y el rey de Castilla pasó á Osma con su hijo y corte, y venida á Alfaro la

novia con su madre y hermano, se solemnizaron
 1437 los esponsales en Marzo de 1437, haciendo de
 preste el obispo de Osma don Pedro de Castilla.

Con los moros no habia guerra formal, y solo ligeras cabalgatas y rebatos en la frontera, siendo ya vasallos de Castilla ambos Velez, la Vega de Guadix y Baza, Galea y Castilleja. Quiso don Enrique de Guzman tentar la toma de Gibraltar, habiendo sabido que sus defensas no eran grandes. Acometióla por mar y tierra con fuerzas respetables, y la accion fué sangrienta, llegando á desembarcar su gente en el Peñon mismo; pero cargó tanta morisma, que tuvo que reembarcarse. No lo pudo ejecutar tan pronto como convenia por falta de bateles, y quedó gente peleando mientras los botes volvian. Arrojaronse no pocos al agua para salvarse á nado. Don Enrique recogió en su lancha mas de los que sufría, y se iba retirando lentamente, cuando vió varios caballeros peleando con los moros, y quiso volver por ellos. Recobróles en efecto: mas esta breve demora bastó para que corriesen tantos á la barca, que asidos de su borde la volcaron y se ahogaron mas de cuarenta caballeros, y el mismo conde. Fué esta fatalidad dia 31 de Agosto del año antecedente.

En Nápoles andaba el aragonés ganando amigos y voluntades, señaladamente á los condes de Nola y Caserta, ambos poderosos; pero no pudo nunca suavizar al papa Eugenio, y quiso probar si le domaria por el temor del cisma. Hallándose, pues, en Gayeta por Setiembre de 1436, echó voz de que daría todo favor á los padres del Concilio de Basilea para que viniesen y se apoderasen de

Roma y patrimonio de san Pedro, poniéndolo todo á disposicion del Concilio. Practicarialo á su costa si los padres enviaban un legado que se entregase de todo en nombre del Concilio, el cual era la Iglesia de Jesucristo allí congregada. No pretendia don Alonso mas de que el papa se tuviese neutral en la disputa; pero todo fué vano, y le fué preciso recurrir á las armas, sabido que ya navegaba su escuadra para Nápoles. Envió á España al gobernador de Mallorca Berenguer Dolms, con orden de que los prelados de sus dominios acudiesen al concilio de Basilea. En particular mandó fuesen allá sin demora al cardenal don Domingo Ram, al obispo de Valencia don Alonso de Borja, al de Barcelona y al de Vique, previniendo á todos que los que no pudiesen ir, enviasen personas de virtud y letras. Con todo eso, no se declaraba con otras operaciones contra el papa Eugenio: por el contrario, habia enviado á Roma sus embajadores, procurando no llegar á rompida clara. Aun mandó que los elegidos para prebendas y dignidades eclesiásticas se presentasen en la dataría para ser confirmados, y de allí al Concilio.

Pero con aquel papa era todo perdido. Sabido que el rey tenia poco menos que bloqueada á Nápoles, y estaba falta de todo, y que se le rendian varios pueblos en tierra de Benevento y comarcas, envió allá al patriarca de Alejandría Juan Vitelesqui con cuatro mil caballos y mucha infantería, no solo en socorro de la duquesa y partido, sino como en causa propia. El patriarca entró en el reino por Abril de 1437, mandando saliesen á juntarse con las suyas las tropas anjoinas; y efec-

tivamente se le iban á juntar Antonio Caldora y las que mandaba, resueltos á sitiar á Cápua que era de don Alonso. No dormia éste. Mandó que su gente de armas saliese al paso á los que de Nápoles iban á juntarse con el patriarca. Mandabales el rey mismo, y les acometieron tan impetuosamente, que con ser mucho mayor su número, fueron derrotados, tomando su campo, cogidos mas de mil caballos y peones, y puesto su real á saco. Con este revés desmayó el patriarca, y se metió en Nápoles; y don Alonso se tuvo en Cápua y Gayeta procurando ganar á todos los Caldoras. Tuvo el patriarca proporcion de derrotar y prender al príncipe de Taranto, que era partidario de don Alonso; pero sabido que el rey le buscaba, despues de haberle cogido trescientos caballos y muchos hombres de armas en una mediana refriega, se retiró á Salerno. Era plaza fuerte, y el rey con su tropa regresó á Cápua y Gayeta entrado el otoño.

La victoria del patriarca contra el príncipe de Taranto le fué muy útil; pues tratándole con la mayor cortesía y magnificencia le ganó para el papa, siguiéndole otros prisioneros de mucha cuenta, y aun el mismo conde de Caserta. Siguieron estos ejemplos algunos lugares ocupados durante el último invierno, y se rebelaron ahora; pero lo recompensó todo la adquisicion que el rey hiciera poco antes de don Antonio Colonna y su gran casa, príncipe de Salerno, sentando su amistad y concordia en Gayeta dia 10 de Setiembre. Con todo esto, nunca omitia el rey solicitar medios de convenirse con el papa mediando el conde de Nola.

Pediale la investidura del reino, dándole doscientos mil ducados napolitanos por los años vencidos, restituyéndole todos los pueblos ocupados, y sirviéndole con trescientas lanzas para recobrar lo que algunos barones le tenían usurpado. Prometiale tambien hacer estuviesen por él, y que dejasen el Concilio, los reyes de Navarra, Portugal y Castilla. Por último, prometia estar á derecho con Renato, poniendo sus derechos y pretensiones en manos de dos árbitros compromisarios, que serian el rey de Portugal y el duque de Borgoña.

De estos tratos, propuestas y proposiciones que realmente eran importantes, se vino á parar en hacer tregua por cuatro meses desde todo Diciembre de este año hasta todo Marzo de 1438 entre el rey y el patriarca, debiendo pagar doscientos mil ducados la parte que la rompiese. Pero fuese que el patriarca la tratase con traicion y dolo, fuese que se arrepintió luego, fuese que el papa la rescindiese, lo que sucedió fué, que juntándose con Jacobo Caldora, marcharon ambos toda la noche de Navidad para sorprender al rey, que con la seguridad de la tregua estaba desprevenido en los casales de Aversa. Hubiera sido preso, si un fiel criado suyo llamado Jayme Logonesa no le avisara del riesgo, enviándole varios corredores, de los cuales solo uno pudo llegar al rey, caidos los otros en manos del enemigo. Por fin, se pudo salvar el rey; pero de la tropa acantonada se perdió buena parte. Bartolomé Faccio, escritor del tiempo, dice que se salvó toda por la pericia militar del rey, puesta en lo angosto de cierta laguna, donde pocos podian resistir á muchos. Como

quiera que fuese uno ú otro, la falta de la fe jurada en el patriarca fué abominada de todos, aun de los anjoinos. El rey dió sus quejas al papa, y le pidió los doscientos mil ducados de pena. La misma duquesa de Anjou cobró un odio mortal al reverendo patriarca. Jacobo Caldora se retiró avergonzado á su tierra. Así, abandonado de todos el patriarca, anduvo de acá para allá, mal recibido en los pueblos, y solo acogido del príncipe de Taranto á quien habia pervertido. Temiendo caer preso por hallarse lleno de enemigos el Abruzzo, se fué retirando poco á poco, y al mismo paso le iban abandonando las tropas. Por fin, no viendo sino peligros, huyó por mar á Venecia, y de allí á Ferrara á dar las nuevas al papa de expedicion tan gloriosa, y pérdida de toda su recámara.

En España dia 20 de Abril don Iñigo Lopez de Mendoza, capitan de la frontera de Jaen, quitó á los moros la villa y castillo de Huelma. En el mismo tiempo murió en Brazuelas don Fadrique de Aragon, conde de Luna, cuya conducta des- arreglada le acarreó las prisiones y la muerte en edad florida. Los grandes de Castilla andaban por ahora inquietos, en especial los deudos del adelantado Pedro Manrique. Habiale el rey mandado prender en Valladolid sin que nadie supiera la verdadera causa, y asegurádole en Euentidueña á cargo de Gomez Carrillo. Tuvo ocasion de escapar dia 20 de Agosto por escala de cuerda, y se salvó con sus hijos y mujer; lo cual aumentó las inquietudes y miedos de sus amigos y parientes, y fueron innumerables los que se pusieron de su parte, tanto que el rey mas hubo de cuidar de su

seguridad, andando siempre con una guardia de dos mil lanzas, que de perseguirlos. El mas enconado era el almirante don Fadrique, hermano del adelantado, á quien seguian con calor las casas de Mendoza, Toledo, Quiñones y sus adherentes. Pero nada de esto provenia de la prision y fuga del Manrique, sino de la privanza del condestable don Alvaro de Luna, y la deferencia del rey á sus disposiciones. Nadie mandaba, nadie conseguia, nadie era oido sino se encomendaba al condestable. Cuantos pretendian adelantar, le habian de adular por todas vias; cosa demasiado comun en todos tiempos y en todas las cortes. No podia la nobleza humillarse á dar sus adoraciones al favorito; y aun se susurraba habia maquinado la prision de Pedro Manrique. Por fin, las inquietudes llegaron á tanto, que pidieron positivamente al rey le removiese segunda vez de su lado, como se hizo.



CAPITULO IV.

Continúa la guerra de Nápoles. Muere en ella el infante don Pedro. Muere el rey de Portugal. Muere doña Catalina, mujer de don Enrique de Aragon. El Concilio de Basilea depone al papa Eugenio IV y elige otro. Siguen los ruidos de Castilla. Casa el príncipe don Enrique con doña Blanca de Navarra. Movimientos en Portugal.

Retirado de Nápoles el patriarca como dijimos, habia todo mejorado para don Alonso. El príncipe de Taranto, el conde de Caserta y otros barones al verse ya sin apoyo, hubieron de volver las velas á don Alonso. Les necesitaba mas ahora que nunca por haber Renato salido de prisiones, y se dirigia á Nápoles. Habiase rescatado por grande suma, y por consiguiente iba pobre de fuerzas, aunque rico de esperanzas de parte de su mujer, los Caldoras y otros barones de su bando. Por fin, llegó allá con doce galeras, cuatro galeazas y dos bergantines á 19 de Mayo, y á 22, jueves de la Ascension, anduvo en pompa real por Nápoles tomando su posesion y la de todo el reino. Conferenció con Jayme Caldora sobre la guerra necesaria con don Alonso, y acordaron cargar en tierra de Labor el peso de ella; pero viendo Caldora las pocas fuerzas que traia, se le fué enfriando la amistad, de forma, que se tuvo por seguro se pasaria al partido de don Alonso; y cierto lo hubiera ejecutado á no haber muerto de allí á poco.

Por ahora estaba don Alonso en el Abruzzo haciendo guerra guerreada á los anjoinos, y salió á la defensa de estos el mismo Renato juntas sus huestes,

hasta diez y ocho mil hombres. No eran menos las de los aragoneses, y aun pidió don Alonso al duque de Milán mil y quinientos caballos para mas seguridad; pero lo necesitó todo para defenderse; y si continuara despreciando al enemigo, se hubiera perdido con toda su tropa. Todavía no bien apercebido para su defensa, he aquí que Renato le envia su heraldo con su guante de desafío, ó presentacion de batalla. Detúvole don Alonso en el real aquella tarde y noche, y al dia siguiente le dijo aceptaba voluntario la batalla, y le despidió con algunos regalos. Añadió, que siendo ley de los retos que el desafiado elija lugar y tiempo, dijese al duque le esperaba en tierra de Labor para 9 de Setiembre. Quisiera Renato pelear de contado; pero hubo de dilatarlo por no traspasar las leyes del reto. Mas no perdió su tiempo. Recobró por armas los castillos del Abruzzo que don Alonso habia tomado, fuera de Avezzano y Fresaco. Movió luego el aragonés para tierra de Labor ó Campaña, donde habia de ser el choque; pero Renato ya no pensó mas en el desafio. Quedóse en Abruzzo, y le reconquistó todo. Esta demora dió motivo á que don Alonso sitiase á Nápoles, hallándose tan lejos Renato y los suyos; y además, estaba la ciudad sin defensores, sin comestibles y sin cabeza. Túvola sitiada por mar y tierra treinta y seis dias, hasta que el 22 de Octubre se retiró á Cápua por haber entrado el Otoño lloviendo. En este sitio murió desgraciadamente el infante don Pedro dia 17 de Octubre; pues andando por la mañana reconociendo los campamentos, vino de la torre del Cármén un tiro de lombarda y le llevó la mitad de la cabeza. El rey

su hermano oía misa en la Magdalena que está allí cerca, y sabida la desgracia, vió el cadáver, prorumpió en lágrimas, y dijo: *A Dios hermano y compañero en mis honores y trabajos. Mas dichoso fin te deseaba yo del que Dios te ha dado. Hoy ha muerto el mejor caballero que salió de España.* Mandóle depositar en el castillo del Ovo, y mas adelante ganada la ciudad le hizo exequias reales.

Este año hubo peste en Portugal, y su rey don Eduardo fué una de las víctimas del contagio, á los treinta y seis años de edad, dia 9 de Setiembre. Sucedióle su hijo don Alonso en edad de seis años, bajo la tutela de su madre la reina doña Leonor. En Castilla corria otro contagio acaso mas temible, que era el encarnizamiento de la grandeza contra don Alvaro de Luna. Toda estaba en alarma y á punto de romper en sediciones y tumultos. Entraron en ella el rey de Navarra y su hermano don Enrique, llamados por el rey á dar remedio; pero los rebeldes les ganaron fácilmente á su partido, pues su tema era la misma. Con la ocasion intentaron ambos sacar partido de su llamada, y prometieron sus buenos oficios para los acuerdos como se les restituyese cuanto poseyeran en Castilla. Por semejante salida nada pudo convenirse, porque la primera condicion era siempre desterrar de la corte á don Alvaro de Luna, y apoderarse ellos de la persona real. Estas reyertas duraron casi todo el año 1439, hasta que por fin viendo que vendrian á parar aquellas maretas á guerra declarada de los vasallos contra su rey, intervinieron algunos religiosos, y recabaron del rey oyese todos los

medios que los revoltosos proponian. Juntaronse en Castronuño, y despues de muchas sesiones y debates propusieron que *ante todas cosas el condestable saldrá de la corte por seis meses, vivirá en su tierra, no escribirá al rey, ni tratará cosa alguna en daño del rey de Navarra, de don Enrique su hermano, ni demás caballeros de su partido. Al rey de Navarra y á don Enrique serán restituidas las villas, lugares y heredamientos que tuvieron en Castilla, ó se les dará equivalente. Ambas partes derramarán las tropas. Dense por nulos los procesos contra los mismos.*

Quedó esto jurado, firmado y confirmado; pero no cesaron las inquietudes, sino que por las intrigas de don Enrique crecieron al infinito, hasta punto de perderse los reinos. Tal es la ciega passion de la envidia, y deseo de mandarlo todo, que llegaron á poner contrarios al rey y su hijo el príncipe de Asturias. Por el mismo tiempo, dia 19 de Octubre, murió de sobreparto en Zaragoza la infanta doña Catalina, hermana degenerada del rey de Castilla, y mujer del infante don Enrique. Habia parido un niño muerto, y no tenia otro. Dió el rey el pésame á don Enrique por medio del obispo de Segovia don Lope de Barrientos.

El Concilio de Basilea se habia puesto tan orgulloso con el favor de los príncipes, gratuito ó interesado, que en la sesion 34, dia 25 de Junio, cometió la temeridad de pronunciar sentencia de deposicion contra el papa Eugenio, y despues á 5 de Noviembre nombrar antipapa á Amadeo de Saboya que habia renunciado su ducado, y héchese ermitaño para engañar incautos. Tomó el

nombre de Felix V, y mantuvo su cisma nueve años.

En Nápoles iba viva la guerra entre Renato y don Alonso. Por la muerte del infante don Pedro mandó venir á sus dos hermanos el rey de Navarra y don Enrique con las mayores fuerzas que pudiesen. Mas á la misma sazón le llegaron cartas de que estaban á punto de perderse Rosellon y Cataluña por numerosas compañías de foragidos y ladrones que lo asolaban todo, tomadas ya algunas fortalezas donde tenían sus guaridas. Respondió don Alonso, *no dejaria la empresa de Nápoles aunque todo se perdiese*; pero los ánimos eran mayores que las fuerzas, mayormente habiendo Renato aumentado las suyas con naves y gente genovesa, con que ganó despues el castillo nuevo de Nápoles, que es el mas fuerte de ella. Por otra parte iba el rey adquiriendo varias ciudades y provincias antes con arte y prudencia que por armas.

Esto durante procuró el papa Eugenio concertar de algun modo los dos beligerantes; pero nada pudo conseguir, porque cada uno queria todo el reino. Sin embargo no dudó don Alonso de que por medio del papa podia mejorar su partido, y continuó en tenerle por el verdadero papa, sin hacer caso de la deposicion del Concilio ni eleccion de Felix. Aun antes habia mandado retirar de Basilea sus embajadores, encargándoles expresamente no interviniesen de modo alguno en la deposicion de Eugenio, ni en la eleccion de antipapa, pues lo tenia todo por escandaloso y nulo. Todavía mas. Envió mandato á su mujer

la reina de Aragon y á su hermano el rey de Navarra, lugar-tenientes del reino, no pusiesen en ejecucion ningun decreto del Concilio, y guardasen neutralidad como en el cisma del antipapa Roberto. Escribióle Felix amonestándole su obediencia; pero don Alonso se excusó políticamente con que sus embajadores y prelados no se habian hallado en la deposicion de Eugenio, ni en la eleccion suya; fuera de que el exámen de los derechos era largo sino imposible. Con todo eso dijo, *que si bien meditado hallase que su eleccion era canónica y legítima, le daria la obediencia con tal que confirmase la adopcion de la reina Juana hecha en su persona, y le diese la investidura del reino. Con estas condiciones, continuó, no solo le darian sus reinos la obediencia, sino que le pondria en posesion de Roma y de cuanto gozaba Eugenio en el patrimonio de la Iglesia. Mientras esto se concluia, prosiguió el rey, podia estar en el reino de Nápoles, donde fácilmente acudirian á todo, pues reduciendo á los Caldoras, Sanseverinos y Maneris, poco cuidado podia dar Renato.*

En 1440 todavía duraban enconadas las colisiones de Castilla, frustrando los turbulentos cuantos medios ponía el rey para el sosiego. Escribieronle una prolija carta, haciendo culpas sobre culpas contra el condestable don Alvaro de Luna; porque aunque desterrado de la corte, lo dirigia y mandaba todo por las hechuras que en ella tenia. *Que era mengua de un rey de Castilla ponerse todo en manos de uno solo dejando arrinconada la grandeza, casi toda enlazada con sangre de reyes.* Aunque no eran falsas todas las

acusaciones, se dejaba ver era todo envidia, y deseo de entrar en el mando; y este es el mayor inconveniente de los gobiernos monárquicos, especialmente cuando los reyes son de edad menor, ó faltos de talento. Esta debió de ser la causa, y otras que ignoramos, de no responderles el rey, por mas que su consejo se lo persuadia. A vista de esto, el rey de Navarra y demás caballeros del bando, enviaron al de Castilla los condes de Haro y Benavente suplicando diese forma de que se viesen todos en algunas de las villas de Toro, Salamanca, Madrigal, Avila, Arévalo ú Olmedo; pero el rey les dijo se verian en Valladolid en Abril siguiente.

Para esto hubo seguros y comprometimientos de conocida infidencia, no poco vergonzosos entre personas tan distinguidas. En estas vistas aconteció que el príncipe de Asturias, á hurto de su padre, se fué cierto dia á la posada del almirante don Fadrique; lo cual ocasionó diversas hablillas en la corte. No volvió á la hora regular, y el rey envió á saber la causa. Ya le habian contagiado. Respondió *mandase luego salir de la corte al doctor Periañez, á Nicolás Fernandez y á Alonso Vivero, cuya residencia en ella no cumplia al real servicio.* Convino el rey por excusar enojos, y el príncipe volvió á palacio pasada media noche. Ya era dueño de su corazon un pajecillo suyo llamado Juan Pacheco, hijo de don Alonso Tellez Giron, señor de Belmonte, puesto en su familia por don Alvaro de Luna. Veremos adelante las mañas de este Juanito, y cómo venció en la privanza de don Enrique, á la de

don Alvaro en la de su padre, y aun fué su enemigo disimulado. Así pagan los hombres los beneficios.

Los acuerdos de Valladolid iban á la larga, y tuvo tiempo el rey de celebrar el matrimonio del príncipe con doña Blanca, ambos ya de quince años. Envió el rey por la novia al conde de Haro, á don Iñigo Lopez de Mendoza y al obispo de Burgos don Alonso de Cartagena, y vino acompañada de su madre doña Blanca de Sicilia, y en Valladolid á 15 de Setiembre casó y veló los novios el cardenal don Juan Cervantes, siendo padrinos el almirante y doña Beatriz de Portugal. La Crónica hace á esta señora hija del rey don Dionís; pero no lo fué sino de don Fernando. Don Juan de Ferreras dice fué madrastra de nuestro rey don Juan el I; pero no fué sino abuelastra, si podemos darla este nombre. Este matrimonio fué infáusto para la novia, pues convienen todos en que nunca se consumó por impotencia del marido. Mas adelante veremos con dolor la infelicidad en que vino á parar esta princesa, su injustísimo repudio, y desdichada muerte á manos de su cruel hermana y tirano padre por usurparla el reino.

Portugal estaba tambien alterado, desaprobando muchos la regencia de la reina madre, teniendo el niño rey tios que gobernasen, antes que una mujer extranjera, señaladamente el infante don Pedro. Quitaronla en Córtes el gobierno, y aun la tutela de su hijo, dejada en testamento por el rey difunto, y uno y otro dieron al infante. Despechada doña Leonor de tal injusticia no ha-

biendo dado la mas leve causa , se retiró á Castilla.

1441

Dia 4 de Enero de 1441 partió para Toledo el rey de Castilla con el príncipe y la corte, recelando que don Enrique de Aragon, que nunca maquinaba cosa buena, se apoderase de aquella ciudad, con el favor de su alcalde Pedro Lopez de Ayala. Llegado á Méntrida, confirmó su recelo por indicios, y enviando al príncipe á Madrid, siguió su camino. No solo la encontró ocupada por don Enrique, sino que salió contra el rey con doscientas lanzas, al ver al rey de paz y sin mas que cuarenta caballeros de su casa. El desacato merecia castigo; pero no era tiempo: y cedió el rey retirándose á Torrijos. De allí escribió al infante la carta siguiente:

Don Juan, por la gracia de Dios rey de Castilla é de Leon &c., á vos el infante don Enrique, maestro de Santiago, mi muy caro é amado primo, salud y gracia.

“ Bien sabedes como habiendo enviado yo el viernes próximo pasado á vos y á algunos de la mi noble cibdad de Toledo por mis embajadores, nuncios y mensajeros á Perafan de Ribera mi adelantado mayor de la frontera, é á Iñigo Ortiz Destuñiga mi vasallo, é al doctor Fernando Diaz de Toledo mi oidor é referendario, é relator, é secretario, todos del mi Consejo, sobre algunas cosas cumplideras al mi servicio é al bien comun é tranquilidad de mis reinos, detuvistes y mandaste de-

tener á los sobredichos adelantado, é Iñigo Ortiz, é doctor, é relator, é los tenedes detenidos é presos en la dicha cibdad de Toledo, en mi gran deservicio, é escándalo de mis reinos; lo qual vos veedes bien é podedes ver cuánto feo, é deshonesto, é vergonzoso vos es ante Dios y ante el mundo; é entre todas las otras cosas feas y acometimientos deshonestos que se lean en los hechos pasados, no se lee cosa tan fea ni tan deshonesto como aquesta, que los embajadores, que han de ser é son seguros de derecho é razon natural, puesto que aquellos de quien se envian sean infieles, é no tengan otra fe salvo la razon natural, sean detenidos é presos por aquellos á quien se envian. Y puesto que yo por lo sobredicho, por haber seido é ser á mí notorio, é hecho en mi presencia, é ser el caso tan feo é grave é tan deshonesto, yo podria mandar proceder rigurosamente; pero queriendo usar de benignidad mas que de rigor, mandé dar esta mi carta para vos, la qual mando que sea puesta é fija en las puertas de los palacios donde yo poso en esta villa de Torrijos, ó en el lugar mas cercano de la dicha cibdad, por quanto yo soy informado y á mí es notorio que la dicha cibdad de Toledo donde vos estades, no es segura á los mensajeros que yo allá envio. La qual vos ruego é mando que desde el dia que la dicha mi carta fuere fija y puesta en los lugares sobredichos hasta quatro dias primeros siguientes, enviedes á mí sueltos é libres á los dichos embajadores, nuncios é mensajeros; en otra manera, sed cierto que yo no podria excusar de proceder segun cumple al mi servicio y las leyes de mis reinos que en tal

manera disponen. = Dada en Torrijos á 9 dias de Enero, año de 1441 años. = Yo el rey. = *E yo Diego Romero la hice escribir por mandado de nuestro señor el rey.*"

No hizo don Enrique mérito alguno de la carta, y se preparó para hacer la guerra al rey en su misma casa, y tuvo que retirarse á Avila, dejando en Torrijos cien hombres de armas que la guardasen. En Avila tuvo recado del condestable pidiendo enviase al Tiemblo, donde estaba, algunas personas con quienes tratar de precaver los males que amenazaban, por haberse la reina unido con los rebeldes. Envióselas el rey, y concertaron debia requerir al de Navarra y demás de su partido guardasen los acuerdos del año precedente. Si así lo hiciesen, no se llegaría á rompimiento; pero si no, serian responsables de lo que sobreviniese. Despacharon, pues, embajadores á Arévalo donde los caballeros estaban, con la instruccion siguiente: "*Lo que vosotros los reverendos en Cristo padres obispos de Burgos é de Segovia, é Fernan Lopez de Saldaña, é el doctor Garci-Lopez de Trujillo, todos del mi Consejo, habeis de decir é requerir de mi parte á la reina doña María mi muy cara é muy amada mujer, é al rey de Navarra mi muy caro é amado primo, é á los otros caballeros de su opinion que están en Arévalo, es lo siguiente:*

» Lo primero, que por la pacificacion é bien de los hechos del reino, les mando que derramen luego la gente que tienen ayuntada; é que así derramada, yo porné dos jueces sin sospecha, que vean los debates entre ellos y el condestable

don Alvaro de Luna , y determinen en quién está la culpa é causa de tan gran rompimiento como está aparejado; é así determinado, yo mandaré que se vea por Consejo , é se haga justicia de los culpantes. E si de esto no les pluguiere é quisieren estar por lo jurado en Bonilla (ó en Castro-Nuño) por don Pedro de Velasco, é por don Rodrigo Pimentel en nombre de ellos el año de 1440, que á él placia de estar por ello. E si desto no les pluguiere , é quisieren que se junten Córtes donde se ayunten los tres estados del reino, que allí se vean y platiquen quién es causa de tan grandes escándalos é males como en el reino están aparejados , que yo luego mandaré que junten Córtes y vengan allí los tres estados. ”

La reina de Castilla y el rey de Navarra respondieron por todos *que no convendrian en ningun partido sin que primero no saliera para siempre de la corte el condestable. Debieran haber dicho sin rodeos , queremos dominar al rey de Castilla , y avasallarle á nuestro gusto.* No estaba todo el mal en los rebeldes ambiciosos , sino que habian inficionado al príncipe de Castilla, y le tenian inclinado. Conociólo el rey , y hubo de halagarle dándole á Guadalajara ; si bien fué mas por quitársela á don Iñigo Lopez de Mendoza que se queria levantar con ella á la sombra de las actuales rebeldías. Mandó el rey á su hijo pasase á Avila para instruirle sobre esto y otras cosas ; pero pervertido por Juan Pacheco, no quiso ir á Avila , y aun se concertó con su madre , el navarro y demás rebeldes contra el rey su padre. Dabales aliento saber que don Enrique ocupaba á Toledo con otros

pueblos comarcanos, y otros rebeldes habian usurpado las ciudades de Leon, Segovia, Zamora, Salamanca, Valladolid, Avila, Burgos, Plasencia, Guadalajara, y muchos pueblos de Castilla.



CAPITULO V.

Destierro de don Alvaro de Luna. Toma de Nápoles por el rey de Aragon. Aumentanse las insolencias de los rebeldes al rey de Castilla, hasta prenderlos.

Por primavera los rebeldes de Castilla comenzaron á perseguir á don Alvaro no solo en la persona, como hasta allí, sino tambien en sus bienes y tierras. A vista de esto tambien el rey de Castilla movió guerra al de Navarra en sus estados, tomándole á Medina del Campo, la Mota y Olmedo. Acudió el navarro y demás rebeldes con sus menadas á la defensa, y cortar los progresos de Castilla; y la villa de Olmedo fué rebelde al rey, pues al punto que vió cerca al navarro, sacó de ella á Sanjuan Ortiz que la tenia por el rey, y se la dió al de Navarra. Poco despues á 10 de Junio ambos ejércitos estuvieron á punto de batirse junto á Medina del Campo, por haber enviado al rey un grueso de tropa don Alvaro de Luna y su hermano el arzobispo de Toledo; pero no hubo mas que unas ligeras escaramuzas. Con todo, los rebeldes ocuparon á Medina por traicion de unos vecinos de ella el dia de san Pedro, y el rey, el condestable y demás caballeros leales estaban allí bien descuidados de traicion semejante, no obstante que el ejército enemigo era cuadruplicado. Metieron durante la noche cinco mil caballos en la villa, sin que los del rey supiesen nada; pero se supo luego, y el rey

acompañado del condestable salió á la plaza con algunas gentes que se despertaron al ruido. Sabida la superioridad de los enemigos, dijo el rey á don Alvaro se pusiese en cobro, pues á él le buscaban los rebeldes, y se libró con la oscuridad de la noche. Venida la mañana, algunos de los rebeldes besaron la mano al rey, y como si nada hubiera sucedido, se salieron á su campo. Fué dicha el haber huido el condestable; pues era natural haber perecido en tal coyuntura.

No habiendo, pues, llegado á las manos, mandó el rey que unos y otros derramasen la gente, dejando solo seiscientos hombres en guarda de la reina y príncipes. El almirante y don Fernando Alvarez de Toledo prometieron mediar en aquellas discordias, habidos los respectivos poderes; y dia 3 de Julio pronunciaron el fallo contra el condestable desterrándole de la corte por seis años, confinado en sus villas de Valdeiglesias ó Riaza. Sacaron luego de palacio todas las hechuras del condestable, y quitaron los empleos á los que de él los habian obtenido en otros destinos dentro y fuera de la corte. Para seguridad de todo, hicieron dar al condestable en rehenes á su hijo don Juan y las nueve villas mejores que tenia. Sentencia dura y encarnizada, no de compromisarios ingénuos, sino de hombres de corazon corrompido, y que solo tiraban á esclavizar al rey de Castilla, cuya corteidad de talento era notoria. La reina doña María, semejante en todo á sus hermanos, fué la mas culpada en estas injusticias contra su marido; pero presto la vino á buscar la muerte.

No hubo hombre de razon y juicio sano á quien

no sorprendiese tan tirana sentencia; pero no hubo remedio: venció la violencia, y hubo de ejecutarse. Ni con ella se quitaron la ambicion y violencias del navarro y don Enrique. Derrocado el condestable, se comenzaron á temer unos á otros, y pelear á fuerza de engaños, fraudulencias y maquinaciones sobre quién habia de ocupar en el corazon del rey el lugar del condestable. Para que nadie prevaleciese, comprometieronse en no solicitarle ninguno, sino mantenerse unidos por si el caido se levantaba. Corroborose la amistad del navarro y el almirante Manrique con otro vínculo mas estrecho. Dia 3 de Abril habia muerto doña Blanca, reina de Navarra, y desde luego el conde de Castro propuso al rey viudo casase con doña Juana Enriquez, hija del almirante; cosa que tuvo efecto de allí á tres años, para la ruina de los dos hijastros, príncipe de Viana, y su hermana doña Blanca, princesa de Castilla. Tales torbellinos se levantaron de esta alianza, que el rey de Castilla se vió desacatado de sus vasallos, de su mujer, de su hijo, y aun prisionero. Tiempos infelices, aunque no raros, en que el ídolo de la ambicion y venganza era el dios de la corte. Por otra parte se unió el almirante con don Juan Pacheco, el hombre mas ambicioso de los mortales, casándole con una sobrina suya; y se concertó boda del viudo don Enrique con la hermana del conde de Benavente. Estos enlaces aumentaron la union de aquellos rebeldes.

El rey de Castilla habia convocado Córtes en Toro, y fueron acudiendo entrado el año de 1442 1442 los diputados de las ciudades. Otorgaronle ochen-

ta millones de maravedís para subvenir á las urgencias de la corona y defenderla de tiranos, aunque pagaderos en dos años. Por entonces á 4 de Febrero murió el arzobispo de Toledo, hermano del condestable; y la dignidad la dió el papa al arzobispo de Sevilla don Gutierre de Toledo, contra la voluntad del rey que la queria para el cardenal Torquemada (cuyo mérito era grande); pero se le dió el obispado de Orense, poco equivalente á Toledo. En medio de tantas contrariedades no dejaba de tener el condestable don Alvaro número de aficionados, atendido que estando él á la frente del gobierno, no habria ninguna de aquellas audacias y desvergüenzas. Pensaron, pues, en restablecerle al lado del rey; pero antes era menester apartar al navarro, á don Enrique, al almirante, al Pacheco y otros muchos de la gavilla. Graves eran los estorbos; pero á todo se atrevieron. Idearon cavar una mina desde el campo hasta los fundamentos del castillo de Toro, donde solia tener el rey consejo con aquellos caballeros rebeldes, con objeto de entrar armados, matarles ó prenderles todos y libertar al rey de la opresion, pues nada se resolvía sino á gusto de ellos. La faccion era mayor de lo que sufre un secreto. Descubrióse presto, y aunque no los autores, hubo causa para precaverse y enconarse mas contra el condestable. Resolvieron no llevar adelante el rigor con las hechuras de éste para no multiplicarse enemigos; y permitieron volver á la corte al doctor Periañez, al contador Vivero y á otros. Todavía caminando á Toledo los reyes de Navarra y Castilla, salió al camino don Alvaro desde Escalona, y comunicó

largamente con el navarro y don Enrique; si bien todo fué secreto.

En Nápoles habia puesto don Alonso sitio á la ciudad á mediado Noviembre de 1441, y duraron los combates hasta 3 de Junio del año corriente, en cuyo dia fué asaltada á viva fuerza por escalada, y por cierto conducto subterráneo, llamado el *formale*. Púsose á riguroso saco; y se fueron rindiendo los castillos de Puerta Capuana, el Nuevo, y el de san Telmo que está en el monte. Renato marchó embarcado á Florencia donde el papa estaba. A continuacion fueron derrotados los Caldoras, Esforcias, y demas Anjoiños, perdiendo sus estados. Hubo, pues, de moderarse el papa abatiendo velas, y procurando tratar de convenio mediando el duque de Milán. Vino, pues, á firmarse concordia en Terracina dia 14 de Junio de 1443 en esta forma: *Entre el papa y el rey de Aragon habrá firme paz y alianza perpetua, olvidadas todas las cosas pasadas. El rey de Aragon por sí y sus reinos reconoce á Eugenio IV por verdadero é indubitable pastor universal de la Iglesia, y como á tal le da la obediencia, ni permitirá en sus reinos la libertad eclesiástica en este negocio. El papa le dará la investidura del reino de Nápoles, y confirmará la adopcion de la reina Juana, sin que le obste haber ocupado el reino por armas. Otras cosas de menos importancia que se añadieron se pueden ver en Bartolomé Faccio, secretario del rey, que historió las cosas de su tiempo. Dió bula Eugenio de legitimacion á don Fernando, hijo espúrio del rey, y á este la investidura; y confirmó la adopcion á 13 de Diciembre. Todo el reino le habia jurado ya por*

su rey; y Felix con su concilio quedaron desengañados. La investidura se dió con obligacion de pagar en feudo anual á la Santa sede ocho mil onzas de oro napolitanas, que son unos ocho mil doblones; pero despues se redujeron á la mitad. Así vino Nápoles á quedar por Aragon al cabo de veinte años de guerra.

El rey de Castilla tuvo en Toledo la navidad y el principio de este año con la reina, el de Navarra, don Enrique, varios obispos y caballeros; el príncipe le tuvo en Segovia entre las adulaciones del almirante, ya continuo de la casa del príncipe; pero el dueño de su corazon lo era Pacheco, todavía mas absoluto que don Alvaro de Luna lo era de su padre. Reconcilióse el almirante con el nuevo arzobispo de Toledo, que como poderoso, convenia para sus designios. Todo se iba agravando en menoscabo del rey, confederados ya los inquietos con el príncipe, que tenia mucha menos capacidad y talento que su padre. Hacian que el príncipe hablase alto al rey, y de un tono amenazador cuanto le dictaban ellos, pidiéndole mercedes y cogiéndolas todos.

A la sazón nació en Escalona una niña al condestable, y pasó allá el rey con la reina que fueron los padrinos en el bautismo. No fué menester mas para revolverse los humores de los rebeldes, al ver que el condestable reinaba en la memoria del rey. El talento del rey era limitado como ya dije, pusilánime y meticoloso; el de don Alvaro era robusto, vasto y pronto en toda coyuntura. ¿Cómo no le habia de echar menos en aquellas averías, ó digamos desacatos? Pasó á Madrigal, y le siguieron á la vista la reina, el príncipe, el

navarro, don Enrique, el almirante y toda la catterva rebelde para oprimirle. Llegados á Ramaga pidió el príncipe á su padre tuviese consejo, porque así cumplia á su servicio. Le tuvo; y la resulta fué poner acusaciones contra Perez de Vivero y contra Fernando Yañez que habian sido restituidos á sus empleos. Acusaron tambien á todos los oficiales que podian ser adictos al condestable, les quitaron los destinos y pusieron otros á su gusto. Detuvieron al rey en Ramaga políticamente preso, cercado de guardias confidentes suyos y enemigos de don Alvaro, tanto que no digo en la cámara del rey, pero ni en palacio entraba nadie que no fuese su partidario, y mucho menos á hablar con él palabra secreta. Dormian en el antecámara un hermano del almirante y Rui Diaz de Mendoza sin perder al rey de vista. Para comer se quedaba uno mientras volvía el otro.

Pasó el rey á Tordesillas á la entrada del año de 1444, y le siguió la cárcel de Ramaga. Todos 1444
anhelaban ganar al príncipe; pero este en realidad no era tan suyo como creían. Habiales dicho iría con ellos á Tordesillas, no lo cumplió y se fué á Segovia, atribuyendo esta falta al obispo de Avila don Lope de Barrientos, y á don Juan Pacheco que queria ser solo. Llegó el príncipe á Segovia por Marzo, y vino allí Nuño de Arévalo de parte del condestable á decir á don Lope comunicase al príncipe las ansias y deseos que tenia de sacar al rey de la vergonzosa opresion en que los infames rebeldes le tenían, sin tener libertad para nada. Si su alteza queria favorecer este noble designio, unirían sus fuerzas militares, y podría conseguirse.

Para madurar el empeño pasó el obispo á ver al condestable; bien que aunque de secreto, como las cosas anduvieron á la larga, no pudieron los coligados dejar de presentirlas. Enviaron embajada al príncipe recordándole el convenio de perder al condestable; pero el príncipe tomó consejo de Pacheco y del obispo, y convinieron pasase á Tordesillas como que iba á practicar lo convenido; pero no habia de hacer sino comunicar de secreto con su padre lo acordado con el condestable para sacarle de cautiverio tan ignominioso. Llegados á Tordesillas, empezaron á tratar de sus acuerdos contra don Alvaro, y se aquietaron los conjurados, creyendo que realmente estaba el príncipe por ellos. Con este supuesto, efectuó el rey de Navarra su desposorio con la Enríquez dia 1.º de Setiembre en Torrelobaton, hallándose presentes el rey y la reina de Castilla, la reina de Portugal, el almirante y otros caballeros; pero no se solemnizó el matrimonio hasta Julio de 1447. Regresaron á Tordesillas, y supieron que el maestre don Enrique habia casado en Córdoba con doña Beatriz Pimentel de Benavente.

Tuvieron los rebeldes sus vivas conferencias en Tordesillas contra el condestable, no dudando de que el príncipe (que hizo bien el papel) estaba por ellos; pero el negocio anduvo diversamente por manejo del obispo y de Pacheco. Encargaron al príncipe dijese en el Consejo, *que al presente nada se podia concluir sobre el condestable por estar ausentes muchos caballeros que debian entender en ello: que fuesen llamados y oido su voto. De lo contrario, podrian originarse disensiones que frus-*

*trasen el negocio , por no haber sido llamados. Además , que por estas ó por otras razones , se podrian aliar con el condestable , y hacer impracticable la empresa. Alguna sospecha causó la dilacion al navarro y á otros ; pero como el reparo del príncipe iba fundado , resolvieron llamar á los ausentes. Mientras tanto tuvo un momento el príncipe para tratar de secreto con el rey su padre por disposicion del obispo la libertad que se le procuraba. Si bien el obispo se guardaba de los rebeldes , que le observaban pasos y movimientos , pudo hacer de modo que el rey le llamase , y entrado en su cámara , le dijo *tenia que comunicarle*. Entonces el obispo para mayor disimulo , dijo: *Pues señor , la habla sea breve y de cosas importantes*. Dijole el rey en voz baja : *Obispo , ¿ qué os parece del modo en que estoy ?* *Mal , señor* , respondió el obispo tambien en voz baja , *pero se previene el remedio. ¿ El remedio ?* repuso el rey ; *¿ y cuál es ?* A que satisfizo: *El príncipe os lo dirá , señor , que está concertado por el condestable. Mañana , señor , quedaos en cama como doliente ; vendrá el príncipe á veros , y con ademan de tomaros el pulso para ver si teneis calentura , le cogereis la mano , y os hará pleito homenaje de lo que os digo. Os dará tambien una cédula de su mano que os asegure del cumplimiento.**

Dicho esto brevemente , se retiró el obispo con no menos brevedad ; pero por lo contento que vieron al rey , advirtieron los enemigos habian tratado cosas de consecuencia. El dia siguiente se hizo todo lo dispuesto por don Lope con tanta brevedad , destreza y disimulo , que ni aun los guardas observaron cosa alguna ; pero poco tardaron á pene-

trarlo el rey de Navarra y su suegro el almirante, y acordaron preguntar al obispo don Lope *¿qué era lo que el príncipe dijera al rey su padre que tan alegre le dejara?* Respondió el obispo *no sabia mas sino que le habian dicho algunas chanzas y motes para regocijarle.* Respondióle el almirante *se guardase de otras hablas, pues el rey de Navarra le tenia en grande sospecha; y si por él fuese, ya sería empozado.* A la sazón dijo á todos el príncipe *teuia que volver á Segovia, mientras el rey, los caballeros presentes y los llamados se juntaban en Arévalo; y de contado se puso en camino con el obispo y don Juan Pacheco.*

Toda la dificultad del príncipe era saber lo que debia responder á los rebeldes cuando decretasen contra don Alvaro. Todo lo allanó el obispo. Ocupó preventivamente casi todas las posadas de Arévalo con la casa del príncipe y suya antes que los coligados lo imaginasen; y con esta sola diligencia consiguió que no pudiendo estar todos dentro de la villa con sus gentes, no fuesen á ella no creyéndose seguros de una sorpresa estando divididos; y así dijeron al rey no convenia ir á Arévalo. Esta falta dió márgen al príncipe para quejarse del navarro; y por lo mismo ya estaba libre de su promesa no habiendo faltado por su parte. Para satisfacerle, le habló el almirante en Nieva, y le suplicó quisiese pasar á Olmedo adonde iria el rey de Navarra y concluirían el negocio; pero el obispo dijo al príncipe y á Pacheco que de ningun modo fuesen allá, por ser villa del rey de Navarra, y corrian peligro. Conocieron tenia razón; pero no sabian qué respuesta dar al almirante.

Sacóles tambien el obispo de este mal paso , haciendo dijese el príncipe *no queria ir á Olmedo por no verse obligado á pasar á Tordesillas y besar la mano á su padre , como era debido hacer estando tan cerca ; cuya ceremonia no queria practicar por entonces.* No quedó satisfecho el almirante de la respuesta ; pero hubo de volver á Tordesillas sin otra.

Con tanto el príncipe , Pacheco y el obispo Barrientos partieron á Segovia , y lo primero que hicieron fué ganar al arzobispo de Toledo , y á su hermano el conde de Alba. No menos atrajeron á su partido á don Iñigo Lopez de Mendoza , y comunicaron al condestable el buen estado de las cosas. Para llamar á Castilla al infante don Enrique , que se habia apoderado de Córdoba , Cantillana y Alcalá de Guadayra , y estaba para ocupar á Sevilla , empezó el príncipe á juntar tropas en Avila , publicando ya sin misterios iba á sacar á su padre de poder de tiranos alevosos. Alegraronse todos los buenos , y presto se juntó ejército numeroso unido á la tropa del condestable. Con esta novedad el navarro y su suegro resolvieron pasar al rey de Tordesillas á Portillo , que era del conde de Castro , y debia guardarle ; y marcharon con sus tropas camino de Burgos á encontrar al príncipe , que caminaba ya con tres mil caballos y cuatro mil infantes , cuyo número crecia por momentos. Poca menos gente de guerra tenian los rebeldes , y avistándose los dos campos junto á Pampliega , hubieran venido á las manos á no mediar algunos eclesiásticos que lo estorbaron , y aconsejaron á los conjurados pusiesen en libertad al

rey. Habriase logrado todo si á la misma hora no hubiera llegado á los rebeldes una partida de caballos que esperaban, á cargo de García de Herrera. Hubo de salir contra ellos antes que se juntase á los rebeldes el conde de Alba, y los derrotó completamente (aunque socorridos con gente del navarro) aprisionando al Herrera con otros oficiales y tropa. Con esto ya no progresó el proyecto comenzado de libertar al rey; pero conociéndose el de Navarra sin fuerzas para balancear las del príncipe, huyó á Palencia.

En la mañana siguiente, viéndose ya el príncipe sin enemigos, pasó su ejército á Magás, acompañado del obispo y de don Juan Pacheco, donde supieron que el rey habia salido á monte con el conde de Castro, y que llegando á Mojados, no quiso volver á Portillo, y se fué á Valladolid. Allá fué tambien el obispo de Avila, y detrás el príncipe y el condestable, resolviendo volver al campo, y buscar al enemigo en Palencia. Fueron los ánimos tan grandes viendo al rey con su tropa, que pusieron el real junto á los muros de Palencia; y cierto peligráran los rebeldes, á no haber marchado cada cual á guarecerse en sus castillos. El navarro se metió en su reino; pero con ánimo de volver á la demanda, sabiendo que el castellano le quitaria cuanto poseia en su reino. Así fué. Comenzó por Medina del Campo, y siguieron Olmedo, Roa y Aranda. Peñafiel quiso defenderse; pero fué combatida, y entrada dia 18 de Agosto. El príncipe tomó posesion de Medina y Olmedo como dote de su mujer; de Aranda y Roa por habersele rendido.

CAPITULO VI.

Mueren las reinas de Portugal y Castilla. Batalla de Olmedo, de la que sale herido el maestre don Enrique, y muere de la herida. Mareas del rey de Castilla con el príncipe por malos consejos de Pacheco. Es electo don Alvaro de Luna maestre de Santiago. Toma el castellano varias fortalezas de los rebeldes.

El maestre de Santiago don Enrique no habia acudido al peligro de sus confederados, y se estaba en Andalucía; pero le hicieron salir de allí mas que de paso el maestre de Alcántara con algunos caballeros y tropa que envió el condestable, y se refugió en Ocaña. Allí le fueron á buscar el príncipe y el condestable, mientras el rey se fortificó en las fronteras de Aragon y Navarra por si se movia alguno en favor de don Enrique; pero éste no estando seguro en Ocaña, marchó para Lorca, en cuya fortaleza le acogió (que no debiera) Alonso Fajardo. El rey viendo quieta la frontera, regresó á Medina, mientras el príncipe se apoderó de varias tierras del maestrazgo de Santiago, y tambien se fué á Medina. Corrió luego rumor de que el rey de Navarra y su hermano don Enrique se carteaban con los caballeros rebeldes, por cuyo medio se prevenian mayores fuerzas para entrar á fuego y sangre en Castilla. Tuvo el rey Córtes en Medina para la resistencia, y se apercibieron las fortalezas de la entrada. No esperó el navarro la primavera, sino que en lo riguroso del invierno del

año 1445 entró por Atienza en Castilla con solo cuatrocientos caballos y seiscientos peones. Ocupó á Torija, Alcalá de Henares y Santorcaz, haciendo notables daños por donde pasaba. Con la noticia marchó el rey contra el navarro, y llegado al Espinar supo que habia muerto en Toledo la reina de Portugal á 18 de Febrero. Por el tiempo mismo murió en Villacastin la reina de Castilla, y como ambas murieron sin enfermedad, se creyó fué de veneno. Eran hermanas de los revoltosos infantes de Aragon, y ellas no poco parecidas á sus hermanos. Lo cierto es que de ninguna hubo muchos llantos. Murió tambien entonces don Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago, y destinaba el rey aquella sede para el obispo de Avila don Lope de Barrientos á quien tantos favores debia; pero don Lope se excusó diciendo era viejo para mudar de clima. Diósele, pues, el obispado de Cuenca, pasando su obispo á Santiago, que tal no esperaba.

Seguió el rey su camino para Madrid hácia Guadalajara con ánimo de estorbar que don Enrique, que venia de Lorca con quinientos hombres de armas, se juntase con el navarro; pero no pudo conseguirlo. Juntaronse en Santorcaz, y no teniendo el rey fuerzas competentes, ocupó á Alcalá, á cuya vista estuvieron los dos hermanos; pero no tentaron accion alguna, y por el puerto de Tablada marcharon los rebeldes á Olmedo, donde tenian mas gente. Resuelto el rey á seguirlos partió de Alcalá dia 20 de Marzo, y pasó los puertos. Entró en Arévalo miércoles Santo, dia mismo que los enemigos en Olmedo, á quienes la villa cerró sus puertas, y se defendió algunas horas; pero entrada por

fuerza, degollaron á tres ciudadanos que les habian defendido la entrada. Con la noticia resolvió el rey buscar á los enemigos en Olmedo misma, y sentó su campo á media legua. Los ejércitos por ambas partes eran pequeños, y ambas tenian miedo de perderse. Por tanto el de Navarra pidió habla con el rey de Castilla con ánimo de entablar algun convenio, y enviándose mutuas seguridades se vieron en la loma que mediaba entre los dos campos don Lope de Barrientos y el almirante. La propuesta del navarro fué *que el de Castilla restituyese á él, á su hermano y á los caballeros de su partido todas las villas, tierras, juros y heredamientos que les ocupára. Con esto solo, cesaria la guerra y habria paz estable.* Respondióle el obispo *que estaba bien: que daria parte al rey y haria de la suya los mayores esfuerzos para la concordia.* Comunicado al rey el negocio, juntó su consejo, y aunque no todos fueron de un dictámen, prevaleció el del condestable que era *procurar alargar la conclusion de todo como ocho dias; pues en ellos sabia le llegarían mas de seiscientas lanzas á cargo de don Gutierre de Sotomayor, maestro de Alcántara, con lo cual seria el convenio mas ventajoso.* Respondió el obispo *que si la venida del socorro era cierta, él entretendria las pláticas no solo ocho dias sino tambien nueve.*

Con este acuerdo se dió aviso á los enemigos de que saliesen al cerro y oirian la respuesta del rey. Hicieronlo pronto hallándose ya allí el obispo, el condestable, el conde de Alba y otros; y el obispo habló en nombre del rey moviendo tales cabos y medios al convenio, que no obstante que

pedían tiempo, contentaron á los rebeldes, y creyeron haber alcanzado sin peligro lo que pedían. Ello fué que de la respuesta tramada por el obispo nacieron por necesidad tantas dilaciones, que el dia siete ya llegó el maestre de Alcántara con seiscientos caballos escogidos. Vueltos al negocio los contratantes, se hizo tan difícil el obispo don Lope en los convenios, que conocieron los rebeldes la causa, y que la venida del maestre habia mudado las cosas. Retirados unos y otros á su real, se vieron engañados los rebeldes, y acordaron requerir al rey *no diese lugar al perdimiento de los reinos, y les oyese en justicia, apartando de su lado al condestable su capital enemigo y disipador de la corona, &c.*, amontonando varias acusaciones de mas ruido que sustancia, y dignas del desprecio. Este requerimiento fué dia 17 de Mayo, por medio de Lope Angulo y el licenciado Cuellar con dos escribanos, todos vasallos del rey de Navarra. Respondióles el rey *lo veria en consejo y satisfaria*; pero no llegó el caso. Dia 19 se dieron batalla sin haberse casi prevenido ni deliberado. Fué el caso que como el príncipe solia divertirse viendo escaramucear, salió de su real con un escuadron de ginetes y llegó junto á los muros de Olmedo. Salieron de la villa otros tantos escoltados de alguna gente de armas, á cuya vista hizo el príncipe venir muchos de los suyos. Entonces los que habian salido de Olmedo se retiraron á ella, y el rey de Castilla puso su gente en órden por lo que resultase de aquel movimiento, y en todo caso presentar batalla. Mantuvose allá hasta las cinco de la tarde, y no saliendo nadie de Olmedo, ya se recogia á

sus reales, cuando repentinamente salen los enemigos ordenados para batalla. Retroceden los castellanos, esperan al enemigo, comienzan el choque los ginetes, acuden las demás tropas por ambas partes, y se traba la acción no poco vigorosa. Pendió por un rato la victoria; pero comenzaron á flaquear los rebeldes y ponerse en fuga, y los castellanos clamaron victoria, con lo cual el rey de Navarra y su hermano don Enrique se metieron en Olmedo. El de Benavente huyó á Pedraza; el almirante quedó prisionero y puesto preso en Torrelobaton. También el príncipe hizo prisioneros al conde de Castro, á su hijo, á Garci-Sanchez de Alvarado y á mosen Alonso de Alarcon. El condestable don Alvaro de Luna cogió prisionero á don Enrique Enriquez, hermano del almirante, y á Fernando de Quiñones que murió de las heridas. También fueron presos Diego de Mendoza, García de Losada, Juan Bernal, Diego Londoño, Rodrigo Dávalos, Diego Carrillo, los alfereces del infante don Enrique con sus banderas, los del de Benavente, y otros muchos soldados de cuenta hasta doscientos. No murieron en el combate mas de treinta y siete hombres, aunque despues murieron algunos heridos. El condestable recibió una leve herida en una pierna. En suma, la batalla de Olmedo fué mas ruidosa que grande; pero las resultas de importancia.

El rey de Navarra y su hermano huyeron de Olmedo, sin mas detención que vendarse don Enrique una herida que le cupo en la mano siniestra, que le costó la vida. Antes de media noche marcharon á Portillo y luego á Calatayud, donde en-

trada fiebre á don Enrique murió dia 15 de Julio. Su mujer doña Beatriz quedó en cinta, y en 11 de Noviembre dió á luz un niño á quien pusieron el nombre de su padre, y por epíteto *el infante Fortuna*. El maestrazgo de Santiago pasó á don Alvaro de Luna, que ya le administraba años hacia. El rey mandó abrir foso donde enterar aquellos muertos, y edificar una ermita con invocacion del *Espíritu Santo* en memoria del vencimiento y fin de las enemistades. Los rebeldes perdieron sus estados, y Sanchez de Alvarado la cabeza.

Parecia que con esto debieran quietarse las inquietudes de Castilla; pero nacieron otras de mayor peligro por domésticas. Hallándose el campo del rey en Simancas, huyó clandestinamente el príncipe, don Juan Pacheco y otros tres ó cuatro, dejando las tropas en siesta. Cuando lo notaron ya pasaban el Pontiduro á toda rienda, y seguian el camino de Nieva. Mandó el rey al mestre de Alcántara les siguiese y redujese al príncipe, volviéndole por bien ó por mal á su padre; pero no pudo alcanzarlos. Llegaron á Segovia; y de la fuga en todas partes se discurrió variamente, no dudando nadie que el culpado era Pacheco. Tenido consejo se acordó que Pedro Sarmiento fuese ocupando los estados de los rebeldes, como ya dijimos, y el rey se acercase con su ejército á Segovia por si el príncipe, corrompido por su perverso privado, maquinase contra su padre. Envióle mensaje desde Nieva, dándole en cara con un hecho tan irregular é indecente; pero le dió varias excusas frívolas, todo nacido del liviano Pacheco, que tambien se ex-

cusó con poca gracia. Ya temia que vuelto el condestable á palacio, no podria ser él tan absoluto. Sin embargo, añadió el príncipe á los enviados *no se detendria en Segovia mas de cinco dias, y se volveria para su padre; mientras tanto le suplicaba le enviase libre á Pedro Giron, hermano de Juan Pacheco, hecho prisionero en la batalla de Olmedo.*

Conoció el rey no podian menos de resultar novedades, y envió segundo mensaje con Juan de Silva y con el licenciado Diego Muñoz, amigo de Pacheco, pidiéndole saliese éste á tres leguas de Segovia, donde hallaria al obispo de Cuenca don Lope y á Alonso Perez de Vivero, y allanarian las diferencias que hubiese. Vieronse realmente, y Pacheco despues de protestar no habia tenido el menor influjo en aquella fuga, antes le habia pesado mucho, dijo *que al príncipe placia volver á su padre; pero deseaba se restituyesen sus estados al almirante, por haberse puesto en su mano, y él haber prometido ampararle, pues no debia entrar en cuenta con los otros cuyas haciendas el rey ocupára. Para esto se debian ver el rey, el príncipe, el condestable y demás servidores de ambos, y comenzar por los rebeldes que tenian heredamientos en Campos y de los puertos arriba. Concluido, se debia proceder contra los del puerto acá, y luego dar órden de como se entregasen al principe las ciudades de Jaen, Logroño, Ciudad-Rodrigo y Cáceres que el rey le habia prometido. No menos se entregasen á Juan Pacheco Villanueva de Barcarrota, Salvatierra y Salvaleon con que el rey le habia agraciado.*

Asfrentosas y arduas eran las condiciones; pero

para desviar resortes peores por parte de Navarra, tuvo que condescender en ellas, y con ello vino á pagar el rescate de Tordesillas. Fué uno de los mayores borrones de don Enrique IV y último de Castilla (que tuvo muchos y graves) buscar intereses por libertar á su padre de tan viles opresiones; y no propios, sino para su favorito. Concluido, pues, el tratado, fué libre Pedro Giron, y el príncipe, Pacheco, Juan de Silva, y hasta cien ginetes pasaron á Torrelobaton donde el rey estaba. Parece que para la reconciliacion contribuyó la confianza de Pacheco en ser maestro de Santiago (como lo fué despues); pero el rey encargó á los freires nombrasen al condestable. Todo resulta así de la carta 93 del médico del rey Alvar Gomez de Cibdad-Real.

De Torrelobaton pasó el rey á ocupar á Rioseco propia del almirante, y en la fortaleza estaba su mujer doña Teresa Quiñones con su hijastra, esposa del navarro, con guarnicion de poca importancia. Intimóla el rey la entrega, á que respondió *la entregaria al príncipe, si el rey diese seguridad á su marido el almirante, y que ni en aquel año ni en el siguiente fuese llamado á Córtes ni á la guerra. Que fuese restituido en todo lo suyo; que diese seguro á ella, á sus hijos y marido; que les dejasen los derechos y señorios de los pueblos abiertos; que se la permitiese sacar lo que tenia en sus castillos; que su cuñado don Enrique Enriquez fuese restituido en sus haberes; que fuesen perdonados Juan de Tovar, y demás que guardaban las fortalezas de Rioseco, Aguilar y Palenzuela.*

Solo una mujer podia resolverse á pedir tales impertinencias á vista de un rey con ejército poderoso que podia tomar la fortaleza en tres dias de combates. Venció la benignidad del rey por lo mismo de ser mujer la que proponia, y por respetos al príncipe inclinado á favor del almirante. Mandó responder á doña Teresa, que lo que pedia estaba fuera del órden y prudencia; pero que por amor del príncipe la otorgaba, *que su persona, sus hijos y caballeros que allí habia, serian seguros, y se les volveria lo suyo. Para sus alimentos y de sus hijos se la darian á Villabraxima, Tamariz, Villada y Briveces. Que pudiese llevarse los muebles y municiones de sus castillos. De lo demás no se hizo caso. Solo por instancia del príncipe añadió el rey, que si dentro de cuatro meses hiciese su marido pleito homenaje jurado de apartarse para siempre de la faccion hasta allí seguida á pro del rey de Navarra y contra su rey natural, con los rehenes necesarios, uno de los cuales habia de ser su hija ya mujer del navarro, le perdonaria de buena voluntad sus rebeldias.* Nada repuso doña Teresa y la próxima noche salió con su familia, entregando al príncipe la fortaleza.

A continuacion ocupó el rey al conde de Benavente Villalon y Mayorga, y hallándose en esta villa, le vino el condestable de Portugal con gente de guerra que su rey le enviaba de socorro á petición de don Alvaro de Luna. Ya venia tarde; pero el rey hizo al condestable y oficiales portugueses varios agasajos de importancia, y les dió permiso para volverse. El caso era, que don Alvaro habia deliberado dar al rey por segunda mujer á

doña Isabel de Portugal, hija del infante don Juan. Con la venida del condestable (que en la realidad mas habia venido por esto que por otra cosa) se concluyó la boda; y aunque sin saber nada el rey, y aun contra su gusto pues pensaba casar en Francia, se acomodó á lo hecho por su condestable, porque realmente convenia mas este casamiento. El bachiller Alvar Gomez de Cibdad-Real en su carta 95 dice con la sal que suele: *El condestable de Portugal se vuelve como por gracia de Dios, la guerra es pasada, y tambien á volver con la infanta doña Isabel para ser mujer de nuestro rey. E sobre esto el diablo ha andado desatado; ca el rey se casa porque el condestable don Alvaro, sin saberlo su alteza, lo habia ordenado é fablado; ca el rey con la fija del rey de Francia habia en voluntad el casarse, por la forma de su apostura y manera. E me prejura Juan de Solis, maestresala de su señoria, que dijo el rey en puridad: Yo me casaré pues el condestable lo ha fecho, mas él meterá en Castilla quien á él de ella le sacará.* Profecía que se cumplió al pie de la letra, y no solo le sacó de Castilla, sino del mundo.

Con tanto pasó á Burgos acercándose á la frontera de Navarra, donde estaba el almirante y algunos de sus caballeros. El alcaide del castillo de Burgos hizo dificultad en recibir al rey, si bien su mucha bondad lo disimuló todo. ¡Buen don Pedro que hubiera resucitado! Entonces hizo marqués de Santillana y conde del Real á don Iñigo Lopez de Mendoza, y marqués de Villena á don Juan Pacheco. Acabaron allí de concluirse

los tratados con el almirante, aunque la liviandad de este loco en huir del rey fué tal, que nada se hubiera hecho á no dejar el rey perder algo de su autoridad y derecho, mirando por la quietud de su reino. Huyó el almirante, y se fué á Segovia donde el príncipe estaba. Pimentel se quedó en Navarrete accediendo á lo convenido, y se hizo propicio al rey. Por fin, no hallando cabida donde Pacheco estaba, se aquietó tambien el almirante haciendo virtud de la necesidad, y se metió en su villa de Torrelobaton. Era convenio debía guardar á su hija doña Juana dos años mas, y pasados estos, entregarla á su marido el rey de Navarra como se hizo.



CAPITULO VII.

Movimientos de Granada. Continúan las discordias de Navarra y Castilla. Tomannos los moros algunos pueblos. Casa el rey de Castilla con la portuguesa, y comienza á decaer la privanza de don Alvaro. Crecen las inquietudes en Castilla por culpa de Pacheco.

1446 Entrado el año de 1446 empezaron los bulli-
cios de los moros de Granada entre sí mismos, pug-
nando unos por hacer rey á Aben-Ismael, y otros
á Aben-Hozmin el *Cojo*, que estaba en Almería.
Tuvo éste modo de poner de su parte ciertos ca-
balleros poderosos, y apoderándose de los castillos
y de la ciudad, puso preso al rey su tio Mahomad
el *Izquierdo*, y se llamó rey de Granada.

En Castilla los alcaides de Torija y Atienza
causaban gravísimos daños de parte del rey de Na-
varra en los pueblos de Castilla. Fué preciso dar
remedio, y marchó allá el rey con ejército compe-
tente, acompañado de don Alvaro. Quedóse el rey
en Berlanga, y envió al maestro que reconociese el
estado de defensa en que Atienza estaba. Visto se-
ría dificultoso tomarla por armas, la puso bloqueo
á fin de Mayo. Cuando pasaba tambien el rey con
su mesnada real al bloqueo, tuvo carta de que el
nuevo rey de Granada habia asaltado las villas de
Benamaurel y Benzalema, muriendo en su defensa
toda la guarnicion y Alvaro Pecellin, su alcai-
de. Dijose que Ubeda y Jaen negaron el socorro
que Pecellin pedia por orden del príncipe. Todo es

creible de un príncipe tonto como fué don Enrique IV, mayormente dejándose mandar del malvado Pacheco que le imbuía, era necesario poner en necesidad al rey y al condestable para tenerles sujetos. Súpose también, que las hostilidades del granadino eran á sugerencias del *buen* rey de Navarra, uno de los mayores tiranos que España ha conocido. Pretendia con esto que el castellano se retirase de su frontera; pero no lo consiguió por lo de Granada, sino por nuevos tratos que movió el navarro mismo para entregar en tercería á la reina de Aragon Atienza y Torija, mientras se convenian sus diferencias. Pero acogido el rey en Atienza, la puso fuego y demolió sus fortalezas. Era esto por Agosto: lo cual sabido por el navarro, y que el rey se habia bajado á Valladolid, dejó sus fraudulentas negociaciones y todo quedó de rompida como estaba. Los de Atienza con el escozor padecido, asociados de los de Torija, continuaron en hostilizar la comarca con mayores iras, y hubo el rey de enviar fronteros con fuerzas considerables, que fueron Carlos de Arellano y don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Arellano presto domó á los de Atienza; pero Carrillo no pudo tomar á Torija por mas que la combatió todo el resto del año. Envió el rey allá mas gente con el marqués de Santillana, y aun con eso la defendió su alcaide Juan Puelles hasta el año 1447.

1447

Los dos favoritos rivales, Pacheco y Luna, maquinaban ocultamente para derribarse. La mayor pena de Pacheco era no haber podido triunfar con fuerzas extrañas á fin de que no se le imputase la caída de Luna; pero ya no hallaba otro remedio

que debilitar al rey y su partido por medio del príncipe á quien habia ya esclavizado. Tenia de nuevo captados al almirante y al de Benavente con sus partidarios; pero el rey frustró sus manejos, halagándoles con donativos, sabiendo eran todos venales que se iban á quien mas daba. Solo quedaron al príncipe los Pachecos y el conde de Castro, si bien adquirian otros del modo que podian. El rey de Aragon en Nápoles nada de esto ignoraba, y contribuia no poco á favor de su hermano el de Navarra (en especial despues de la rota de Olmedo y muerte de don Enrique); pero le aconsejaba *no rompiese abiertamente con Castilla, y que se ligase con el príncipe y sus parciales, pues no era esto poca guerra.* Aun escribió á don Rodrigo Manrique que habia negociado con el papa proveer en él el maestrazgo de Santiago, alegando haber sido los Treces obligados por el rey á darsele á don Alvaro de Luna. No hubo menester mas don Rodrigo. Desde luego cogió los pendones y título de maestro sin esperar bulas ni otras ceremonias. Escribiólo al príncipe y á Pacheco suplicándoles le favoreciesen en llevar adelante su empeño, los cuales se alegraron al ver otro camino para turbar las cosas; pero el rey y el condestable pusieron en defensa las tierras del maestrazgo, y persiguieron á don Rodrigo. Estaba en Cuenca de alcaide Diego Hurtado de Mendoza, suegro de don Rodrigo, y temiendo el rey se alzase con ella, envió al obispo Barrientos que echase de la ciudad al Hurtado antes de fortificarla; pero no pudo, aunque tuvieron algunos choques bastante vivos. El obispo puso fuego á las casas del Hurtado, y se quemaron mas de ciento; hasta

que por fin la ciudad quedó por el obispo, y la fortaleza por Hurtado. Con todo, temiendo algun revés, dejada guarnicion se retiró á Cañete. La guarnicion nunca quiso rendirse, y hubo el rey de pactar con Diego Hurtado de darle el lugar de la Cañada si le entregaba el castillo de Cuenca.

Estas inquietudes de Castilla proporcionaban ocasion á los moros de hacer correrías y daños en la frontera, no contentándose con presas y cautivos. Recobraron á los Velez y Arenas, no habiendo sido socorridas como pedian sus alcaides. Estaba tambien el rey ocupado en su nuevo consorcio con la portuguesa, que solemnizó dia 10 de Agosto en Madrigal. Habia rehusado este casamiento; pero vistas las prendas personales de la novia, quedó satisfecho. Fué la nueva reina el primer testigo del desafecto y aun odio que el rey, sin saber cómo, ni por qué, iba concibiendo contra el condestable, aunque lo disimularon ambos hasta otro tiempo.

No cesaban las hostilidades en las fronteras de Aragon y Navarra, sin haberse efectuado nunca los acomodamientos proyectados; y en Enero de 1448 solicitaron los aragoneses un armisticio de seis meses con Castilla, para componerse los tres reinos, mayormente que por Aragon no eran graves las diferencias. Pero crecieron de forma las inquietudes de Castilla, que todo se puso en peor estado. La sagacidad del condestable habia penetrado el corazon del rey por los indicios externos, y que ya no cabia en él mas que la reina. Conocia mas que nadie la poquedad de carácter y ninguna constancia del rey, y temia su caida, ya sobrado amagada. Resolvió, pues, precaverse con tiempo, si

valen algo las precauciones humanas. No halló medio mejor que ponerse de parte del príncipe, haciéndose criado de Pacheco con nombre de amigo. Convidóse á concluir esta alianza don Alonso de Fonseca, obispo de Avila, y se dijo procedia del rey de Navarra con objeto de separar al condestable del lado del de Castilla. Pero la Crónica de don Juan el II dice que el obispo solo procuró la confederacion de don Alvaro con Pacheco, haciéndoles ver que bien unidos gobernarían á su arbitrio reyes y reinos. Si esto fué así, la concordia pudo ser ambiciosa, pero útil á todos. El daño estaba en que las alianzas no podían hacerse ni ser duraderas excluidos el almirante, el de Benavente, Alba, Castro, Quiñones y demás poderosos amigos del navarro; y tomaron la grave resolucion de prenderlos todos. La empresa era difícil, y no podían ejecutarla por sí mismos, ni cogerles juntos; así propuso el obispo tuviesen vistas en Tordesillas y Villaverde el rey y el príncipe, adonde todos irían. Pero faltaron Castro y el almirante por quien era la fiesta. Castro estaba doliente, y el almirante no vino, acaso porque temió algún dolo. Movióse duda de si convendría prender á los presentes, ó esperar á que viniesen todos; y se resolvió lo primero por el condestable, que mostró la dificultad de juntarlos todos. Era esto sábado de Cuasimodo, 11 de Mayo; y llegados al paraje, fueron todos presos sin alboroto alguno. Unos fueron llevados á Portillo, y otros á Roa. Véase la carta noventa y nueve del bachiller Cibdad-Real. Hecho esto, convinieron en que el rey fuese á prender al almirante en Aguilar de Campó, y el príncipe á

coger á Castro en Lerma. Ambos dieron el golpe en vago ; pues esparcida la prision de sus amigos y compañeros , se salvaron en Aragon y Navarra. Con tanto el rey y el príncipe ocuparon los estados de todos. El almirante buscó socorros de varias casas de Castilla ; pero no pudiéndoles esperar considerables , marchó á Nápoles en busca del rey don Alonso para interesarle.

No previno el condestable que prision tan ruidosa podia serle contraria y lo fué mucho , en especial la del conde de Alba , que le maduró la caida. Las casas de Castilla estaban enlazadas con vínculos de sangre y conveniencias ; mas él no tenia otros defensores que sus hechuras y criados , gentes que en los infortunios abandonan á sus bienhechores , y se conforman con el tiempo. Todos tuvieron al condestable por autor de aquellas prisiones , como lo era , ni hubo quien hallase causa bastante para ellas , siendo ya todos perdonados si habian delinquido , mayormente el de Alba , siempre adicto al rey. Cuanto mas les abatian , tanto mas incremento tomaban los odios y deseo de venganza. Los que habian sido del rey fueron entregados al príncipe , y los de este al rey su padre. Pero tambien esta union del rey y príncipe se resfrió pronto , marchando este á Segovia descontento de su padre. Para reunirles , aconsejó don Alvaro al rey tuviese Córtes en Valladolid , en que dijese : *Procuradores , os he convocado para comunicaros voy á Tordesillas con intento de hacer dos cosas : la primera convenirme con el príncipe mi muy caro é muy amado hijo : la segunda dar órden de como los que me han deservido reciban pena , y galardón los que*

me han servido leales. Para esto pienso repartir todos los bienes de los caballeros presos y ausentes, y espero vuestro dictámen. Pedro Diaz, procurador de Burgos, aprobó la resolución del rey, y le siguieron los otros hasta que tocó su vez á Cuenca. Eran sus dos diputados Gomez Carrillo de Albornoz y mosen Diego de Valera; y no queriendo Albornoz entrar en disputa, dió Valera su voto diciendo: *Señor, humildemente suplico á vuestra alteza no resciba enojo si yo añadiese algo á lo dicho por estos procuradores. Es cierto, señor, que no se puede decir sino que el propósito de vuestra alteza es virtuoso, santo é bueno; pero parece, si pluguiese á vuestra real magestad, sería cosa razonable mandase á los caballeros ausentes y presos pareciesen por sus procuradores en vuestro Consejo, y se ventilase su causa. Si se hallare por justicia que les podeis tomar sus bienes, quedaria al beneplácito de vuestra alteza usar de clemencia ó rigor. En esto, señor, creo se guardarían dos cosas: una la observancia de las leyes, que á nadie castigan sin oírle: otra, que no se pueda decir de vos con Séneca, que muchas veces acontece ser la sentencia justa, y el juez injusto, á saber, cuando condena á uno sin oírle sus descargos.* Oyó el rey á Valera con satisfacción y gusto; pero Fernando de Ribadeneyra se amostazó de forma, que amenazó á mosen Diego con gran desentono y audacia, cosa que desagradó al rey, y mandó callar á Ribadeneyra. Con tanto, sin oír á los otros diputados, se disolvieron las Córtes, y el rey pasó á Tordesillas donde el príncipe estaba.

No parece se amilanó mosen Valera, pues

ocho dias despues escribió al rey una carta llena de autoridades, amonestándole á desviar la guerra de todos sus reinos, para lo cual le persuadia la union con el príncipe, el perdon de los caballeros ausentes y presos, y la restitucion de sus bienes y gracia. La carta dió gusto al rey, naturalmente pacífico, y á otros muchos: pero desagradó al condestable, tanto que Valera llegó á peligrar en su vida; mas se contentaron con quitarle los sueldos que gozaba. Corrieron en la corte copias de la carta, y don Pedro de Zúñiga, conde de Plasencia, la apreció de forma, que recibió á Valera por ayo de su hijo. Mas adelante llegó mosen Diego á ser maestresala de los reyes Católicos; y dejó varios monumentos de su pluma, de los cuales se imprimió alguno: los otros con mucha razon han quedado inéditos.



CAPITULO VIII.

Siguen las turbulencias de Castilla. Tumulto de Toledo. Decae la privanza del condestable. Convenio de Castilla y Navarra. Comienza la persecucion del príncipe de Viana. Nace la reina Católica. Ruidos de Portugal.

Tratádose y convenido el rey y príncipe en Tordesillas, se vinieron á Madrid, si bien el príncipe regresó á Segovia. El rey supo en Madrid que el conde de Benavente se habia escapado de Portillo dia 8 de Diciembre, sobornando á un tal Antonio de Leon, criado del alcaide Diego Rivera. Retirándose á Benavente, la recobró por entrega de sus habitantes. No contento el conde con esto, juntó mesnada, y marchó á Alva de Liste (propia de don Enrique, hermano del almirante) que á la sazón estaba sitiada por gente del rey. Los sitiadores no creyéndose capaces de resistir al conde, se retiraron; y hubo el rey de mover contra dicho conde, mas este abasteció sus fortalezas y pasó á Portugal. Por otra parte el príncipe, con su natural inconstancia, puso en libertad al de Alba y á Pedro de Quiñones, con lo cual ya estaban libres casi todos los prisioneros de Tordesillas, y todos mortales enemigos del condestable, causa segura de sus prisiones.

Durante el estío de este año hicieron entrada los moros granadinos en el reino de Murcia, á solicitudes del de Navarra, cuyos intentos y resoluciones

siempre fueron detestables. En una de estas correrías fué desbaratada y muerta casi toda la gente de don Alonso Tellez Giron, frontero de Hellin, sin escapar mas que él y algunos caballos. Tambien el rey de Navarra hizo sus entradas en Castilla, sabida la fuga y libertad de los presos, y en Enero de 1449 entró por Requena y Utiel con gente aragonesa, habiendo paz entre Aragon y Castilla. Robaron doce mil cabezas de ganado.

En Marzo y Abril hubo tal alboroto en Toledo, que estuvo la ciudad á peligro de perderse, por un empréstito que en nombre del rey la pedia el condestable para gastos de guerra contra los enemigos de la corona. Un obrero fué el que levantó la plebe tocando una campana á rebato. Robaron y quemaron la casa del rico ciudadano *Cota* por si habia intervenido en el préstamo, y el populacho ocupó todas las puertas. Iba allá el condestable, y viendo el peligro, se detuvo en Yepes y dió parte al rey, que aun estaba combatiendo á Benavente. Este, ocupada la plaza, vino á Toledo, adonde llegó á 8 de Mayo. Creia que el alcázar estaria por él, guardándosele Pedro Sarmiento, repostero suyo; pero le engañó su confianza. Pedro Sarmiento se hizo uno de los amotinados y amotinadores, se levantó con el alcázar, y se puso á la cabeza del pueblo rebelde, que le juró su caudillo contra el rey bajo la voz del condestable. Entregóse de las llaves de las puertas, torres y fortalezas; quitó á muchos los haberes y la vida con acusaciones falsas; atormentó á otros para que dijesen lo que él queria; y por fin perpetró todo género de maldades para desnudar á los ricos de cuanto te-

nian. A tantas iniquidades excedia la desvergüenza de publicar *que hacia todo aquello en servicio del rey*. Pero poco tardó en haber de confesar sus crímenes; pues caminando ya el rey á combatir á Toledo, temeroso Sarmiento de alguna resulta funesta, tuvo la imprudencia de enviarle capitulacion á Fuensalida donde estaba, diciéndole *podria entrar en la ciudad con alguna guardia, pero sin el condestable. Que el alcázar habia de quedar en su tenencia, perdonándole todos los errores pasados, rebeldias, robos, muertes, tormentos, &c.*

¿Cómo habia de acceder el rey á tal descaro? Negóse á todo, y siguió su camino á Toledo, creyendo ser admitido; pero ni aun se dignaron dar respuesta á los haraldos que envió el rey desde la puerta de Visagra. No dió Sarmiento por respuesta al rey sino dispararle varios tiros de lombarda desde el barrio llamado *La granja*, diciendo:

Tómate allá esa naranja,

Que te envian de la granja.

Desacato propio de un hombre soez como Sarmiento era. Hubo el rey de retirarse á Torrijos; y aun allí le envió Sarmiento un importuno mensaje, cargando al condestable mil cosas fuera de sazón y tiempo. Requeriale *que luego le removiese del gobierno, alzase el sitio de Toledo, tuviese Cortes en lugar seguro, y se mirasen en ellas las cosas en justicia. Si á esto se negaba, los toledanos harian sus cuentas, le negarian la obediencia por sí, y en nombre de las otras ciudades, villas y pueblos, y la darian al príncipe. Mas: apelaban de sus man-*

datos para ante quien de derecho pudiesen, poniéndose bajo del amparo de nuestro señor Jesucristo, de su vicario en la tierra, y de la justicia del príncipe, á quien pertenecía la recta administracion, faltando el rey á ella.

Tampoco respondió el rey á tales atentados, y este silencio bastó para que Toledo llamase al príncipe en auxilio contra la tropa que el rey habia dejado en el cerco. Entonces no queriendo el rey romper con su hijo, para desviar mayores males, resolvió que dejasen ambos á Toledo como se estaba. Era ya por Julio, y por huir de los calores, regresó á Castilla para abastecer las fronteras de Aragon y Navarra, y volver contra el de Benavente, que venido de Portugal estaba en su fortaleza. Luego que el rey partió de Toledo, entró en ella el príncipe contra la órden de su padre; con todo eso Sarmiento no le dió fortaleza alguna; solo despues le destinó dos puertas por do salir á caza.

Por entonces volvió de Nápoles á Zaragoza el almirante don Fadrique, todo consolado y lleno de confianzas que el rey de Aragon le diera de favorecerle y á sus compañeros en rebeldía. Trájoles la carta siguiente: *Mis caros é bien amados amigos: Yo he oido al almirante mi primo; y sed ciertos que yo estoy determinado á poner mi persona y reinos por la liberacion vuestra, y por el remedio de los reinos de Castilla, no dudando ningun peligro, como placiendo á nuestro Señor lo vereis puesto en obra muy presto. En campo contra Pomblin á 10 de Agosto de 1448. Trajo tambien cartas para los de Murcia y Cuenca, en las cuales recibia bajo su*

proteccion á los de Murcia contra la tiranía de los Fajardos, y á los de Cuenca les agregaba el reino de Valencia, con otras flores sin fruto. No menos encargó á su hermano el rey de Navarra el modo ejecutivo en estas operaciones, nombrando gefe de ellos á Jayme Malferit, poco antes hecho gobernador de Játiva. Pero los procuradores de Córtes de Aragon no quisieron acceder á la guerra con Castilla, habiendo sentado paces con ella. Hubieronse de buscar otros medios, y fué inducir al príncipe á una confederacion general de los rebeldes y demás nobles contra el condestable, diciendo era el tirano del rey, y causa de todos los males. Atizaba vivamente el rey de Navarra la proyectada hoguera, y prometió casar á su hijo el príncipe de Viana (viudo de Inés de Cleves) con la hija del conde de Haro. Vieronse todos en Clunia dia 26 de Julio, unos personalmente, y otros por medio de confidentes; y por el príncipe, don Juan Pacheco y su hermano el maestre de Calatrava. Por el navarro suplió ventajosamente el almirante. Concertaronse bajo de ciertos capítulos, el principal de los cuales era juntar cada uno las mayores fuerzas que pudiese para no errar el golpe, recobrar sus estados, derrocar al condestable, y usurpar el gobierno; *pero esto, decian, se ha de lograr por las vias mas honestas y decentes posibles, guardando al rey sus preeminencias, y cargando todo al abajamiento del condestable.*

Habian de tener apercebidas sus mesnadas en los Gumieles para 15 de Agosto; pero no habiendo podido cumplirlo todos, los concurridos, cansados de aguardar, se retiraron á sus casas entrado

ya el frío. Todo paró en bravatas y ventolina; y el príncipe viéndose en descubierte con su padre, se convino restituyéndole lo que de Toledo tenía. Con esto se hizo ya necesario quitar el alcázar y demás fortalezas al rebelde Sarmiento, que tenía tiranizada la ciudad á la sombra del pueblo bajo. Pasó allá el príncipe á fines de Febrero de 1450, ¹⁴⁵⁰ acompañado de Pacheco y el obispo de Cuenca con gente de guerra. Recibióles el pueblo con mucha fiesta, inconstante como siempre, y cansado ya de Sarmiento. Mandóle el príncipe le entregase luego el alcázar, y viendo al pueblo mudado, no pudo negarse. Rindióle el alcázar dándole seguro y permiso para retirarse con sus haberes (robados) adonde le acomodase. Dióle el obispo una severa reprehension (como otro Tulio á Verres) sobre los horrores cometidos en Toledo; pero como ya tenía ¹⁴⁵¹ doscientas acémilas cargadas de riquezas, no hizo el menor caso del sermon, y marchó de Toledo. No le salió como suponía; movióse el pueblo viendo se llevaba el ladrón las riquezas de los ciudadanos, unos muertos y otros en prisiones, y el que fué instrumento del daño pretendía ahora el remedio; pero obstaba el seguro que Sarmiento tenía. Con todo eso, en el camino fué robado dos ó tres veces, y luego medio desnudo se metió en Aragon á marchas dobles. El rey de Navarra le destinó á Pamploña donde permaneció algun tiempo, hasta que despues el conde de Haro le sacó perdon del rey no habiendo remedio de lo hecho, con la condicion de no entrar jamás en la corte. Por último, murió paralítico, pobre y desdichadamente. Sus criados y fautores, con el artillero que disparaba al rey

las naranjas de la granja, fueron despues castigados con pena de muerte. Véase la carta 100 del bachiller Cibdad-Real.

Ya con tanto viendo claramente el rey la suma volubilidad de su hijo, y que no cumplia palabra que diese si Pacheco no le obligaba, trató de convenirse con el rey de Navarra y caballeros rebeldes, con objeto de apartarles del príncipe. El convenio era *que serian restituidos en sus bienes y volverian á Castilla el almirante, su hermano, el conde de Castro y Juan de Tovar. Que á don Alonso, hijo espúrio del navarro, le sería devuelto el maestrazgo de Calatrava que tenia indebidamente don Pedro Giron, hermano del Pacheco.* Todo fué admitido y cumplido, fuera del maestrazgo de Calatrava, que estaba entre las uñas de un sacre poderoso y avaro.

1451 En el verano de 1451 se esmeraban los obispos españoles en perseguir con armas espirituales á los inobedientes al rey (así se lo mandaba el papa) á fin de que pudiese guerrear á los moros que devastaban las fronteras de Castilla. Pero de nada aprovecharon; los odios y rebeldías se aumentaban de cada dia, no pudiendo el rey aquietar al príncipe, mal aconsejado por Pacheco. Fomentaban la discordia los reyes de Aragon y Navarra. ¿Cómo habia el rey de salir contra moros y dejar su reino á beneficio de tantos enemigos rebeldes? Pero aun podia consolarse de la divergencia del príncipe su hijo: aun mas tiránica era la del navarro contra su hijo don Carlos, príncipe de Viana. Teníale usurpada la corona desde la muerte de su madre (doña Blanca de Sicilia) reina propietaria de Navarra; y aunque la edad del príncipe era de treinta años,

no hubo forma de que su duro padre le pusiese en el trono. Movieronse de aquí las mas enconadas turbulencias y sediciones.

Dicen algunos, acaso adivinando, que don Alvaro de Luna incitaba á don Cárlos á solicitar el sόlio para tener ocupado á su padre en esto y que no pensase en Castilla. Bien pudo haber algo de esto; pero un príncipe como don Cárlos, cuyas prendas eran las mas recomendables, heredero y rey propietario de Navarra, viéndose privado de todo por un padre tirano, ¿necesitaria de consejos extraños, teniendo en su favor la casa Beamontesa, que le sugeria lo mismo? Véase mi apéndice al tomo IX de *la Historia de España* de Juan de Mariana, impresa en Valencia.

En Madrigal á 22 de Abril nació al rey de Castilla una hija, que se llamó Isabel como su madre. Esta fué la gran doña Isabel, reina Católica, que casó con don Fernando de Aragon y unieron para siempre Aragon y Castilla.

Portugal andaba tambien inquieto por ahora. Habia su rey don Alonso tres años atrás casado con doña Isabel, hija del infante don Pedro, duque de Coimbra, el cual era gobernador del reino durante la minoridad del rey; pero los malos consejeros y aduladores le malquistaron con su tio, y supo este le iba el rey á desterrar de la corte. Con la noticia lo dejó todo, y se retiró á sus estados; pero no fué bastante. Sus émulos fingieron cartas, amontonaron imposturas, aparentaron rebeliones, y deslumbraron al jóven rey en tanto grado, que llegó á creer no sería rey viviendo su tio. Resolvió prenderle; pero no ignorándolo don Pe-

dro, y no dudando de que tras la prision le vendria la muerte, se aseguró en Coimbra. Por ventura se hubiera allí salvado; pero en Lisboa tenia por amigos á todos los buenos, le prometieron estos entregarle la ciudad, y castigar á los corrompedores del inexperto monarca, sobrino y yerno. Resolvió, pues, ir á Lisboa con gente de guerra; pero le salió al camino el rey con treinta mil hombres. No llegaron á las manos; pues habiéndose movido un tumulto militar entre la soldadesca, y procurando don Pedro sosegarlos, le vino una saeta que le pasó el pecho, y murió allí mismo. Ni por esto dejaron unos y otros de darse una sangrienta batalla, en que quedó el rey con la victoria. Sepultado el cuerpo hizo el rey las mas exquisitas diligencias y pesquisas para hallar papeles y documentos contra su tio, atormentó criados, ofreció premios, pero todo en vano. No pudo hallar el menor indicio de culpa; y hubo de sufrir el rubor de ligero y deslumbrado, y el remordimiento de injusto, no habiendo hecho antes estas diligencias contra tan graves acusaciones.



CAPITULO IX.

La reina de Castilla se declara contra don Alvaro de Luna.
Nace el rey Católico para desgracia del príncipe de Viana.
Prision y suplicio de don Alvaro. Toma y despojo de Escalona.

El rey y príncipe de Castilla, por fin, vinieron á convenirse en Tordesillas acerca de la administracion de justicia contra los facinerosos que asolaban lugares y caminos. Algo mas debieron de tratar, pues ambos movieron sus armas á la frontera de Navarra, y sitiaron á Viana, Torralba y Estella. Fuéles á ver don Carlos de Viana, y les persuadió con bien expresadas razones á que no molestasen su reino, puesto no ignoraban la diferencia de sus pensamientos y los de su padre. Por lo cual, siendo aquel reino suyo, como herencia de su madre, les suplicaba no le hostilizasen, y quedasen amigos. Obtuvose el efecto y triunfó la razon. Firmaron concordia, levantaron los sitios puestos, y aun ofrecieron ayudar al príncipe de Viana en caso necesario. Envió este á su padre la concordia para que la firmase; pero no quiso firmarla, y el año próximo rompió guerra contra Castilla.

Hasta ahora no se habian declarado las dos poderosas facciones navarras de agramonteses y bea- monteses, aunque siempre enemigas, sin haber otra causa que la emulacion y envidia. Los bea- monteses querian que don Carlos fuese ya su rey como le pertenecia por todos títulos; los agramonteses,

aunque conocian esta justicia, solo por oponerse á sus rivales, resolvieron sostener al padre en el reino del hijo. Resultaron de esta rivalidad tales guerras civiles y sediciones entre ellos y entre hijo y padre, que al fin se perdió el reino, y paró en el rey Católico el año de 1512.

Entrado el de 1452 empezaron á renovarse con mas furor las maquinaciones contra don Alvaro de Luna, aunque con mas secreto y cautela. Declárose contra él la reina estando en Arévalo, y puso de su parte al rey su marido, cosa apenas creible sino supieramos el *quid fœmina possit* del poeta. De los otros, el primero que vendió á su amo el condestable fué don Alonso Perez de Vivero, á quien de su criado habia ascendido el condestable á contador del rey. Por lo comun la gente de bajo nacimiento suele proceder vil y soezmente. ¿Pero qué habia de hacer Vivero, cuando la misma reina pagaba tan mal á quien debia el serlo? A la verdad los monarcas nunca quieren deber nada á nadie. Maquinaron modos de prender ó matar al condestable; mas este, cauto y advertido, procuró guardarse, y no lo consiguieron entonces. Vinieronse, pues, á Toledo, y el condestable se quedó en Escalona.

Por Marzo se entraron los moros en tierra de Murcia con una numerosa cabalgata. Salieron contra ellos el conde de Arcos, don Alonso Fajardo y don Diego de Rivera con sus mesnadas. Dieronles batalla, les derrotaron matando mas de ochocientos y con ellos doce capitanes, y les quitaron la presa de ganados, cautivos, ropas y dinero. Era cuando dia 10 del mes mismo la reina de

Navarra doña Juana Enriquez dió á luz en Sos de Aragon á su primogénito don Fernando, mas adelante rey de toda España, Nápoles y América, como marido de doña Isabel la *Católica*.

En Castilla diéron las cosas el último paso contra el condestable, por un camino imprevisto. Don García de Toledo, hijo del conde de Alba, viendo ya libres todos los caballeros de las revoluciones pasadas, y á su padre todavía preso, desde Piedrahita donde estaba, daba el gasto y destruía todos los pueblos de la comarca. Contra este aconsejó al rey el condestable sitiasen á don García en Piedrahita, para atajar aquellos daños. El conde de Plasencia don Pedro de Zúñiga vivia retirado en Bejar, y creyó que aquello era estratajema contra él, para sorprenderle indefenso. Fuese esto verosímil porque los Zúñigas eran poco devotos del condestable, ó bien que Alonso Perez de Vivero que dió al conde este aviso, fingiese que la jornada podia dirigirse tambien contra el conde, ello fué, que este maquinó perder de una vez al condestable, y salir de sobresaltos. El conde tenia confederacion oculta con el príncipe; pero por esta vez se excusó este con el conde, y hubo de recurrir á sus parientes, amigos, al marques de Santillana y á otros, amonestándoles á precaverse de la tempestad que les amenazaba, y que realmente no habia. Concluía con que se juntasen todos poderosamente contra don Alvaro hasta perderle.

Todos entraron unánimes en la liga, y el conde envió á mosen Diego de Valera en cuyas manos jurasen todos. La trama era pasar á Valladolid donde el condestable estaba con el rey, y

;

prenderle ó matarle en casa de Alonso de Zúñiga donde posaba. Para todo evento tenían gente prevenida, y puerta abierta en llegando. Entrados en la ciudad publicarian que nadie se moviese, pues lo que verían era orden del príncipe, si bien este ni el rey sabían nada. Por lo que toca á este, estaba enteramente mudado, y parece deseaba perderle; fuese por inconstancia suya, y de las cosas terrenas, ó porque la reina suplía en el gobierno lo que al rey faltaba de talento. No se pudieron ocultar á don Alvaro las asechanzas que en Valladolid se le tendían, y procuró luego pasase la corte
 1453 á Burgos, y tener allá las Navidades de 1453; pero no por eso se libró de la muerte, aunque pudo. Aumentaron los odios con haber el condestable mandado arrojar al Esgueva por una ventana al Vivero, por haber sido el que peor había pagado sus favores. Los conjurados sacaron carta de creencia de los reyes para el de Plasencia, diciendo era orden suya que el condestable fuese preso. Púsole en ejecución don Alvaro de Zúñiga pasando á Burgos, y en la manopla izquierda llevaba la orden que decía: *El rey. = Don Alvaro de Zúñiga, mi alguacil mayor, yo vos mando que prendades el cuerpo de don Alvaro de Luna, mestre de Santiago; é si se defendiere, que lo mateis.*

Todo estaba prevenido, y cuando salió el Zúñiga con la gente para la prision, le vió don Alvaro de Cartajena, se lo dijo al condestable, y este se previno á la defensa. Hubo tiros por ambas partes, y hubiera habido muertos, si el rey no hubiera escrito al condestable se dejase prender, porque así convenia. Pero el condestable no se

creyó seguro mientras no le asegurase por escrito con firma y sello. Así se hizo. Enviósele el rey diciendo: *Daba al condestable don Alvaro de Luna su fe real, que en su persona ni hacienda no recibiria agravio, injuria, ni cosa que contra justicia se hiciese.* Conoció el condestable que el papel estaba escrito con arte, y sin los requisitos necesarios; pero se hubo de contentar, y no resistir la captura, confiando de la bondad del rey no llegarían las cosas al extremo. Tenia motivo de esperar así, no solo por su mucha benignidad, sino tambien porque dias antes, estando en Tinieblas del miércoles Santo, le habia dicho en confianza *se retirase luego á sus estados, porque segun le querian mal los grandes, peligraba su vida; que sosegados los ánimos, le avisaria de lo que debia hacer.* Repitióle *no dilatase la marcha, porque las cosas estaban de forma, que quizá cuando querria no podria hacerlo, ni el rey valerle.*

Preso el condestable, pidió le llevasen á hacer reverencia al rey que estaba oyendo misa, y este mandó prevenir la comida en casa de Pedro de Cartagena donde el condestable posara, y fué tambien allá este con las guardias. Cuando llegó el rey, se puso el condestable á una ventana, y dijo al obispo de Avila que le acompañaba: *Por esta cruz, don Obispillo, vos me la pagueis.* A que respondió el obispo: *Señor, juro á Dios nuestro señor y á las ordenes que recibí, que tan poco cargo os tengo en esto, como el rey de Granada.* Comió pues el rey en pieza aparte, estando en otra el condestable con guardias de vista, y aunque le envió á suplicar dejase verle, se excusó con un afo-

rismo que el mismo condestable le habia dado, *de que no se dejase ver de persona que prendiese.* Quedó, pues, allí preso don Alvaro á cargo de Rui-Diaz de Mendoza, vació el rey los cofres del condestable, y se restituyó á la posada del obispo. En estos hechos anda poco firme la Crónica de este rey, y no podemos asegurar el dia en que don Alvaro fué preso. Dicese que su prision fué miércoles de Pascua; pero como añade que la Pascua de 1453 fué *dia postrimero de Abril*, afirmaron algunos, sin exámen, aconteció dia 3 de Mayo. La Pascua de 1453 no fué dia postrimero sino dia primero de Abril; y si la prision fué el miércoles de Pascua, sucedió á 4 de Abril. Concuerta la calenda de Burgos, cuyo pasaje se puede ver en la *Tipografia española* del padre Mendez, pág. 258.

Con tanto ya el avaro rey marchó á Portillo, y agarró veinte y siete mil doblas que allí tenia el condestable; si bien el bachiller Cibdad-Real dice fueron doscientos setenta, cosa increíble, si no falta la voz *mil*; y mandó guardar al condestable en Portillo. Marchó el rey á ocuparle Maqueda y Escalona; pero se le resistieron, y vió no las habria mientras el condestable viviese. Muera, pues, el condestable con culpa ó sin ella. Hay quien afirme se le rindieron ambas; pero es engaño por lo que veremos. Mandó el rey, ya vuelto cruel, se le fulminase proceso; el cual con tantos enemigos, y ya caido, no podia serle favorable. Concluyóse bien pronto, y el rey le hizo ver á doce doctores en derecho, y dar sentencia en mérito de los autos; ¿qué podian sentenciar de unas



D. Alvaro de Luna.

Fué tal la confianza con que D. Juan II distinguió á D. Alvaro de Luna, que parecia reynaba para solo obedecer á su Ministro; pero este se adquirió por lo mismo tantos y tales émulos, que al fin lograron del Monarca que decretase su prision y la muerte que sufrió en un cadalso. Si tanto pueden las quejas y la envidia; como es que háy quien aspire y se exponga tranquilamente á ser envidiado y á tener quejosos?

diligencias arrebatadas? Dijeron al rey: *Señor, por todos los caballeros y doctores de vuestro Consejo que son aquí presentes, é aun creo que en esto serian todos los ausentes; visto é conocido por ellos los hechos é cosas cometidas en vuestro deservicio y en daño de la cosa pública de vuestros reinos por el maestre de Santiago don Alvaro de Luna, é como á seido usurpador de la corona real, é ha tiranizado é robado vuestras rentas; hallan que por derecho debe ser degollado, y despues sea puesta su cabeza en un clavo alto sobre un cadalso ciertos dias, porque sea ejemplo á todos los grandes de vuestro reino.*

Mandó el rey traer al reo á Valladolid y ejecutar la sentencia; y al pasar por junto al convento del *Abrojo*, entre Valladolid y Simancas, le salió á ver el padre Alonso de la Espina, autor del *Fortalitium fidei*, con otros religiosos que le acompañaron hasta la ciudad y animaron en su conflicto. Este padre Espina fué franciscano, y no dominico, como dijo Ortiz de Zúñiga en sus *Anales de Sevilla*. Llegados á Valladolid depositaron al condestable en casa de don Alonso de Zúñiga, donde le asistieron los religiosos. Al amanecer oyó misa y recibió la sagrada Eucaristía, y poco despues fué conducido al cadalso. Clamaba el ejecutor en voz alta: *Esta es la justicia que manda hacer el rey en este cruel tirano, é usurpador de la corona real; en pena de sus maldades mándale degollar*. Llegados al tablado, subió animosamente, y adoró arrodillado una cruz que habia. Levantóse luego, y se paseó dos veces en el tablado, y dió á un paje suyo llamado Morales una sortija,

diciéndole: *Toma, hijo, lo último que puedo darte;* á cuya expresion no se pudo contener el paje y prorumpió en lloros, que acompañaron muchos. Vió tambien cerca al caballero del príncipe, llamado Barrasa, y le dijo: *Dirás al príncipe mi señor, que premie mejor á los que le sirvan lealmente, de lo que el rey me premia á mí.* Preguntó al verdugo si una escarpia que habia en un madero era para colgar su cabeza; y respondidole que sí, repuso: *Despues de cortada hagan de ella lo que quieran.* Sacó el verdugo un cordel para atarle las manos; mas el condestable tiró del seno una cinta que á prevencion traia, y le pidió se las atase con ella. Por fin, se acomodó en el paraje, y fué degollado en un momento, poniendo la cabeza en la escarpia, donde estuvo nueve dias, y el cadáver tres en el tablado.

Para que nada faltase, dice Cibdad-Real, de lo que con los mas míseros se faz, fué demandada la limosna para lo enterrar. E despues de tres dias, juntada buena cantía de dinero, lo llevaron á la ermita donde á los malvados entierran. Así acabó sus dias este caballero tan levantado y tan abajado de la fortuna; é dice un criado de la cámara del rey que saberlo puede, que dos veces el rey llamó á Solís su maestresala, é le dió un papel cerrado, é que le llevase á Diego de Stuñiga antes que al condestable le degolláran; é otras dos veces se lo volvió á tomar, diciendo: Déjalo, déjalo. E á lo último se echó sobre el lecho. E no le dijeron á su alteza que don Alvaro era ya degollado hasta despues que hobo comido. Cuando iba al suplicio, en vez de decir el pregonero que la justicia era

por los *deservicios* hechos al rey, decia por los *servicios*. Corrigióle alguno sobre ello, y don Alvaro acudió: *Bien dices, hijo: por los servicios hechos al rey me paga así.* Pasados años, fué su cuerpo trasladado á su capilla y sepulcro en Toledo, en que tambien se enterró su mujer doña Juana Pimentel año de 1488.

Manteniase esta en Escalona, y no dudando de que el rey la perseguiria allí para apoderarse de lo que la quedaba, previno sus defensas. Sucedió como pensaba; pues antes de los quince dias amaneció el rey y la puso sitio. No era fácil tomarla de pronto; y para correr á ocupar los otros pueblos del condestable, trató con doña Juana la entrega de Escalona, quedándose ella con la mitad de cuanto el condestable allí tenia. En este real de Escalona escribió el rey una carta circular al príncipe, á los prelados, caballeros y ciudades haciéndoles saber la muerte del condestable y sus causas. En ella consta demasiado que su muerte fué injusta, no hallándose en toda ella una acusacion particular y probada de crimen, sino todas generales y comunes á los otros grandes, otras contrarias á la verdad, y otras levísimas. Todas las demás claramente falsas. Ello es, que la misma carta es el mayor testigo de la ineptitud del rey don Juan el II de Castilla. Hasta nuestros dias hemos ignorado el dia preciso en que murió el condestable; pero el erudito caballero Pinciano don Rafael Floranes nos ha demostrado por la Calenda de Uclés fué á 2 de Junio. *Quarto nonas Junii*, dice, *obiit Donus Alvarus de Luna magister ordinis sancti Jacobi, anno 1453.* Y tam-

bien por un manuscrito del padre Matías de Sobremonte, *Historia del convento de franciscos de Valladolid*, en que dice: *Sábado 2 de Junio de 1453, á las ocho de la mañana, se hizo justicia en el mercado ó plaza mayor de Valladolid, del gran condestable don Alvaro de Luna.*



CAPITULO X.

Guerra de Navarra entre el rey y su hijo don Cárlos de Viana.
Nace el infante don Alonso al rey de Castilla. Muere el rey.

No habiendo el rey de Navarra querido firmar las alianzas de su hijo con el príncipe de Castilla, se fraguó guerra entre padre é hijo con empeño. Marcharon á la frontera de Navarra las huestes de Castilla en favor de don Cárlos segun los acuerdos. El navarro que estaba en Zaragoza corrió allá con gentes y dinero, y se juntó con sus agramonteses; pero cuando llegó, ya los castellanos y el príncipe de Viana con sus beamonteses habian ocupado á Pamplona y sitiado á Estella. Crecieron por instantes las fuerzas del navarro con gente aragonesa, y los castellanos abandonaron á Estella y se metieron en Castilla. Los beamonteses tenian la fortaleza de Aivar, y el rey iba á ponerla sitio con grandes fuerzas. Acudió allá su hijo el príncipe de Viana con las que tenia; y no dudando que unos ú otros se destruirian venidos á batalla, hubo medianeros que les acordasen, *en que el rey perdonase á su hijo y partidarios en estas revoluciones, les admitiera en su gracia, y les dejara sus bienes. Seria confirmada la alianza con Castilla. El principe de Viana gobernarla la Navarra en ausencias y enfermedades de su padre, dividiéndose por mitad las rentas. Ofreció el navarro perdonar á todos los mencionados*

como viniesen luego á su obediencia; pero esto no podia ser en el momento, porque de todo debia el príncipe dar noticia al rey y príncipe de Castilla, y don Carlos le pidió tiempo. Respondió el navarro, que en órden al convenio con Castilla, nunca convendria de su parte; pero su hijo podia continuarle hasta que el rey de Aragon ordenase otra cosa segun era medianero. Que el príncipe debia estar á sus órdenes y mandatos como padre que era, y esto era decir por rodeos: *mi hijo no ha de ser rey de su reino de Navarra mientras yo viva que se le tengo usurpado, y quiero tiranizarle con la capa de padre.*

De nada sirvieron la mediacion y concordia: dieronse batalla poco despues, y los del príncipe desbarataron la vanguardia de su padre; pero Rodrigo de Rebolledo, que militaba por él, sostuvo la accion, y derrotó á los del príncipe, ganando completa victoria, prendiendo al príncipe y capitanes, aunque don Carlos no se quiso rendir sino á su medio hermano don Alonso de Aragon. Todavía esta victoria no sosegó los ánimos de los navarros, sino que les encendió mas; y á no ser los auxilios de Aragon, el rey hubiera sido arrojado de Navarra. Por este miedo mandó pasar al príncipe, preso en Mallen, al castillo de Monroy, para obligarle á que se le sujetase como niño, y le reconociese rey de Navarra.

Las Córtes de Aragon, que miraban á don Carlos como su rey futuro, se disgustaron de la prision, y aceleraron un convenio; pero se caminó poco porque los procuradores del príncipe querian fuese libre de la prision, como tambien el condesta-

ble de Navarra, don Juan de Cardona y otros. Por el contrario el rey queria componerse primero, y despues dar libertad á los presos. Por último se comprometieron en ciertos diputados de Aragon y Navarra, los cuales acordaron que el príncipe don Cárlos restituyese á su padre la ciudad de Pamplona, Olite, y demás que habia tomado en la guerra precedente, y él todos los bienes á los partidarios del príncipe. A este debia entregar á Viana, Corella y Cintruénigo. Dieronse mutuos rehenes, y pareció calmarse todo; pero varios pueblos de Navarra, afectos al príncipe, sabiendo venian en su auxilio el rey y príncipe de Castilla, se inflamaron de forma, que se metieron en Aragon extragando y robando la tierra; *no por causarles daño, decian, sino para obligar al rey les entregase libre al príncipe, que era su rey y señor natural.*

De la ida del rey y príncipe de Castilla á la frontera de Navarra, se tuvieron en Aragon grandes temores siendo mucho el poder que traian, y á su sombra se hacian insolentes los mismos navarros. Tomadas Pamplona, Olite, Lumbier y demás plazas que se les entregarían voluntariamente, quedaba Aragon en descubierto por aquella banda. De Valencia y Cataluña no habia que esperar auxilio por lo mucho que desaprobaban las vejaciones hechas al príncipe. Despacharon embajadores á su rey don Alonso á Nápoles, amonestándole á venir, porque su presencia se habia hecho necesaria. Las cosas urgian. A mediado Octubre entraban en Navarra las tropas de Castilla, conducidas por el marqués de Santillana, el ar-

zobispo de Toledo, el obispo de Sigüenza, y no pocas del príncipe de Castilla, que corrían la tierra de Daroca, Calamocha, Teruel y Alhambra, huyendo las gentes tierra adentro. Pero mayores eran las hostilidades y correrías que hacían las guarniciones castellanas de Alfaro y frontera, metiéndose hasta Egea, Sadava, Uncastillo, Castelliscar y comarcas.

Para cortar estos males, juntó el navarro la gente que pudo, y se puso en Calatayud para socorrer donde mas peligrase, y sin dar paso alguno en la concordia ni soltar los presos; pero entrado el frio, se acuartelaron las tropas castellanas, y todo se sosegó menos los ánimos y las iras. Era
 4153 segura una próxima campaña en el año de 1453, acaso mas cruel que las anteriores, sino se componia el rey con su hijo, y se libertaban los presos. Así, el navarro puso á don Cárlos en poder de las Córtes de Aragon á 25 de Enero, con pacto de que no saliese de Zaragoza, bien que podia tratar del ajuste. Era difícil este paso por el hábito que los pueblos habian contraido de estar todos encontrados, cuando se trataba de quién habia de quedar con el reino de Navarra; y la parte del príncipe consideraba, que si por entonces no lo conseguia, ya no sería en vida de su padre, antes bien, quitaria del mundo á su hijo, como sucedió en efecto. Pero por fin, se terminó la concordia entre el rey, su mujer doña Juana Enriquez y el príncipe dia 24 de Mayo, y á 5 de Junio se publicó en las Córtes, jurando todos guardar lo convenido en los años pasados. A continuacion dia 22, fué puesto el príncipe en libertad, dejando en re-

henes al condestable y sus hijos; pero sin embargo, los castellanos no dejaron de hostilizar las fronteras, en especial los parciales de don Carlos.

Corrió voz que el rey de Castilla, convenido con la viuda de don Alvaro de Luna, marchaba para Burgos con muchas fuerzas, empeñado en poner en el solio de Navarra al príncipe don Carlos; y las Cortes de Aragon enviaron al Justicia Ferrer de Lanuza que procurase atajar aquellos daños por el término que pudiese. Consiguiólo Lanuza viendo al rey en Tordesillas, aunque le prohibió hablase palabra alguna del rey de Navarra, pues de él nada queria oír ni saber. *Concordemos, dijo, yo y el rey de Aragon mi primo, y lo otro quede.* Verdad es que el rey de Castilla estaba inclinado á la paz; pero sabia, que cualquiera que fuese, disgustaria á su hijo y á Pacheco que deseaban auxiliar á don Carlos por sus especiales miras.

Con Aragon era fácil; pero difícil con Navarra viéndose empeñados en dar favor al príncipe de Viana por sus especiales tratados. No lo ignoraba el navarro, y se prevenia para entrar en aquel desdichado reino, mientras su hijo y los castellanos auxiliares iban por otro lado aniquilando su tierra con pérdida de todos. Así por mas que el Justicia Lanuza se afanaba para que el convenio de Castilla con Aragon llegase tambien á Navarra, su mismo rey destruia lo edificado por cartas y por sus operaciones. Por fin, al ver el mucho poder de Castilla, y lo que debia temerle, convino en treguas de cuatro meses por Aragon, firmándolas en Agreda dia 9 de Setiembre, y se publicó

en la frontera. Creían que durante la tregua podrían hallarse modos de acomodamiento en los disturbios de Navarra, sin embargo que su príncipe conservaba á Pamplona, Lumbier, otras villas grandes, y que el de Castilla caminaba allá con grandes fuerzas.

El príncipe de Asturias, impotente por naturaleza, habia casado los años atrás con doña Blanca de Navarra, hermana del príncipe de Viana don Carlos, y ambos del actual rey de Navarra y de doña Blanca de Sicilia. No habia cosa mas olvidada de su marido que esta inocente princesa, cuyo matrimonio era nulo por la impotencia de don Enrique. Así, es inverosímil lo que nos dice Mariana, *que el príncipe habia enervado y consumido su virilidad y virtud masculina con otras mujeres antes de casar con doña Blanca.* ¿Cómo es esto posible en un muchacho de quince años? ¿Qué Crónicas coetáneas, ni qué historias indican este desórden tan extraordinario en los niños? Su incontinencia despues de casado es mas inverosímil, pues ni habia razon ni motivo de no conocer carnalmente á doña Blanca, y tampoco tuvo fruto de la Sandoval, de la Castro, ni de ninguna con quienes se dice comerciaba. Doce años estuvo doña Blanca en Olmedo despues de su nulo consorcio, sin que el príncipe estuviese nunca, ni tuviese verdadera union carnal con ella. ¿Con ella, pues, seria solo cierto el achaque, no habiendo sido jamás penetrada la virginidad de doña Blanca como ambos declararon con juramento, y todas las matronas que la reconocieron jurídicamente, y la hallaron vírgen intacta? El príncipe mismo habia

pedido al papa declarase nulo su matrimonio, para que ambos consortes pudieran casar con quien quisiesen. Le representó por mano del cardenal Cervantes, que siendo capaz de cópula carnal con otras mujeres, solo no lo era para con doña Blanca, atribuyéndolo á bebedizos y ligamientos (siempre fabulosos para ocultar impotencias) de envidiosos. Ya esto constaba en autos ante el obispo de Segovia don Luis de Acuña, y recayó sentencia de divorcio, y la confirmó el papa por exámen del arzobispo de Toledo, y de los obispos de Avila y Ciudad-Rodrigo. Hubo la princesa de retirarse con su hermano el príncipe de Viana. Mas adelante tuvo esta desgraciada princesa el mismo fin que su hermano, como veremos.

La mencionada tregua, tantas veces tratada y nunca bien concluida, estaba pendiente, y hubo para ello de pasar á Castilla la reina de Aragon. Llegó á Valladolid á fines de Noviembre, donde fué recibida del rey su hermano con el debido agrado, y el de Navarra puso en sus manos el ajuste de las diferencias que mediaban entre él y su hijo el príncipe de Viana. Por fin, al cabo de algunas sesiones, se vino á concertar tregua de un año en 7 de Diciembre. Poco antes á 15 de Noviembre habia la reina de Castilla dado á luz en Tordesillas al infante don Alonso, que hubiera sucedido á su hermano don Enrique sino le hubiera premuerto. Este año de 1453 fatal á don Alvaro de Luna, lo fué para todo el orbe cristiano. El formidable y bárbaro guerrero Mahomet II tomó por asalto á Constantinopla dia 29 de Mayo, muriendo en la defensa su emperador Constantino;

y el imperio que fundó Constantino *el Grande*, tuvo fin en este último Constantino, y paró en mano del turco. Algunos sabios griegos, que con sus libros huyeron á Italia, trasladaron á Europa las letras griegas antes poco conocidas.

En Castilla quitado del medio don Alvaro de Luna procedió la grandeza mas audaz é insolente; cosa que viviendo don Alvaro no habian podido conseguir. Comenzó á conocer el rey la falta del condestable, viéndose sin don de gobierno, y un hijo todavía mas falto. Conoció que no le habian llevado al suplicio los delitos que le imputaron, sino el estorbo que les hacia. Por fin, con las riquezas de don Alvaro levantó el rey gente de guerra para domar el orgullo de los grandes (cuya necesidad conoció tarde) y aun contra Portugal que pretendia apoderarse de las costas africanas y de las islas adyacentes. Pero le salieron fallidos sus proyectos, pues acometido de quartanas dobles y porfiadas, fué conducido á la muerte en Valladolid á 21 de Julio de 1454. Véase la carta 105 del bachiller Cibdad-Real, que fué su médico desde niño, y murió en sus brazos. Fué cosa notable, que despues de muerto don Alvaro de Luna no tuvo este rey salud entera, con no haberle sobrevivido mas de trece meses. Don Juan el II de Castilla fué un rey de corazon humano y benigno, antes para las letras que para el trono, y antes para ser gobernado que para gobernar. Los tiempos que alcanzó, y la excesiva audacia de sus cuñados los infantes de Aragon, y grandes de Castilla, pedian un espíritu robusto como el de don Alvaro, para no verse cautivo. Vivió cuarenta y nueve años y

cuatro meses y medio, y su reinado fué de veinte y un meses mas corto que su vida. Su cuerpo fué sepultado en la Cartuja de Miraflores. A la reina dejó en en alimentos á Coria, Madrigal y Arévalo durante su viudez. A su hijo don Alonso mandó dar en administracion el maestrazgo de Santiago, nombrándole condestable de Castilla. A su hija doña Isabel, que ya tenia cuatro años, dió la villa de Cuellar, y cantidad de dinero.



ERRATAS.

<u>Pág:</u>	<u>Lin:</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase:</u>
252	6. ^a	pero.	por qué.
Id.	20	Pidió.	Pidióla.
264	21	diez.	Diaz.
318	30	y el.	y lo.
325	32	Taric.	Tarif.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO V.

LIBRO XI.

Pág.^s

CAP. I. <i>Prosigue la guerra contra moros. Victoria de la escuadra de Castilla contra la de Marruecos.</i>	5
CAP. II. <i>Procedimientos tiránicos del rey de Aragon con el de Mallorca. Sitio de Algeciras por el castellano.</i>	15
CAP. III. <i>Prosigue el sitio de Algeciras hasta rendirse. Muere la princesa de Portugal. El príncipe sigue sus amores con doña Inés de Castro. Movimientos en Aragon. Muere el destronado rey de Mallorca. Sitia á Gibraltar el rey de Castilla. Muere.</i>	24
CAP. IV. <i>Comienza el reinado de don Pedro el Cruel. Muerte violenta de doña Leonor de Guzman y de Garcilaso de la Vega. Abrogacion de la Era de César en Aragon, y las calendas, nonas é idus. Amores de don Pedro con la Padilla. Casa con doña Blanca de Borbon. Apoderanse los Padillas de la voluntad del rey. Casa con doña Juana de Castro, y tiene á un tiempo tres mujeres propias.</i>	37
CAP. V. <i>Prosigue el reinado de don Pedro el Cruel. Crecen de cada vez mas las turbulencias. Detencion del rey en Toro. Retírase á Segovia.</i>	47

- CAP. VI. *Expedicion del aragonés á Cerdeña. Muerte cruel de doña Inés de Castro. Crecen los males de Castilla, y las crueldades del rey. Tumultos de Toledo por doña Blanca. Toma el rey de Castilla á Toro por traicion, y ejecuta la escena mas horrible con los del castillo, rendidos con seguro. . . .* 56
- CAP. VII. *Continúa el rey de Castilla sus crueldades, quitando vidas sin reserva. Guerra con Aragon. Mata don Pedro á mazadas á don Fadrique, maestro de Santiago. Mata al infante de Aragon don Juan, su primo. . . .* 68
- CAP. VIII. *Guerra de Aragon y Castilla. Mata el castellano á su tia la reina viuda de Aragon y á doña Isabel de Lara, su nuera. Batalla de Araviana. Mata el castellano á otros dos hermanos suyos, con otros muchos caballeros y sacerdotes. Los reyes de Portugal y Castilla se entregan los reos de Estado. . . .* 84
- CAP. IX. *Sientan paz Aragon y Castilla para romperla luego. Guerra de Castilla con Granada. Muerte traidora y cobarde de su rey Mahomad el Bermejo por mano del rey de Castilla. . . .* 100
- CAP. X. *Renuevase la guerra con Aragon, á que se sigue paz para romperse luego. Mata el rey de Aragon á su hermano don Fernando.* 109
- CAP. XI. *Rompe de nuevo el castellano la guerra con Aragon. Vistas en Sos. Muerte de don Bernardo de Cabrera. Prevenciones y entrada del conde de Trastamara don Enrique en Castilla. Proclámase su rey en Calahorra, y se corona en Burgos.* 120
- CAP. XII. *Huye de Sevilla don Pedro para*

- Coruña. Mata al arzobispo y al arcediano de Santiago. Marcha á Bayona con sus hijas. Apodérase del reino don Enrique. Vuelve don Pedro y le recobra, perdida por aquel la batalla de Nájera. Muere el rey de Portugal.* 133
- CAP. XIII.** *Doña Juana se va á Francia donde estaba su marido don Enrique haciendo gente de guerra. Entra con ella en Castilla, y se apodera de la mayor parte de las ciudades y pueblos. Batalla de Montiel y muerte del rey don Pedro.* 148

LIBRO XII.

- CAP. I.** *Reinado de don Enrique II. Guerra de Castilla con Portugal y Granada. Paz con Portugal. Reduccion de Galicia. Nueva guerra con Portugal. Cerco de Lisboa. Renuevase la paz por mutuos casamientos.* 161
- CAP. II.** *Guerra de Castilla con el de Alencastre. Socorro del castellano al francés contra ingleses. Paz de Aragon y Castilla. Restituyese á Roma la sede Pontificia. Cisma de Occidente. Muere el rey de Castilla.* 173
- CAP. III.** *Reinado de don Juan el I. Muere su madre. Socorre Castilla á Francia contra ingleses. Nace don Enrique III. Encónase el cisma. Entra la Sicilia en Aragon. Derecho de la casa de Anjou. Nace el infante de Antequera, despues rey de Aragon. Renuevase la guerra contra Portugal é ingleses. Muere la actual reina de Castilla, y casa el rey con doña Beatriz, heredera*

- ra de Portugal. Abrógase la Era de César. Muere el rey de Portugal y se renueva la guerra. Levántase Portugal por el maestre de Avis contra el derecho de doña Beatriz. Sitio de Lisboa. 179*
- CAP. IV.** *Batalla de Aljubarrota. Movimientos en Aragon. Continúa la guerra con Portugal y duque de Alencastre, que se llamaba rey de Castilla y Leon. Conviénense por medio de matrimonio. . . 189*
- CAP. V.** *Mueren los reyes de Navarra y Aragon. Título en Castilla de Príncipe de Asturias. Continúa el cisma. Muerte fatal del rey de Castilla, y proclamacion de su hijo Enrique III. Revueltas de Castilla durante la minoridad del rey. 196*
- CAP. VI.** *Guerra con Portugal. Infeliz jornada del maestre de Calatrava contra moros. Continúa el cisma. Muere el rey de Aragon. Sucedele su hermano don Martin. Corónase rey de Sicilia su hijo don Martin. Quita Castilla la obediencia al nuevo antipapa Pedro de Luna. Nuevos movimientos entre Portugal y Castilla. 205*
- CAP. VII.** *Continuacion del cisma. Nace don Juan el II de Castilla. Movimientos de Granada. Muere el rey don Enrique de Castilla. Fábula que de él se cuenta. Proclamacion de su hijo don Juan el II. Su tutela y gobierno. Mueren dos reinas de Aragon. Guerra con Granada. Muere don Martin de Sicilia. Conciliábulo de Pisa. Toma de Antequera. Muere don Martin, rey de Aragon. 220*
- CAP. VIII.** *Movimientos en Aragon por la sucesion del reino. Eleccion de don*

- Fernando, infante de Castilla 233*
- CAP. IX.** *Resultas del compromiso y eleccion de don Fernando. Continúa el cisma. Júntase el Concilio Constanciense. Venida del emperador á procurar la renuncia de Benedicto Luna. Retírase á Peñíscola, donde permanece antipapa hasta su muerte. Aragon le quita la obediencia. Muere el rey. 246*
- CAP. X.** *El Concilio Constanciense depone todos los antipapas, y elige á Martino V. Discordias de éste con el nuevo rey de Aragon. Conquista de las islas Canarias. El rey de Castilla comienza á gobernar sus reinos. Privanza de don Alvaro de Luna. Jornada del aragonés á Cerdeña. Revueltas de Nápoles, y derecho de Aragon á él. . . . 255*
- CAP. XI.** *Continúan las inquietudes de Castilla. Nace el desgraciado príncipe de Viana. Paz de Portugal y Castilla. Vicisitudes de Aragon y Nápoles. Muere el antipapa Luna. Los anticardenales eligen antipapa á Gil Sanchez Muñoz. Nace Enrique IV de Castilla. Crecen los odios contra don Alvaro de Luna. 266*
- CAP. XII.** *Extincion del cisma. Guerra de Aragon y Navarra contra Castilla por envidia de don Alvaro de Luna. Treguas entre los tres beligerantes. Movimiento y guerra contra Granada. Daños de los infantes de Aragon en Extremadura. 277*

LIBRO XIII.

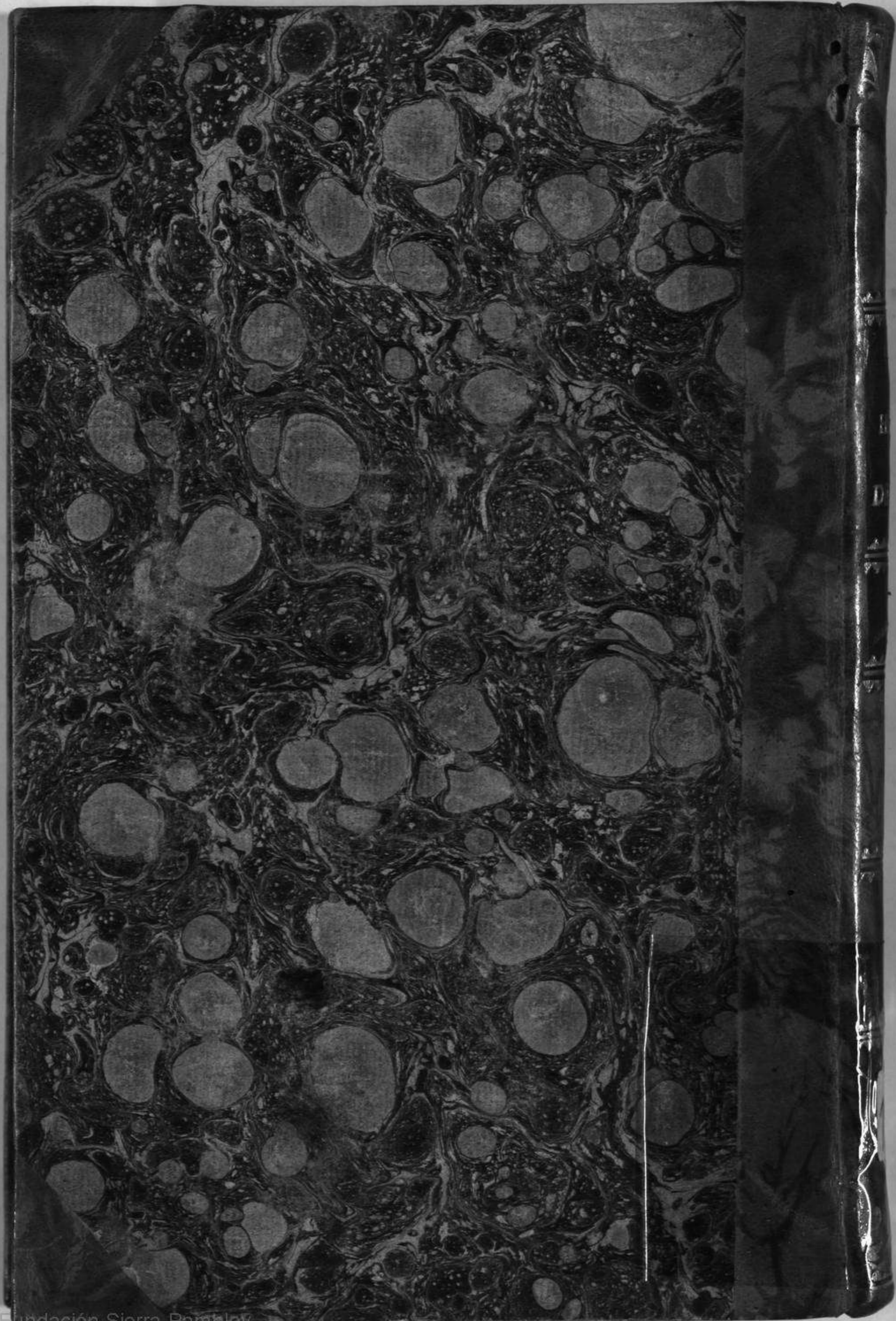
- CAP. I. *Vuelve el rey de Aragon á la empresa de Nápoles. Muere el rey de Portugal. Concilio de Basilea. Paz de Aragon y Navarra con Castilla. Guerra contra moros.* 289
- CAP. II. *Continúa la guerra contra moros. Muere la reina de Nápoles. Nueva guerra en su reino. Sitio de Gayeta. Célebre batalla de mar, en la cual quedan prisioneros con su armada los reyes de Aragon y Navarra y el infante don Enrique. Confederacion del duque de Milán con los prisioneros contra los Anjoinos. Toma de Gayeta. . .* 299
- CAP. III. *Paz de Navarra, Aragon y Castilla. Jornada del conde de Niebla contra Gibraltar. Continuacion de la conquista de Nápoles. Toma de Huelma. Movimientos de Castilla.* 308
- CAP. IV. *Continúa la guerra de Nápoles. Muere en ella el infante don Pedro. Muere el rey de Portugal. Muere doña Catalina, mujer de don Enrique de Aragon. El Concilio de Basilea depone al papa Eugenio IV, y elige otro. Siguen los ruidos de Castilla. Casa el príncipe don Enrique con doña Blanca de Navarra. Movimientos en Portugal.* 316
- CAP. V. *Destierro de don Alvaro de Luna. Toma de Nápoles por el rey de Aragon. Aumentanse las insolencias de los rebeldes al rey de Castilla hasta prenderle.* 329
- CAP. VI. *Mueren las reinas de Portugal y Castilla. Batalla de Olmedo, de la*

- que sale herido el maestre don Enrique, y muere de la herida. Maretas del rey de Castilla con el príncipe por malos consejos de Pacheco. Es electo don Alvaro de Luna maestre de Santiago. Toma el castellano varias fortalezas de los rebeldes.* 341
- CAP. VII.** *Movimientos de Granada. Continúan las discordias de Navarra y Castilla. Tomannos los moros algunos pueblos. Casa el rey de Castilla con la portuguesa, y comienza á decaer la privanza de don Alvaro. Crecen las inquietudes en Castilla por culpa de Pacheco.* 352
- CAP. VIII.** *Siguen las turbulencias de Castilla. Tumulto de Toledo. Decae la privanza del condestable. Convenio de Castilla y Navarra. Comienza la persecucion del príncipe de Viana. Nace la reina Católica. Ruidos de Portugal.* 360
- CAP. IX.** *La reina de Castilla se declara contra don Alvaro de Luna. Nace el rey Católico para desgracia del príncipe de Viana. Prision y suplicio de don Alvaro. Toma y despojo de Escalona.* 369
- CAP. X.** *Guerra de Navarra entre el rey y su hijo don Cárlos de Viana. Nace el infante don Alonso al rey de Castilla. Muere el rey.* 379

PAGINAS Á QUE CORRESPONDEN LAS ESTAMPAS
DE ESTE TOMO.

	Pág. ^o
<i>Pedro I.</i>	37
<i>La merced inhumana.</i>	62
<i>Muerte de la reina doña Blanca de Cas-</i> <i>tilla.</i>	101
<i>Enrique II.</i>	161
<i>Juan I.</i>	179
<i>El Mendoza mas célebre.</i>	190
<i>Muerte de don Juan I de Castilla.</i>	198
<i>Enrique III.</i>	207
<i>Muerte de don Juan I de Aragon.</i>	214
<i>Juan II.</i>	260
<i>Córtes de Medina del Campo.</i>	280
<i>Don Alvaro de Luna.</i>	375





ORTIZ

HISTORIA

DE ESPAÑA

5

1300